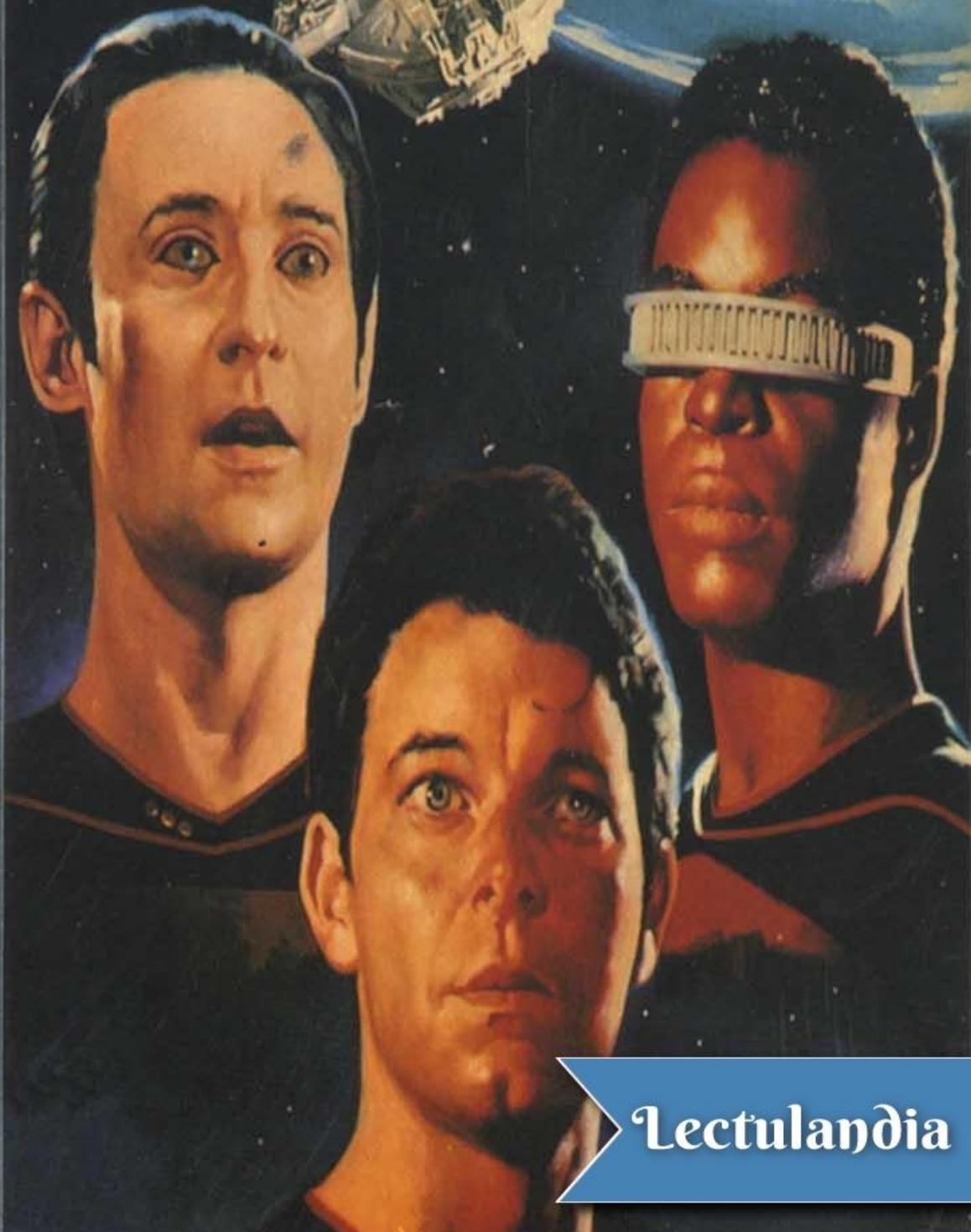




Diane Carey

La nave fantasma

STAR TREK
LA NUEVA GENERACIÓN®



Lectulandia

Epoca actual: un portaaviones soviético desaparece enigmáticamente en el mar Negro. Siglos más tarde, a bordo de la nueva *Enterprise*, la consejera Deanna Troi recibe ondas telepáticas de origen desconocido; al tiempo, una serie de extraños fenómenos alteran la vida cotidiana de la tripulación. Se descubre que la causa es una poderosa e inquietante entidad que vaga por el universo y se alimenta de energía; y quizás también de almas. ¿De dónde procede y qué es ese extraño depredador?. Y sobre todo: ¿qué posibilidades tiene la Enterprise en su enfrentamiento con él?

Lectulandia

Diane Carey

La nave fantasma

Star Trek. La nueva generación - 1

ePUB v.1.0

Huygens 3.05.12

más libros en lectulandia.com

1

La *Sergei G. Gorshkov* se movía por el agua como si el mar hubiese sido creado sólo para que lo navegaran barcos semejantes. Tal como todos los marineros sabían muy en el fondo de su alma, no había existido el océano antes de que hubiera barcos, y el océano se había hecho tan grande sólo porque los barcos de semejante volumen salieron en busca de sus más lejanas costas para dejarlas siempre atrás, para conquistar su largo y ancho con espíritu intrépido. Los barcos, siempre más grandes, poderosos y majestuosos, eran la divisa del empuje de la humanidad.

Al menos... así lo creen los marineros.

Para los panaderos, es el pan que se cuece en sus hornos aquello a lo que la humanidad debería dedicar su atención.

Puntos de vista.

Arkady Reykov se desabotonó el abrigo azul oscuro de la armada soviética y lo dejó caer de sus hombros. Su insignificante oficial estaba allí para cogerlo en el aire y colgarlo. Reykov no agradeció el servicio, sino que se limitó a entrar a zancadas en el puente, sin abrigo, con su autoridad intacta. Ese día, los ojos del *Politburó* estaban sobre él y este barco.

Su segundo fue a su encuentro de inmediato, con una tenaz formalidad que a Reykov le resultaba un poco fastidiosa, pero que de alguna manera siempre agradecía. Los dos hombres se hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza, y luego se volvieron en el mismo momento y ángulo para mirar hacia la imponente cubierta de aterrizaje del segundo portaaviones de cubierta corrida de la Unión Soviética. Las instalaciones del astillero de Nikolayev quedaban muy lejos a sus espaldas. Ante ellos tenían la extensión abierta del mar Negro. Alrededor, en un radio de varias millas, el grupo de apoyo del portaaviones surcaba el mar, apenas al alcance de la vista. Este grupo lo integraban cuatro cruceros pesados y seis destructores. Los petroleros se unirían al grupo al día siguiente.

Reykov era un hombre corpulento, de hombros erguidos e inclinado a la seriedad, el tipo de soviético que aparece en las comedias cuando la historia requiere un estereotipo, salvo que él no tenía el obligatorio bigote. El segundo al mando, Timofei Vasska, era más delgado, más rubio y más joven, pero ambos eran apuestos... lo cual, a decir verdad, no resultaba muy práctico en su particular vocación, aunque al menos hacía que fuera más fácil levantarse por las mañanas.

Uno quería tener buen aspecto cuando pilotaba un barco como aquél, esa montaña nuclear que flotaba en el mar. Había llevado mucho tiempo reunir la pericia necesaria para construir un portaaviones. Nadie podía convertirse en ingeniero naval de la noche a la mañana; e incluso en el caso de que pudiera, ¿de dónde iba a sacar el apoyo económico necesario para sustentar sus conocimientos? Hacen falta vastas

cantidades de tecnología, ideas, máquinas, mediciones, pesajes, conocimiento, producción y rectificaciones en el diseño para fabricar incluso un bolígrafo. Y un portaaviones es un poco más caro.

Reykov estaba orgulloso de su *Gorshkov* clase «Lenin». Era grande, y a los soviéticos les gustaban las cosas grandes. Y llevaba un arma que era la primera y única de su tipo: su orgullo y satisfacción. Algo que ni siquiera los *amerikaniskis* tenían.

Reykov hinchó el pecho con una profunda inhalación. Era su barco. Bueno, podía permitirse imaginar que era suyo.

Sentía el pulso de los cinco mil hombres que componían su tripulación; un pulso que latía con regularidad metronómica debajo de sus pies, mientras se hallaba en el puente de la torre de mando del portaaviones.

—Nos acercamos al área de maniobra, camarada capitán —anunció Vasska marcando las palabras más de lo que esa información requería.

Reykov acusó recibo lanzándole una rápida mirada.

—Envíe señales al oficial de vuelo para que comience el lanzamiento de los MiG destinados al ejercicio de seguimiento.

Se estremeció ligeramente de emoción al dar esa orden, porque era la primera vez que los MiG iban a ser lanzados desde un portaaviones durante una demostración para dignatarios. Hasta el momento, sólo ojos militares habían presenciado aquello. La Unión Soviética había aprendido por fin a trabajar el titanio en lugar del acero, y ahora existía una nueva clase de MiG lo bastante ligeros como para utilizarlos en los portaaviones. Durante años, la madre patria había vendido el titanio a Estados Unidos, mientras que los aviones soviéticos continuaban siendo construidos con acero. Demasiado pesados, excesivo combustible. Con gran placer, Arkady Reykov observó como despegaban los MiG al final de la cubierta y subían hacia el cielo, uno tras otro, siete en total.

—Haga que los cazabombarderos se alejen cincuenta millas y regresen en varios vuelos de ataque imprevistos. Prepárese para la demostración de seguimiento por láser y radar para hacerles ver que podemos derribar a cada uno de los cazas a medida que vayan apareciendo. Y aconseje al comisario político que saque de la cama a los dignatarios. Será mejor que hoy estén rojos en vez de verde pálido, para variar.

Vasska se esforzó por mantenerse impávido mientras dictaba esas órdenes a los puestos apropiados pero, a pesar de sí mismo, las mejillas se le pusieron rosáceas y sus hombros temblaron unos segundos.

—Realmente el mareo los ha puesto verdes, ¿verdad, camarada capitán? —murmuró hacia Reykov, manteniendo la voz baja y los ojos sobre los otros oficiales del puente.

El capitán sonrió.

—Y dígales que se aseguren de vestirse antes de salir a cubierta. Esos satélites estadounidenses pueden contarle a uno los pelos de las piernas.

—¿No ha oído el último informe de inteligencia? —comentó Vasska—. Los burócratas no tienen pelos en las piernas.

Reykov se inclinó hacia él de una forma tan natural que se había hecho casi imperceptible tras los años que llevaban juntos.

—Tendrían que meter a esos burócratas en el gulag. Entonces tal vez las cosas se harían conforme es debido.

Vasska le sonrió con afectación, mirándole amablemente.

—Usted solía ser uno de ellos.

—Sí —replicó el capitán—, y deberían haberme amordazado. Tal vez a estas alturas usted sería capitán y yo estaría en el *Politburó*.

—Yo no quiero ser capitán. Cuando comienzan los disparos, me gusta tener alguien tras quien esconderme.

Una de las comisuras de la boca de Reykov se alzó.

—No se preocupe. Mi deseo secreto es el de no sentarme nunca en el *Politburó*. ¿Están operacionales los objetivos sonoros para la prueba? ¿Los han comprobado?

—Esta mañana lanzamos dos y uno se descompuso. Esperemos que las probabilidades sean mejores para la demostración.

—En los viejos tiempos —comentó Reykov con su sequedad habitual—, no habría habido dispositivos de autodestrucción en los blancos. Están sólo por si erramos.

Ambos hombres rieron disimuladamente.

—Los misiles *Teardrop* han sido comprobados y vueltos a comprobar. Esta tanda probablemente funcionará como debe; eso espero. Todas estas pruebas de tiro y nada contra lo que disparar... —dijo Vasska mientras contemplaba el mar que se estrellaba contra la gigantesca proa del *Gorshkov*.

—Mmmmm —asintió Reykov con los labios apretados—. ¿Sabe una cosa, Timofei? Llevo casi treinta años de servicio, y no me han disparado siquiera una vez.

Vasska se irguió con su rostro de niño tenso a causa de una sonrisa contenida.

—¿Cómo sabe entonces que no se quebrantará bajo un ataque?

—Usted conoce a mi esposa.

Vasska unió las manos a la espalda y volvió a bajar la voz.

—¿Cómo van las cosas con Borka?

—He hablado con él... lo pillé a solas.

—¿Consiguió algo?

—Ni el razonamiento... ni las amenazas... ni las recompensas..., nada funciona. Me temo que está llegando el momento de actuar con severidad.

Vasska sonrió, compasivo.

—Muéstrese firme, Kady. Ojalá yo pudiera estar allí. Esto es lo que se consigue con la permisividad excesiva: la rebelión. Pero el tiempo se encargará de ello. Borka acabará por tomar una decisión, llegado el momento, y entonces probablemente podrá usted decir que su nieto ya no lleva pañales.

Mientras decía esto, Vasska fijó la mirada en los espesos cabellos oscuros de su capitán con aquel matiz de plata justo sobre la ceja izquierda, y le resultó difícil imaginarse a Arkady Reykov como abuelo. El rostro del capitán casi no tenía arrugas, y sus ojos eran en todo tan claros y vivos como Vasska los había visto por primera vez ocho —¿o eran nueve?— años antes, cuando Vasska era aún un piloto y Reykov el oficial de vuelo del pequeño portaaviones *Moscú*. No habían sido malos esos ocho años, al menos no después de los dos primeros, cuando finalmente creyeron poder hablar francamente el uno con el otro. Ése es un día que en muchas relaciones humanas nunca llega.

—Asegúrese de que no hay otros aviones en el área, camarada Vasska. Lancemos el avión que hará de blanco y pongámonos manos a la obra con esta demostración antes de que nos entre hambre y no podamos hacer nuestro trabajo.

—¿Debemos esperar hasta que el comisario político notifique que todos los dignatarios están mirando?

Una sonrisa finísima apareció en el rostro del capitán al medir y saborear cada alternativa varias veces antes de que finalmente se decidiera por hacer valer su mando. Se inclinó hacia Vasska para decirle una de sus frases confidenciales.

—No lo haremos.

Las mejillas de Vasska se tensaron al imaginar a los dignatarios golpeando contra el techo de sus camarotes cuando comenzara el ejercicio. Estiró la espalda, y por fin anunció al oficial de guardia:

—Señal de maniobras de seguimiento, camarada Myakishev.

La actuación con los cazas tripulados resultó brillante, sobre todo porque estaba todo «sobre el papel». No se disparó hasta que los objetivos del ejercicio fueron lanzados para abrirse en un amplio círculo sobre el mar Negro y regresar con el fin de atacar al *Gorshkov*, según se había dispuesto y revisado con todo cuidado. Los falsos misiles fueron bombardeados con una lluvia de proyectiles de uranio agotado cuyo peso por sí solo habría bastado para hacer explotar un misil atacante si volaba a la suficiente distancia. Tenían dignatarios a bordo, y nada había sido dejado al azar. Se realizaron algunos tiros errados, otros desviados y unos pocos no llegaron a producirse, pero si bien no era una acción perfecta, sí podía ser interpretada como tal, siempre que se empleara el lenguaje adecuado. Reykov estaba seguro de que las palabras serían escogidas con el mismo cuidado con que una madre corta las uñas de los pies a su bebé.

Ese hecho inmutable de la cobertura periodística soviética era de poco consuelo; sin embargo, cuando Reykov se volvió a mirar a Timofei Vasska, pronunció en voz baja unas palabras que encadenaron a ambos a sus asientos y la desazón cobró cuerpo en ellos.

—Prepare la demostración de la VEC.

Con el espectáculo de la actuación de la última hora aún resonándole en los oídos, el vello de Vasska se erizó ante aquella orden, aunque no dejó que su aprensión se hiciera visible. ¡Semejante artefacto! El primero de su clase que se montaba sobre una unidad móvil. Incluso los (satisfactorios) anteriores a ése no habían sido más que unas pocas armas de prueba aisladas. El que llevaban a bordo era real, montado de modo permanente en el centro del sistema de armas del *Gorshkov*. VEC... vibración electromagnética controlada.

—Avisé al *Vladivostok* que comience a disparar los *Teardrops* de prueba. Y, Vasska —se apresuró a agregar Reykov al tiempo que alzaba un dedo—, asegúrese de que disparen uno solo por vez y nos den cuarenta segundos para reproducir la vibración.

Vasska meneó la cabeza.

—¿No sería maravilloso que nuestros enemigos se mostraran tan cooperadores como para no disparar más de un misil cada vez? —comentó.

Reykov se encogió de hombros.

—Estamos trabajando en ello —replicó—. Obtendremos resultados lo bastante buenos si podemos interferir los sistemas de guía uno a uno. No se crea que nuestros ingenieros son tontos.

Vasska hizo un gesto de asentimiento a Myakishev, que transmitió la orden.

—Lanzado —fue el anuncio seco que les llegó pocos momentos después—. Un misil *Teardrop*, dirigiéndose a cuatro cero exactamente.

—¿Entrada en campo visual?

—En cinco segundos, señor.

—Cuando sea visible, activen la VEC a mi orden.

—Sí, camarada capitán. Visibilidad en tres... dos... uno... objetivo a la vista.

Miraron con los ojos entrecerrados a la atmósfera azul y vieron el misil falso que se acercaba. Poco más que un destello plateado contra el cielo, incluso aquel misil de pruebas hacía un nudo en el estómago de todos. Reykov imaginó que la piel de los dignatarios se ponía de gallina más o menos en ese momento.

—Disparen.

Myakishev pulsó un botón de su panel, y en la torre del portaaviones, una antena de tres metros y medio giró hacia el objeto dirigido contra el barco. Todos dieron un respingo cuando la vibración se disparó...

Se produjo un chasquido casi simultáneo y un destello blanco. Al principio

pareció que primero había llegado el chasquido, pero cuando hubo acabado ya no se sintieron tan seguros.

En el distante cielo, el *Teardrop* se desvió de su trayectoria, zigzagueó hacia un lado, y se precipitó al interior del mar muy lejos de su objetivo, víctima de un sistema de guía inactivo.

El puente estalló en vítores.

Reykov dejó escapar un suspiro de alivio.

—Recarguen, camarada Vasska.

—Recargando, camarada capitán.

—Buen chico, buen chico... —Reykov inhaló profundamente e intentó apartar de sí aquella sensación de angustia. No estaba realmente nervioso, pero por alguna razón tenía las manos frías.

—Camarada capitán... —Myakishev se inclinó por encima de los hombros del oficial que se encontraba ante el radar.

—¿Camarada? —inquirió Reykov mientras las manos le caían a los lados.

Vasska, que había captado algo en el tono de Myakishev, también se hallaba inclinado sobre la pantalla del radar.

—Tenemos un misil dirigido hacia aquí..., y no se trata de uno de los nuestros.

Vasska se lanzó hacia el teléfono TBS y lo tenía contra el oído en el momento en que Reykov ladraba: —Contacten con el *Vladivostok*.

—Señor, el capitán Feklenko informa que ellos no han disparado. Ellos no han disparado contra nosotros. —¿Qué es, entonces?

—No lo sé, señor.

—¿Qué es? ¿Los norteamericanos?

—No lo parece.

—¿Qué son entonces? ¿Los franceses? ¿Los británicos? ¿Los albaneses? ¿Tienen los africanos misiles? ¿A quiénes pertenece?

—Señor, no lo identificamos en el registro... y ni siquiera estoy seguro de que sea un misil —declaró Vasska mientras chasqueaba los dedos hacia otros oficiales técnicos con el fin de dar órdenes silenciosas.

Reykov se inclinó sobre un hombro de Myakishev.

—Gastamos millones de rublos en ustedes los genios y no puede decirme qué es eso. Quiero saber a quién pertenece. ¿Qué se nos viene encima?

—¡Se dirige directamente hacia nosotros!

Reykov se enderezó y fijó los ojos entrecerrados en el distante cielo. Por primera vez en su vida tomó el tipo de decisión que había deseado no verse obligado a tomar nunca.

—Giren la VEC hacia él. Disparen cuando esté lista.

La ancha antena rectangular giró como la cabeza de un insecto inverosímil, y una

vez más les llegaron el chasquido y el destello cuando la vibración electromagnética atravesó velozmente la atmósfera con científica frialdad.

Tendría que haber funcionado. Tendría que haber interferido los controles de guía de cualquier clase de misil o nave aérea, los de cualquier clase.

Los de cualquier clase.

—¡Se dirige hacia el rayo... aceleren ahora!— La voz de Myakishev resonó como un golpeteo en su garganta.

—Ni siquiera los norteamericanos tienen algo como esto... —susurró Vasska.

Reykov dio media vuelta y se lanzó hacia la ventana por entre la tripulación del puente. Miró hacia afuera, al cielo de las aguas del mar Negro.

Ahí había algo. No era un misil.

En el horizonte, como en una fantástica película de dibujos animados, en la distancia que mediaba entre el *Gorshkov* y aquello, había una muralla.

Una muralla eléctrica. Chisporroteaba y restallaba, proyectando colores contra el cielo, informe y fea; el fenómeno parecía, más que cualquier otra cosa, una imagen infrarroja de falsos colores... colores dentro de colores. Pero sobre todo informe. Se deslizaba sobre el agua, con el tamaño de un rascacielos.

Detrás del capitán, Myakishev se atragantó.

—El radar no funciona. Las comunicaciones se desactivan... ahora estamos recibiendo una retroalimentación...

Reykov intentó hablar dos veces antes de que las palabras pudieran salir de su boca.

—¡Media vuelta! ¡Centro de operaciones! ¡Centro...!

Su voz enmudeció. En torno a él, todos los instrumentos se apagaron. Como si hubieran vertido melaza sobre el puente, todos los mecanismos fallaron. Ni siquiera había el tranquilizador sonido de la alarma del circuito de seguridad. De hecho, no se oía sonido alguno.

Entonces sí se oyó algo... un alarido eléctrico atravesó las aguas y se tragó la nave cuando el fantasma de falsos colores se acercó rugiendo a la popa por estribor y englobó el portaaviones. Era tres veces el tamaño de la embarcación. Tres veces.

El último movimiento de Reykov como ser humano fue el volverse hacia el puesto del radar. Miró a Timofei Vasska, el cual se irguió para mirar a su capitán con ambas manos sobre los oídos, y cada cual fijó sus ojos en el del otro, agarrotados, congelados. Se sentían como si toda la sangre estuviera coagulándoseles de golpe.

La última percepción de Reykov fue la de las cejas de Vasska, que se juntaban ligeramente en el momento en que ambos iban a compartir la plenitud de ese instante anterior a la destrucción total.

Luego el rostro de Vasska se cubrió con aquella imagen de falsos colores y la mente de Reykov, misericordiosa, dejó de funcionar.

El fenómeno de falso color inundó el portaaviones con su torrente eléctrico. Al cabo de unos minutos, ya no quedaban formas de vida a bordo. La inmensa embarcación había sido despojada de organismos, desde aquel contingente humano hasta la más pequeña cucaracha escondida en el zapato del cocinero. Incluso el cuero de los asientos del camarote del capitán había desaparecido.

Sólo quedaba acero, alambres, aluminio, titanio y las diversas telas —lienzos alquitranados y uniformes— reconocidos como inertes. El *Gorshkov* flotaba en las abiertas aguas, vacío.

El casco y la pista de aterrizaje que tenía encima comenzaron a vibrar, a retumbar. En la línea de flotación comenzaron a formarse ondas que se separaban del portaaviones y trazaban dibujos sobre el mar; a cada segundo que pasaba, la intensidad de esas vibraciones aumentaba hasta que el *Gorshkov* llegó a crear verdaderas olas en el mar Negro.

La embarcación se sacudía como un juguete, se estremecía, y, por fin, se rajó en dos como si estuviera hecha de bizcocho. El estruendo del metal al cuartearse recorrió todo el mar. Cada trozo del portaaviones se convirtió en una explosión, una mancha dentro del torbellino eléctrico, y luego estalló como un igual número de granadas de fragmentación.

Noventa mil toneladas de trozos de metal llovieron por las aguas del mar Negro.

—El capitán está en el puente.

El portaaviones *Theodore Roosevelt* (CVN-71) avanzaba por el mar en el centro del grupo de apoyo compuesto por seis cruceros y diecisiete destructores. Desde su lugar junto al puesto de navegación, el capitán León Ruszkowski podía ver con facilidad dos de los cruceros Aegis que avanzaban lentamente a una distancia de cuatro millas a proa y a babor.

—Bonito —murmuró—. Cielo azul, día tibio, las aguas del exótico Mediterráneo debajo de nosotros, y una canción en nuestros corazones. ¡Ah, estar en París! O en Atenas..., demonios, escoja una ciudad.

—¿Se conformaría con un café?

El segundo al mando, David Galanter, apareció, y el aroma del café moka, con azúcar y sin crema, llegó con él con una seguridad inexorable.

El capitán aceptó la taza de porcelana.

—Dave —dijo—, algún día será usted un jefe de camareros bueno como el diablo. Nos retiraremos todos y abriremos un restaurante griego en el este de Los Ángeles. El almirante Harper podría ser el *maitre*:... Annalise puede cocinar...

La comandante de ala Annalise Drumm abandonó su ensimismamiento en el funcionamiento del portaaviones y lo miró.

—¿Tendré el desayuno gratis?

—Pulпитos escalfados con tostadas de trigo entero, nuestra especialidad.

Ella le sonrió y puso los ojos en blanco.

—Pasado un tiempo podríamos reemplazar los pulпитos por esas pequeñas gomas de borrar rosadas que vienen en los lápices de la Armada. Nadie distinguiría la diferencia.

—Probablemente conseguiríamos una crónica en el *Connoisseur*. ¿Qué ha sido ese pitido?

—Lo siento, señor, un momento. Compton, compruebe eso.

El capitán se acercó más, forzando la vista.

—Ha desaparecido. ¿Qué era?

Galanter sacudió la cabeza y frunció el entrecejo.

—No lo sé, señor. Todas las estaciones, verifiquen la totalidad del área.

En el puente se operó un cambio muy sutil. Los miembros de la tripulación, perfectamente entrenados, entraron en acción de una forma tan fluida que la serie de operaciones que realizaron apenas fue distinguible de un comportamiento habitual.

Luego, el oficial de radar habló con calma.

—Recibo seis señales, capitán... corrección: siete señales. Parecen ser cazabombarderos.

—¿Cazabombarderos de dónde? Annalise, ¿tiene maquinaria en el aire de la que yo no esté enterado?

Annalise se pegó a él ante el monitor, celosa de pronto de su espacio aéreo.

—No, señor, todos los alas fijas se encuentran aquí.

Las cejas del capitán se aproximaron la una a la otra.

—Y el *Dwight Eisenhower* está a tres mil millas de aquí. Obtenga la identificación, Compton.

—Parecen ser siete MiG, señor. El radar los identifica como de configuración MiG-33 B, versión naval.

—¿Estamos siendo atacados?

—No, señor. No llevan activado el radar de misiles. —¿Qué están haciendo aquí unos MiG-33 B? ¿Qué ha sucedido? ¿Quién habla ruso?

—Yo, señor —respondió Compton sin apartar los ojos de la pantalla.

El capitán no vaciló.

—Contacte con ellos y averigüe qué sucede.

—Uh, sí, señor. —Habló por el equipo de comunicaciones en ruso, y al cabo de segundos contestó—: Capitán, la escuadrilla soviética solicita permiso para aterrizar en nuestra pista. Dicen que están quedándose sin combustible. Recibo muy mal. Están muy nerviosos.

La comandante Drumm y el segundo se pegaron al capitán mientras él fruncía el entrecejo y murmuraba:

—¿Siete MiG-33 B quieren aterrizar en un portaaviones de Estados Unidos? Tiene que existir alguna jodida razón. Creo que en este caso será mejor que no esperemos la nota de mamá.

Galanter asintió con un cauteloso movimiento de cabeza. —Quedarse sin combustible es quedarse sin combustible. El capitán miró los paneles de situación.

—Dígale a la escuadrilla soviética que arroje todos sus misiles y bombas y vacíe por completo sus cañones y ametralladoras. Annalise, que despeguen de inmediato cuatro *Tomcats* para escoltarlos hasta aquí.

—Sí, capitán.

Se lanzó hacia el exterior a una velocidad tal que casi no advirtieron que salía hasta que estuvo fuera.

Pero el capitán lo sabía... ni siquiera se molestó en mirar.

—Alerta general.

La voz de Galanter se hizo rígida.

—Sí, señor. Contramaestre, ordene alerta general.

—Alerta general, sí, señor.

El contramaestre se encaminó hacia su intercomunicador, hizo que una sirena de alerta recorriera toda la embarcación y con engañosa calma envió una orden a los dos mil compartimentos estancos del portaaviones.

—Alerta general. Alerta general. Todos a sus puestos de combate. Esto no es un ejercicio. Todos a sus puestos de combate. Esto no es un ejercicio.

El capitán Ruszkowski ni siquiera aguardó a que acabara de transmitirse el mensaje porque duraría varios minutos. Por toda la nave, miles de hombres y mujeres corrían hacia sus puestos, a todos hirviéndoles la sangre con la emoción que de forma inevitable se siente al oír esas palabras por el intercomunicador. Por muy desagradable o peligroso que fuese, siempre se experimentaba esa emoción. Eso era parte esencial de los ritos mágicos que hacían funcionar las cosas en un navío militar.

Ruszkowski esperó sólo unos segundos más hasta oír el claro sonido producido por los F-14 que despegaban de la pista de cubierta en una sucesión tan rápida que resultaba atemorizadora. Era un sonido tranquilizador, y el capitán comenzó a respirar nuevamente.

—Sondeen en busca de navíos en un radio de mil millas. Quiero saber si esto es una trampa.

—¿Señor? —preguntó Compton.

—Adelante, Compton.

—El comandante de la escuadrilla soviética dice que de acuerdo, señor. Acatarán la orden de descargar sus armas y cualquier cosa que usted desee.

—Pregúntele qué clase de sistema de frenado tienen, luego estudie la forma de que seamos compatibles. Hay que saber si con sus anclajes de cola son capaces de

adecuar la velocidad o si tenemos que levantar una barricada.

Galanter se irguió.

—¿Deberíamos decirles eso? Quiero decir que si no es información clasificada.

—Sí, pero la verdad es que no me importa. Y envíe una señal a nuestro destructor de escolta para decirle que quizá tenga que ir a buscarlos en caso de que no podamos anclarlos y se vean obligados a amarar.

—El jefe de la escuadrilla soviética está dispuesto a acatar incondicionalmente todas sus órdenes, señor. Parece bastante excitado.

—Dígales que tienen permiso para aterrizar, señor Compton. Dave, vayamos a buscar a esos pilotos.

En toda la historia del universo, nunca había hecho tanto calor. Una extraña luz amarilla se encendía y apagaba, reflejándose en la redondez de las perlas de sudor que cubrían la ebúrnea piel de la mujer. Algunas de las perlas quedaban suspendidas en los extremos de las largas pestañas negras, mientras ella yacía con los ojos fuertemente cerrados. La luz era espasmódica, se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba.

Sus ojos se abrieron con brusquedad. Sus manos se aferraron a los bordes del colchón. La espalda le dio un tirón por sentarse con excesiva rapidez, aunque ella no recordaba haberse sentado. Debajo de su uniforme, el sudor le bajó por entre los senos, como si alguien le hubiera vaciado una taza de glicerina sobre los hombros.

—No dispaes... cierra todos los sistemas... Vasska... ¡Vasska!

La mujer estaba jadeando. Varios segundos transcurrieron como rayos bajo el terrible destello de luz amarilla antes de que ella consiguiera enfocar los ojos sobre el delicado arreglo floral de la cómoda.

—Alerta amarilla... alerta amarilla...

Volvió la cabeza, parpadeando para hacer caer las lágrimas de sus ojos, y los cabellos sueltos le rozaron los hombros, recordándole quién era. Intentó captar su propia identidad mientras ésta entraba y salía de su mente, sumergirse en ella, aferrarla...

—Alerta amarilla... alerta amarilla... Consejera Troi, por favor, preséntese en el puente de inmediato. Consejera Deanna Troi, preséntese en el puente, por favor. Alerta amarilla... alerta amarilla...

2

Disparen rayos fásicos.

La pronunciación precisa del capitán Picard dio a la orden un tono teatral. Fue seguida casi de inmediato por el trueno de la energía de las armas por toda la nave. Hombre delgado y parco en movimientos, Picard se hallaba de pie en el puente sin pasearse como hubiera hecho la mayoría, observando el último de una serie de experimentos científicos bastante tediosos.

Por el rabillo del ojo veía el parpadeo de la luz de alerta amarilla, cosa que le recordó que todos ocupaban sus puestos y que cualquier cambio rápido en la integridad orbital podría ser manejado ahora sin sorpresas.

—¿Situación orbital, señor LaForge?

Mientras hablaba, Picard avanzó por la moqueta color topacio hasta llegar al centro del puente y miró por encima del hombro de Geordi LaForge, haciendo caso omiso —debido a la práctica— del hecho de que el joven de piel oscura tenía sobre los ojos una banda metálica que daba la impresión de que los llevara vendados. Había algo irónico y desconcertante para los seres humanos en confiar la dirección de una gigantesca nave a un hombre ciego.

La cabeza de LaForge se movió ligeramente hacia abajo y a la izquierda; era la única señal que tenían de que la visión conectada a su cerebro estaba funcionando.

—Una órbita tan ceñida como ésta es delicada, dado que los gigantes gaseosos no tienen superficie real, señor, pero estamos estables y nos mantenemos. Creo que la Federación va a obtener toda la información que quiere, tanto si nos gusta como si no.

Picard se desplazó en silencio hasta el otro lado de LaForge y posó una mano sobre el sillón del joven oficial. —Cuando quiera una declaración, se la pediré, teniente. LaForge se puso rígido.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

El capitán, forzado por la autoridad de la que estaba investido, se reservaba su opinión. A pesar de que se suponía que la gigantesca nave estelar nueva realizaba una misión de exploración, la Federación no acababa de decidirse a dejar que la *Enterprise* la iniciara de verdad. La nave aún tenía que avanzar por el espacio realmente inexplorado, y Picard se sentía molesto por el gigantesco planeta gaseoso que giraba en la pantalla que abarcaba toda la pared. De acuerdo, era una anomalía. Sí, era único. Sí, era grande. Si el Departamento de Ciencias de la Federación quería estudiarlo, no les hacía falta utilizar toda una nave de clase galáctica para echarle una mirada. El planeta no iba a marcharse a ninguna parte.

—Señor Riker, seguridad de alerta amarilla. Pase a situación tres.

William Riker se agitó en el alcázar. —Situación tres, señor.

Comenzó a volverse hacia el terminal táctico desde donde se transmitiría la orden,

pero en el último momento dejó la tarea al oficial de turno al cargo, porque su propia mirada estaba fija en Jean-Luc Picard.

El capitán contemplaba su puente, sus tripulantes y las tareas de éstos con la majestuosidad de un ave sobre una rama. Aunque no como un ave de presa, este capitán no. Este capitán podía encumbrarse hasta donde lo requiriera el deber. No era un hombre corpulento, ni siquiera imponente, cualidad que reservaba para su primer oficial. El capitán era discreto, el ave oculta entre el follaje, al acecho, a la que no se veía hasta que sus grandes alas se desplegaban de pronto. Los que lo rodeaban sabían que eso podía suceder en cualquier momento, ese repentino surcar el panorama del puente como un esbelto ser de los cielos. Incluso en reposo, su presencia los mantenía alerta.

«Ojalá pudiera hacer yo eso», pensó Riker, mientras una pequeña mueca de pesar le cruzaba el rostro. Intentaba no mirar al capitán cuando éste observaba el puente, pero le resultaba hipnótico. Como siempre, a Riker le dolía la espalda mientras permanecía de pie mirando a estribor con excesiva rigidez. Deseó poder quitarse el hábito de moverse con brusquedad, hábito nacido de las pequeñas inseguridades profundamente arraigadas que lo importunaban de forma constante como para mantenerlo en estado de vigilancia perpetuo. Después, siempre deseaba no haberse movido de forma tan estudiada para ir de un punto a otro. Era horrible arriesgarse a que el capitán creyera que se estaba comportando con deliberada altanería. Siguiendo modelo del desfile: «Primer oficial desfilando marcial e impertérrito».

Pero era peor... si el primer oficial parecía diferente. ¿No era peor aun? No había término medio, o al menos Riker no lo había encontrado. Él quería ser un baluarte en la nave, pero no uno que el capitán tuviera que escalar.

Era agotador el pretender ser uno mismo con un oficial comandante al que no se conocía muy bien personalmente. Sin embargo, se hallaban ante la perspectiva de compartir los próximos años el uno junto al otro. ¿Podía conseguirse dentro de la relación de estricta formalidad que se había establecido entre ambos?

Riker intentó avanzar por el puente de forma casual, aunque sin dar la impresión de no tener objetivo. Ésa era la parte delicada. A veces la espalda y las piernas le hacían daño de verdad. Como ahora. Si no iba con cuidado, los movimientos se volvían pomposos e inciertos. Se convertiría en víctima del hecho evidente de que el primer oficial tenía a todas luces muy poco que hacer en el puente. Era algo que le preocupaba de continuo. Era buena cosa que por lo general tuviera el mando de los equipos de salida; al menos contaba con eso para hacerse sentir útil.

Picard lo tenía solucionado. Autoridad silenciosa. Una presencia segura y cierta, aunque no del todo. Era fácil olvidarse de que estaba en el puente. Él sólo observaría desde su rama.

Riker se obligó a apartar los ojos del perfil de moneda del capitán antes de quedar

completamente hipnotizado.

—¿Sucede algo, señor Riker?

«Pillado.»

Riker se volvió y estiró los labios en una sonrisa que tuvo que parecer forzada — otro error—, y dijo:

—Nada en absoluto, señor. Todo marcha bien.

Sintió que se le ponían bizcos los ojos y no quería que la sonrisa se le escapara, así que apretó los labios y fingió estar muy interesado en las operaciones.

Bien; el capitán apartaba la mirada. «Relájate, Riker. Baja un hombro. Ahora el otro. Buen soldado.»

Una mirada casual en torno le dijo que nadie lo miraba. Todos estaban ocupados con el gigante gaseoso.

Un momento después estaba otra vez hipnotizado, pero esta vez no por la serena presencia de Picard. Ahora, el gigante gaseoso lo aferró, lo atrapó, lo acunó en su incomparable azul mientras giraba, turbulento, en la pantalla que ocupaba toda la pared.

Esa pantalla... Era la única cosa de la nave que transmitía de veras su tamaño y grandiosidad tecnológica. Dominando el puente, la pantalla era medio universo por sí sola.

La otra mitad descansaba sobre los hombros de Picard: la nueva *Enterprise*. Apenas lanzada, elegante como un cisne, se desplegaba como si fueran sus alas.

«Pájaros. De repente, todo son pájaros», pensó Riker, y miró a Jean-Luc Picard.

—Informe de situación, señor Data —solicitó en ese momento el capitán, mientras dirigía la mirada hacia el primer terminal científico de seguridad.

Riker se volvió hacia popa a tiempo de ver al esbelto humanoide erguirse en su puesto. El rostro aún le sorprendía, con su lustre de piritita, como el de una muñeca, suavizado sólo por su expresión esculpida. La expresión de Data, cuando la tenía, era siempre de una candidez infantil que borraba la severidad de su cabello liso echado hacia atrás, y los colores de personaje de cómic de su piel. Por enésima vez, Riker se preguntó por qué alguien, lo bastante inteligente como para crear un androide tan complicado como aquél, era tan estúpido como para no pintarle la cara con los colores adecuados o darle algún tono a sus labios. Si sus creadores lo habían programado con datos humanos —perdón por el juego de palabras—^[1], entre los datos transferidos tenía que haber información referente a que las tonalidades de la piel características de los diferentes tipos humanos no incluían el cromo. Era como si se hubieran tomado muchas molestias en conformarlo como un ser humano, y luego se hubiesen tomado aún más para cubrirlo de signos que decían: «¡Eh, soy un androide!».

Las cejas pintadas de Data se alzaron.

—Ahora están entrando las lecturas de los ecos del disparo fásico, señor. Completamente sin vida... alta concentración de compuestos químicos sin catalogar, muy comprimidos... reactología extremadamente rara, capitán. Esta información resultará valiosa.

—¿Es dable intentar un sondeo del núcleo del gigante gaseoso? —inquirió Picard.

El rostro de Data estaba enmarcado por la parte superior negra del traje de vuelo de una pieza, negro que era animado por el dorado mostaza del pecho, color clásico de la Flota Estelar desde los tiempos del Big Bang.

—Lo recomiendo, señor.

Riker apretó los brazos contra sus flancos. Había algo irreal en la voz de Data. Más humana que las humanas, las palabras eran redondeadas y pronunciadas con la garganta abierta, como si «la cosa» siempre trabajara un poco más de lo necesario.

«“Él”, no “la cosa”. Por el bien del resto de la tripulación, piensa como en “él”. No tiene sentido desbaratar la confianza que otros puedan tenerle, señalando por accidente el hecho de que es un instrumento, aunque lo sea.» Riker se apartó de sus pensamientos al sentir la mirada de Picard, y en ese momento reunió la autoridad que necesitaba para cumplir las órdenes tácitas del capitán.

Se aclaró la garganta.

—Incrementen rayos fásicos a plena potencia. Veamos qué hay en el núcleo de esa hermosura.

—Es hermoso, ¿verdad? No nos tropezamos cada día con uno de éstos —comentó Beverly Crusher.

Con sus largos brazos cruzados, estaba sentada en un sillón a babor del asiento de la consejera, ejerciendo el derecho tradicional del médico de una nave a estar en el puente cuando no le apetecía hallarse en ninguna otra parte. La doctora Crusher era otra nota de color que destacaba sobre las paredes y moqueta de color rosáceo tostado. Por encima de su uniforme cobalto y negro, su cabello parecía esculpido como una corona de Cleopatra... y había algo mágico en sus cabellos pelirrojos. Era delgada y ágil, elegante y llena de gracia, y tendía a llevar zapatos cómodos, cosa que sorprendía en una belleza tan estilizada. A Riker le gustaba. También al capitán. Especialmente al capitán.

—Sí —murmuró el capitán Picard, utilizando la conversación como excusa para acercársele unos pasos—, y tiene el doble del tamaño de los gigantes gaseosos normales. Disparen los rayos fásicos.

A través de la nave sonó otra vez el zumbido amortiguado, y en la pantalla se vio el rayo energético que salía disparado hacia abajo en dirección al interior del remolino.

—Lecturas de varias concentraciones de gas —informó Data— se combinan en forma líquida... se comprimen hasta transformarse en masas sólidas en algunas

áreas... Entrando en la composición, señor.

—Excelente —respondió Picard—. Estoy seguro...

La puerta del turboascensor de proa contiguo a la sala de reuniones del capitán se abrió, y Deanna Troi entró precipitadamente en el puente, cosa tan poco corriente en ella que atrajo todas las miradas. Estaba hecha un desastre... con un aspecto tan opuesto a su porte normal que se diría que había librado una lucha en el barro. Su melena —por lo general recogida en una alta cola con los cabellos tan estirados que hacían que los músculos de los demás se dolieran— era una masa negra que bajaba en cascada sobre sus hombros y en torno a sus perladas mejillas. Sus enormes ojos como de obsidiana con su toque de raza alienígena, que daban la impresión de mirar desde un fresco grecorromano, estaban desorbitados por alguna terrible calamidad. Le costaba respirar. ¿Habría corrido por todos los pasillos?

Riker se precipitó por el puente hasta colocarse justo al pie de la plataforma.

—Deanna... ¿qué sucede?

Ella jadeó un poco, con sus perfectas cejas tan fruncidas que le formaban dos marcadas arrugas sobre el hueso nasal.

—¿Por qué... por qué hay alerta amarilla?

Incluso ahora hablaba con suavidad, las palabras tocadas por el ligero acento alienígena betazoide. Estaba luchando con ahínco para recobrar la compostura, pero era evidente que algo la desasosegaba.

Riker se acercó un paso más con la esperanza de tranquilizarla.

—Estamos intentando cerrar órbita en torno a eso. —Hizo un gesto hacia la pantalla, pero su mente no se encontraba en la misma más que la de ella. Separó los labios para decir algo más, pero Data lo interrumpió.

—Estamos disparando al interior de la atmósfera para obtener lecturas de retroalimentación. A pesar de que el núcleo no está en estado ígneo, el planeta libera tres veces más energía de la que debiera, principalmente en radiaciones de onda larga. Tenemos que permanecer alerta por si se produjeran ondas de choque o retrocesos gravitacionales...

—Data —le espetó Riker, mientras deseaba que tuviera un interruptor de apagado. Silenció al androide con una mirada feroz, y luego volvió a mirar a Troi.

—Tendría que haberle dicho a la computadora que se saltara el procedimiento estándar y no la llamara aquí arriba. Es culpa mía.

Ella tendió una mano en lo que comenzó como un gesto tranquilizador, pero mientras hablaba se transformó en el tipo de movimiento que hace una mujer cuando quiere apoyarse para conservar el equilibrio.

—No... no es culpa suya...

El capitán avanzó hasta colocarse junto a Riker.

—¿Qué la está trastornando, consejera? —le preguntó con suavidad pero con un

atisbo de impaciencia.

Los ojos delineados en negro de ella se entrecerraron debajo de las cejas unidas por el fruncimiento del ceño.

—Oí algo... en la mente...

—¿Puede describirlo? —inquirió Riker. Una punzada le recorrió la columna vertebral. Las capacidades telepáticas de Deanna Troi siempre lo ponían nervioso. No era exactamente incredulidad, pues nadie podía poner en tela de juicio las características mentales betazoides, sino una especie de desconfianza.

Ella retrocedió un paso.

—Lo siento... —Parpadeó, respiró en profundidad y fingió recuperarse—. Capitán, lamento la interrupción. No tenía intención de alterar sus pruebas. Le ruego que me excuse.

Antes de que ninguno de los hombres pudiese hablar, ella realizó una rápida y nerviosa salida.

Riker miró fijamente las puertas del turboascensor. —Nunca la he visto actuar de esa manera —murmuró. Data se levantó y avanzó algunos pasos hacia la rampa. —¿Está enferma la consejera Troi? —Se trata de otra cosa —decidió Riker, hablando en voz baja, más para sí que para Data.

—Se ha comportado de manera anormal.

Entonces él apartó los ojos del turboascensor y le lanzó a Data una mirada que habría causado una contusión de ser un golpe.

—No creo que esté usted capacitado para emitir un juicio —le ladró.

Picard ladeó medio cuerpo y dijo:

—Permiso para abandonar el puente, número uno. Temporalmente.

—Gracias, señor —replicó Riker—. No tardaré mucho. —Tuvo que reprimirse o hubiera saltado hacia el turboascensor. Lanzó otra mirada cáustica a Data antes de salir.

Picard suavizó el momento con una serena frase referida a la prueba científica.

—Continúen con los disparos fásicos a intervalos regulares.

Data apartó de su mente la punzante reacción de Riker que lo confundía, y se sentó ante su habitual puesto de observación, a proa del puente.

—Los terminales científicos están ahora recibiendo información continua del núcleo planetario, capitán. —Bajó la voz como les había visto hacer con frecuencia a los seres humanos, y dijo a LaForge—: El comandante Riker está molesto conmigo.

LaForge se encogió de hombros. Miró al androide pero no vio lo que los ojos humanos verían. El calor corporal del androide estaba distribuido de forma desigual por el cuerpo de alta tecnología, un cuerpo muchísimo más denso que uno humano de igual volumen. Las secciones de infrarrojos estaban localizadas en forma de puntos nítidos, mucho más definidos que las burbujas infrarrojas de un cuerpo humano, y

LaForge podía distinguir con claridad los lugares en los que se había injertado material orgánico dentro de los intrincados mecanismos. Data despedía un aura electromagnética, pero no era precisamente una tostadora.

—Podría tratar de ser un poco menos rígido. Aprenda más jerga —coloquialismos, imágenes— o algo así.

Los labios de Data se sumieron.

—Jerga. Lenguaje coloquial, palabras no normalizadas, habla de la calle... con frecuencia es imprecisa. He intentado incorporar ese tipo de habla en mi uso del lenguaje, pero ha sido en vano, no consigo fluidez.

—Eso se debe a que lo usa como si todavía estuviera entre comillas. Utiliza las palabras aisladamente en lugar del sentido total de la frase. Tiene que tratar de emplear la jerga en un tono más desenvuelto.

—¿A qué propósito sirve, en realidad?

LaForge se inclinó hacia él y le habló con delicadeza.

—Lo hace a uno más asequible. Cátelo.

Mientras sus labios pronunciaban en un susurro esa última palabra, una expresión perpleja se apoderó del semblante de Data. A diferencia de los momentos en los que trabajaba con gran ahínco en sus expresiones y acababa pareciendo un payaso de vodevil, estos instantes le conferían un aspecto más humano que cualquiera que él pudiese forzar; eran los instantes en los que las emociones humanas afloraban a su rostro.

—Catar... saborear un vino, probarlo... ¡ah! Una prueba, un intento. Sí, catarlo. Lo cataré. Computadora, muéstreme todos los bancos disponibles de diccionarios sobre la jerga terrícola y usos del lenguaje en sentido no recto, carga rápida.

La computadora despertó a la vida en el panel que tenía delante y su voz femenina, en un tono más natural que el de Data, preguntó:

—¿De qué idioma?

—Siempre he pensado que necesitaba usted una afición —masculló LaForge tras repantigarse en su sillón.

Abruptamente, se produjo un sonido en el alcázar, algo parecido a un gruñido, pero se apagó con la misma celeridad y fue reemplazado por la resonante voz de bajo del teniente Worf que miraba su monitor.

—¡No es posible!

El capitán Picard apartó la atención del gigante gaseoso y se aproximó a su propio asiento de mando tras el cual la barandilla en forma de herradura se curvaba hacia arriba y a lo largo de la consola táctica. Más allá, Worf se hallaba de espaldas al puente, contemplando su monitor de situación como si su insatisfacción pudiera atravesarlo. Por supuesto, con un klingon, ése podía muy bien ser el caso.

Invocando de manera automática la dosis de calma extra que se sorprendía

empleando con Worf, Picard requirió:

—¿Teniente? ¿Sucede algo?

—No estoy seguro de haberlo visto —escupió el klingon.

Pero la jefa de seguridad Tasha Yar volvió a medias su armónico cuerpo sin apartar las manos de su consola, y dijo:

—También yo lo he visto.

—¿Visto qué? —exigió saber Picard.

—Una vibración energética, capitán. —La muchacha se echó hacia atrás un mechón de sus cabellos de corte masculino—. Una enorme. Ha atravesado todo el sistema solar.

Sólo un paso llevó a Worf junto a Tasha.

—Muy rápida y de una potencia extraordinaria, señor... un haz de rayos refractivos, parece. Como un barrido instantáneo de sensores.

—Fue disparado con una velocidad excesiva para provenir de un sensor —declaró Tasha al punto.

—¿Qué, entonces? —tronó la voz de Worf—. Ahora no hay ni rastro de ello.

Picard aprovechó la discusión para encubrir su desplazamiento rampa arriba hasta la terminal de seguridad, donde consultó la memoria inmediata. No se veía nada.

—¿Podría haberse tratado de una aberración? ¿Una retroalimentación de nuestros propios experimentos?

—Señor, procedía de fuera del sistema solar —replicó Tasha, con la garganta rígida, como le ocurría siempre que se permitía emocionarse.

—Localícelo.

—No queda nada que localizar —contestó Worf con aspereza.

Picard alzó la cabeza.

—No emplee ese tono conmigo, teniente. Todavía no estamos en una crisis.

El enorme rostro de Worf no adquirió ni por asomo una expresión de disculpa, dada la característica particularmente animal de su cráneo surcado como por un costillar propio de sus antecedentes raciales klinzhai, rasgo que había emergido como dominante durante la última depuración klingon. Worf era imponente; de hecho, era lisa y llanamente aterrador, porque los otros miembros de la tripulación siempre podían ver que el controlarse le resultaba una tarea dolorosa, y era posible que algún día abandonase ese esfuerzo.

—Lo siento, señor —tronó—. Estaba allí durante nuestro último disparo fásico, y luego desapareció. —Apoyó sus grandes manos sobre el panel táctico y le echó una mirada feroz a la pantalla—. No me gusta. Es como ser observado.

Picard se balanceó sobre los talones durante un contemplativo instante, con los ojos semicerrados.

—Podría tratarse de otra nave. Asegurémonos de que no nos pasan por alto.

Darnos a conocer e identificarnos es parte de nuestro trabajo. Ponga los sensores en sondeo amplio. Teniente Data, usted encárguese de la transmisión de todas las frecuencias estándares de llamada con saludos en todos los idiomas y códigos interestelares así como en traducción automática universal.

—Marchando.

—Teniente LaForge, sáquenos de la órbita. Suspenda las pruebas del gigante gaseoso hasta que comprobemos la situación del sistema solar.

—Sí, señor. Suspendiendo situación orbital.

LaForge pulsó los controles del hermoso panel sin mover apenas las muñecas, y con esa misma facilidad sacó a la descomunal nave del campo gravitatorio del gigante gaseoso. Durante la maniobra, mientras la nave estaba a salvo bajo el control de la computadora navegacional, se tomó un momento para mirar a Data.

Cuando miraba a los otros miembros de la tripulación, veía las capas de infrarrojo que podía intensificar según sus necesidades; la sangre corriendo dentro de las arterias, las arteriolas y los vasos capilares y demás, pero los veía mejor que una computadora porque su cerebro actuaba como un descodificador y era más intuitivo que cualquier computadora. Por encima de esa imagen infrarroja, como una media de nailon sobre un maniquí, veía la piel y un confuso brillo de fino vello. Aquellos simples humanos parecían iluminados desde el interior, y tenían un suave fulgor.

Pero Data... Data era una obra de arte. Sólo Geordi podía ver los preciosos y remotos materiales, brillantemente combinados; los diferentes niveles de calor y frío; las diferentes densidades en las que lo metálico se encontraba con lo sintético, donde lo sintético se unía a lo orgánico y formaban todos una red. Veía la densidad del cuerpo de Data, y los millones de diminutos impulsos eléctricos que lo mantenían en funcionamiento y corrían como enjambres de insectos por su cuerpo cuando trabajaba más intensamente o se concentraba algo más y empleaba una fuerza mayor. Pero no era como mirar a la computadora que tenían delante ni al mecanismo del dispensador de café y comida. En absoluto. Éstas eran máquinas.

LaForge tenía a veces la sensación de que la gente olvidaba que él también podía oír. Había oído el tono de Riker justo antes de que abandonara el puente. Había captado la agitación en la voz de Data cuando mencionó que Riker no estaba contento con él. Data era algo mecánico, pero para Geordi LaForge no era una máquina.

Geordi se permitió mirar abiertamente el rostro de Data mientras el androide fulgía de concentración. Vio la estructura de los huesos faciales sintéticos, diminutos ligamentos alimentados por sangre unidos a los intérpretes de impulsos, cubiertos por la fría membrana que era su piel. Geordi tenía un rostro hermoso, sin temor de sus propias expresiones, una cara que podía mostrar muchos sentimientos —desde la valentía al cálculo, desde la confusión a la compasión a aquellos que fueran lo bastante sensibles como para captar los cambios casi imperceptibles. Y los ojos de

Data, por mucha apariencia de azufre que tuvieran, eran siempre de una dulzura infalible.

Geordi sacudió la cabeza y masculló: —... Y una leche una máquina. Picard levantó la cabeza.

—¿Teniente?

—Distancia de seguridad, señor.

—Hable en voz alta, entonces.

—Sí, señor.

El zumbido de la puerta sonó con claridad, pero Troi no contestó. Una vez más, las luces danzaban sobre su rostro, pero no las de la alerta amarilla. Estaba sentada ante su escritorio, observando una holografía que simulaba el movimiento de un océano azul. Al final de la holografía, de treinta centímetros de ancho, el océano desaparecía y se transformaba en mesa. En el centro justo del fragmento de agitadas aguas había una imagen tridimensional de una antigua embarcación militar. Tenía forma de cuña e iba sobrecargada de estructuras metálicas gris acero que carecían de significado para ella. En la pantalla aparecía una descripción sencilla: «Primer barco de vapor con hélices de hierro, *Gran Bretaña*».

Frunció el ceño y pulsó el botón para la siguiente selección. La imagen tridimensional pareció desintegrarse con un leve sonido implosivo, al tiempo que giraba sobre sí misma, y finalmente se recompuso en un objeto bastante distinto, mayor, más plano, que se desplazaba traqueteante. En la barra inferior del monitor se leía: «Petrolero, *Edmund Fitzgerald*, perdido junto con toda la tripulación, Lago Superior, Michigan, Estados Unidos, la Tierra, 1975».

Troi pulsó el botón casi con furia. No eran las correctas. No lo eran. La imagen siguiente apareció casi al instante, un gran barco, en negro, blanco y rojo, muy elegante, obviamente destinado a transportar gente. Gente... eso era correcto. Miró la información de la pantalla. «Crucero de lujo *Queen Elizabeth II*, Líneas Cunard, la Tierra.»

No... no... Los labios teñidos de color mora de Troi perdieron su forma perfecta. No. Su dedo volvió a pulsar.

«HMS *Dreadnough*, barco de guerra, Gran Bretaña, la Tierra, 1906.»

Se inclinó hacia delante como si reconociera algún elemento... el color, el porte de aquella nave... se acercaba. Volvió a pulsar el botón, esta vez diciendo:

—Este tipo de embarcación.

—Ésta es una embarcación naval defensiva/ofensiva que fue utilizada durante la Primera Guerra Mundial y después —informó cortésmente la computadora.

—Continúa.

La holografía cambió y ella se halló ante otra nave del mismo tipo, pero vista

desde un ángulo diferente mientras rompía a través de las olas el pequeño fragmento de mar. Su proa gris pizarra se alzaba y bajaba. La imagen de la computadora fue girando entre parpadeos para proporcionar una visión completa desde todos los ángulos. A Troi le daba la impresión de estar observándola desde otra nave semejante. Tenía una cierta gracia tosca, sin duda fuerza, pero carecía por completo de luces, a diferencia de las naves estelares que parpadeaban en amarillos y blancos, ni sus relumbrantes rojos, sus vibrantes azules eléctricos.

«Crucero Aegis, construido por SYSCON para la armada de Estados Unidos, la Tierra, 1988.»

El zumbido de la puerta sonó por segunda vez.

—Eh... ah ...Adelante.

Ella dejó que la anticuada nave surcara las aguas del diminuto mar que tenía ante sí, y levantó los ojos para ver a Will Riker entrar en dos zancadas. En cuanto se abrió la puerta, los ojos del primer oficial se fijaron en los de ella. ¿Cuánto tiempo había estado esperando ahí fuera? Ahora recordaba vagamente que el zumbido había sonado una primera vez.

—Estaba preocupado por ti —declaró. Se sentó en el otro asiento y apoyó un codo sobre el escritorio, muy cerca de la holografía. El pesado navío avanzaba salpicando hacia él, y sin embargo permanecía en el mismo lugar—. No sabía que fueses aficionada a la historia. —Señaló con un ademán el Aegis—. Es bonita.

Troi inclinó su oscura cabeza.

—Nunca había visto algo parecido.

Eso suponía el fin de las frases introductorias, advirtió Riker. Algo en el tono de ella le decía que su frase era más significativa de lo que pretendía ser.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó él, ahora ya sin disimular su comportamiento en el puente.

Ella encogió un solo hombro y sacudió la cabeza mientras una sonrisa avergonzada afloraba a sus labios.

—¿Has visto lo que hice? Me siento tan violenta... Nunca antes había confundido un sueño con la realidad. Debo haber tenido un aspecto realmente gracioso. ¿Se rió alguien?

—¿Alguien? —dijo Riker con picardía—. Tendrías que haberlos visto a todos. Al capitán Picard tuvieron que retirarlo del puente, Worf estaba...

—¡Oh, venga ya! —Ella le dio un golpe en la rodilla más cercana y volvió a reírse entre dientes de sí misma.

—Yo no me preocuparía por ello —comentó Riker al tiempo que apoyaba sus anchas espaldas contra el respaldo—. Todo el mundo hace algo así antes o después. Cuanto más imperturbable es uno, peor parece la tontería que comete.

—¿Yo soy imperturbable? —inquirió ella mientras volvía a ensancharse su

sonrisa.

—No lo sé, consejera —replicó él—. No recuerdo la última vez que te miré y vi sólo a la profesional. Tengo cosas más sugestivas que recordar.

Ella frunció los labios, se inclinó hacia delante, haciendo caso omiso de la holografía del barco mientras éste continuaba su no-viaje, y descansó el mentón sobre una mano.

—Cuéntamelas, Bill. Hazme sentir mejor.

—Dedúcelo tú misma. De entre toda la gente, tú eres quien mejor las conoce.

Ella se enderezó.

—Eso no es muy consolador para alguien que acaba de irrumpir en el puente presa de un delirio.

Los brillantes ojos de Will Riker destellaron ante ella con expresión traviesa.

—¿Quieres consuelo? ¿Qué tal esto? Fui destinado como segundo oficial a bordo de una destructora justo después de ascender... hace unos mil años, si la memoria no me falla. Recogí las órdenes de destino en la Base Estelar Dieciocho, entré las coordenadas de la nueva nave en el transportador, subí a la plataforma y, de repente, allí estaba. Me pavoneé por ahí siendo el todopoderoso segundo oficial, inflado como un *soufflé*, y estábamos a diez horas del muelle espacial antes de que me diera cuenta de que me había transportado a la nave saliente incorrecta.

—¡Bill!, no...

—Y la nave en la que había aparecido tampoco era una destructora. Era la *Yorktown*... una nave estelar clase «Excelsior» que partía hacia una misión de dos años. Su capitán hacía que Picard pareciera san Francisco de Asís. Su lanzamiento ya se había retrasado cuatro días por embrollos diplomáticos, y allí estaba el segundo oficial Riker teniendo que presentarse ante el verdadero segundo oficial.

A esas alturas ella tenía una mano sobre la boca, y separó los dedos lo justo para balbucir:

—¿Qué hicieron?

Él tendió las manos abiertas ante sí.

—¿Qué podían hacer? Hicieron dar media vuelta a aquella nave descomunal y retrocedieron lo avanzado para encontrarse con la destructora a bordo de la que yo debía estar. Y allí se encontraba la destructora, teniendo que reunirse con una nave estelar sólo para recoger a su segundo oficial que tendría que haberse presentado a bordo diez horas antes.

—Oh, cielos...

—Así que deja de quejarte.

—¿Esa historia es verdadera? ¿No te la has inventado para hacerme sentir mejor?

—¿Inventarla? Deanna, nadie en su sano juicio podría inventar algo tan horrible. Parece la típica broma pesada que alguien le hace al novio la noche de bodas... la

única diferencia es que yo me la hice a mí mismo. —Mientras sacudía la cabeza reflexivamente, agregó—: Nunca pude volver a mirar una plataforma de transportador del mismo modo que antes. Siempre me pregunto si acabaré transportándome por error a la ducha de alguien. Y lo peor aún estaba por pasar. ¡Dos años más tarde fui de verdad destinado como segundo oficial a la *Yorktown*, y tuve que volver a presentarme ante aquel capitán!

Ella profirió una risilla, lo que le confirió un insólito aire aniñado.

—¿Se acordaba?

—¿Acordarse? Lo primero que me preguntó fue si había estado escondido en la bodega durante el tiempo transcurrido.

Ambos estallaron en carcajadas que llenaron toda la habitación en penumbra, lo cual acabó por distender a Deanna Troi.

Al observarla con atención, Riker se dio cuenta de que ella había captado sus sentimientos, de hecho se había ruborizado. Al principio intentó disimularlo, pero sabía que no serviría de nada. Para Deanna, el retraerse era tan perceptible como las imágenes de una pantalla. No tenía sentido. Deseó poder sentirse así de relajado con los otros miembros de la tripulación.

Permanecieron sentados, juntos, sonriéndose el uno al otro, arropados por sus recuerdos, las intimidades de una relación y un pasado que no les habían permitido captar a nadie más de a bordo. Era como comenzar de nuevo, con toda una naciente vida por delante, como si hubiese una segunda oportunidad para la atracción que sentían el uno hacia el otro, pues nadie más lo sabía. Nadie más en toda la nave sabía nada.

Apartando la mirada del dulce rostro de ella, Riker miró la insólita holografía que tenía al lado.

—¿Tuviste una pesadilla? —preguntó.

La expresión de ella le borró la sonrisa. Se obligó a no decir nada más, a darle una oportunidad para responderle cuando pudiera, mientras contemplaba abiertamente sus turbados ojos de color ónice.

—Sí... una pesadilla —murmuró Troi—. Pero en esa pesadilla sentía las emociones de los extraños que había en ella. No se trataba de algo que pudiera reconocer... eran nítidas imágenes de cosas de las que nada sé. Nombres que nunca he oído.

—¿Qué nombres? —preguntó Riker animándose.

Ella desenredó en su mente el recuerdo y se obligó a hablar.

—Estaban Vasska, Arkady, Gork... Gorsha... esos sonidos no me resultan familiares. Y no entiendo por qué tenía que oír nombres. Yo no puedo hacer eso. Sólo puedo leer algunas emociones. Nunca he sido capaz de establecer una comunicación completa.

Él se le acercó un poco más.

—Pero tú eres una betazoide. ¿Qué tendría de sorprendente que pudieras...?

—No puedo. Nunca he podido —insistió ella mientras se preguntaba si conseguiría hacérselo comprender—. Tú no entiendes lo que significa comunicarse a través de la mente. No conoces los problemas, las incomodidades de tratar con razas que no pueden ocultar sus pensamientos. Es como si un vidente entrara de pronto en un mundo de luces y colores caóticos, o si una persona con sentido auditivo penetrara de pronto en un sitio que no fuera más que ruidos incontrolados. En un caso, la luz sería cegadora; en el otro, el estruendo enloquecedor... He trabajado muy duramente para separar mis pensamientos de los pertenecientes a los demás, Bill, y lo he hecho bien. Entenderás por qué me perturba el experimentar algo tan desconocido como esto.

—Deanna, fue un sueño —le dijo él con tono tranquilizados, cubriéndole una mano con la suya.

—Pero no lo fue —insistió ella, en un susurro—. Al menos... no del todo.

Él la creía. Deanna Troi era la quintaesencia de la profesionalidad y nada dada a las fantasías que frecuentemente exhibía su raza betazoide.

—¿Le has pedido a la computadora que buscara los nombres? —le preguntó sin que mediara pausa.

Troi se retrepó en el sillón, relajándose por fin.

—Computadora, fin de la consulta y de la sesión.

La holografía dio un chasquido eléctrico, se hundió en un diminuto núcleo de luz como un balón que perdiera de pronto todo el aire, y se apagó.

—¿Lo has hecho? —insistió él.

—Supongo que tendré que hacerlo.

—¿Por qué lo dices de esa forma?

—No me gusta ceder a los sueños. Riker la miró, dubitativo.

Sin darle tiempo a formular comentario alguno a lo que acababa de decir, ella preguntó:

—Bill, ¿qué piensas tú? ¿Crees que podría utilizar mejor mis talentos de alguna otra forma mejor?

—No te referirás a dejar la nave, ¿verdad? No estarás pensando en eso.

—Tal vez —replicó ella—, si es así como mejor puedo servir a la Federación.

La desesperación se apoderó de él. Por mucho que la hubiera... sí... evitado, por mucho que temiera que su pasada relación sentimental entorpeciera su eficacia como primer oficial, la perspectiva de que ella desapareciera repentinamente de su vida lo hería como un cuchillo.

—¿No te gusta estar aquí? —preguntó, cuidando el tono de su voz—. ¿No te gusta estar destinada en una nave estelar?

—Me gusta mucho —contestó ella—. Sí, mucho. Pero a veces... ¿te imaginas lo que es estar en el puente y darme cuenta de que no tengo nada que hacer?

Con otra sacudida de la cabeza, Riker dio unos golpecitos con un dedo sobre la mesa y le soltó:

—No tengo que hacerlo. Es lo que la tradición marca para los primeros oficiales de todo el universo. Si miras la voz «primer oficial» en el diccionario de navegación, dice: «No usar hasta que surja una crisis». Escucha, hace falta tiempo para que un puesto nuevo cuaje. Cuando nos dediquemos de verdad a las misiones de exploración, creo que te vas a encontrar hasta el cuello de trabajo. Mantenernos cuerdos en el espacio último... ahí es nada. El psicólogo de una nave está sólo después del médico jefe en las misiones en el espacio último.

Ella sonrió con dulzura ante el sincero esfuerzo de él y murmuró:

—¿Y el telépata qué?

Para eso Riker no tenía una respuesta preparada.

Troi captó la preocupación de él y forzó una sonrisa para suavizar esa angustia. Penetró en los profundos ojos azules de él, como lo había hecho tanto tiempo atrás, y los surcó del mismo modo que el crucero de la holografía había surcado el mar azul. ¿Cómo podría hacérselo comprender? ¿Podía algún ser humano entender lo incómoda que se sentía constantemente? Sabía que la gente se sentía incómoda en su proximidad porque pensaban en ella como en una especie de *voyeur*, mirando siempre por el ojo de las cerraduras de sus pensamientos. «Mirona mental», la llamaban algunos. Muchos la evitaban, así que ella procuraba siempre ser más metódica e imperturbable frente a su extremadamente no metódico talento... e incluso esa práctica se había vuelto contra ella.

Fría, la llamaban. Una «mirona mental» sin sentimientos.

¿Cómo podía decirle que un pasillo atestado de gente era un lugar vacío para Deanna Troi? Un lugar árido y solitario. Hacía un tremendo esfuerzo para esconder en su interior que se había quedado aislada de todo menos de los ojos de ellos, acusada de un crimen que ella se negaba a cometer. Entre los integrantes de su pueblo ya no podía moverse con soltura; habiendo forjado su disciplina de una forma casi obsesiva, no podía abandonarla durante los cortos períodos que pasaba entre betazoides. Así perdida entre ambas comunidades, malinterpretada por los demás como altiva, se había transformado en una mujer con sentimientos que caminaba eternamente sola.

Incluso ahora ocultaba estas verdades ante William Riker y sus dulces ondas de preocupación.

Deanna tragó saliva de forma casi imperceptible y separó los labios.

—Anda, dímelo... ¿qué sucede? ¿Qué te perturba?

Pudo ver y sentir que él sopesaba si decirle o no lo que estaba pensando, y luego,

casi de inmediato, cambiaba de opinión.

—No me gusta verte experimentando dolores que no son tuyos —admitió él—. No me parece justo para ti.

—Es mi naturaleza —le dijo Troi—. La herencia que recibí del pueblo de mi madre. Es la naturaleza de la telepatía. Sí, podría cerrar mi mente, hacerme más solitaria, como vosotros, pero he hallado la forma de resultar útil. Tengo suerte, como verás —agregó forzando una sonrisa—. Puedo experimentar las emociones y sin embargo permanecer objetiva.

Él pensó en la extraña embarcación que acababa de desaparecer de encima de la mesa que tenían al lado, y se encogió de hombros.

—Creo que nunca lo había pensado de ese modo.

Troi retiró la mano de debajo de la de él, luego la posó sobre la misma y presionó levemente.

—Hay más cosas que pueden sentirse aparte del dolor, ¿sabes? También puedo sentir amor.

Riker se permitió una sonrisa sentimental. Durante un momento aislado compartieron algo que ninguno de los dos tenía una seguridad absoluta de que aún existiera entre ellos. El magnetismo era innegable, pero en ese mismo instante a Riker le atravesaron los peligros que aquello entrañaba.

—No puedo quedarme —dijo—. Tengo que volver ahí arriba y actuar como si fuese indispensable.

—Lo sé.

Él le levantó el mentón con un dedo curvado.

—Procura relajarte. Todos tenemos ese tipo de sueños alguna vez. Sólo quería asegurarme de que te encontrabas bien.

Troi le sonrió con afecto.

—Estoy bien —repuso Troi.

Riker le apretó una mano, sintiendo de alguna manera que no había conseguido aquello para lo que había acudido allí. Bueno, no tenía sentido caer en la sensiblería. Avanzó hacia la puerta y efectuó lo que para él fue una torpe retirada.

La puerta se desplazó hacia un lado y luego volvió a cerrarse automáticamente a sus espaldas, dejándolo solo en el corredor mientras daba uno o dos pasos largos en dirección al turboascensor del puente...

Y se detuvo en seco.

Había alguien delante de él. Habría jurado que el corredor estaba vacío un instante antes. El aire estaba helado, cargado.

El hombre era corpulento, casi tanto como Riker. Y quizás unos quince años mayor. Sus ojos aguardaban a los de Riker, y no apartó la mirada. Una onda gris era lo único que contradecía el vigor que desprendían sus espesos cabellos negros;

llevaba una gorra de uniforme bajo el brazo. Sí... llevaba un uniforme, un uniforme azul oscuro.

Riker reconoció vagamente el estilo, pero era casi un recuerdo de su inconsciente cultural más que algo procedente de su propia experiencia.

Los secos y pálidos labios del hombre se separaron. Su rostro se movió como para hablar, pero había una pared invisible entre ellos. No existía sonido ni sensación de calidez... De hecho, ahora el corredor se había llenado de un perceptible frío helado.

El enorme hombre, bien erguido, alzó una mano hacia Riker para llamarlo. O tal vez para pedirle algo —un gesto de súplica—, pero entonces su apuesto rostro se arrugó, su ceño se contrajo estrechamente, y unas arrugas de frustración como paréntesis se formaron a ambos lados de su boca.

Riker quedó inmovilizado durante esos momentos. Podría haber creído cualquier cosa cuando la silueta del otro hombre se hizo diáfana, y decolorándose, desapareció.

3

Capitán, estoy captando una señal de energía...

Tasha Yar se interrumpió y le hizo una mueca al panel de lecturas, confundida. Unos mechones del flequillo se le habían caído sobre los ojos como para insistir en que una parte de ella siempre se rebelaría contra la disciplina. Los pómulos de su delicada complexión lituana se sonrojaron levemente mientras exigía a los instrumentos que comenzaran a darle alguna información sensata, sobre todo porque el capitán Picard se encontraba a su lado y miraba esos mismos instrumentos.

—Ha desaparecido —declaró con amargura—. ¿Cómo puede ser? Worf, ¿tiene usted algo?

—Nada —tronó el klingon, respuesta que redobló la impaciencia de ella—. No me gusta.

—Cálmense, los dos —dijo Picard. Las lecturas parecían perfectamente normales. Aquellos dos exaltados eran de fiar, pero el incrédulo santo Tomás que había en él deseaba que sus propios ojos, o los de Data o LaForge, hubieran visto el destello de energía que Worf y Yar afirmaban que se había producido.

De pronto, Yar golpeó el panel con la parte inferior de ambas manos y gritó:

—¡Ahí está otra vez! ¡Pero ahora dentro de la nave! —Dio un manotazo al intercomunicador sin consultar a Picard—. ¡Seguridad a cubierta doce, sección A-tres!

—¿Dentro? —Picard se acercó más—. ¿Está segura?

—¡Ha vuelto a desaparecer!

—Compruebe que sus instrumentos no tengan un fallo de funcionamiento. Worf, haga lo mismo con los sensores de largo alcance.

—Sí, señor —contestó Yar respirando profundamente.

—Comprobando —anunció Worf, mucho menos agitado de lo que estaba Yar. Picard se enderezó.

—Y llame al señor Riker al puente.

Troi continuó mirando con aire pensativo hacia el espacio vacío en que el barco holográfico había estado avanzando por su escritorio. Su mirada era perdida, contemplativa, y a pesar de que había tratado varias veces de levantar la mano para pulsar «Restablecer» y «Continuar» en su tablero, algo la detuvo en cada ocasión. Ni siquiera conseguía pedirle de viva voz a la computadora que prosiguiera. Algo la detenía.

Había sido un sueño. Pero no uno formado dentro de su propia mente, de eso se sentía cada vez más segura.

La puerta volvió a abrirse, esta vez sin el zumbido de rigor y casi como por cortesía, y Riker volvió a entrar. Troi recobró el control de forma casi instantánea sobre su perturbada expresión.

Con un punto de fingida flamenquería en los ojos, ella le preguntó en broma:

—¿Has estado escondido detrás de la puerta durante todo este tiempo?

—¿Con cuánta energía estás alimentando esa unidad? —inquirió Riker.

Ella parpadeó.

—¿Perdón?

Él se detuvo, con el muslo rozando el borde de la mesa.

—Tus holografías están saliendo fuera.

Ella iba a responderle, pero la interrumpió el intercomunicador.

—Comandante Riker, se solicita su presencia en el puente. Preséntese en el puente, por favor.

Riker pulsó el comunicador de su insignia.

—Aquí Riker. Estaré allí de inmediato.

Devolvió su atención a Troi.

—Tu lección de historia... está saliendo al corredor.

Los labios de ella se separaban y unían al intentar comprender qué estaba diciendo él y hallar la respuesta correcta. La expresión de Riker, el tono de su voz, le decían que tenía que existir una respuesta y detestaba hacerlo sentir tan tonto como parecía la frase pronunciada... ¿de qué estaría hablando?

Finalmente se dominó.

—Pero eso no es posible —dijo con serenidad. Riker cambió el peso de su cuerpo al otro pie.

—Por supuesto que lo es. Deberías hacer que mantenimiento revisara la entrada de alimentación de esta unidad. Mientras intentaba evitar lo inevitable, Troi procuró no sentirse responsable.

—No —replicó—, no puede ser. ¿No lo recuerdas? La apagué antes de que salieras. No he vuelto a conectarla.

Sin cambiar realmente mucho, los azules ojos de Riker cobraron una dureza perpleja que no estaba en absoluto dirigida contra ella, sino hacia un misterio repentino. Los labios se tensaron tan levemente por encima del hendido mentón, que ella podría haberlo pasado por alto de no haber estado buscando cambios.

Troi entrelazó las manos sobre su regazo y resistió el impulso de tocarlo. Sorprendida por la inquietante percepción que captaba en los ojos de él, agregó:

—La unidad está completamente fría...

—Esto es una locura —se quejó Yar. Apretó su pequeña boca reduciéndola a una fibrosa línea y se obligó a informar a su expectante capitán de una forma más correcta

—. Seguridad informa de que no hay en absoluto ninguna actividad insólita en la cubierta doce, capitán. Mis instrumentos están en perfectas condiciones de funcionamiento. No lo entiendo.

A popa del puente, el capitán Picard tenía la espalda vuelta hacia los terminales y operacionales de navegación, y no vio que Data comenzaba a abrir la boca para ofrecer su opinión, ni vio a LaForge que le hacía un gesto al androide para que guardara silencio. Todos los demás observaron el movimiento y comprendieron su prudencia, en especial cuando Picard alzó la voz y rugió:

—Ya basta de explicaciones confusas. La próxima vez que aparezca esa descarga energética, quiero las computadoras de esta nave preparadas para grabarla. Tenemos la más avanzada tecnología de la Federación incorporada en el núcleo de la memoria y en las matrices activas de esta nave, y ustedes están aún confiando en la intuición y sus propios ojos. Ahora, cambien de circuito y dejen que la nave haga su trabajo.

El tono de su voz anunciaba de manera irrefutable que no quería decir que dejaran que la nave hiciera por ellos el trabajo, sino que debían realizar mejor su tarea, fundiéndose con los sistemas que tenían bajo las manos. Picard era el tipo de oficial al que no le gustaba que nada estuviera fuera de control.

Se balanceó sobre los pies mirando irritado la pantalla como si buscara algo y no pudiera encontrarlo, como si pudiese extraer por la fuerza una respuesta de las tinieblas del espacio, y consideró: «Demasiado jóvenes».

El turboascensor de babor se abrió y por él salió Riker, que escoltaba a Troi. Extraño... ella aún no parecía preparada para acudir al puente; todavía llevaba los cabellos sueltos y el informal uniforme corto en lugar del de una pieza que se ponía con mayor frecuencia; los dos permanecieron de pie ante Picard, con los rostros turbados.

—Capitán —pidió Riker—, ¿podríamos hablar un momento con usted, señor?

La angustia de Troi ya no era evidente. Había sido cuidadosamente ocultada por su profesionalidad una vez más, y sólo aquellos que la conocían muy bien podían advertir que tenía las manos enlazadas sobre el regazo con una fuerza algo excesiva, mientras les contaba su historia de sueños sentada en su sillón del área de mando. Era la única persona que podía hablar de ello.

Will Riker la observaba, obligándose a no interrumpirla, a no decir nada respecto de esa historia hasta que hubiera acabado también él de describir el incidente del corredor, por tonto que pareciera. Sencillamente se mantenía en segundo término mientras la atención de los demás estaba centrada en Troi, a la cual no le había resultado fácil contar al capitán que tenía sueños que no la dejaban en paz; y para Riker, el identificar claramente, el describir a aquella persona —o lo que fuere— que había visto en el corredor, había sido igual de trabajoso. Sólo la solícita atención que

dedicaba el capitán Picard a esas necias historias les demostraba que llevaba en la galaxia el tiempo suficiente como para no descartar cosas semejantes.

El capitán se hallaba ahora de pie ante Troi, absorto en su intento de casar la historia de los sueños de ella con lo que Riker acababa de contarle. Naves terrícolas, hombres de uniforme... en algo de eso había un denominador común. Estaba decidido a encontrarlo.

—¿Puede describir sus percepciones de modo más específico, consejera?

Troi ladeó su bonita cabeza.

—Intentaré verbalizarlas, capitán, pero debo advertirle que son explicaciones imprecisas. Las percepciones telepáticas resultan a veces demasiado vagas como para interpretarlas.

—Haga lo que pueda.

Ella asintió con la cabeza.

—Mi mente me describe varios períodos históricos diferentes, no necesariamente todos de la Tierra, aunque los más claros parecen referidos a seres humanos o humanoides. Tal vez eso no se deba más que a mi herencia humana... no puedo decírselo. Algunos, sin embargo... algunos son tan alienígenas que ni siquiera conozco palabra alguna para describir lo que he visto en ellos.

—¿Alienígenas, dice?

—Sí, lo son de forma muy obvia. Pero el barco que vi era sin duda alguna de la Tierra.

—Proceda con calma, ya llegaremos a eso. Continúe con sus sueños.

Troi hizo una pausa, aunque no larga. Picard no era un hombre al que a ella le gustase hacer esperar.

—Hay una nebulosa como de aprensión... urgencia... resistencia. Pero ninguna intención violenta.

—No puede estar segura de eso —la interrumpió Tasha desde su puesto situado a la cubierta de popa, con su serenidad habitual. Vio los ojos de Riker y la desaprobación que transmitían, pero continuó—: Quiero decir que... si hay sensaciones alienígenas, Deanna podría estar malinterpretándolas totalmente. Para los seres de otros planetas, esas impresiones podrían ser hostiles, agresivas o peligrosas.

—Es usted muy suspicaz, Tasha —intervino Riker en auxilio de Troi.

—Estoy haciendo mi trabajo —replicó ella. Ni un destello de justificación enturbió su convicción.

Tasha sabía perfectamente que ella era una mujer vehemente... lo cual constituía una ventaja. A diferencia de Worf, que siempre trabajaba para controlar su explosivo carácter klingon, Tasha defendería siempre el valor del suyo propio. Ahora, al devolverle la mirada, Riker vio eso en los ojos de la muchacha, en la subyacente violencia de su rostro, y la verdad es que lo hizo ceder. No fue hasta que permaneció

en silencio durante varios segundos, que él se dio cuenta de cuán completamente se había salido con la suya.

Troi captó de inmediato la tensión, aunque para eso no necesitaba tener poderes telepáticos. Era algo que la roía por dentro; su trabajo consistía en mantener bajo observación las emociones y estados mentales de los tripulantes de la nave estelar, guiarlos a través de las tensiones e interceptar los conflictos de veras peligrosos que surgían durante una navegación intergaláctica. ¡Qué espantoso ser la causa de esto... qué terrible!

Troi mostró la palma de una de las manos que tenía apoyada sobre el muslo.

—No... Tasha tiene razón, porque a pesar de que no hay percepción alguna de intención agresiva —declaró, haciendo entonces una pausa antes de decir lo que realmente la atemorizaba—, eso no cambia el hecho de que percibo atisbos de destrucción violenta.

Sin dar la oportunidad de que esa inquietante afirmación se apoderara de las imaginaciones de los oficiales del puente, Picard tomó asiento en su lugar con la esperanza de tranquilizarlos, a ella y a todos los demás. Era consciente de los efectos que esos pequeños trastornos estaban produciendo en la tripulación, en especial cuando veía el habitual aplomo de Deanna Troi destrozado de manera inexplicable.

—¿Puede concentrarse en eso? ¿Estamos en peligro?

—Eso es lo que me confunde, señor —contestó ella con firmeza—. A pesar de que veo imágenes de destrucción, no parece haber intención alguna en ese sentido tras ellas. Por otra parte, es claramente el producto de una mente y no un fenómeno natural. Y como ya he dicho, no hay intención violenta.

—Al menos, eso es tranquilizador.

—Pero, señor, usted no lo entiende. —Ella impidió que él se levantara con un ligero toque sobre el brazo—. Yo no debería estar captando ninguna imagen concreta. No está entre mis capacidades el recibir visiones y formas. Como tales —agregó con renuencia—, no estoy segura de que deba usted confiar en mi juicio.

Una sonrisa tranquilizadora apareció en el semblante de sumo rector de Picard.

—Confío en su interpretación, Deanna.

—Pero ella es sólo una telépata —señaló la doctora Crusher. Hasta ese momento, la doctora había sido una observadora silenciosa, fascinada tanto en lo personal como en lo profesional por aquella historia de desasosegantes impresiones y sueños desenfocados; y cuando su voz atravesó la evidente tensión reinante, añadió una nota de sentido común que los demás necesitaban en ese momento—: No es una... médium. Se dará cuenta de que existe una diferencia importante.

—Sí, es verdad —asintió Troi al tiempo que le dedicaba una mirada agradecida—. Eso es lo que yo quería decir. Ésa es la diferencia, lo que puedo hacer y lo que me veo obligada a hacer.

Tras reunir todas las piezas y obtener un mosaico con espacios en blanco, Picard movió la cabeza para expresar su comprensión de lo que le ocurría a Troi.

—Dígame qué está sintiendo —pidió—. Con una sola palabra.

Ella no respondió de inmediato. Pasaron largos minutos de inquietante incertidumbre mientras seleccionaba y descartaba posibilidades. Los que la rodeaban tenían los ojos fijos en aquel rostro que recorría los de ellos en vana búsqueda por la ignorancia que reflejaban.

Luego lo encontró. Al menos el que más se aproximaba. Por primera vez en todos esos minutos, Troi fijó la mirada en Jean-Luc Picard y sus labios formaron una palabra.

—Sufrimiento.

Cuando habló, ese sentimiento destelló en sus ojos. En ese instante se apoderó de ella la empatía por los seres cuyas impresiones le eran transmitidas, o era obligada a recibir. Era como si ella estuviera pidiendo, implorando ayuda. Tras una pausa, respiró hondo y suspiró, con sus hermosas cejas juntas al darse cuenta de que el impactante pleno sentido de la palabra no era captado por los demás. Al fin y al cabo, ellos no lo sentían.

Picard advirtió el cambio operado en su rostro.

—El sufrimiento puede ser muchas cosas —dijo.

—Sí —concedió ella—. Clínicamente yo lo definiría como un tipo de disforia. Pero sería inadecuado decir que no había sufrimiento físico. Sin embargo, no percibo sensación alguna corporal. Es algo bastante confuso, señor. Lo siento.

—Tiene permiso para dejar de decir eso, consejera —manifestó Picard. El capitán apoyó las manos sobre las rodillas y se puso en pie—. Ahora, vayamos a ver esos barcos.

Condujo al grupo hacia los amplios monitores de la sección científica de popa, donde Worf estaba apartándose para permitir que todos se colocaran alrededor de su puesto.

—Computadora, muestre embarcaciones militares de... ¿qué época ha dicho?

Troi dio un paso al frente, al tiempo que de alguna forma conseguía mantenerse cerca de Riker para extraer fuerza de su presencia.

—El que más familiar me resultó era de finales de mil novecientos ochenta, capitán. Un crucero, el Aegis, de acuerdo con los registros.

—Computadora, comience según especificación.

En la pantalla, casi al instante, apareció una imagen del Aegis en dos dimensiones.

—¿Es ése el barco correcto? —inquirió Picard.

—Oh, no, señor. Sólo el... tipo correcto. La época adecuada.

—Computadora, recorra naves de estas características.

El Aegis fue reemplazado por una embarcación diferente, luego por otra y otra, mientras la balsámica voz enunciaba las descripciones de cada una.

—Destructor... Armada de Estados Unidos... Torpedera, Armada de Estados Unidos... nave de soporte tecnológico, Real Mando Marítimo Canadiense... transporte anfibia ligero, Armada de Estados Unidos... submarino nuclear, Armada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas... Portaaviones clase «Invencible» aviación embarcada de despegue y aterrizaje vertical, Armada Real de la Gran Bretaña... Portaaviones de combustible convencional tipo CV, Estados Unidos...

—¡Pare!

Troi retrocedió ante su propio estallido, pero continuó señalando la pantalla.

—Éste se parece mucho.

—Se parece, pero... —la instó Picard.

—Pero... no lo sé. Conozco muy poco acerca de las embarcaciones de superficie.

—Computadora, especifique unidades semejantes.

—USS *Forrestal*, CV-59, puesto en servicio activo en octubre de 1955, Armada de Estados Unidos. —Muy bien, continúe.

En la pantalla apareció otra embarcación que tenía casi el mismo aspecto para los ojos inexpertos que la contemplaban en ese momento.

—Portaaviones de cubierta corrida, energía nuclear, tipo CV N...

—¡Sí! —exclamó Troi—. ¡Sí, así! —Se llevó una mano a la boca, profundamente conmovida por lo que veía.

Picard permaneció tranquilo, compensando la reacción de ella con su imperturbable calma.

—Computadora, especifique.

—USS *George Washington*, CVN-73, portaaviones clase *Enterprise*, puesto en servicio activo en enero de 1992, Armada de Estados Unidos.

Troi apartó la mano de su boca.

—Éste me resulta extremadamente familiar.

Un desasosiego tangible recorrió el puente. Todos los ojos parpadearon y se fijaron en la consejera. Por supuesto, ella lo sintió sin volverse a mirar. Cohibida, corrigió. —Bastante, según las impresiones que he estado recibiendo.

—Sí —murmuró Picard, lanzando a Riker una mirada por encima de la oscura cabeza de Troi—, por supuesto. Había dicho algo sobre nombres.

Troi tenía los ojos clavados en el portaaviones, como si temiera que pudiese desaparecer al igual que todas las otras imágenes.

—Vasska era uno. Arkady... y Gol... Gorsha... no, no es del todo correcto, no está completo.

—Data, suba aquí, por favor.

Tomado por sorpresa, Data casi se arrojó con violencia hacia ellos desde el nivel

inferior, y ocupó el asiento del terminal científico como si le hubiera picado el hecho de que no le pidieran antes ayuda. Riker se apartó un poco más de lo necesario, cediendo a una punzada de prejuicios, pero se obligó a desembarazarse de ella. Data era el más cualificado. Un instrumento que manejaba un instrumento.

Sin duda, Data estaba preparado para conducir la búsqueda a través del vasto núcleo de memoria de la *Enterprise*, centrándose en el tipo específico de portaaviones y los nombres que Troi había dicho; no solicitó que ella los repitiera. Casi se le enredaron los dedos en su precipitación por ser útil en medio de toda aquella charla de sentimientos, sensaciones y recuerdos.

Si realmente estaba contrariado no afloró a su rostro.

—Señor —comenzó—, me temo que esto podría llevar algún tiempo. Tengo que operar mediante un proceso de eliminación. ¿Me permite sugerir que me deje notificarle cuando lo haya cazado?

Si ésa era su forma cortés de pedirles que no estuvieran encima de sus hombros durante todo el tiempo, funcionó.

—Muy bien. —Picard hizo un gesto al grupo para que se marchara, y se inclinó hacia Riker—. ¿Qué ha dicho?

—Señor... —Tasha levantó la mano en un gesto que fue breve, pues la bajó al volverse Picard casi en el acto—. Soy lituana.

Picard se tragó el impulso de felicitarla por ello, y se limitó a preguntar:

—¿y?

—Reconozco esos nombres. Son rusos.

—¡Ah! Muy bien, teniente. Data, haga uso de ese dato.

—Puede apostar a que lo haré —soltó Data, y no vio la reacción de sorpresa retardada de Picard mientras se volvía hacia su terminal.

—Capitán... —Troi se volvió bruscamente—. Si me lo permite, me gustaría regresar a mi habitación. Tal vez pueda aclararme la mente. Concentrarme en estas impresiones y dejar que ellas se concentren en mí.

Picard advirtió que Data todavía lo observaba, como si los descubrimientos dependieran los unos de los otros... búsqueda por computadora y explosión mental.

—Es una estrategia sensata —replicó—, dado que no parecemos capaces de identificarlo más rápido de lo que puede hacerlo nuestro *software*. Pero quiero que tenga cuidado. Y recuerde que no hay nada lo bastante insignificante como para no informar de ello.

—Sí, señor —murmuró Troi, y mientras giraba en redondo hacia el turboascensor, captó la mirada de preocupación de Riker—. Se lo prometo.

El puente era espacioso, y el avanzar hacia el turboascensor resultó incómodo a Troi debido a que evitó deliberadamente que se le notara la ansiedad que la dominaba. Las piernas de Riker se tensaron; su empatía aumentaba con cada paso de

ella, deseaba acompañarla, poder ayudarla de algún modo. Al parecer, de un tiempo a esa parte, Deanna y él sólo podían ser una distracción mutua...

—Es una tía muy competente —comentó Data.

Lo dijo sin modificar el tono, sin expresividad ninguna.

Riker dejó de respirar. Picard le echó una mirada feroz. LaForge y Worf se tensaron, Tasha se sonrojó, Berv Crusher desvió la mirada.

Troi apenas estaba llegando al turboascensor. ¿Lo habría oído?

Data estaba sentado perpetuamente armado de buenas intenciones, como siempre, ligeramente girado hacia el resto de ellos, y cuando la mirada de reprimenda colectiva se posó sobre él, se sintió confuso. Miró de uno a otro.

—¿Chavala? ¿Bombón?

La puerta del turboascensor se abrió deslizándose hacia un lado. Una consejera preocupada entró en él.

—¿Niñata? ¿Muñeca? ¿Nena? ¿Tronca? ¿Colega?

—¡Data! —exclamaron a coro Picard, Riker y Yar, al cerrarse la puerta del turboascensor.

El androide reculó, y cerró la boca esbozando un puchero. Su dorado rostro adquirió una repentina expresión de inocencia; parecía vulnerable. Bajo la mirada de reprensión de ellos, se retiró a su búsqueda de memoria a través de la unidad central de proceso de la nave, y Picard captó el claro cambio en los hombros de Data cuando la atención dejó de centrarse sobre él.

—Todos a sus puestos —ordenó Picard en tono casual, con el fin de que la atmósfera del puente se relajara hasta que estos cuidados fueran innecesarios. La tensión no se disolvió del todo, pero cada oficial realizó un loable esfuerzo para no contribuir a que aumentara.

Desde un lado, Picard aceptó el gracioso gesto de asentimiento de la doctora. Reconoció el gesto decididamente profesional... Crusher no iba a darle una opinión... todavía no. Hasta que las cartas estuvieran todas sobre la mesa, no. Ni sobre el estado de agitación de Troi, ni sobre estos incidentes en nada concernientes a la medicina, ni sobre nada.

—Estaré en la enfermería, capitán —anunció con resolución, como si hubiese deliberado consigo misma—, por si me necesita.

Picard hizo un gesto en señal de conformidad para acusar recibo; fuera de toda lógica se sentía confortado por sus palabras, y una vez más el pasado volvió a interponerse entre ellos, la triste experiencia que los había convertido en conocidos hacía mucho tiempo, y que a la vez les había imposibilitado que llegaran a hacerse más íntimos. Mientras Crusher daba media vuelta y salía del puente, él la contempló con una punzada de pesar.

Tras soterrar sus sentimientos, Picard se aproximó a Riker con movimientos tan

ensayadamente sigilosos que el primer oficial no advirtió su presencia hasta que él habló.

—Señor Riker.

—Ah... Capitán... ¿sí, señor? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mejor pregúntese qué puede hacer por usted mismo. Vuelva a contarme lo que vio en el corredor.

Riker se puso rígido, disgustado, incómodo con la idea de que hubiera estado «viendo cosas». Aún tenía un nudo en el estómago, y las cejas contraídas por mucho que intentara relajar el rostro.

—Ojalá lo supiera. Me parecía tan sólido como me lo parece usted ahora... Lo parecía. Cuando se desvaneció, yo supuse que era una filtración de las holografías de Troi. Pero me equivoqué. Y no fue producto de mi imaginación.

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

—Porque no hizo lo que yo hubiera esperado que hiciese. Creo que mi imaginación obligaría a actuar a alguien como yo espero que actúe, pero esto... este hombre... tendió una mano hacia mí con expresión extraña. Es difícil, señor. Me gustaría ser más concreto...

—Capitán —llamó de pronto Data al tiempo que hacía girar su asiento—. Lo tengo, señor.

—Hola, mamá.

Wesley Crusher levantó la cabeza cuando su madre entró en las habitaciones de ambos procedente de la enfermería. Su rostro mostraba la típica suavidad de porcelana de la piel de dieciséis años, sus cabellos estaban peinados con una pulcritud un tanto excesiva, y la ropa meticulosamente arreglada sobre su flaca estructura. A Beverly Crusher le daba la impresión de que Wesley se esmeraba tanto con el fin de no parecer fuera de lugar entre el personal uniformado del puente, y como cualquier chico de dieciséis años lo llevaba al extremo.

—Wes —comenzó ella, no a modo de saludo—, necesito que hagas algo por mí.

Él se apartó contento de sus grabaciones escolares.

—Claro, mamá. ¿Qué?

—¿Está programado que subas hoy al puente?

—Bueno, no exactamente. El señor Data me ha pedido que lo ayude a catalogar algunas teorías de física en algún momento de esta semana, y yo pensaba utilizar eso como excusa para subir más tarde...

—¿Puedes hacerlo ahora mismo?

Wesley se puso de pie, cosa que lo hizo de pronto tan alto como su madre.

—¿De verdad? Quiero decir, ¿por qué?

—Cuida del puente por mí. El suave rostro de Wesley se arrugó.

—¿Eh?

—Quiero que te mantengas ojo alerta ante lo que suceda. Está pasando algo, y nadie parece seguro de qué. Pero afecta a Deanna Troi, y si no puedo recurrir a sus capacidades, al menos que si he de actuar tenga un conocimiento previo de primera mano.

Wesley hizo una mueca.

—Mamá —comenzó—, no tengo ni la más remota idea de qué me estás hablando. La doctora Crusher le dedicó una sonrisa triste.

—Quizá sea intuición médica. Llámalo como quieras, pero, anda, actúa como mi espía en el puente. Yo no puedo estar ahí arriba porque esta tarde tengo los chequeos pediátricos y, además, mi presencia resultaría demasiado evidente. ¿Lo harás?

Él se encogió de hombros, seguro de que había una trampa en alguna parte.

—Por supuesto que lo haré.

Ella le acarició una mejilla como solía hacer de vez en cuando, sólo para recordarse a sí misma que aquel hombrecito brillante, vivaz y alto continuaba siendo el bebé de tres kilos cuatrocientos gramos que apenas dormía por las noches hasta que cumplió los doce años.

—Gracias jovencito. Nunca olvidaré esto.

Ella se encaminó hacia la entrada, pero se volvió cuando Wesley preguntó:

—Mamá, ¿qué se supone que debo buscar, exactamente?

Beverly Crusher no aminoró la marcha mientras se giraba en medio de una secuencia de pasos.

—Usa la imaginación.

Riker entró en el camarote de Troi, titubeante. Sabía que la estaba interrumpiendo mucho antes de lo que ella esperaba. Y allí estaba... muy parecida a antes, mucho.

—Ya estás de vuelta, Bill —murmuró ella, y le sonrió. La penumbra de la habitación se iluminó apenas un poco. Lo tomó por sorpresa, como siempre lo hacía aquel «Bill».

Muy poca gente lo llamaba así, y en la nave, sólo Troi. Sólo Deanna.

—Lamento interrumpirte —dijo él acercándose, pero esta vez sin sentarse—. Lo creas o no, Data ya ha encontrado la ficha. No quería importunarte tan pronto, pero...

—No te disculpes —respondió ella—. No va de acuerdo contigo, la verdad.

Las cejas de él se alzaron. —¿Ah, no? Eso es malo. Troi se encogió de hombros. —Depende de la causa.

—Mi causa no puede darse el lujo de no saber cómo disculparse —replicó él—. Tal vez algún día...

—Tal vez algún día, capitán Riker. ¿No te parece? —Estás ensañándome, Deanna — la acusó él con una sonrisa que los betazoides puros no podrían ofrecer jamás.

Pagaré encantada el precio. De todas formas, no estoy segura de que sea éste el lugar para hacer esa contribución.

Riker entrelazó las manos y apoyó los codos sobre las rodillas, bajó la mirada durante un momento y luego la alzó.

—¿Sabes lo culpable que me haces sentir?

Troi volvió rápidamente los ojos hacia él, hizo una pausa y ladeó la cabeza.

—La verdad es que sí, lo sé.

Cogido con la guardia baja, Riker se ruborizó y no pudo mantener el control de su sonrisa, pero también ella continuaba sonriendo. Demonios, sonreía divinamente.

—¿Al puente, número uno? —sugirió Troi.

Él se puso de pie y le tendió una mano para que Deanna le diera la suya.

—Al puente, consejera.

—Adelante, señor Data.

Picard habló con serenidad; se hallaba de pie a la derecha de Troi, Riker a su izquierda, como si la presencia de ellos pudiera protegerla de lo que estaba por venir. Ella parecía bastante sosegada todavía, considerando que no había tenido ni la más mínima oportunidad de descansar siquiera la cabeza y asimilar todos los hechos. Data solicitó el registro que había descubierto.

—Señor, debo disculparme —dijo Data—. La búsqueda no fue tan exhaustiva como estimé en un primer momento. Las percepciones de la consejera Troi eran precisas y toda la información apareció encadenada.

—En ese caso, oigámosla, Data. No se demore.

—Sí, señor. Como puede ver en el monitor, éste es un portaaviones nuclear de cubierta corrida de los años mil novecientos noventa. Era un navío de la Unión Soviética que durante la realización de un ejercicio en el mar Negro desapareció misteriosamente, el veinticuatro de abril de 1995.

—¿Desapareció? —inquirió Picard con voz de trueno—. ¿Tiene idea del tamaño de un portaaviones nuclear, comandante?

A pesar de que Picard había formulado la pregunta a título retórico, Data le dio respuesta al instante.

—Oh, sí, señor. Hasta noventa mil toneladas, con una tripulación cinco veces superior a la de nuestra nave estelar.

El capitán se sintió tonto por haberlo preguntado.

—Muy bien, prosiga. ¿Cómo se llamaba esta embarcación?

Incluso Data fue consciente de la reacción de Deanna Troi cuando respondió de inmediato:

—El *Gorshkov*.

Los ojos de Troi se cerraron. El sonido de esa palabra la calmó por completo,

luego volvió a abrirlos y mantuvo un firme control sobre la avalancha de emociones... entre las cuales no estaba ausente la aflicción.

—Prosiga, Data —instó el capitán.

—Su capitán era Arkady Reykov. Tuvo un largo y agitado historial político antes de abandonar los asuntos públicos por un mando operativo en la Armada. El hecho de que desaprobara el sistema soviético le había causado algunos problemas, pero es evidente que su capacidad como oficial eclipsaba ese problema. Una experiencia semejante era de gran importancia en la URSS de aquella época, así que se le permitió continuar.

Riker escuchó la descripción simplificada de una enredada madeja internacional, todas las luchas y tensiones de aquella época irreflexiva, y no pudo evitar preguntarse qué habría sentido Reykov de haber conocido el futuro, de haber sabido que era un engranaje del mecanismo que llevó al cataclismo del siglo XXI en la Tierra.

—¿Y ese tal Vasska? —apremió Picard.

La respuesta, pronunciada tan tenuemente como los hilos de una telaraña que se rompieran entre dos hojas, no fue Data quien la dio, sino Troi.

Timofei...

Todos se volvieron a mirarla.

Troi recobró el aplomo y continuó.

Timofei Vasska. Creo que era el primer oficial.

Intranquilo, Picard se volvió a mirar a Data en busca de confirmación.

—Sí, es correcto —replicó Data, igual de intranquilo.

—¿Tenemos fotografías de ellos? —inquirió Riker.

Data lo miró.

—Posiblemente... déjeme buscar. Computadora, muestre todas las imágenes disponibles de Reykov y Vasska.

La computadora inició un largo zumbido, y después de unos segundos la agradable voz femenina volvió a oírse.

—Las únicas imágenes disponibles de los sujetos están en una fotografía de periódico tomada poco antes de la botadura del *Gorshkov*. En pantalla.

El monitor hizo todo lo posible para enfocar la fotografía, con mucho grano, de unos cien o más hombres uniformados, en apariencia oficiales del portaaviones, todos de pie, reunidos sobre la enorme cubierta plana. Las figuras eran pequeñas y componían un apretado grupo, pero a la izquierda había dos oficiales algo separados de los demás, los rostros desdibujados por la mala calidad de la fotografía.

—Allí —declaró Riker, señalando con un dedo—. Computadora, aumente a los dos hombres que están apartados.

Bruscamente, las dos caras aparecieron, algo borrosas pero a pesar de eso, eran apreciables sus acentuadas facciones y su expresión de orgullo.

—Es ése —murmuró Riker, al tiempo que volvía a señalar, esta vez al hombre corpulento de la derecha—. Ése es el hombre que he visto en el corredor.

Picard miró con detenimiento la firme mirada del oficial soviético.

—Reykov... —murmuró.

Al decir el nombre, advirtió que su reacción era instintiva. Nadie le había dicho que ese hombre era el capitán del *Gorshkov*, pero de alguna forma él lo sabía. Había cierta aura de compenetración con la nave, algo en el rostro que él, como capitán, comprendía.

Se volvió a mirar a Deanna Troi

—¿Consejera?

Ella se serenó, mirando el rostro que aparecía en la pantalla.

—Sí —respondió con voz queda—. Reykov y Vasska. —Data —dijo el capitán—, ¿tiene algo más sobre estos dos hombres?

El androide asintió con la cabeza.

—Sí, señor —contestó—. Timofei Vasska tenía treinta y cinco años, y llevaba mucho tiempo como segundo al mando de Reykov. Los datos están incompletos, pero algunos artículos sobre el incidente especulan sobre que ambos hombres eran amigos y podrían haber conspirado juntos para desertar con una modernísima tecnología de la época.

—¿Qué tecnología? —preguntó Riker con precipitación, sin importarle si la pregunta estaba fuera de lugar. Y sin saber si una cosa tenía relación con la otra; sentía la rigidez del delicado cuerpo de Troi a su lado, y habría hecho cualquier cosa para aliviar su miedo. Lo sentía con tanta fuerza que muy bien podría haber sido telepatía.

Data estaba a punto de responder cuando la puerta del turboascensor se abrió y Wesley Crusher entró en el puente, con sus largas piernas corriendo de tal manera que parecía ir sobre ruedas, y se detuvo en seco cuando todos los ojos se posaron sobre él. La plácida expresión del muchacho desapareció ante el impacto que le produjo la sorpresa... ¿por qué estaban todos reunidos en torno al terminal científico?

Permaneció inmóvil en el sitio durante un momento, y luego vaciló con torpeza y sonrió.

—Hola a todos...

El capitán se enderezó.

—¿Qué está haciendo aquí arriba a esta hora, señor Crusher?

A Wesley se le secó la boca. Era extraño, pero todo sonaba tan fácil cuando su madre habló del asunto...

—Yo... Yo, eh...

—Bueno, no tiene importancia. Haga lo que tenga que hacer y no vuelva a interrumpirnos.

Aconsejándose cautela a voz en grito para sus adentros, Wesley se encaminó hacia el otro monitor científico e intentó fingir que trabajaba, aunque no podía evitar echar una ojeada a lo que estaban haciendo los demás.

—Prosiga, comandante —ordenó Picard bruscamente.

Data le echó una breve mirada y retomó la información donde la había dejado.

—El *Gorshkov* llevaba a bordo un aparato especial, una vibración electromagnética que podía desviar cohetes y aviones. Ese dispositivo era nuevo en aquella época, pero los soviéticos habían acelerado las pruebas preliminares y abordado directamente el montaje en una embarcación de un generador de tales vibraciones.

—Bien —ladró Picard—, ¿pero qué les sucedió?

—...Sí. Al parecer, la embarcación fue... pulverizada. De forma inexplicable.

—¡Buen Dios! —suspiró el capitán.

—Quedó muy poco del portaaviones —continuó Data, hizo una pausa y agregó—: Y nada en absoluto de la tripulación. Riker intervino.

—¿Nada? ¿Ni un solo cuerpo en ninguna parte?

—Correcto. Las relaciones entre las principales potencias habían estado mejorando desde principios de los mil novecientos ochenta, pero cuando los análisis de los restos flotantes indicaron que la catástrofe fue provocada por un agente procedente del exterior en vez de un problema de los reactores del portaaviones, por ejemplo, el mundo estuvo al borde de un conflicto a causa de las mutuas acusaciones.

—No me sorprende —murmuró Picard.

—Pero no había ninguna prueba de que otra nación hubiera bombardeado el portaaviones. Sume a eso la aparición de siete aviones de la armada soviética pertenecientes al *Gorshkov* en un portaaviones de Estados Unidos, poco después... perdone, señor, no tenía intención de ser impreciso. La embarcación estadounidense era el *Roosevelt*, y estaba navegando por un mar cercano cuando los aviones soviéticos entraron en su espacio aéreo unos sesenta y nueve minutos después de haber presenciado la destrucción de su propia nave. Esos pilotos juraron que ningún misil era responsable de haber hecho polvo el *Gorshkov*. Los historiadores han teorizado que de no haber sido por el testimonio dado por esos pilotos inmediatamente después del accidente, las relaciones internacionales podrían haberse roto y la Tercera Guerra Mundial iniciado en ese mismo momento. Claro está que fue una suerte que esos pilotos fueran rusos y su informe pudiera ser valorado por el ultrajado gobierno soviético sin el escollo de las desconfianzas nacionales. De haber sido los testigos estadounidenses o británicos, puede que hoy no estuviéramos aquí. En resumen, ese asunto proyectó las más tenebrosas sombras entre las principales potencias durante décadas, y fue una verdadera lata para la diplomacia.

—Mmmm... gracias, Data —murmuró Picard. Frunciendo el ceño cogió a Riker

de un brazo, lo apartó a un lado y se inclinó hacia él—. ¿Por qué está hablando así?

Riker manifestó su sorpresa con una significativa mirada, pero al hacerlo desplazó la vista, como si le alertara un sexto sentido, no hacia Picard ni hacia Data, sino hacia Deanna Troi. Ésta contenía la respiración y miraba en dirección al terminal del timón, al teniente LaForge. El rostro de Troi estaba congelado en una actitud atónita mientras las sensaciones del oficial fluían hacia ella.

LaForge estaba levantándose del asiento, con lentitud, como un sonámbulo, con las palmas de las manos apoyadas sobre el tablero de control. Se levantaba tan lentamente que atrajo la atención hacia sí.

Para cuando Riker se apartó del capitán y llegó a la rampa, todos lo habían advertido y estaban tensos, observándolo, incapaces de apartar los ojos. La boca de LaForge estaba abierta y él se dobló como si le hubiesen golpeado en las costillas. Sus manos permanecían apoyadas en la consola, sus piernas en tensión y un poco flexionadas. Por supuesto, el visor ocultaba la expresión de sus ojos, pero por la postura de su cuerpo, el gesto de su rostro y labios, Riker pudo imaginar lo que transmitiría la mirada de un vidente: era víctima de un colapso.

Wesley avanzó hacia la rampa con su vigorosa altura.

—¿Geordi?

Riker chasqueó los dedos y le advirtió:

—Wesley, quédese donde está.

Pero el movimiento de Wesley había impulsado a Riker a seguirle.

LaForge respiraba con jadeos entrecortados. No respondía, sino que miraba de hito en hito —o al menos parecía hacerlo—, al frente y ligeramente a estribor de su puesto. Giró la cabeza aún más en esa dirección, y luego se volvió de modo parcial para recorrer con la mirada todo el lado de estribor.

Riker dio la vuelta y se situó delante del terminal del timón.

—¿Geordi?

—Señor... —LaForge continuaba volviéndose; se parecía más a un muñeco de una caja de música girando sobre un eje que a otra cosa.

Ante él, por toda la curva del puente, daban vueltas formas humanas. Muy diferentes de las figuras orgánicas de la tripulación; estas formas eran planas, brillantes, de un amarillo uniforme, delimitadas por lo que él recibía como impulsos discontinuos... pero inconfundiblemente humanas. No humanoides... humanas. Había algo en la forma en que se movían, la manera en que se volvían y caminaban, que le hacía sentir esa seguridad.

—Señor... aquí hay alguien...

Riker se acercó más al tiempo que los hombros se le encogían al recorrerle un escalofrío la columna vertebral. —Pero aquí no hay nadie.

—¡Están aquí, señor!

Riker tendió una mano con un gesto tranquilizador que no dio resultado.

—De acuerdo... dígame en qué longitud de onda está sintonizado ahora mismo. Ayúdeme, Geordi. Yo también quiero verlos.

Geordi retrocedió con gestos bruscos; chocó contra Riker y tropezó con su propio asiento en su intento de evitar a las invisibles entidades mientras avanzaba de espaldas hacia la terminal científica de la zona superior del puente, pero no llegó hasta ella. Uno de sus hombros topó contra la barandilla y no pudo retroceder más, sino que se quedó allí esforzándose en convencerse de que no estaba perdiendo la cordura.

—Geordi, descríbalos —pidió Riker, lanzándole una mirada a Picard en busca de apoyo—. ¿Qué está viendo? LaForge tembló.

—No lo sé...

—Teniente —le espetó Picard desde arriba—, déme un informe. Analice lo que está viendo e informe.

—Eh... son... bandas estrechas... pixels de baja resolución en varias longitudes de onda... pero algunas ondas acústicas me proporcionan una imagen de pulsaciones animadas...

La voz de Picard estaba cargada de impaciencia, pero también de temor y asombro.

—¿Está diciéndome que puede decirme cómo «suenan»?

—Sí, señor... más o menos. ¡Dios, están por todas partes!

—Data —urgió Picard.

—Lo tengo, señor. Un momento —respondió Data mientras trabajaba furiosamente en los ajustes sensoriales de la computadora, luego pulsó la orden de visualización de la densidad orgánica y miró la pantalla.

La imagen del puente era escalofriante. Cada uno se vio a sí mismo en el lugar que ocupaba en ese momento. Todo parecía normal, todo correcto. Los monitores del puente parpadeaban con los habituales informes de situación, la moqueta color topacio, la trama de la camisa gris de Wesley, y los uniformes de los oficiales, rojo y negro, dorado y negro, o azul y negro, demostraban que los colores eran correctos y la imagen nítida; algo no muy tranquilizador en ese instante... porque por la zona de estribor del puente caminaban unos espectros. Más de una docena de siluetas humanas relumbraban en amarillo, planas como las imágenes de difracción de rayos X. Contornos y movimientos sin definición, sin profundidad; cristalinas siluetas que se movían tras una cortina de impulsos espectrales, delineadas por un hilo de chisporroteante azul. Se movían de una forma errática, dando vueltas de aquí para allá por la rampa, delante de la enorme pantalla y en la zona de mando. Riker se atrevió por fin a acercarse al monitor; trató de asimilar lo que veía: algunas siluetas estaban ahora inmóviles, como si lo mirasen. Riker tenía la sensación de

contemplarse en un espejo donde unas imágenes lo observaban a él, y esas imágenes estaban a su lado por más que él sólo las captara mediante la pantalla.

Se volvió a toda velocidad, y escudriñó la zona de estribor en apariencia vacía. Se le agarrotó la garganta y se le trabó el habla. Lo único que pudo hacer fue observar al capitán Picard que se volvía de espaldas al monitor y buscaba lo que no podía ser visto por los simples ojos humanos. A diferencia de todos los demás, que se habían apartado cautelosamente de esa zona del puente, Picard avanzó ahora hacia ella con la férrea determinación de enfrentarse a aquello grabada en el rostro.

—Abran todas las frecuencias. Conecten el traductor. —Aguardó sólo un instante, hasta que el chasquido y posterior pitido le dijeron que Tasha había superado su aterrada parálisis y obedecido. Alzó la voz—. Les habla el capitán JeanLuc Picard de la Federación de Planetas Unidos. Han penetrado en mi nave sin que se les haya invitado. ¿Cuál es su propósito?

No hubo respuesta, no ocurrió nada.

A pesar de tener erizados los pelos de la nuca, Riker mantuvo la mirada sobre las siluetas del monitor, esas que tenía justo detrás de él.

—Solicitamos que se comuniquen con nosotros —declaró Picard en tono enérgico—. Especifiquen en el acto sus intenciones.

Riker contemplaba el monitor, incapaz de mirar hacia la cubierta en apariencia vacía, y se le puso la carne de gallina. Dos de las imágenes comenzaron a avanzar hacia Picard, una desde un lado y la otra por detrás.

Riker dio un salto.

—¡Capitán!

Aferró a su superior por un brazo con ambas manos y tiró de él hacia un lado; su precipitada acción lo colocó entre el capitán y los espectros que se acercaban. En cosa de segundos, Worf saltó a la zona de mando, y, en el nivel superior, Yar tenía desenfundada su pistola fásica. En una reacción instintiva, Riker volvió la cabeza de un lado a otro, buscando lo que no podía ser visto, y se le contrajo el estómago en espera de los golpes de unas manos invisibles.

Entonces...

—Se han marchado...

LaForge habló con la claridad suficiente como para poner a todo el mundo nervioso.

Riker no lo creyó. La sensación que tenía en las entrañas afirmaba lo contrario.

Pero el capitán se fió del monitor sensible a las longitudes de onda que ahora mostraba el puente ocupado sólo por él y sus tripulantes. Aunque no pudo evitar volverse a echar una mirada subrepticia para comprobarlo.

—Bien, señor Riker —murmuró entonces—, tranquilícese. Pero nadie estaba tranquilo. Nadie en absoluto. Wesley Crusher entrecerró sus jóvenes ojos.

—La nave está encantada... —susurró.

4

—¿Encantada? —bufó el capitán—. No me venga con vanas supersticiones. Abandone esa actitud, alférez.

Avanzó hacia el centro de mando, no del todo dispuesto a sentarse aún, perseguido por la sensación de que aquellas entidades todavía estaban caminando en torno a él. Le lanzó a Wesley Crusher una mirada intolerante, comunicándole que lo único que necesitaban en ese momento para acabar de arreglar las cosas era la sabiduría de un adolescente. Al ver la expresión de perrillo apaleado de Wesley, se arrepintió de la decisión de nombrarle alférez, decisión que ningún buen padre habría tomado pero que él, como hombre que nunca había tenido hijos, tomó sin prever las consecuencias. Tendría que haberlo sabido porque, como oficial al mando, venía a ser el padre de toda su tripulación. La cara de Wesley era la de un niño; ningún oficial hecho y derecho se habría tomado de una forma tan personal la reprimenda. Y tras haberla pronunciado, Picard no podía retirarla.

Otras cosas tampoco podían retirarse. El contraproducente error de designar al muchacho para un empleo en el puente con tanta prontitud, sin que se lo hubiera ganado. «Y no tanto un perjuicio para el puente, como para el chico.»

Picard se volvió hacia la pantalla, apartando la mirada del joven rostro que le ocupaba la mente.

Sí, el ascenso de Wesley y su destino en el puente habían suscitado el resentimiento de oficiales de la Flota Estelar que podrían no ser tan brillantes como él pero tal vez lo merecían más. Wesley Crusher se había convertido en una especie de ornato... un bonito despliegue de talento, pero no un elemento de veras funcional. Todo lo que hacía en el puente tenía que ser supervisado, por mucho que pudiera realizar mentalmente los cálculos, a veces antes de que la computadora entregara sus resultados. Así habían resultado las cosas.

«¿Y por qué le hice eso? —se preguntó Picard, dejando que ese pensamiento le pasara por la cabeza mientras lo miraba—. ¿Me siento responsable por la muerte de su padre hasta ese punto? ¿Tan en deuda me siento con Jack Crusher por el error que lo mató... que cometería otro error con su hijo? ¿Y estoy tan deseoso de ganarme la gratitud de su madre que utilizaría la brillantez del muchacho para demostrar mi buena voluntad? Y ahora me arriesgo a traumatizarle al destruir la distorsionada imagen que tiene de sí mismo si le retiro su condición de alférez y lo devuelvo a donde le corresponde... Ah, Picard, *tu t'es fait avoir*.^[2]»

Suspiró y se volvió a mirar a sus oficiales.

—Muy bien. El alférez Crusher lo llama «fantasmas». Es un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

La frente klingon de Worf se frunció.

—¡Pero señor, los fantasmas son seres fabulosos, no existen!

—Tal vez que sí, su existencia no puede demostrarse físicamente. —Picard dijo eso con serenidad y sin pausas—. Así que vamos a abordarlos desde un punto de vista completamente científico. Descarten toda idea de fantasmas y piensen en términos de formas de vida y formas de mente alternativas. Señor Data, ¿qué puede decirme sobre eso?

Cogido con la guardia baja ante el hecho de que le plantearan un tema tan fantástico, Data parpadeó y adoptó un repentino aire de desamparo.

Riker intervino, sabiendo que cometía un error pero no lo bastante de prisa como para contenerse.

—Un androide no conoce nada sobre la vida, señor, mucho menos la sobrenatural.

Los ojos del capitán se le clavaron como dagas. —Estoy hablando de apariciones espectrales, Riker, y su observación está fuera de lugar, ¿verdad?

Herido en su orgullo, Riker asintió, resentido.

—Sí, señor. Supongo que así es.

—Le he formulado una pregunta a Data.

Puede que Data hubiera apreciado o no el rapapolvo en defensa suya, pero el hecho era que en ese tema se encontraba en terreno delicado. Al tratarse su caso de un ser para quien el conocimiento habían sido siempre los hechos sin más, lo mágico y lo especulativo eran arenas movedizas. Muy consciente de la atención que le dedicaban, Data miró a Riker, se irguió un poco y habló.

—Señor —comenzó—, yo postularía que, dado que las formas de vida fueron captadas por el visor de Geordi y luego por los sensores ajustados del puente, no son mixtificaciones producidas por la psique humana en ocasiones hiperestésica, sino de una composición hilozoica sustantiva.

La boca de Picard se abrió.

—¿Qué?

—Que son reales.

—Ah. Podría haberlo dicho así.

—Lo siento, señor.

—Lo que usted quiere decir —prosiguió Picard—, es que algo incorpóreo no tiene que carecer necesariamente de vida. Según la tradición, los fantasmas carecen de vida. Estos seres, no.

Data ladeó la cabeza.

—Es difícil asegurarlo, señor. Eso entra dentro del terreno de la semántica. Tendríamos que definir lo que significa... estar vivo.

La repentina incomodidad del androide con esas palabras atrajo la atención de Picard una vez más hacia los ojos de Data, hacia la infantil inocencia de un ser que

había recorrido todo el camino a través de la academia de la Flota Estelar, pasado doce años en naves de la misma, y, sin embargo, de alguna forma, continuaba siendo la quintaesencia de la ignorancia. Data podría haberle aplicado ese juicio a él; pero ningún aprendizaje estrictamente intelectual, por extenso que fuese, podía reemplazar los inapreciables placeres y conflictos de la interacción vital.

—¿Tiene análisis de laboratorio? —preguntó el capitán.

Data recorrió con los dedos el tablero de la computadora que tenía más cerca y accedió a la información a medida que le era enviada a través del complejo sistema de análisis comparativo.

—Parece haber alguna clase de energía en fases, señor.

—¿Qué significa eso?

—Al parecer, existen en impulsos. Están aquí y no lo están. No se trata de energía como nosotros la definimos. Se parece más a una protoenergía. Tiene algunas de las propiedades de la energía y la materia, pero a veces ninguna de ellas. Parece algo desconocido para nuestra ciencia. —Data levantó la mirada—. Por lo que parece, la estabilidad no es su fuerte.

—Ése es un no análisis interesante, señor Data. Me parece que la computadora está tomándose muchas molestias para evitar admitir que no tiene respuestas.

—Por el momento no puedo culparla, señor.

Picard le lanzó una mirada cáustica, pero se vio agradablemente distraído cuando Troi se le aproximó, con las manos deliberadamente entrecruzadas ante sí, evidencia del esfuerzo que realizaba para conservar el control.

—Señor...

—Adelante, consejera. Nada puede resultar estafalario a estas alturas.

—Si son... fantasmas... es decir, el material mental residual de formas físicas muertas —dijo—, ¿pueden ser destruidas?

—Destruídas... —Picard sopesó la palabra—. Quiere decir si se las puede matar, ¿no? El que a uno pueda matársele es uno de los signos de la vida.

Impelida por aquella respuesta esquiva, Troi se obligó a insistir en ese punto.

—Y si se puede matarlas, ¿no significaría eso que están vivas?

—Nadie ha hablado todavía de medidas violentas, consejera —replicó el capitán—. Pero esas imágenes de destrucción que usted recibe... —agregó—, no puedo quitármelas de la cabeza.

Por la expresión de ella se dieron cuenta de que su intención no era plantear una hipótesis en abstracto; la pregunta contenía una verdadera urgencia para ella, una auténtica cuestión de vida o muerte.

—Sí, señor, lo sé. Pero me desespera que mis percepciones puedan ser mal interpretadas. Todavía no confío en mí para analizarlas. No quisiera que emprendiera usted acciones defensivas antes de que estén justificadas, sólo por mi percepción.

—¿Está diciéndome que de hecho percibe usted peligro para nosotros?

Frustrada, ella sacudió la cabeza y suspiró.

—Estoy intentando no decirlo, pero también tengo miedo de no hacerlo. No sé si me comprende...

—Mmm, creo que la entiendo. Estas entidades existen en un plano tan diferente del nuestro que su existencia misma podría ponernos en peligro. Ya nos hemos encontrado con esa clase de cosas al expandirse la Federación.

—Sí, señor, eso quiero decir —contestó Troi con ansiedad—. Incluso en el caso de que representen un peligro para nosotros, ¿merecen que se les mate cuando lo único que han hecho es entrar en la nave?

—Mmmm —murmuró Picard—. Me pregunto si ellos serán tan generosos cuando hablen de nosotros. —Se paseó en torno a ella, contemplando la moqueta—. Tendré presente todo esto. Sea cual fuere el caso, no permitiré que mis tripulantes sucumban a la superstición. Encontraremos las respuestas, y tendrán bases científicas.

Troi se irguió.

—Sí, señor.

—Sí, señor —agregó Data, y se volvió hacia su consola.

—Estoy de acuerdo, señor —dijo Riker—. Quienesquiera que sean esos seres, tenemos que suponer que son inteligentes, y que deberemos averiguar sus intenciones antes de emprender una acción.

—Sí —murmuró Picard—. Y la pregunta sigue en pie —agregó en voz baja al tiempo que con los ojos recorría el puente ahora tan inquietante y silencioso como un cementerio al alba—. ¿Qué están haciendo aquí?

Las palabras del capitán les helaron la sangre. Picard no aguardó a que se entibiara.

—Señor Riker, a mi sala de reuniones. Quiero hablar con usted.

Riker se obligó a seguir la silueta en retirada del capitán al interior de la sala privada contigua al puente. En cuanto la puerta se deslizó hasta cerrarse a sus espaldas, el capitán lo inmovilizó con una feroz mirada altiva.

—Ha minado usted mi autoridad, señor Riker.

Mientras repasaba mentalmente los instantes pasados, desprovistos ahora del nerviosismo que aún recorría el puente al otro lado de la puerta, Riker preguntó:

—¿Eso he hecho, señor?

El capitán se hallaba de pie, con el paisaje de estrellas como telón de fondo de su fibrosa constitución, y se parecía mucho a un noble entre sus brillantes iguales.

—Lo hizo.

Inclinando la cabeza, Riker explicó:

—Pero es que vi que esas siluetas se acercaban a usted. No sabía qué intenciones tenían.

—No necesitaba lucir su salto olímpico a costa mía —replicó el capitán—. Una simple palabra de advertencia habría bastado.

Riker cuadró los hombros, aunque no demasiado.

—Es mi deber protegerlo, señor —proclamó.

—Sí, ya sé que ése es el cuento oficial —contestó Picard—. Cuando haya salvado la vida tantas veces como yo, también usted se ganará el derecho de tener alguien que lo proteja. Le agradeceré que me conceda el privilegio de cuidar de mí mismo de ahora en adelante. Retírese.

—Geordi, mire esto. Geordi, mire lo otro. Geordi, díganos de qué está hecho esto. Geordi, mire a través de las paredes como Superman. Claro, y yo miro. Lo único que soy es lo que puedo atravesar con la mirada.

—Tómesele con calma —murmuró Beverly Crusher mientras ajustaba el diminuto filtro del compensador sensorial miniaturizado de baja potencia del visor—. Ya sabe que debería pedirle que hiciera esto a un ingeniero médico.

—No, gracias —refunfuñó el joven mientras parpadeaba con sus ojos de un gris inexpresivo y ciego dirigidos hacia ella e intentaba imaginar cómo era en realidad... de verdad.

—Y debería haber descansado después de lo sucedido en el puente —dijo ella con voz serena—. No puede exigirle a su cuerpo que se adapte a este sistema sensor hasta ese nivel sin dejarlo descansar. Por eso le duele tanto, Geordi. Se exige demasiado.

Él asintió con su cabeza en la dirección de ella.

—No me importa el dolor —aseguró—. No puedo abandonar mi puesto. Pero, de alguna manera, esperaba que me apreciaran más las personas de la *Enterprise*. Había dado por supuesto que cualquiera que consiguiera que lo destinasen a esta nave estaría más al día tecnológicamente que la tripulación media de una nave corriente, que se harían cargo... —Volvió a cerrar con fuerza los ojos a causa del palpitante dolor de cabeza, y se pasó las manos por ellos, a la espera de que la medicación le hiciera efecto—. Riker esperaba que yo se lo dijera, así de simple. No es tan fácil. Me resulta imposible mirar las cosas como ustedes. No puedo encontrar de forma instantánea las palabras para los impulsos que hacen funcionar a mi cerebro como el intérprete de una computadora. ¿Sabe que, a corta distancia, una computadora con sistema de lectura sensorial es incapaz de ponerse a mi altura? Pasaría las cosas por alto o las malinterpretaría, porque una máquina no entiende las cosas como yo.

—Eso se debe a que carece del sentido de la intuición para interpretar lo que ve —explicó Crusher—. Debería estar orgulloso de eso.

—Lo estoy —afirmó con convicción—. Pero yo ignoraba qué eran esas siluetas del puente tanto o más que cualquiera de los otros, incluido el señor Riker. Cuando la gente me mira, no me ve a mí. Sólo ven esa cosa. —Hizo un vago gesto con la mano

en dirección a ella, abarcándolos tanto a Crusher como al aparato que sostenía.

—No lo entienden —dijo la doctora—, y no puede usted esperar que lo hagan. No van a entender cuánto esfuerzo requiere por su parte el hacer funcionar este visor.

—¡Lo sé! —exclamó él dándose una palmada de frustración en una rodilla—. Lo sé, pero a veces resulta difícil ser razonable, en especial cuando todo el mundo comienza con un Geordiquevés. No saben los esfuerzos que me ha costado aprender a interpretar toda la información que obtengo de cada centímetro cuadrado. No soy una máquina, ¿sabe, doctora? Mi mente no fue hecha para esto. No es como mirar una cosa y que aparezcan una docena de etiquetas pequeñas que digan de qué está hecha. Tuve que aprender qué significaba cada impulso, cada vibración, cada parpadeo, cada capa de materia espectral... la gente desconoce el esfuerzo que tengo que hacer para decir: «No sé qué es».

Crusher interrumpió los ajustes e hizo una pausa para mirarlo, conmovida de pronto por su coraje al reconocer su ignorancia. Dado que él estaba sin su prótesis, no vio cómo se le quedó contemplando. No veía... no podía ver nada. Y ella se alegró de que así fuera.

—No es fácil, ¿sabe? —continuó él—. Me llevó años de adaptación... de dolorosa adaptación... para conseguir que mi cerebro hiciera esto. Es como volver a aprenderlo todo. Un cerebro humano no está destinado a hacer lo que lleva a cabo el mío, y cada vez que tengo que decir «no lo sé» o «nunca he visto nada como esto», es como si se me clavara una flecha de acero. Significa que soy verdaderamente ciego.

—Oh, Geordi... —murmuró Crusher.

—A veces —dijo él—, paso por veinte o treinta análisis parciales, y cada uno requiere una parte de mí. Cuando no puedo decir qué estoy viendo, no es como en el caso de una persona vidente que mira una caja y no puede ver qué hay dentro. Es como contener la respiración y bucear más y más profundamente, por mucho que duela, y cuando uno no puede tocar fondo aún tiene que regresar a la superficie antes de que le estallen los pulmones... Oh, no puedo explicarlo; no puedo hacer que usted lo vea.

Tendió una mano ciega y sólo mediante el instinto encontró el visor que ella, de pie, cerca de él, sujetaba entre las manos; y, con el visor en su poder, LaForge bajó de la camilla y de alguna forma encontró la puerta. Al abrirse la puerta ante él, Geordi pasó por ella de manera impecable, guiándose por el sonido y el suave soplo de aire proveniente del corredor, como si quisiera demostrarle a la doctora que podía ser una persona completa sin la carga de su muleta de alta tecnología.

—Geordi —le llamó Crusher, pero lo hizo sin mucho ánimo porque no tenía palabras para ayudarlo. Compuso una mueca de dolor cuando Riker apareció de la nada y Geordi chocó contra él. Habría sido una salida tan perfecta en caso contrario...

—Teniente... —comenzó Riker a saludar, y luego se quedó boquiabierto cuando LaForge le pasó por al lado como una bala sin ni siquiera un «lo siento, señor». Después de que Geordi hubo girado en un recodo del pasillo, Riker señaló con un pulgar en su dirección mientras entraba en la enfermería—. ¿Qué mosca le ha picado?

—Usted le ha picado. —Crusher se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo en esto?

—Resulta curioso que lo pregunte. —Ella lo cogió por un brazo y lo condujo al interior de la enfermería, luego lo instaló en el asiento más cercano y adoptó la actitud de quien va a comenzar una charla. Tras auparse y quedar incorporada sobre una mesa de examen, abordó el tema con una inveterada expresión de seriedad—. Está un poco molesto por el episodio del puente.

—Le ha hablado de eso... de acuerdo, lo reconozco —dijo Riker—. ¿Por qué le ha molestado?

Las adorables facciones de Beverly Crusher, que recordaban el canon de belleza del *art déco*, estaban afectadas por la situación.

—¿Está seguro de que quiere saberlo?

Frustrado, Riker abrió las manos ante sí.

—Me gustaría saber cuándo he comenzado a parecerle tan altivo a todo el mundo.

—No es para eso por lo que ha venido usted aquí abajo.

—No —admitió él—. Acudí porque sabía que LaForge estaba aquí, y quería un análisis de la composición física de esas imágenes. Supongo que él es el mejor para hacerlo.

—Creo que será mejor que se lo pida a Data.

—¿Por qué? De repente, me encuentro con que todo el mundo está funcionando a media potencia. ¿No es Geordi LaForge el experto en espectroscópica?

—Sólo por necesidad —le replicó Crusher—, no por elección.

Riker la miró, sólo eso. Luego sacudió la cabeza.

—Usted está enfadada conmigo. ¿Ha estado confabulando con el capitán?

De pronto, un nexo de unión se estableció entre ellos, y los labios de Crusher se curvaron en una sonrisa de comprensión.

—Oh... ya veo. No, no estoy enfadada con usted. Pero déjeme darle un consejo.

—¡Por favor!

—Escuche al teniente LaForge. Tan sólo escúchelo.

—Pero si yo lo escucho.

—No lo hace. Oye lo que tiene que decir, pero no aprecia lo que oye. Usted piensa que lo único que él hace es «ver».

Riker intentó interpretar lo que estaba diciéndole por el sistema de mirar los profundos ojos de ella y leerlos, pero tras unos segundos se sintió desconcertado.

—No sé qué quiere decirme —admitió.

Ella descansó las largas manos sobre su regazo.

—Por Dios, Will. ¿Cree usted que él simplemente se pone esa cosa y ve? De acuerdo, no es tan sencillo, se lo explicaré. Por supuesto, eso es lo que le parece a todo el mundo. Acabo de intentar explicárselo a él, pero desde su propia perspectiva. Bueno, pues Geordi LaForge es una de las únicas cuatro personas ciegas que se han adaptado con éxito a la prótesis óptica. Quiero decir, cuatro que han conseguido con éxito aprender a utilizarla. Cuatro en toda la Federación.

—Realmente... —murmuró Riker, absorto en la explicación de la doctora—. Continúe hablando.

Crusher respiró en profundidad mientras trataba de hallar las palabras para explicar algo que ella misma no había experimentado.

—Cuando él mira una manzana, tiene que interpretar entre veinte y doscientos impulsos sensoriales separados sólo para obtener forma, color y temperatura. Después de eso, ha de reajustar su percepción para obtener la composición, densidad y todo lo demás. Créame... mentalmente es vertiginoso. Eso es lo que le sucede a Geordi. Recibe unos mil quinientos impulsos sólo por el hecho de mirar una manzana. ¿Sabe que queda exhausto si no se quita el dispositivo varias veces al día?

—No... no lo sabía. Pero no se lo quita.

—Se niega a ceder a su discapacidad. Y a causa de su dedicación, se agota y sufre dolores considerables.

Riker se aferró al borde del asiento y estrujó el relleno. —¿Dolor? ¿Está diciéndome que esa cosa le hace daño? —Él nunca lo demuestra.

—No tenía ni idea de...

La doctora Crusher se deslizó de la mesilla.

—Ésa es la clase de tripulantes que tiene, señor Riker. Ahora ya lo sabe.

El primer oficial se hundió en el asiento, con sus azules ojos un poco entornados al intentar comprender algo que no podía visualizar en su cerebro. Pero entendía el dolor, su resistencia y la tenaz recurrencia del mismo. De pronto se dio cuenta del poco tiempo que él y aquellos subordinados tan singulares habían pasado juntos. Poseían talentos especiales, sí, pero también eran discapacitados especiales. Data, con su identidad mecánica; Yar, con su temperamento explosivo y su personalidad sobreprotectora; el estira y afloja constante entre él mismo y el capitán a causa de aquella indefinida división de autoridades en una nave estelar, que, por añadidura contaba con civiles como personal regular; Troi y lo que ella estaba pasando en todos los aspectos; y ahora esto con Geordi LaForge... ciego pero no ciego; un hombre que podía ver fenomenalmente o nada en absoluto, una realidad de extremos nada sencilla.

Era algo difícil. Aquel conjunto de cosas constituía un foco de tensión. Desde el

primer día habían tenido problemas, problemas que los habían hecho dejar de lado esos importantísimos momentos en los que la gente llegaba a conocerse. Habían pasado por muchas cosas y, sin embargo, continuaban siendo extraños. ¿Qué sabía de verdad sobre Geordi? ¿Qué pensaba Geordi de otras cosas aparte de la vista y esa terminal de navegación que operaba? ¿Cuál era el pasatiempo favorito de Yar, aparte de alimentar y mimar su belicosidad? Sin duda una mujer como ésa, tan joven y vital, pensaría en cosas más divertidas. ¿Qué música le gustaba? ¿Le harían daño los zapatos a veces? Y no cabía duda de que en Wesley tenía que haber algo más que la típica invulnerabilidad de los dieciséis años. Y Worf, ¿se sentiría solo? ¿Tan solo como lo parecía Troi en ocasiones? ¿Qué lo retenía en la flota estelar cuando con toda facilidad podía regresar a su tribu klinzhai y ser aceptado por completo? No era una de las características klingon la de rechazar a alguien de su propia sangre, independientemente de las circunstancias que hubieran motivado la separación. ¿Por qué no se marchaba?

De algún modo, todos se habían convertido para los demás en un nombre y una característica en particular. Data era el androide; Geordi, su visor; Worf, el klingon; Crusher, la doctora; Wesley, el chaval; Troi, la telépata; Picard, el señor de vidas y almas...

«Supongo que eso me convierte a mí en la pequeña nobleza. O en la chusma», estimó Riker, sin importarle lo que aflorase a la expresión de su rostro mientras Crusher lo observaba en silencio. «No los conozco. Todavía no conozco a ninguno de ellos, y durante todo este tiempo hemos estado dependiendo los unos de los otros, para seguir vivos, para protegernos. Y el capitán Picard..., a él lo conozco menos que a nadie. Pero la verdad, es que tampoco he dejado que viera mucho de Will Riker, ¿no?»

—Maldición —susurró.

Crusher apretó los labios y procuró evitar un gesto compasivo de su cabeza, porque había advertido los cambios operados en el rostro de Riker y sobre todo que él había empezado a mordisquearse una uña con aire culpable.

—¿Sí? —sondeó ella, poniendo mucho cuidado en el tono que empleaba.

—Nada. —Se puso de pie bruscamente, cometiendo el mismísimo crimen por el que estaba condenándose a sí mismo. Incluso mientras comenzaba a dirigirse hacia la puerta, comprendió qué estaba haciendo, y se detuvo, en equilibrio sobre un pie. Ladeó un hombro y pensó en volverse hacia ella—. No estamos..., no estamos mostrando...

—Comandante Riker, suba al puente de inmediato. Alerta amarilla, alerta amarilla. Comandante Riker, preséntese en el puente...

—Hay algo en el límite del alcance de los sensores, señor.

La voz de Tasha Yar adquirió una repentina regularidad pétreo mientras la alzaba por encima del sonido de la alerta amarilla.

Picard se hallaba de pie en el centro del puente, resuelto, la vista clavada en la pantalla, a pesar de ser muy consciente de la presencia de la consejera Troi a su lado.

—Sondéelo.

—Sondeando.

—Todo el mundo alerta. ¿Y dónde diablos está...?

—Se presenta el comandante Riker, señor. Lamento el retraso.

Picard se volvió hacia el turboascensor.

—Lo quiero totalmente disponible durante las próximas veinticuatro horas, número uno —dijo—. No sabemos con qué hemos tropezado y no me gustan los enigmas. Hasta que descubramos qué está sucediendo...

—A su servicio, señor, sin reservas. —Riker se lanzó a ocupar un lugar entre el capitán y Troi; al alcanzarlo, cuando sus pies se fijaron sobre la superficie enmoquetada produjeron un sonido sordo. Los ojos de Troi se encontraron con los de él durante un instante, y los dos tuvieron que hacer un duro esfuerzo para no decirse frases tranquilizadoras fuera de lugar. Obligándose a apartar los ojos de ella, vio que Yar estaba trabajando más frenéticamente de lo habitual en su terminal de seguridad —. Infórmeme, teniente —exigió.

La pálida frente de ella se arrugó.

—Detecto algo en la periferia del alcance de los sensores, señor Riker, pero no puedo fijarlo... espere un minuto... eso... eso no puede ser correcto. No estoy recibiendo nada. No, no puede ser correcto.

Picard se giró en redondo.

—¿Nada en absoluto? ¿Ninguna reacción al sondeo?

—No, señor —lamentó Yar—, ni siquiera lecturas de restos ni cuerpos en el espacio circundante... —se interrumpió, y le dio una palmada a su teclado como si fuera una niña contrariada. Se irguió con aire decidido, absolutamente segura de lo que estaba viendo en sus instrumentos—. Señor, hasta donde puedo decirle, está absorbiendo las ondas de los sensores.

Una patente incredulidad se apoderó del rostro de Picard.

—Es la maldita cosa más endiabladamente curiosa que he oído jamás. Corrobórelo ahora mismo con el laboratorio.

—Ejecutado, señor —respondió ella con los ojos chispeantes—. Informan de lo mismo.

El capitán giró sobre sí y se dio un puñetazo en un muslo.

—Bueno, al diablo. —Con resueltas zancadas se acercó al campo de estrellas que tenía delante y entornó los ojos hasta que éstos se convirtieron prácticamente en rendijas—. Fuerce los sensores.

Yar volvió a levantar la mirada.

—¿Perdón?

—Sí. Envíe una sobrecarga de alta energía superior a la nominal de los sensores.

Las manos de Yar se apoyaron inactivas sobre el tablero, y miró a Riker con desamparo. Su boca formó una pregunta silenciosa: «¿Forzarlos?».

Riker sintió que un peso le caía sobre los hombros. Y desde su estatura, unos treinta centímetros inferior a la de Picard, abordó al hombre al mando de la nave.

—Señor, ¿podría usted refrescarnos la memoria sobre el procedimiento?

Para sorpresa y alivio de todos, Picard se limitó a mirarlo y decir:

—Por supuesto.

Se encaminó hacia el terminal donde Data había permanecido sentado y en silencio durante todo ese tiempo, acercó una mano al pequeño panel y pulsó los controles con cuidado.

—Es una medida inhabitual, no recomendada por los ingenieros de la Flota Estelar... un poco radical. Si se hace con frecuencia puede fundir bastantes cosas. Tendremos que tramsutar los sensores de la computadora, reajustar la alimentación para un máximo aprovechamiento y descarga de alta energía, solicitar un sondeo momentáneo para que toda la energía esté concentrada, y ordenar a la computadora que lo active cuando esté a punto. Así se hace.

Y su mano se apartó grácilmente de los instrumentos, dejándolos a todos con un sorprendente atisbo de la oculta picardía del capitán. Al cabo de segundos, por supuesto, se produjo un destello de energía en el sistema de sensores del puente, y el disparo de sondeo salió, recorriendo sin fluctuaciones la distancia prevista, a la velocidad de la energía intensificada.

—¡Señor! —Yar dio un respingo—. ¡Ahora se lee algo con toda claridad! ¡Dios! ¡Se dirige directamente hacia nosotros desde el espacio interestelar... y nos apunta a nosotros! ¡Estará aquí dentro de setenta y ocho segundos!

—¡Visualicen! —espetó el capitán.

LaForge, con una sangre fría digna de alabanza, mantuvo la voz calma al informar.

—Señor, para obtener visibilidad de estas lecturas, los sensores tendrán que ser reajustados doce puntos dentro del espectro de rayos gamma...

—¡Hágalo, teniente! —rugió Picard.

El joven ciego hizo una mueca, tecló el código, pulsó el botón de activación, y luego contuvo la respiración mientras los sistemas de la nave le devolvían un gemido de tensión. Pero las lecturas comenzaron a entrar.

—Sensores al máximo, señor... agotando sus fuentes de alimentación —informó LaForge por encima del alarido de energía—. Ya casi tenemos visión... ¡ahora!

El campo de estrellas se desdibujó ante ellos entre chisporroteos y se conformó

una imagen nueva... y de pronto, el puente se vio amurallado por una imagen gigantesca y vidriosa de falso color que ondulaba y mudaba constantemente mientras se acercaba a ellos desde el espacio. En la gigantesca pantalla, sus colores de aurora boreal eran caóticos, su brillo cegador y las crepitaciones delataban su naturaleza eléctrica.

Geordi levantó al instante una mano para proteger su visor.

—Criiisto...

Aquellos fuegos de artificio danzaban sobre sus rostros y desbocaban sus temores. Era una cosa alienígena, sí, alienígena en sentido estricto, y les inundó el corazón de pánico. Parecía fuego, electricidad... como la misma estampa del infierno.

De repente, Troi surgió como de la nada a las espaldas de Riker y Picard; el horror de su expresión se acentuó todavía más cuando la centelleante visión de la pantalla se apoderó de su piel y sus ojos.

—¡Manténganse apartados de eso! ¡No permitan que nos alcance!

Picard fue para ella.

—¿Consejera?

Las delgadas manos de la oficial se le clavaron en el brazo como garras.

—¡Capitán! ¡No permita que esa cosa nos alcance!

—No puedo...

—¡No lo permita! —repitió ella—. Capitán, ¿qué estoy haciendo a bordo de esta nave si no acepta usted mi consejo? ¡Si estoy equivocada, renunciaré a mi puesto! ¡Si no vuelvo a hacer nada más que valga la pena en toda mi vida, por lo menos habré hecho esto! ¡Capitán, por favor!

Aquellos purpúreos haces de luz trazaban inquietantes dibujos entre ellos, daban la impresión de cobrar vida como si quisieran eliminar las palabras de Troi y la convicción que había en sus ojos.

El capitán la sujetó por los brazos y la contempló con ojos que hacían algo más que cuestionar su veracidad. Al instante él inspiró y su voz dominó el puente.

—¡Levanten escudos! Pasen a situación de alerta roja.

—¡Alerta roja! —repitió Riker al instante, lanzando las palabras hacia Tasha—. ¿Velocidad y tiempo estimado de llegada?

—¡Hiperespacial seis, ahora! ¡Tiempo estimado de llegada, sesenta y un segundos!

Ella dio un respingo a la prismática luz de la pantalla. Sus rubios cabellos adquirieron reflejos naranja, luego amatista, azul, y después un crudo blanco. Sus brazos se movieron entre aquellos fuegos de artificio, y el alarido de la alerta roja envolvió la nave. Luces propias de la nave destellaron ahora por toda la *Enterprise*; a su alrededor, los escudos defensivos de alta energía zumbaron al despertar a la vida

cubriendo el gigantesco casco y las barquillas.

Picard empujó a Deanna Troi tras de sí, de vuelta a los tres sillones que correspondían a sus puestos de mando en mejores momentos, y se abrió paso a través de aquella vidriosa luz.

—Teniente Yar, dispare rayos fásicos hacia su popa. Deje absolutamente claras nuestras intenciones. ¡Adviértale a esa cosa que se retire!

A su espalda, oyó que Troi susurraba:

—¡Armas... no!

Pero ya era demasiado tarde.

Sin acusar recibo, Yar pulsó las órdenes y ante ellos los rayos fásicos de largo alcance hendieron el espacio, finos como agujas, con su energía concentrada en haces tan estrechos, que incluso a esa distancia podían hacer blanco y penetrar en el objetivo como sólidas hojas de acero.

—¡Capitán, está acelerando! —gritó entonces la muchacha—. Ha aumentado la velocidad de forma repentina... ¡hiperespacial diez ahora! ¡Hiperespacial doce! ¡Hiperespacial catorce coma nueve!

—¡LaForge!

El rugido del capitán resonó en el puente.

LaForge apoyó bruscamente las palmas de las manos sobre los controles, haciendo entrar a la nave estelar en velocidad hiperespacial de emergencia. El cambio de velocidad fue tan brusco que ni siquiera los complejos equipos de la Flota Estelar pudieron compensar el efecto de vacío en el estómago.

La *Enterprise* giró en el espacio y saltó a un repentino factor cinco, no existía el factor quince en sus instrucciones. Antes de que la nave pudiera recorrer más de un año luz de distancia, la cosa se les había echado encima.

El fuego de San Telmo cubrió el puente al ser objeto la *Enterprise* de la sacudida más fuerte del milenio. Mil millones de diminutos estallidos recorrieron los invulnerables escudos. Descargas electrocinéticas se desplegaron como un abanico por toda la nave, abarcando los cuerpos de los tripulantes, cada hueso y nervio, el vello de la piel, y crepitaron a través de cada centímetro de materia, viva o mecánica.

Troi sintió un breve grito que escapaba por su garganta al encogerse ante un enemigo no desconocido para ciertos grados de conciencia suyos. En torno a ella, el zigzagueante voltaje profanaba el puente con estremecedores dedos azules provocando ráfagas luminosas inflamadas en todo lo que tocaba. Veía a sus compañeros de tripulación cayendo, retorciéndose, luchando. Oía la tenaz resistencia de la nave contra aquella tempestad eléctrica, y supo que la *Enterprise*, al igual que sus tripulantes, no iba a rendirse.

El peso de un millar de mentes chocó contra su cabeza y Troi se olvidó de la nave, se olvidó de todo excepto del dolor que sentía. Le gritaban, le chillaban con los

estridentes ecos de los *zombies* y los fantasmas, los alaridos de cementerio que Picard le había ordenado no considerar siquiera. Troi luchó contra aquellos pitidos agudamente penetrantes e intentó aferrarse a aquella orden. Los dedos de ella eran de color azul eléctrico al arañar el aire que tenía ante sí, y los párpados se le mantenían congelados en posición abierta por mucho que se esforzara en cerrarlos.

Los chillidos enloquecieron en torno a ella, mientras buscaban su cerebro y todas sus zonas telepáticas sensibles, liberó uno a uno sus músculos y se desplomó sobre la cubierta, con los ojos todavía abiertos, aún envuelta en la luminiscencia azul.

Riker la vio caer e intentó llegar hasta ella, pero también él estaba siendo atacado. La nave muy bien podría haber estado traspasada por la pica de un relámpago. Unos haces de intenso color azul se acercaban a cada panel, y debajo de ellos la cubierta se sacudía y vibraba al atravesarla la energía. Tras pasar unos lentos segundos, aquella fuerza abandonó a Troi y la dejó tendida sobre la cubierta para ir a explorar el puente en busca de lo que quería y no podía hallar.

Riker intentó llegar hasta Troi cuando el asiento que tenía a su lado se movió de repente y Data fue impelido fuera del mismo, arrojado de espaldas y de través encima de la consola de observación, y las descargas eléctricas se cebaron en él. La nave se estremeció una vez más antes de que aquel bombardeo plateado abandonara su ataque sobre el puente y se concentrara en Data, envolviéndolos, a él y a su consola, en un candente remolino.

—¡Data! —LaForge se lanzó hacia el androide, aunque fue impedido por un hombro de Riker. —¡No lo toque!

5

—¡Que nadie lo toque! —gritó Riker por encima del crepitar eléctrico.

LaForge empujó al primer oficial.

—¡Está matándolo!

Riker tuvo que volver el cuerpo a medias con el fin de sujetarlo. El navegante continuaba empujando en dirección a Data, clavando sus manos en los brazos a Riker, pero éste continuaba aferrándolo.

Estremeciéndose, Data yacía suspendido de través sobre el panel de instrumentos envuelto en una madeja de hilos de luz, y su boca comenzó a moverse como controlada por una mano invisible.

—Nave... con... tacto... con... matar...

La nave comenzó a estabilizarse al disminuir la fuerza, dejando sólo los chasquidos y zumbidos de los enloquecidos equipos. Data fue el último en quedar libre. La iridiscencia acabó con él y lo abandonó, difuminándose dejando tras de sí sólo destellos confusos en el tablero de controles. Data se deslizó del panel y cayó pesadamente, aferrándose al borde de la consola y consiguiendo aterrizar sobre las rodillas. El rostro del androide tenía una expresión de pánico muy humana, y todo él estaba temblando.

Geordi se libró del abrazo de Riker, llegó hasta Data y se quedó sobre una rodilla, mientras ofrecía al androide un brazo para que se apoyara. Riker se fue en dirección contraria y se agachó junto al laxo cuerpo de Troi. La levantó con un brazo mientras utilizaba la otra mano para pulsar su comunicador.

—¡Enfermería, emergencia!

—¡Cierren todos los sistemas! —ordenó el capitán en el mismo momento—. Sólo sensores pasivos. ¡No activen los sensores activos!

—Sí, señor, sensores pasivos —dijo Yar con voz quebrada. Sus facciones, pálidas como las de una muñeca de porcelana, se contraían en su lucha para recobrar el control.

—¿Dónde está? —exigió saber Picard.

—Se ha alejado, señor —tronó la voz de Worf—. Ahora flota a unos dos años luz de distancia. Está merodeando por allí, como un ave de presa, desarrollando alguna clase de pauta.

—Así que se mueve...

—Sí, señor. En giros en apariencia aleatorios; y se desplaza describiendo una cuadrícula. Creo que está buscándonos, capitán.

—¿Situación de la nave?

Picard recorrió todo el puente con la mirada y advirtió las esporádicas vibraciones y los destellos eléctricos que aún se producían aquí y allá.

—Escudos agotados en un setenta y nueve por ciento, señor —informó Worf con rabia—. Sistemas fundidos por toda la nave. Sección de impulsión apagada. Las comunicaciones no funcionan. Sensores, inestables. Lo más afectado son los escudos y lo que más tardará en recargarse.

—¿Situación de la sección total del platillo?

—Apenas hay daños, señor. Se recibió una buena sacudida, pero no tan fuerte como en el área del puente y en la sección de impulsión. Me da la impresión de que se concentró en las zonas de alta energía de la nave.

—¿Qué era esa cosa?

Worf frunció los labios en lo que parecía el equivalente klingon del encogimiento de hombros, y clavó los ojos en Tasha.

Ella se agitó.

—Evidentemente, ha sido un bombardeo de antimateria pura —explicó, a la vez que lanzaba una mirada nerviosa a Geordi y Data, aún en el suelo—. Ingeniería informa de que esa cosa ha absorbido la energía de nuestros escudos y alrededor de la mitad de la energía de los sistemas de a bordo. El núcleo de la computadora está aún intacto, señor, pero dudo de que podamos resistir otro ataque de esa envergadura.

—¿Agotados en un setenta y nueve por ciento? Yo no lo dudaría, no lo resistiremos.

Ahora Riker levantó la mirada desde donde sujetaba a Troi y dijo:

—Nunca había visto una aceleración de velocidad como ésta. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué se ha alejado?

—Por el momento —contestó Picard con serenidad—, sólo esa cosa lo sabe.

Se inclinó y ayudó a Riker a levantar a Troi y a acompañarla hasta su asiento. La consejera tenía los ojos medio en blanco, y temblaba con más fuerza aún que Data. Cuando dos enfermeros salieron del turboascensor, Picard los dirigió hacia ella y se apartó a un lado mientras le hacían un rápido reconocimiento.

—Lo siento... lo siento... —repetía ella con voz trémula.

—No se disculpe —dijo Picard con suavidad—. De no haber sido por su advertencia, no habríamos tenido levantados los escudos. Me estremezco al pensar lo que podría haber sucedido en ese caso. Quiero que le hagan un chequeo en la enfermería. Sin discusiones, consejera.

Riker se enderezó.

—La antimateria habría hecho pedazos la nave —añadió.

—Pero las armas —insistió Troi con voz estrangulada—. Tendría que habérselo advertido... no lo recordé.

—¿Recordar qué? —preguntó Picard—. ¿De qué está hablando?

—Lo sabía... Sabía que las armas... capitán, lo siento muchísimo...

—¿Sabía usted que las armas atraerían esa cosa? ¿Es eso lo que está diciendo?

Ella luchaba para mantenerse erguida en el asiento pese a sus tremolantes brazos y piernas, pero consiguió asentir con la cabeza de manera inequívoca.

—Llévenla a la enfermería —ordenó Picard, impaciente por tenerla pronto de vuelta a la normalidad—. Este tema no queda cerrado.

—Sí, señor —murmuró ella, y dejó que la retiraran dos enfermeros. Sabía que Riker la miraba, que quería ir con ella, pero había tantas cosas que le confundían la mente... tantas...

—Capitán —intervino Geordi y aguardó a que le prestara atención—. Según mi análisis espectrográfico, esa entidad tenía básicamente la misma estructura visual que las siluetas que vimos caminando por el puente.

Picard lo miró fijamente con el ceño fruncido.

—¿Está diciéndome que se trata de un fantasma descomunal?

—¿Señor? —Yar levantó la mirada de la pantalla de lecturas.

—Adelante —indicó el capitán.

—Estoy recibiendo los análisis de ingeniería en este momento. Esa entidad está salpicada de antimateria, pero no hecha sólo de antimateria. Cuando envolvió la nave, nos convertimos en un millón de diminutas explosiones por todas partes allí donde la antimateria golpeó contra los escudos. Si los hubiera atravesado, nosotros...

—Mantenga todos los sistemas cerrados hasta nueva orden. Estabilice atendiendo a ese factor. —Picard apretó los puños y avanzó hacia el terminal de observación. Se inclinó hacia adelante para captar la atención de sus dos subordinados que aún estaban en el suelo—. ¿Data? ¿Está operativo?

Con más aspecto de niño amenazado que de androide, allí, arrodillado y temblando aferrado a Geordi, Data reunió lo poco que restaba de su energía y levantó los ojos hacia Picard.

—O-operativo... señor...

—¿Captó algo cuando le atacó la cosa de ahí fuera? —Algo... señor... concluyo que ése tiene que haber sido el caso.

—¿Algo que informar?

—Nada claro, señor; no hubo... no hubo nada definido.

—Póngase de pie, entonces. ¿Puede hacerlo?

—¿Capitán? —La teniente Yar parecía detestar de veras el volver a interrumpirlo, y con más malas noticias, pero se puso rígida y se apoyó contra el terminal táctico al volverse Picard—. La emisión energética de esa cosa ha aumentado en un treinta y uno por ciento respecto de antes del ataque.

Riker sacudió la cabeza.

—Estupendo. Lo que tiene ahora es nuestra energía.

Desde el suelo, Geordi sintió el impulso de comentar:

—Y nosotros nos quedamos aquí sentados sin poder hacer nada mientras esa

entidad digiere ahí fuera tres cuartas partes de nuestra energía.

Repentinamente consciente de Geordi y creyéndose en la obligación de que debía apoyar a distender la situación, Riker dijo:

—Apuesto a que nuestra nave le parece demasiado especiada. Me pregunto cuánto pasará hasta que vuelva a tener hambre.

—Lo expresa de una forma muy pintoresca, número uno, pero no nos sirve de mucho —declaró Picard con una mueca mientras ayudaba a Data a ponerse en pie. Sostuvo uno de los temblorosos brazos de Data, y Geordi el otro, mientras el androide recobraba el equilibrio.

—No, señor —admitió Riker—, pero si se guía por las emisiones energéticas, podríamos tener la posibilidad de ocultarnos de ella.

Picard pareció impresionado. —Lo mismo estaba pensando yo.

—¿Señor?

El capitán giró el cuello.

—¿Y ahora qué, Yar?

Ella se preparó, pero se aprestó a informar porque era algo demasiado increíble como para guardárselo para sí. Se inclinó sobre la pantalla de lecturas e intentó no dar crédito a lo que veía.

—Señor, me parece que nuestros sensores pasivos podrían no estar funcionando bien. O yo no me veo capaz de interpretarlos...

—Informe.

Ella ladeó la cabeza y frunció el entrecejo.

—El nivel energético de esa entidad parece estar decayendo lentamente. Sin duda va disminuyendo.

—¿En su propio ser?

—Sí, en su propio ser.

—¿Y qué ocurre?

—Bueno, su masa no está... Worf, ¿puede corroborar esto?

—Comprobando —tronó la voz de Worf.

—¡Teniente!

—Sí, señor. La masa no está cambiando. Y no hay cambios en la antimateria, ni está emanando la energía suficiente como para justificar la disminución.

—Eso es imposible —dijo Picard—. La energía no puede desaparecer sin más. Ésa es una ley fundamental del universo. Tiene que ir a alguna parte.

—Ojalá fuera así —murmuró ella—. Sí, señor, eso es lo extraño. Tiende a variar mientras la estamos leyendo. Su masa, su energía... no hay casi nada que sea constante.

—Pues ahí tenemos una pista. ¿Cuál es la conclusión? ¿Tiene alguien una hipótesis? —preguntó Picard con tono perentorio, redoblando la presión del momento

al interrogarlos de aquel modo.

—Inter... inter...

—¿Sí, Data? ¿Tiene usted una idea? Data, ¿está del todo ahí?

—Inter... dimen... sionalidad... —El androide se reclinaba sin vergüenza contra Geordi, pero su expresión era de una intensa concentración más que la de alarma de un momento antes.

—Continúe intentándolo, Data —lo animó Picard, acercándosele más y reprimiendo el impulso de urgirlo a que se enderezase.

—La única posibilidad, señor —dijo Data—, es que eso existe... entre varias dimensiones, si la energía... está disipándose sin... emanación... —Consiguió ponerse en equilibrio con un claro esfuerzo, miró agradecido a Geordi y se sostuvo de pie por sus propios medios—. La interdimensionalidad explicaría adónde va a parar la energía absorbida de nuestros escudos, por eso no somos capaces de detectarla.

Picard frunció el ceño, pero la idea tenía sentido. Bastante, dado que Data la enunció dos veces pues no advirtió que se repetía.

En el nivel superior de la cubierta, Yar sacudió la cabeza. —A mí me parece un tanto fantástico —discrepó emitiendo casi un gruñido.

—Es un absurdo —reflexionó Picard.

—Pero es la única conclusión que tiene sentido —dijo Riker—. Demonios, eso explicaría que nos haya parecido un fantasma.

—Es verdad —asintió el capitán con pesar—, y eso nos planta de lleno en el terreno de las meras conjeturas. En principio, partiendo de esta base, esa cosa podría extenderse por un centenar de sistemas solares en un centenar de planos de existencia.

Riker miró la pantalla, a babor; la imagen de la entidad chisporroteaba en el ángulo superior izquierdo del campo de estrellas, a dos años luz de la proa de la *Enterprise*.

—Y cualquier energía que utilicemos para defendernos no hará otra cosa que alimentarla. Tal vez deberíamos poner un poco de distancia.

Picard movió las cejas de abajo arriba, como si aquella idea lo atrajera poderosamente.

—No podemos —replicó—. Todavía no. Esa cosa ha acelerado de pronto hasta un factor hiperespacial quince, y la tendremos encima en un instante. La hemos dejado ciega al cerrar nuestra emisión de energía. Mientras permanezcamos aquí, estaremos ocultos. De momento.

—¿Qué tal va eso? —le preguntó Riker en un aparte, intentando que su acercamiento a Wesley fuese disimulado.

Wesley dio un respingo. No había pensado que nadie le prestara atención,

considerando los acontecimientos.

—Bien, señor. Pero es un fastidio el permanecer así, colgado en el espacio.

Riker miró la pantalla y la distante mancha, ahora de incierto color, que los buscaba.

—Es lo único que podemos hacer hasta que tengamos todos los sistemas otra vez en funcionamiento e ideemos una manera de salir del área sin atraer la atención.

—¿Tal vez una navegación solar, señor? Podríamos dejarnos llevar por las ondas del sol de ese pequeño sistema...

—Demasiado lento. Nos encontraría en seguida. Mírela. Ha desarrollado una pauta de búsqueda de la que no podremos escapar con energía de impulso. Sigue una cuadrícula de un par de años luz de lado y va a esa misma velocidad. Si intentamos escabullirnos y da la casualidad de que pasa cerca de nosotros mientras aún tenemos los escudos bajos... Bueno, ya sabe.

Los estrechos hombros de Wesley se tensaron.

—Supongo que sí. A veces desearía no ver las cosas con tanta claridad. Entonces no tendría que considerarlas. Señor Riker, nunca había oído hablar de sensores pasivos.

—Ah —murmuró Riker—. Los sensores pasivos sólo pueden analizar los datos que otras entidades y objetos emiten. Los sensores activos envían un rayo, y luego esperan a que la información rebotada regrese. Si esa cosa está buscándonos, estará rastreando una fuente energética. Si empleásemos sensores activos, estaríamos enviándole una señal hacia la cual dirigirse.

—E igual sucedería con los escudos —agregó LaForge.

—Y las armas. —Ese desasosegante comentario procedía de Yar, que se encontraba de pie en la rampa de estribor, con un ojo en sus monitores tácticos y otro en la silueta de incierto color que vagaba por el área, a la caza.

Riker aguardó hasta que el impacto de las palabras de los otros se desvaneció. No había pretendido que lo escucharan. Inclínándose más hacia Wesley, bajó la voz un par de tonos; pero con la mitad de los sistemas fundidos y la otra mitad cerrados lo mismo habría dado si hubiera estado hablando por un altavoz, tal era la inquietante calma del puente, apenas alterada por los escasos y amortiguados sonidos del puente.

—Sin sensores activos tendremos que ser muy cuidadosos al trazar un rumbo. Será igual que navegar a vela. El control de la dirección resultará muy delicado.

Wesley asintió con la cabeza y se resignó a la verdad ineludible; no habría ningún milagro de velocidad hiperespacial que los alejara del peligro.

Erguido al pie de la rampa de babor, cerca de la entrada de su sala de reuniones, el capitán Picard entrelazó las manos a la espalda y observó como su tripulación trabajaba a pesar de su sentimiento de impotencia. Observó a Riker y a Wesley susurrando entre sí y sintió una repentina punzada de incapacidad. Si al menos

pudiese encontrar cómo hacer que se sintieran mejor.

De pronto deseó hallarse en medio de un ataque romulano, superados los suyos en número de seis a uno. Su única preocupación entonces sería su propia persona, su nave, y un grupo de compañeros de armas que sabían en qué se metían cuando se alistaron. En ese caso tendría las manos libres, libres para arriesgarse, sin la rémora de la preocupación por cónyuges e hijos inocentes. Sin tener que preocuparse por ellos si la nave sufría una dura arremetida, mucho menos si se lanzaba hacia un combate capaz de destrozarla. Cada vez que la nave se sacudía, esos inocentes rostros surgían en su mente y corrían plenamente confiados a ponerse bajo el frágil cobijo de su protección, con la esperanza de encontrarse a salvo allí.

Al contemplar a Riker, Picard se permitió una pequeña sensación de envidia. Cada vez que miraba a su primer oficial, lo veía de pie en la plataforma del transportador con un equipo de descenso, a punto de transportarse a superficie, a punto de dejar al capitán atrás para que se hiciera cargo de la nave. En esos momentos, en esos emocionantes momentos, Riker sólo era responsable de sí mismo y del grupo que lo acompañaba, mientras que Picard tenía que permanecer a bordo como responsable de una nave llena de familias. ¿Dónde estaba la antigua aventura de una nave con una tripulación escasa, ruda y entrenada? ¿Cómo se había convertido de pronto en gobernador de una diminuta isla superpoblada?

De golpe echó de menos sus tiempos de primer oficial, y de capitán de una nave sin niños a bordo. El mando de una nave cuya misión fuera correr peligros... era incomparablemente mejor. Y ahora se encontraba atrapado como gobernador de un grupo de familias que viajaban por el espacio. Ni capitán ni primer oficial, responsable de las decisiones de Riker, cuyo trabajo era, indudablemente, el interponerse entre Picard y el estimulante peligro que era el derecho de cualquier capitán.

Había pasado la prueba de fuego. Se había ganado el derecho de estar por siempre entre algodones. Y su primer oficial, que debía ser una fiable extensión de él, se convertía a causa de las circunstancias en un obstáculo al que guardaba rencor.

En las pocas aventuras que llevaban vividas juntos, Picard se había dicho a sí mismo que podría encontrar un compromiso. Pero no había compromiso posible en algunas situaciones, y ésa era la dolorosa realidad. Algunas circunstancias requerían un avance o una retirada completa, y la presente era una de esas circunstancias. Riker siempre sería una barrera. Ésa sería siempre la imagen en la mente de Picard al observar a un grupo de descenso tras otro, transportado fuera de la nave sin él. La sensación de ser dejado atrás nunca desaparecería.

Capitán. ¿Era ésa su verdadera autoridad? ¿O era la de gobernador de la *Enterprise*?

Allí estaban, aquellas más de mil personas que habían poblado una nave en vez de

colonizar un planeta. Colonizando el espacio en verdad, errabundos ciudadanos de la Federación. Dentro de generaciones, los hijos de esos niños llegarían a considerar esta clase de naves como su patria, su planeta, su nacionalidad. La respuesta a la pregunta: «¿De dónde eres tú?», sería: «Soy de la *Enterprise*».

Su hábitat. Su medio ambiente. Un territorio, no una cosa, no una nave. Un territorio móvil. En lugar de, «soy ciudadano de este sector o de aquel sistema, de ese planeta, de aquel puesto avanzado», la respuesta sería: «Soy un ciudadano de la Federación».

Finalmente habría una unidad total dentro de la Federación, el primer paso para que la gente estuviera en su patria en cualquier planeta. El principio de los antiguos Estados Unidos, básicamente; no importaba si uno se había criado en Vermont y vivía en California. Continuaba estando en su patria, en Estados Unidos. Si el nombre de uno era Baird o Yamamura o Kwame, no era por obligación leal a Escocia, Japón o Ghana, sino a Estados Unidos. Unas cuantas décadas de viaje espacial y la frase se había convertido en «soy ciudadano de la Tierra», sin importar el país. Esta nave venía a ser un primer paso. Tanto si uno nacía en la Tierra o en Épsilon Indü VI, uno era ciudadano de la Federación. Los niños de esta colonia llamada *Enterprise* visitarían los planetas de la Federación y se sentirían parte de cada uno, bien acogidos en todos. Esta nave estelar, esta colonia que viajaba por el espacio era la más grande portadora de la mayor visión de futuro. Su misión era única, ilusionante.

Y arriesgada.

Y resultaba que era Jean-Luc Picard quien tenía que hacerla funcionar.

«¿Por qué yo? ¿Me ha cegado el prestigio ante la pérdida de libertad y aventura? Niños. Imagínate.»

—Señor Riker —dijo entonces en voz alta, interrumpiendo sus propios pensamientos—. Quiero que usted, Data y LaForge bajen a ingeniería y hagan un análisis espectrométrico y electrónico del fenómeno mientras aún tenemos tiempo. Quiero saber qué sucedería si disparásemos nuestras armas directamente a su interior, y qué si no lo hiciéramos. —De pronto señaló al primer oficial con un dedo y declaró con firmeza—: Riker, le corresponde a usted averiguar cómo enfrentarnos con esa cosa.

A Riker le hizo falta todo su control para no desasosegarse. Sintió que el cuerpo se le ponía rígido.

—Sí, señor. —Giró sobre sí y se encaminó hacia el turboascensor—. Data, LaForge... acompañenme.

Salieron del puente, y mediante un rápido y preciso despliegue de movimientos fueron reemplazados en el control de navegación y observación por Worf y Tasha. Picard los observó marchar y se sintió menos solo ante el oscuro túnel de las horas venideras. Miró a su alrededor; la nave continuaba allí, los sistemas chasqueando y

desviando energía por un millón de pequeñas vías alternativas; cualquier método era bueno, por pequeño que fuese, para comenzar a trabajar otra vez. El procedimiento era robar energía de unos sistemas en beneficio de otros prioritarios para que el núcleo de la computadora pudiera hacer efectivas esas diminutas operaciones sólo realizables por mecanismos complejos integrados. Sintió la presencia del enjambre de ingenieros bajo cubierta, todos esforzándose al máximo para dirigir ese delicado robo de energía; los sentía con la misma certidumbre con la que la consejera Troi percibía la presencia de los seres que representaban una tan clara amenaza.

—Estaré en la enfermería —anunció, y se encaminó hacia el turboascensor.

—Confusión, señor.

Troi yacía en el banco de la cúpula de diagnóstico, envuelta por la quietud artificial de la enfermería, intentando poner en palabras lo que no tenía letras ni signos de puntuación. A su derecha, el capitán Picard tenía el control, mantenía las cosas en funcionamiento, le transmitía fortaleza. A su izquierda, Beverly Crusher le proporcionaba otro tipo de seguridad, observándola de una forma por completo distinta. Pero ahora el capitán quería respuestas, y ninguna acudía fácilmente.

—Parece haber miles de ondas emocionales separadas —dijo Troi—. Tal vez haya millones. Me siento incapaz de explicarle esto con claridad... doctora, ¿puedo levantarme, por favor?

Crusher le dirigió una mirada de censura.

—Supongo que sí —respondió—. Pero sólo porque no puedo encontrarle nada fuera de lo normal. Eso no significa que no esté lesionada en algún sentido.

Apartó la cúpula de diagnóstico de Troi y se hizo a un lado mientras el capitán ayudaba a Troi a bajar de la camilla. Sin hacer pausa alguna, la condujo a un asiento cercano; era evidente que, por lo que a él se refería, la conversación estaba lejos de haber concluido. Hizo un gesto a Crusher para que ocupara otro asiento, y se sentó en un tercero; luego entrelazó las manos y descansó los brazos en la fría superficie negra de su sitio.

—¿Sería posible que esa cosa fuera una nave y usted hubiera estado recibiendo todo eso de su tripulación?

—Esa posibilidad ya se me ha ocurrido —respondió Troi, que prefería no decir que no lo sabía, aunque ésa fuera la realidad—. No la he pasado por alto. Pero si podemos definir esas imágenes humanoides como fantasmas, no hay mal alguno en denominar esas impresiones como sus... almas. No, por favor... déjeme continuar. Me doy cuenta de que esto es algo impreciso, señor. Lamento tener que hablar de este modo. «Alma» es un término vago y acientífico, pero creo que ésa es la imagen que estas entidades tienen de sí mismas.

—¿Percibe identidades? —preguntó Crusher. La cobriza cascada de sus cabellos

se deslizó sobre los hombros de la doctora al inclinarse hacia adelante.

Los ojos de ninfa de Troi se abrieron de par en par.

—¡Claro, sí! Ése es el motivo de que haya sentido dudas respecto a mis percepciones. Algunas de las visiones son sorprendentemente claras. Una imagen de Vasska, por ejemplo, y el recuerdo de las órdenes que recibía cuando esa cosa atacó al *Gorshkov*.

—Eso no lo había dicho antes —apuntó el capitán. Su tono tenía un timbre de fastidio, como si de verdad hubiera esperado que ella le diera un informe aún más claro de aquellas confusas imágenes y ondas.

—No, señor. Antes no estaba muy segura de ello. Sólo lo recordé cuando fui atacada en el puente. Ojalá pudiera explicarlo.

—Entonces, ¿empatiza usted con el capitán Reykov? —conjeturó el capitán Picard.

—A veces —respondió ella—. La suya es la personalidad más fuerte. Pero señor... hay muchas otras. Muchas otras.

Esas visiones están enturbiadas por incontables fuerzas vitales que rodean el fenómeno, como un halo a su alrededor, como si las arrastrara por el espacio adondequiera que va.

—¿Son prisioneros?

Cuando Picard le planteó esa cuestión, Troi dio un respingo. Se retrepó en el asiento, casi como para alejarse, y de sus facciones mediterráneas y aquellos tintos ojos betazoides desapareció toda emoción.

—¿Está pidiéndome que especule, señor?

—Le estoy pidiendo que me ayude a formular un plan de acción —replicó él—, o al menos un plan de acercamiento.

—Sí —murmuró ella—. Más que ayudarlo, esta vez voy a ponerle en una posición difícil.

—No es culpa suya, Deanna —intervino Crusher.

—En absoluto —agregó Picard.

Troi sondeó al capitán en su yo telepático, pero Picard no era un hombre cuyos sentimientos bajaran los escudos con facilidad. Sintió la resistencia de él ante su sondeo, una resistencia tan sutil como lo era él mismo, así que se retiró a su propio interior al considerar que, por respeto a su autoridad, no era lícito vulnerar tal defensa.

—Si esas esencias vitales son prisioneros, como usted sugiere, y nosotros destruimos su prisión —continuó Troi—, ¿estaríamos cometiendo un asesinato?

Con esa pregunta penetró hasta el núcleo del problema de Picard. Él la estudió: atractiva, considerada, exótica... sí, ésa era la palabra que le correspondía, y se preocupaba por los demás; aunque ahora se sentía tan impotente como el resto de

ellos.

—Tiene usted una tendencia en exceso emotiva, ¿lo sabía, consejera? —observó él en tono suave—. Me doy cuenta de que su tarea es un foco de tensiones, pero la mía también. Si nuestra única posibilidad de supervivencia es destruir esos miles o millones de mentes que usted percibe, ¿qué debo hacer? ¿Salvarnos o sacrificarnos? ¿Las vidas de quiénes deben ser condenadas?

—Ése es el fallo de la Primera Directriz, capitán —comentó Crusher—. Cuando el interferir en otra cultura es la única forma de salvar las vidas que a uno se le han confiado... tampoco yo sé qué haría. Cuente las cabezas y vea quién tiene más vidas que salvar.

El capitán se recostó en el respaldo y se pasó los nudillos por el labio inferior.

—Por lo que ha dicho la consejera, eso nos pone en una inferioridad numérica bastante evidente. —Pulsó el intercomunicador más cercano del escritorio—. Picard al puente. ¿Qué situación tenemos ahí arriba?

—Sin cambios respecto de la entidad, señor —informó Yar—. El estado de la nave mejora, pero nos vemos obligados a privar a muchos sistemas para restablecer la energía de los escudos. Todo está agotado, incluyendo la potencia hiperespacial.

—Estupendo —respondió Picard—. Van a tener que trabajar más deprisa.

—Sí, señor, a mí también me gustaría eso.

—Picard, corto. Consejera, ¿tiene algo concreto que decir? Troi suspiró.

—He estado tratando de aislar las impresiones, de ver si son sólo recuerdos de formas de vida o verdaderas esencias vitales, pero hasta ahora no puedo decirle nada específico.

—Es usted quien me preocupa —dijo Crusher a Troi.

La boca de Troi se arqueó.

—Es usted muy amable. Pero no logro emplear mis capacidades en bien de la nave...

—Ya sabe de qué estoy hablando —la interrumpió la doctora—. Del peligro inherente de la telepatía. Si otros telépatas son más dominantes, la fuerza de sus mentes podría dañar la de usted, Deanna. Y no puede ponerse un vendaje sobre la mente.

—He intentado cerrar mi mente, pero ellos derriban las barreras...

—¿Está usted diciendo que esas cosas podrían representar un verdadero peligro para usted? —rugió Picard.

Sobresaltada, Troi cerró la boca y comprendió en su integridad las implicaciones del hecho. Aún no lo había oído expresado en palabras, y no sonaba muy bien.

—Todo este asunto me preocupa —dijo Crusher—. Después de lo que me ha descrito Wesley, yo habría sugerido una alucinación colectiva de no haber aparecido en la pantalla de la computadora. Ese elemento le confiere al asunto una

atemorizadora realidad científica. Ah... capitán, Wesley me ha pedido que le presente sus disculpas.

Picard recapacitó durante un momento, y finalmente preguntó:

—¿Por qué?

Crusher parpadeó.

—No lo sé. Pensaba que usted sí lo sabía.

Tras un instante, él negó con la cabeza.

—No recuerdo nada en particular, doctora.

Ella se encogió de hombros, incómoda.

—Ya veo. En ese caso, las disculpas se las presento yo. Wesley está en esa edad en que cree que todos los adultos tienen prejuicios contra los niños.

Picard inclinó una mano hacia ella.

—Por supuesto que tenemos prejuicios. Ellos son niños —razonó—. Tienen que crecer. Nadie espera nada más, ni nada menos. Cuando lleguen a adultos, ya no serán niños. Y entonces se encontrarán con nuevos prejuicios que soportar.

—¿Quiere decir, como los que hay contra los oficiales superiores?

—Sí. —El capitán rió entre dientes, y su boca se alargó en una sonrisa melancólica. El cambio de humor le aclaró la mente, y la difícil situación le resultó un poco más fácil de aceptar.

Troi volvió la mirada hacia la panorámica del espacio que le ofrecía una luneta, aguardando a que pasara el momento. «Y los que hay contra los telépatas. Ofrecer cosas confusas para explicar cosas confusas... reemplazar la ignorancia con la ambigüedad... ¿es ése el único servicio que puedo prestar?»

—Si esos seres son prisioneros —meditó Picard en voz alta—, entonces se convierten también en responsabilidad mía. Me pregunto si tengo derecho a decidir en su lugar. De algún modo tendremos que lograr comunicarnos con ellos.

Troi lo miró, mientras sus temores regresaban.

—Pero eso requiere energía, señor. Y podrá encontrarnos por esa energía y destruirnos.

Crusher intervino.

—Y hay otra cosa.

El capitán intentó no hablar con voz cansada.

—¿Sí, doctora?

Ella bajó la mirada durante un instante. Cuando volvió a levantarla, la clavó directamente en los ojos de Jean-Luc Picard.

—¿Qué haremos si sencillamente se niegan a negociar con nosotros? —preguntó—. Ya sabe lo que dicen sobre el camino hacia el infierno.

—Es curioso que una alteración electromagnética se haya centrado sobre la

consejera Troi.

—Mantenga la atención en su trabajo —gruñó Riker ante el comentario del androide.

Le recorría la irritación mientras su mano, a pocos centímetros del intercomunicador, dudaba si llamar a la enfermería. A unos pasos de él estaba Data. Ya caminando como si tal cosa después del ataque. Recuperado, así, sin más. Y Deanna en la enfermería, pugnando por controlar su mente.

Data levantó los ojos de la pantalla de lectura.

—Mi atención está siempre en mi trabajo, comandante. Verá, tengo un núcleo de memoria multifase que me permite...

—No me importa —se oyó Riker a sí mismo contestarle de malos modos—. La verdad es que no estoy interesado.

Las cejas de Data se alzaron.

—Tal vez si se lo explico con palabras más accesibles...

Con la espalda poniéndosele rígida, Riker clavó sus pupilas en las de Data.

—Por favor...

—¡Cómo no, señor! —respondió el androide con afabilidad—. El concepto en el que se basa mi cerebro especial multifase...

—¡No quería decir eso!

—¿Ah, no, señor? Es lo que ha dicho.

Geordi alargó una mano y tiró de una manga al servicial androide.

—No insista, Data. El señor Riker quiere informes exclusivamente sobre la alteración y su fuente.

Con un infantil parpadeo, Data dijo:

—Vale. No pasa nada. —Giró sobre sí y volvió a inclinarse sobre la pantalla—. La conformación física del fenómeno es confusa para los sensores pasivos. Hay poco en lo que los sensores puedan centrarse porque el fenómeno está fuera de fase con tanta frecuencia como dentro de ella. Entidad o mecanismo. No puedo definirlo.

De pie entre Riker y Geordi, los tres inclinados sobre diferentes paneles de acceso a la computadora, Data se permitió un fruncimiento de entrecejo demasiado humano mientras contemplaba los gráficos que evolucionaban ante él.

A su derecha, Riker continuaba golpeando los puntos de presión del panel de microelectrónica molecular.

—Comencemos por utilizar los criterios de vida más obvios —sugirió—. ¿Hay algún signo de organismos?, ¿cualquier cosa?

—Los organismos ni sugieren ni excluyen la vida, señor. Yo soy parcialmente orgánico, pero también mecánico...

—No interprete las cosas de una forma tan literal, Data —le espetó Riker—. Quiero un punto de partida. No estoy diciendo que todas las formas de vida sean

orgánicas. Esto no es más que un proceso de eliminación. Soy perfectamente consciente de que la vida no son sólo componentes físicos. Podemos mantener con vida a un cuerpo durante un tiempo indefinido, pero eso no es vida. No vida humana, en cualquier caso. Vuelva a esos instrumentos e interprete lo que ve.

Cerró el puño izquierdo y sintió el pegajoso sudor en la palma. Un enemigo tangible era una cosa; con eso podía enfrentarse. Pero todo ese asunto de vida y no-vida, este debatirse para apresar una definición con el fin de saber si estaban o no matando a algo cuando luchaban para salvar su propio pellejo... «Odio esto. Y odio la posición en la que me encuentro. ¿Aconsejar al capitán? ¿Cómo? ¿Ayudar a luchar contra esta cosa? ¿Cómo?»

Lo mismo daría que tuviese las manos atadas. Como primer oficial, lo mismo daría que no fuera nada. El primer oficial era el eterno comodín. Ni un científico, ni un experto táctico, ni un psicólogo..., nada específico, y sin embargo un poco de todo, cualquier cosa que el capitán necesitara que fuese en un momento dado. ¿De qué se trataría la próxima vez? ¿Estaría preparado para ello? La frustración lo roía.

«Picard... maldito sea. Averigüe una forma de luchar contra el fenómeno. Eso es todo. No hay problema, señor. De inmediato, señor.»

—Estas lecturas desafían toda interpretación.

La voz de Data irritó los nervios de Riker. Ese tono suyo de tómalo o déjalo...

—Pero si tuviera que definirme, yo diría que el fenómeno está comportándose de una forma pseudomecánica.

—Intente ser más concreto, ¿quiere? —ladró Riker, cuya tolerancia se agotaba.

—Délo por hecho. Está formada por componentes energéticos individuales, pero no actúa ni como algo mecánico ni como un ser vivo. Parece ser una herramienta viviente..., algo fabricado por una ingeniería tan elevada que es virtualmente una forma de vida.

—Suenas familiar —murmuró Geordi.

Data lo miró, con la boca abierta, pero el imperioso tono de la orden de Riker le había herido en lo vivo, así que continuó informando.

—Obtengo lecturas de energías destructoras de alta potencia. En cuanto nos pille, nos escachifolla. Riker se enderezó bruscamente.

—¡Deje de hacer eso!

Los ojos de Data parpadearon al levantar él la cabeza.

—¿Señor?

—Me está sacando de quicio. Está distrayendo a todo el mundo con esa clase de frases. Basta.

—Es jerga, señor. Terminología coloqui...

—Es inadecuado, ofende.

—¿P... perdón? Intento ser más humano.

Data retrocedió contra el panel al acercársele Riker, y pudo ver que, sin saber cómo, había enfurecido al primer oficial.

—Usted nunca va a ser humano —dijo Riker con lentitud—. Usted no es humano. No parece entender la diferencia entre ser humano e imitar a los seres humanos. Usted no puede ser creativo porque sólo ve la forma y nada de la sustancia. Usted no entiende la vida. Hasta que aprenda la diferencia, siempre será una marioneta.

—Señor... —Geordi se interpuso entre ellos—. Él sólo está tratando de...

—Ya sé qué trata de hacer —le espetó Riker.

Los tres quedaron en silencio durante un momento.

Una expresión de haber sido profundamente herido cruzó el rostro de Data, y el humanoide miró a Geordi y luego a Riker.

—Yo... yo sólo estoy intentando mejorar... servir de la mejor manera...

—Entonces, sea útil de verdad —le soltó Riker—. Funcione según sus programas. Usted es un androide. Aproveche eso de la mejor forma posible y deje de intentar ser algo que no es. Dénos algo sobre lo que trabajar... si puede. Proporcióname algo que pueda llevarle al capitán y nos ayude a salir de ésta. —Avanzó otro paso, un paso intimidatorio que hizo que Data apretara más aún la espalda contra el panel—. Si esa entidad vuelve a atacar, quiero que usted contacte con ella. Vea si puede establecer una interfase con esa cosa.

Las pálidas cejas de Data se contrajeron sobre su nariz y se alzaron levemente en una delicada expresión; prueba, al menos para Geordi, de que en alguna parte en aquellos circuitos había sentimientos que podían ser heridos. En un susurro, respondió:

—Prometo intentarlo, señor. —Incapaz de volver a mirar a Riker a los ojos, dejó atrás el puesto de Geordi y avanzó a paso rápido hacia el laboratorio espectrométrico.

Riker observó cómo se marchaba; vio la tensión de los hombros sintéticos y el tipo de pasos con que camina un ser humano cuando se contiene. Grabados a fuego en sus recuerdos quedaron los ojos del androide contraídos en aquella expresión de humildad y desasosiego, una expresión que decía que no había tenido intención de ofender a nadie. Riker hizo un amago de dirigirse hacia el androide, que salía como impulsado por la repentina obligación. Data enfilaba el hueco de la puerta como una exhalación. Riker podía haber dado el paso siguiente...

De no haber llamado Geordi su atención.

—Si él se entrega a esa exposición —comentó el navegante—, estará arriesgando su vida, señor Riker.

Recobrando el control de su voz, Riker habló en voz baja.

—Me temo que ésa podría ser nuestra única probabilidad de salvarnos. —Se volvió hacia los monitores una vez más, y se vio bloqueado por LaForge que, tras

darle alcance, le había cortado al paso.

—¿Así que entonces no ocurre nada? ¿Sacrificamos a Data porque no está vivo?

—Mire, Geordi, yo no...

—Ahora veo que siempre lo escoge para las misiones de descenso porque es el más prescindible en su opinión.

Riker lanzó una violenta mirada al visor metálico e imaginó la tensión en torno a los ciegos ojos de LaForge.

—Continúe con su trabajo, teniente.

—¿Intentaría salvarle la vida con tanto empeño como intentó salvar la mía en el puente?

—¡Ocupe su puesto, navegante!

LaForge vaciló durante un largo momento, luego retrocedió, con los músculos del cuello crispados y los brazos tensos y paralelos caídos a sus flancos.

—Sí, señor. A sus órdenes, señor.

6

El enorme guerrero sopesaba sus armas de alta tecnología, presto para la batalla. Paladeaba el sabor del desafío, sabor a carne desgarrada, a sangre. Olía la batalla. Sus instintos aullaban canciones de guerra. Él no apreciaba las ventajas de la paz. En el fondo de su alma sabía que la paz únicamente se obtiene tras el conflicto, y cada fibra de su ser se preparaba para eso, para no ser sorprendido cuando llegara ese momento.

—Worf.

Sólo un gran esfuerzo evitó el gruñido de respuesta y lo reemplazó por una palabra civilizada.

—¿Sí?

—El capitán querrá un informe cuando regrese aquí arriba.

Worf se volvió hacia el grácil cuerpo femenino y el rostro de heroína de cuento que lo coronaba. Parecía una muchacha vestida de chico, una muchacha como las de los cuentos que le contaban en otra época sus padres adoptivos humanos, cuentos que nunca satisfacían su ansia de aventuras. Era muy pequeño cuando sus padres de la Flota Estelar renunciaron a contarle fábulas, y las sustituyeron con relatos más sustanciosos de Bram Stoker, Melville, Dumas, Stervasney y Kryo, con el fin de satisfacer a su raro hijo. Aquellas historias sí podía digerirlas. Le hacían reír a carcajadas.

—No se sentirá contento con lo que tenemos para contarle, Tasha —replicó él, bajando su tonante voz mientras se encontraban ambos en la parte superior de la cubierta, unos pasos alejados del puente por la terminal de seguridad.

—Lo sé —asintió ella. Bajo la mata de cortos cabellos color limón, los ojos gris claro se torcieron ante la perspectiva de enfrentarse con Picard—. He estado haciendo un estudio y usted tiene razón. Es cierto que esa cosa está siguiendo una pauta, que presenta algunos movimientos aleatorios. Ha sido diseñada para resultar impredecible.

—Sí, lo he visto —asintió con su voz de bajo—. Está realizando una búsqueda deliberadamente difícil de eludir. Nos da menos de un cincuenta por ciento de probabilidades de escapar.

—Que es más de un cincuenta por ciento de posibilidades de que nos atrape. —Tacha se mordió el labio y se tomó todo el asunto de forma personal—. Y eso en teoría. Nuestras probabilidades reales podrían ser espantosamente menores. ¿Ha estado obteniendo usted los mismos resultados? ¿Está esa cosa haciendo lo que yo creo que hace?

—Si se refiere a que si veo que el recorrido de búsqueda se va cerrando sobre nosotros, sí —dijo Worf con sombría certidumbre—. Nuestras probabilidades disminuyen con cada minuto que esperamos para entrar en acción. No mejorarán. Se

reducirán. La jaula está cerrándose.

Tasha dio algunos sonoros e inútiles pasos de un lado a otro, un lastimoso eco en la enorme jaula que se cerraba en torno a la nave.

—¿Qué sucedería si a esa cosa le subiera la adrenalina o algo parecido y atacara con más fuerza que la vez anterior? Incluso en el caso de que lográsemos que los escudos estuvieran plenamente cargados, podríamos no resistirlo. Al menos no como nos hallamos ahora, con los escudos sometidos a un esfuerzo excesivo para proteger toda la nave.

El enorme rostro terroso de Worf giró, alzándose del monitor que había estado observando. Desde debajo de su cráneo klinzhai y de las dos lanzas invertidas de sus cejas, sus ojos atravesaron a Tasha.

—No irá usted a sugerir...

Ella se mordió el labio unas cuantas veces, pero sus ojos no manifestaban ni por asomo la vacilación que la acometía. Cambió el peso de su cuerpo de uno a otro pie y luego, como decidida, a ambos. A sus flancos, dos puños pequeños se apretaron.

—Sí, lo haré —dijo—. Ya lo creo que sí.

—¿Tiene usted la más ligera idea del peligro que entraña su propuesta, teniente Yar?

Tasha se refugió en la posición de firmes mientras Picard se paseaba en torno a ella. Y envolviéndolos a ambos, los dodecafónicos sonidos del puente, los cuales poco ayudaban a aclarar sus mentes. Inspiró largamente e intentó no sentirse demasiado pequeña junto a Worf. Le hizo falta todo su dominio para no lanzar al klingon una mirada con el fin de fortalecerse antes de continuar.

—Sí, señor. La tengo. Pero pienso que es... —La voz se le ahogó, de pronto Picard se había vuelto y a ella le asaltó la sensación de estar prácticamente ante un antagonista. No podía hablar mientras él la miraba de aquella forma tan intensa.

—Oigámoslo —le espetó, como si no supiera en absoluto cuál era el problema de ella.

Tasha se negó a retroceder, pero, de todos modos, el estómago se le contrajo.

—Sí, señor. Hemos estado... quiero decir, que he estado calculando...

—No se preocupe por los cálculos y dígame su idea.

—Según está la nave, nuestras probabilidades de escapar son inferiores al cincuenta por ciento y van en disminución. Hice un análisis del ataque anterior y parece que esa cosa sólo atacó las secciones de alta energía de la nave. Las cámaras de los propulsores hiperespaciales, los condensadores de máximo aprovechamiento de las armas, los sensores y los escudos.

—Su idea, por favor.

—Hum... la sección del platillo por sí sola podría no atraer la atención de esa cosa.

La penetrante mirada de Picard presagiaba tormenta; pero en alguna parte de ella Tasha tuvo la seguridad de ver un diminuto atisbo de esperanza, de que podría marcharse con la cabeza sobre los hombros y al menos un brazo.

—¿Separar los módulos de la nave? —murmuró él.

—Ésa es... mi sugerencia, capitán.

—Teniendo presente, por supuesto, que eso dejaría la sección del platillo con unos escudos reducidos y sin armas apreciables en caso de que fuera destruida su sección de impulsión. Usted ha tenido eso en cuenta al hacer su razonamiento, ¿no, teniente?

Tasha, de hecho, abandonó la rigidez y se volvió hacia él.

—Las probabilidades que tiene el platillo de escaparse con sus impulsores a muy baja potencia son casi de un noventa por ciento, señor, en especial si damos un poco de energía a los propulsores del segundo módulo y distraemos a la cosa.

—A menos que aparezca una variable desconocida.

Ella volvió a la posición de firmes y fijó la mirada en el mamparo sobre el que estaba instalada la pantalla principal.

—Correcto, señor. Pero además, si no es necesario levantar unos escudos para envolver también todo el platillo, podríamos enviar más energía a los escudos del segundo módulo y resistir otro ataque. Lo bastante como para luchar contra la cosa, quiero decir.

Picard también se volvió, pero para contemplar la relumbrante, palpitante lámina de energía electromagnética en reacción que los buscaba en la parte superior de la pantalla.

—¿Y las probabilidades de que escapara el segundo módulo en su plan?

Tasha echó esa mirada a Worf y se aferró a ella como a una cuerda de salvamento.

—Menos... del dieciocho por ciento, señor.

Jean-Luc Picard describió un círculo en torno a sus dos impulsivos oficiales, se detuvo detrás de ellos, vio los hombros crispados, unos estrechos y rodeados por tela dorada; los otros anchos y altos, que formaban un campo de negro sobre rojo. Les rodeó por estribor y se detuvo ante Worf, con Tasha fuera de su vista. Delante de ellos se extendía la gran pantalla, con el fulgente enemigo sobre aquel fragmento de universo. El silencio les destrozaba los nervios, podían oír el tic-tac del reloj de la aproximación de la entidad, y sin embargo había fuerza en la voz del capitán cuando éste por fin habló.

—Me arriesgaré a esas probabilidades. Que Riker suba aquí.

—Informe, señor Data.

Picard aún no les había contado los planes que tenía. Riker estaba ahora de pie cerca de él mientras Data y Geordi LaForge se cuadraban ante ellos en el puente.

Riker daba vueltas a unos pasos de ellos, agudamente consciente de la ausencia

de Deanna Troi. ¿Estaba demasiado suspicaz o era cierto que Data evitaba su mirada?

«¿Estoy imaginándolo?»

—Por sus acciones y capacidades... la velocidad de la luz —comenzó Data—, me arriesgaría a concluir que de hecho fue construida y que no es posible que haya evolucionado de modo natural. Posee una inteligencia rudimentaria que reacciona ante las cosas según un conjunto sencillo de instrucciones, de forma parecida a la de un insecto. Cuando una mantis religiosa se come a su propia pareja, por ejemplo, señor, sólo está haciendo lo que su instinto le dice que haga, sin concepto alguno del bien y del mal.

Picard se frotó las palmas de las manos contra los muslos y resistió el impulso de pasearse.

—¿Está diciéndome usted que es el bicho más grande de la galaxia?

Data inclinó la cabeza en un gesto parecido al asentimiento, pero no podía afirmarlo.

—Básicamente.

—Lo cual excluye la posibilidad de razonar con él —intervino Riker.

—Correcto, señor —dijo Data—, pero si pudiéramos establecer una interfase con él, tendríamos la posibilidad de efectuar los cambios suficientes en esa programación simple como para engañarlo... —Se detuvo en seco en ese punto y le echó una mirada a Riker—. Como para alterar sus acciones.

La timidez de Data desapareció al abrirse la puerta del turboascensor y dar paso a Troi, con la doctora Crusher detrás de ella; no estaba dispuesta a permitir que la consejera se apartara de su vista.

—¡Capitán! —exclamó. Se contuvo al punto, recobró el control y anunció sin rodeos—. Señor, quieren algo de nosotros.

Picard la miró, dubitativo.

—¿Disculpe? ¿Ha estado otra vez en contacto con ellos?

—Podría decirse que sí —contestó Crusher mirando a Troi—. Durante un minuto pensé que íbamos a perderla.

—¿Se encuentra bien, consejera?

—Capitán, quieren algo —prosiguió Troi—, algo que podemos proporcionarles, o al menos algo que ellos creen que podemos proporcionarles.

Presto a desencadenar su enojo, Picard se volvió para acusar a Data.

—¿Y bien, Data? Desde luego, no era ésa la idea que esperábamos dada la valoración hecha por usted.

Los labios de Data se abrieron, mudos por un momento.

—Señor, eso no puede ser exacto. Todas las pruebas sugieren que la fuerza hostil no es capaz de querer conscientemente algo de nosotros. Tiene la inteligencia de un insecto en todas sus respuestas. Responde de forma automática a los estímulos. Sus

reacciones no implican pensamiento tal y como lo conocemos, sino sólo estímulo y respuesta.

Picard agitó un dedo hacia Troi y dijo:

—Pero la consejera dice lo contrario, mientras que usted... —El dedo se desplazó para acabar apuntando a Data—, nos dice que no actúa por malevolencia. Que algo de su muy simple programación activa sus acciones.

—Sí, señor —asintió Data impeturbable—. Nuestras armas la han atraído y agitado.

—Tal vez debemos tener presente que podría haber una diferencia entre la fuerza hostil y las mentes que yo percibo, señor —señaló Troi.

—Pero en cualquier caso —observó Riker—, tenemos que enfrentarnos con ella. No podemos ni razonar con ella ni asustarla, y sólo existe una pequeña probabilidad de engañarla. Pero la ventaja es que podríamos tener la posibilidad de descubrir su programación, como ha sugerido Data.

—Pero no —insistió Picard— si es racional. —Apoyó las manos en la herradura del puente y le dirigió una significativa mirada a Deanna Troi—. Si es racional, la lógica del señor Data explosionaría junto con nosotros.

Data bajó al nivel inferior de la cubierta y se detuvo junto a su asiento en el terminal de observación, como para extraer fuerzas de un compañero.

—No puedo descifrar su programación a través sólo de sus acciones, señor. Tendrá que establecerse algún tipo de comunicación o interfase. En defensa de la consejera Troi, yo sugiero que a pesar de que está programada, también está fundamentalmente viva. Se mantiene con un impulso de supervivencia básico.

—Si pudiéramos descifrar su programación —siguió Picard—, podríamos ponerle impedimentos con la misma facilidad con que atraeríamos a una mariposa nocturna a una trampa con una luz brillante.

Geordi escogió ese momento para pasar junto a él y ocupar su puesto ante el terminal del timón.

—Va a necesitar un cazamariposas como mil pianos —masculló.

—Existe un peligro, señor —continuó Data—, en el atraer su atención. Podríamos cabrearla por inadvertencia y se iría todo a hacer puñetas.

Picard ya había comenzado a cuadrar la estrategia, cuando, de repente, le echó una ceñuda mirada al androide durante unos instantes.

—Sí... eso ya lo había conjeturado. Gracias. Señor Riker...

—¿Señor?

—Prepárese para separar los módulos. Riker se volvió con un respingo.

—¿Señor?

—Ya me ha oído, ¿no?

—Sí, señor, pero...

—¿Tiene alguna pregunta?

Riker se irguió y cambió de tono.

—Sí, la tengo, señor. La separación del platillo está recomendada sólo en situaciones previas a entrar en batalla y cuando es aconsejable mantener la nave muy en retaguardia, muy alejada de la zona de peligro. ¡Si nos separamos en la situación actual quedaremos completamente indefensos!

—Es una forma interesante de expresar una pregunta. —Picard le echó una mirada astuta—. No es el momento de acobardarse respecto a las capacidades de esta nave. Teniente Yar, vuelva a comentarle sus cálculos al primer oficial. Yar se puso firme detrás de su terminal de seguridad, con las mejillas enrojecidas.

—Sí, señor. Hemos calculado unas probabilidades de sólo el cincuenta y cinco por ciento de que escape la nave entera, pero si nos separamos, y el segundo módulo, el casco de batalla, distrae a la entidad, la sección del platillo podría tener unas probabilidades de hasta del noventa por ciento de escapar.

—¿Y el casco de batalla?

Ella se agitó con nerviosismo.

—Alrededor de un diecisiete por ciento.

Una arruga vertical apareció encima del puente de la nariz de Riker; sintió lo tenso de su expresión mientras la miraba de hito en hito, vio que una fina capa de sudor bañaba el rostro de la joven aunque ella soportó la fuerza de esa mirada.

Riker sintió el cosquilleo de un mechón de su pelo castaño oscuro sobre su frente, como un irritante hilo que estorbara su ojo izquierdo. Su mente repitió las palabras de Yar, la tragedia que subyacía en ellas. Y se percató de nuevo de la trascendencia y las dificultades de tener una nave que podía hacer lo que ésta y el talento que requería... Todos los problemas de una nave preparada para la batalla que supuestamente debía servir también como hogar para familias, y de qué forma tan difícil se conjugaban esas dos realidades. Se supone que una nave de batalla debe enfrentarse a los peligros, y una nave colonia huir de ellos. Eran las respuestas adecuadas pero ¿qué sucede cuando se trata de la misma nave? ¿Y cuando una de ellas no es lo bastante veloz para huir?

Casco y platillo se habían separado sólo una vez antes, y no había sido siquiera una prueba de funcionamiento. Y él mismo ni había estado a bordo cuando ocurrió. Había oído hablar de ello. Un movimiento disparatado, a plena velocidad hiperespacial, prerrogativa del capitán. Riker no la habría ejercido en su lugar, pero él no era Jean-Luc Picard. Mentalmente vio la nave estelar dividiéndose en dos a la velocidad de la luz, imaginó el cuerpo de batalla que continuaba a toda velocidad mientras la sección del platillo era expelida abruptamente fuera del halo hiperespacial y perdía vertiginosamente velocidad hasta estabilizarse en niveles subluminicos, un efecto que tendría que haber arrojado a todos sus pasajeros contra la cubierta.

Pasajeros... maldita indefinición.

Las palabras del capitán le sonaron en el aire.

—Todo el personal, preparado para transferir el mando al puente de batalla.

Era evidente que Picard no estaba interesado en discutir mucho el procedimiento a seguir. Riker vio que esta vez no habría ninguna decisión conjunta. Si él fuese capitán, nunca las habría. Ni siquiera respecto a si el capitán debía o no participar en peligrosas misiones de descenso. Ni siquiera sobre eso. Pero como se decía una y otra y otra vez, él no era Jean-Luc Picard, no era el hombre que ahora recorría con ojos penetrantes a la tripulación del puente y diplomáticamente decía:

—Necesitaría un voluntario para que tome el mando de la sección del platillo en esta crisis.

Riker no estaba dispuesto a hablar. Apretó los labios y esperó a que algún otro se ofreciera. Tasha abrió la boca, luego la cerró, y pareció desear que el capitán no se hubiera dado cuenta. Worf ni siquiera había considerado la oferta; eso estaba bien claro en su atezado rostro. Data comenzó a volverse desde su puesto de observación, pero volvió a pensarlo y se tragó su no pronunciada respuesta. Geordi se hundió en su asiento hasta el punto de la invisibilidad.

En el nivel superior de la cubierta, Beverly Crusher y Deanna Troi estaban de pie como maniqués, tratando de no desbaratar la intención de la considerada e inteligente oferta del capitán, ni la confianza depositada en ellos. Troi permanecía especialmente quieta. Percibía el dilema de cada persona del puente a medida que la solicitud del capitán penetraba en cada mente, removía su buen juicio y volvía a salir.

Picard giró sobre sí, posando su mirada en cada uno de ellos. Escogió ese momento para sacudir la cabeza de una forma casi sentimental, algo casi inverosímil en él.

—Estoy muy orgulloso de todos ustedes —dijo.

Desde el centro del puente, William Riker les sonrió, orgulloso del personal que tenía tras de sí.

Picard pulsó el intercomunicador de su asiento de mando.

—Ingeniería, aquí Picard. Ingeniero en jefe Argyle, preséntese en el puente para tomar el mando del módulo del platillo.

—Aquí Argyle. ¿Lo he oído bien, capitán?

—Sí. Suba aquí y traiga una tripulación auxiliar para el puente. Vamos a efectuar la maniobra de desacoplamiento de los módulos.

—Sí, señor. Estaré allí en seguida, señor.

El capitán se volvió al frente sin apenas transición.

—Señor Riker, puede comenzar.

Con el estómago tan contraído que le obligaba a inclinarse hacia adelante —sabía que Deanna había captado la inmediata realización de la maniobra—, Riker se encaró

con el timón y se obligó a decir unas palabras que lo molestaban. Muchísimo.

—Señor Data, active las conexiones de energía del puente de batalla para que esté listo cuando llegemos allí. Todo el personal, preparado para trasladarse al puente de batalla. Pasen a alerta amarilla. Medidas de seguridad para separación del platillo.

Los discordantes sonidos de la nave estelar redoblaron su intensidad en el compacto y funcional puente de batalla. Era un espacio más oscuro, en cierto modo reservado, dedicado estrictamente a la labor para la que estaba construido. La pantalla de visión era allí mucho más pequeña, como para exigir una atención más concentrada.

Los oficiales de la *Enterprise* salieron a toda prisa del turboascensor y cada uno fue a colocarse en su puesto. Tasha y Worf en el terminal científico y en el de seguridad, respectivamente; LaForge en el timón; Data en observación; el capitán en el centro de mando; Riker en el lugar de todos los primeros oficiales: a la derecha y algo por detrás del capitán. Ese lugar tenía algo especial. Incluso cuando un primer oficial se hallaba en otra parte, de alguna manera continuaba estando en ese preciso lugar. Y por encima de ellos, muy por encima, la sección del enorme platillo pronto se separaría de la fuente energética que la mantenía, entregando al módulo del cuerpo de batalla a su pequeño diecisiete por ciento de probabilidades de supervivencia y la gratificación de conocer lo que sólo el sacrificio personal puede proporcionarle a un alma humana.

Todos eran conscientes de los dedos de LaForge moviéndose sobre su teclado. Junto a él, Data se deslizó en su asiento y realizó los ajustes correspondientes: propulsores para alejar un módulo del otro mientras se hallaban flotando completamente inmóviles, limitando al máximo la emisión de energía para evitar que aquella cosa pudiera detectar el movimiento, y miles de otros diminutos cálculos requeridos para lo que el simple ojo humano veía como una maniobra sencilla. Pero esto no era como separar un juguete. Un millón de señales de frecuencia tendrían que ser reconducidas, y la energía para alimentarlas tendría que estar a punto. Durante todo ese tiempo, la criatura del exterior se movía por el espacio inmediato, relumbrando y chisporroteando, siguiéndole ansiosamente la pista a lo que había saboreado hacía tan poco.

—Cuando yo dé la orden —dijo Riker, que sabía perfectamente que podían hacerlo sin él. Por el rabillo del ojo veía la tranquila nuca de Data mientras el resto de su cuerpo se afanaba en el cálculo de esta delicada maniobra, observó la eficiencia de los dedos del androide, y de pronto se sintió tosco—. Todos los sistemas al mínimo. Alimentación al quince por ciento, en disposición de aumentar al veinte por ciento para la separación. Sólo escudos de vuelo; impulsores de popa, a cero coma cero cinco sublumínico. Todas las secciones, abandonen turboascensores y conductos de

mantenimiento.

El turboascensor del puente se abrió y la concentración de Riker se hizo añicos.

—Deanna, ¿qué está haciendo aquí?

Riker avanzó hacia el turboascensor, impulsado por su pregunta, deseoso por conocer la razón de que se expusiera a no sobrevivir más allá del día presente. Pero lo vio en los almendrados ojos de ella cuando respondieron a su reprensivo tono con inflexibilidad, y lo sintió en las emociones que Deanna Trai le transmitió en los segundos siguientes. Se detuvo en seco reteniendo lo que estaba a punto de decir... fuera lo que fuese.

Aunque hubiera hablado, sus palabras habrían sido interceptadas por la presencia de Picard, desplazada hasta afirmarse en el espacio existente entre los dos.

—Consejera Troi, maldición, se le ordenó que permaneciera en la sección del platillo. Explíquese.

Ella se había preparado para esto, al parecer, porque se mantuvo como la quintaesencia del aplomo.

—Señor, soy necesaria aquí. Si existe alguna posibilidad de comunicación con esos seres, yo soy la única persona capaz de proporcionarla. Me ofrezco voluntariamente para permanecer aquí.

—De acuerdo —replicó Picard con voz áspera—. Pero sepa que no se me escapa que ha esperado hasta que los turboascensores quedaran cerrados en lugar de ofrecerse cuando aún estábamos en la parte superior. —La señaló con un dedo y dijo con tono enojado—: Ya hablaré con usted de esto más tarde. Siempre y cuando haya un más tarde para nosotros.

Troi dejó que sus hombros se relajaran y respiró:

—Sí, señor. —Le dolían las piernas a causa de la tensión, y ahora del alivio de saber que iba a quedarse y ayudar en esa situación crítica.

Había podido sortear al capitán, pero no a Riker. Su mirada se encontró con la de él, y presentaba esa expresión en la cara, esa expresión que iba ocultando sus pensamientos, haciéndolos retroceder hasta la esencia del ser de Riker; y, sin embargo, ella podía verlos todos como si mirara un espejo infinito.

—Señor Riker, no tenemos todo el día.

—No, señor, ya lo sé. Señor LaForge, señor Data. Efectúen la separación del platillo... ¡Ahora!

Todos contuvieron el aliento. Todas las espaldas se pusieron rígidas. Un sutil zumbido de energía llegó desde debajo de ellos, desde las cavernas de la gigantesca fábrica de energía de la *Enterprise* hasta los mecanismos de trabado. Con un disonante rechinar, la nave se dividió. Ningún grado de perfección mecánica podría suavizar la sacudida de la separación, por muy tenue que fuera, por muy aislado que estuviera. O bien lo oyeron o bien creyeron oírlo; un ronco «clunk-chunk» al soltarse

las fijaciones: abrazaderas como garras, cojinetes, grapas y pernos neumautomáticos se separaban de su superficie de contacto, y las pequeñas clavijas, que hasta momentos antes conectaban los intrincados circuitos, se retrajeron. Como seccionada por el hacha de un leñador, la nave se convirtió en dos. La sección del platillo, con todas sus familias, quedó de pronto a la deriva.

En el puente de batalla, Picard y sus oficiales vieron como retrocedía lentamente el módulo. Raras veces tenían esta visión de su nave estelar. La sección del platillo era un ancho plato de reluciente blancura con los bordes ahusados, perlado todo él por los halos de luz de ventanas y salidas de emergencia rectangulares. Luces por todas partes, como un brillante árbol navideño metálico. Una especie de dolor atravesó al capitán Picard. Observó mientras los motores de impulso del platillo despertaron repentinamente a la vida y relumbraron con un azul plateado brillante. Se suponía que los capitanes de la Flota Estelar tenían que ser decididos. Sin embargo, sus decisiones a veces eran dolorosas, como cirugía sin anestesia... ¿por qué tenía que haber cosas semejantes en el universo? ¿Por qué tenía que haber tiburones en el mar?

Riker observó, hipnotizado, cómo se alejaba la sección del platillo. «Hummm. No ha ido mal después de todo. Esperemos que todo vaya igual de bien.» Cuando pudo apartar su atención de la consumada belleza del platillo, se volvió a mirar al capitán.

Si alguna vez había visto vacilar a Jean-Luc Picard, era ésta. Parecía como si el capitán pudiera llamar de repente a ese disco de vuelta a su sitio; reunir a toda la tripulación bajo su manto protector. Durante varios segundos, Riker esperó tener que dar esa orden, e incluso pensó en las palabras que emplearía para evitar que el capitán quedara en mal lugar.

Pero Picard no dijo nada. En silencio apoyó la valentía de su convicción.

—Todo en orden —informó LaForge—. Libres para maniobrar, señor.

—Recibido —murmuró Picard. El sabor del deber cumplido en los labios—. Mantenga situación. Envíele un comunicado en onda baja al señor Argyle. Dígale que maniobre por detrás del pequeño cinturón de asteroides que hay al otro lado del gigante gaseoso. Puede que enmascare su huida.

—Sí, señor —dijo Worf—. Enviando.

Observaron en silencio mientras el motor de la sección del platillo entraba en punto de ignición, y luego disminuía, proporcionando al enorme disco la impulsión necesaria para acercarse lentamente al peligroso trazado menguante de la jaula dibujada por la entidad. Para Riker, sobre todo, ese terrible momento tenía un particular alcance. Muchas civilizaciones nunca le habrían proporcionado la oportunidad de morir allí ese día, en un lugar de su propia elección.

La belleza de la tecnología lo asombraba. Era un tipo de libertad, la de construir una nave y un futuro, lo que se alejaba flotando ante ellos, la libertad de lanzarse

hacia mayores metas y logros más provechosos, la de tener los recursos de utilizar las riquezas de su sabia sociedad para crear maravillas como la que acababa de ver, y era la libertad de morir en el espacio si ése era el destino señalado para aquel día.

Miró al capitán Picard una vez más y, sí, también lo vio en él. Asombro. El capitán no parecía asustado. En todo caso, un poco enojado con la entidad por haberle obligado a dividir su nave en dos.

«¿O es algo más? —se preguntó Riker—. ¡Lo conozco tan poco!»

El trance se rompió al volverse el capitán hacia Troi y preguntar de forma directa: —¿Recibe algo?

Los negros bucles del cabello de ella hacían que su semblante pareciera pálido, y destacando en él sus ojos oscuros engarzados en él como piedras de ónice.

—Todavía nada, señor.

—Worf, ¿algún cambio en las medidas de energía?

La gutural respuesta de Worf transmitió una clara impaciencia.

—El mismo flujo y cambios que ha estado haciendo durante todo el tiempo, señor.

—Teniente Yar, manténgase alerta sobre la trayectoria del platillo y la de esa cosa. Quiero saber si van a entrar en colisión, y quiero saberlo con antelación.

—Sí, señor —replicó ella, y al instante se inclinó sobre su reluciente terminal.

—Pensándolo bien, será mejor no esperar. Señor Riker, hagamos un poco de ruido.

Riker asintió con la cabeza, sin importarle que fuera un gesto tonto. Tenía la garganta seca y no quería hablar hasta haber tragado saliva unas cuantas veces. Luego pulsó el intercomunicador de mando y dijo:

—Riker a ingeniería. ¿Tenemos potencia hiperespacial?

La ingeniero MacDougal respondió con tanta rapidez como si se hubiese encontrado en el mismo puente de batalla.

—El motor todavía está fuera de funcionamiento, señor, pero pronto lo tendremos operativo. Era un problema eléctrico y no un asunto de generación de energía.

—No pido potencia hiperespacial todavía —aclaró Riker, al tiempo que miraba a Picard para ver si era eso lo que el capitán tenía en mente—. Sólo necesito una aceleración momentánea. Digamos, un diez por ciento. Lo suficiente como para mantener la atención de esa cosa apartada del platillo hasta que haya abandonado el área. Esté preparada para apagar de inmediato con el fin de que también nosotros podamos volver a ocultarnos.

—Ya entiendo qué necesita, señor Riker, pero la energía hiperespacial no es tan fácil de controlar. Tiene que haber un período de transición entre los puntos máximo y mínimo de emisión.

Riker miró con timidez a Picard, que lo estaba observando y acusó recibo.

—Cualquier cosa que funcione. Y en cuanto ustedes estén preparados. Riker corto.

Ahora harían ruido. Echarían una moneda al aire en el almacén oscuro, con la esperanza de que el diminuto tintineo fuera oído pero no localizado.

Desde las entrañas de la sección de propulsión, en lo profundo del núcleo de los reactores de materia/antimateria que hacían de una nave estelar lo que era, les llegó una agitación de energía activada. Incluso esa emanación, ese diez por ciento, podía sentirse.

Entonces se produjo un cambio en la pantalla. La crepitante imagen de difracción de infrarrojos de su perseguidor se detuvo de pronto en la zona inferior de la gran pantalla, y realizó un giro deliberado en dirección hacia ellos.

—Viene tras nosotros —informó Yar. Se aferró al borde del teclado, negándose a alzar la vista hacia la gran pantalla. En cambio, observó los dos puntos del cuadrante, nave estelar y enemigo, acercándose el uno al otro. Su voz tembló—. Línea directa de colisión.

—Cero coma tres cero sublumínica, timón —dijo Riker, sujetándose al reposacabezas del asiento de LaForge—, dirección, dos-dos-cuatro coma uno-cinco.

—Sí, señor.

—Más rápido, LaForge.

—Sí, señor. Procesando.

—Teniente, ¿está siguiéndonos? —preguntó el capitán sin volver la cabeza.

Ella asintió mecánicamente con la cabeza.

—Sí, señor, nos está siguiendo.

—¿Velocidad?

—Cero coma cuatro sublumínica.

—Muy bien... —Picard no se sentó en el sillón de mando a pesar de avanzar hacia él—. Veamos si muerde el anzuelo.

Teniente LaForge, aumente a un cincuenta por ciento sublumínica.

—Cero coma cinco, sí, señor.

La sección del cuerpo de batalla, con el extremo posterior de sus barquillas fulgiendo de energía ahora como rasgo más destacado, describió una curva sobre unos raíles imaginarios y atravesó diametralmente el trazado de búsqueda de la entidad, en sentido opuesto al de la sección del platillo, alejándose del turbulento gigante gaseoso, alejándose del diminuto cinturón de asteroides que en algún día futuro se reuniría para formar un nuevo planeta que orbitaría alrededor del pequeño sol de ese sistema.

—Capitán —dijo Worf, rompiendo la concentración general—, MacDougal informa de que ahora tenemos la energía suficiente para los escudos, pero no para los propulsores y no mucho para las armas. Estima que falta apenas un minuto para ello.

Picard inclinó afirmativamente la cabeza sin mirarlo.

—Creo que está dando resultado, señor —dijo Riker con una voz tan baja que le irritaba la garganta. Mentalmente contaba la distancia entre el platillo y el cuerpo de batalla, y el tiempo necesario para que aquél pudiera considerarse a salvo—. Bien pensado, capitán.

—¡Señor! —exclamó Tasha con repentino horror en su ahora áspera voz—. Está...

—Ya lo veo. Media vuelta. ¡Activen los escudos! ¡Llamen la atención de esa maldita cosa!

—Activados —dijo Tasha al instante—. Escudos de batalla a plena potencia.

Independientemente de lo cuidadoso de la planificación, así como de la cantidad de maquinaria, de la alta tecnología, los profundos conocimientos de física y matemáticas aplicados, la detallada programación...; independientemente de cualquiera de esas cosas, la humanidad nunca había sido capaz de predecir, desviar o superar la pura y vieja mala suerte. ¿Quién sabía cuánto tiempo llevaba aquella cosa vagando por la galaxia, comportándose como lo que estaba haciendo ese día? No había forma de saber qué hábitos había desarrollado, qué preferencias, qué impulsos había aprendido a seguir. ¿Y quién podía intuir qué había detectado?

¿Un destello de luz del casco del platillo, una diminuta fuga de partículas subatómicas del reactor de fusión de impulso, una emisión de alta frecuencia de mantenimiento? Había tantas cosas que considerar en el funcionamiento de una nave estelar. Pero de alguna forma, algo le había dicho a la amenaza que ésa era la fuente más probable de comida. Su mente de insecto se concentró en la idea de aquel blanco en lugar del otro, así que se volvió hacia el platillo.

Picard giró velozmente hacia Worf.

—¿Algo?

—No hay cambios, señor —dijo el klingon con claridad y rabia—. Nosotros estamos emitiendo veinte veces más energía que la liberada por el platillo en este momento, pero no parece impresionarla.

—Háganle una pasada de cerca. Tenemos que alejarla.

Geordi LaForge luchó para que no le temblaran las manos sobre el teclado ante la idea de pasar cerca de aquella peligrosa masa. Evitaba mirar hacia aquella maraña de energía que trasmitía la pantalla. Se guiaría sólo por los instrumentos. Obedecería: aceleraría para atravesar la pesadilla y orbitar a su alrededor si fuese preciso.

Era una lástima que esa nave no tuviera un botón de eyección de cápsula.

La nave giró en el espacio, volviendo hacia el crepitante campo energético de su enemigo. Ahora la sección del platillo dominaba la pantalla, entre ésta y ellos, una muralla de chasqueantes y deslumbradoras lenguas eléctricas, un terrible prisma para mirar a través de él.

LaForge aumentó la velocidad sin que se lo ordenaran. Sabía qué tenía que hacer. Daría a probar a la chisporroteante entidad un poco de antimateria.

Durante un momento se permitió mirar hacia Data. El androide estaba engañosamente impasible, era una forma humana envuelta en infrarrojos, una figura de hombre con zonas calientes y frías, todas moviéndose dentro de un resplandor. De un modo que nada mecánico podía hacer, Data sintió la mirada y la devolvió. Respondió sólo con un significativo alzamiento de sus rectas cejas. Al menos lo harían juntos. Como deben acabar todos los soldados si tienen que morir.

Detrás de ellos, Riker se aferraba al asiento del timón con más fuerza de la que le hubiera deseado emplear. Ahora, la pantalla que tenían delante chisporroteaba con la proximidad. Si la suerte no los acompañaba, estarían en serios problemas condenadamente pronto. Una acuciante contrariedad le acometió al ver que el motor de impulso del platillo volvía a encenderse. Argyle sabía que los estaba siguiendo, y que eran demasiado lentos para escapar. Sin embargo, como una tortuga que intentara salir de una autopista en la que se circulara al máximo, el gran disco continuaba avanzando a plena potencia sublumínica. La frustración cubrió con su feo rostro el de Riker. Deseó que Picard hubiera insistido en que se quedara a bordo uno de ellos. De pronto, el platillo necesitaba un mando de verdad y no sólo ingenieros.

La entidad aumentó la velocidad para seguirlos, y el cuerpo de batalla hizo lo mismo, acelerando aún más. El módulo se inclinó al hacerlo girar LaForge ante el cuerpo eléctrico del enemigo. Al pasar junto a aquello vieron que, en realidad, era más plano que esférico, una gigantesca lámina de factura tecnológica, aunque de alguna manera animada, dando vueltas por el espacio sin que supieran cómo, inexplicablemente en libertad. Sus bandas electrocinéticas restallaron cuando el cuerpo de batalla pasó lanzado por su lado y se alejó en la dirección opuesta.

Picard avanzó hasta detenerse entre Data y LaForge.

—¡Qué demonios! ¿Nada?

—No hay respuesta —dijo LaForge, decepcionado.

—¡Worf!

—No hay explicación, señor —tronó Worf—. Va implacablemente tras el platillo.

Data levantó la mirada y dijo:

—Tal vez sea algo más que un insecto, capitán. —Y al decirlo miró al otro extremo del puente, a Deanna Troi que se hallaba de pie junto a Tasha, en alarmante silencio, y abierta a los asaltos mentales.

—Un tiburón —murmuró Riker.

—¿Número uno?

Riker miró al capitán.

—Un tiburón concentrado en un único pez. Hace caso omiso de peces más sabrosos por seguir al que ha enfilado.

—Señor —dijo de pronto Troi. Su voz fue como un golpe en el compacto puente—. Tenemos que alejarla. El platillo...

—No resistirá el ataque, lo sé, consejera, lo sé. Escudos a plena potencia. Motores, aquí el capitán, ¿tenemos velocidad hiperespacial?

—Aquí MacDougal, señor; apenas. Puedo darle hasta un factor tres.

—¡Hágalo! Y quiero una descarga de emergencia de antimateria cuando lo ordene...

Riker se volvió bruscamente.

—¿Señor?

—Vamos a asegurarnos condenadamente bien de que no pueda volver a hacer caso omiso de nosotros. Vamos a impactar con eso, y ahora mismo. Esa cosa no va a...

—¡Señor! —exclamó Yar con voz ahogada—. ¡Está acercándose al platillo! Aumento de velocidad a cero coma siete cinco...

—¡Trace rumbo directamente a su centro, factor hiperespacial tres!

Tanto LaForge como Data volvieron la cabeza el uno hacia el otro como para ver si ambos habían oído lo mismo, y que el capitán lo viera.

—¡He dicho a su centro! —tronó Picard. Luego su voz bajó hasta un susurro como el de un volcán a punto de entrar en erupción—. Vamos a pasar justo por el centro de ese bonito bastardo.

7

Picard se erguía en su puente de batalla como si éste fuese un carro de guerra. En las manos tenía las riendas de los que cargaban, en los ojos la imagen del enemigo. Incluso para Riker, que era un hombre imponente, Picard pareció de pronto un gigante.

Para toda nave había una situación que no podría salvar; ésta era la de ellos. A pesar de la primitiva programación de la cosa que estaba fuera, era muy eficiente y los tenía completamente a su merced. Iban a tener que enfrentarse con ella; no había forma de escapar.

Ahora llenaba del todo la pantalla, sin dejar ni un negro resquicio. Era una muralla fulminante, la típica cosa que hacía crujir el misterio. El cuerpo de batalla dirigió su gran cabeza de cobra hacia esa muralla y se lanzó hacia delante a toda la velocidad de que era capaz. Incluso el factor hiperespacial tres —cualquier factor hiperespacial— era impresionante y bastante aterrador para cualquiera que estuviese en su sano juicio.

En los últimos segundos, Riker cerró los ojos. Tuvo que hacerlo para aceptar el hecho de que estaba a punto de morir con el fin de salvar a los otros. Ése era su deber implícito, lo sabía; era el porqué de que la nave se hubiera separado. Cuando las cosas iban mal, el cuerpo de batalla resultaba prescindible. Se suponía que debían sacrificarse, interponerse en la trayectoria fatal. Ésa era la idea.

Su fuerte cuerpo se puso rígido. Sintió en la boca el metálico sabor del ataque anterior de la cosa y ahora...

La *Enterprise* se estrelló contra la muralla eléctrica en el centro exacto, produciendo un estallido pirotécnico acompañado de un ensordecedor «crack». Una sacudida de alto voltaje recorrió la nave, atacando cada panel, cada cuerpo vivo; una terrible convulsión sobre convulsión. Los espasmos los atormentaban, cada uno acompañado por un relámpago de luces enloquecidas. Riker oyó que Deanna chillaba cuando la acometió la entidad, pero no pudo siquiera volverse, no pudo siquiera mirar.

«Crack»... «CRAAAAAACK...»

Y la nave salió despedida por el otro lado... Una nave conmocionada, llena de gente conmocionada, arrastrando tras de sí una cola de fuego espectral.

—¡LaForge, vire hacia el interior de los asteroides! ¡Motores, aquí Picard...!
¿Cómo podía hablar? ¿Cómo podía modular aún sonidos de su garganta?

Riker volvió a intentar girarse, ahora hacia el capitán, y esta vez lo consiguió. Picard estaba acuclillado contra el asiento de mando, un codo trabado por encima del asiento, gritando por el intercomunicador.

—¡Motores! ¡Descarga de antimateria de emergencia cuando diga ya...! ¿Me

reciben?

—Motores... eh, le recibimos... preparados cuando...

—LaForge, ¿hemos llegado ya a esos asteroides?

Tratando de pasar las manos a través del campo eléctrico que aún se arremolinaba a su alrededor, LaForge tecleó el curso en el terminal del timón. Cada vez que pulsaba, sus dedos eran asaltados por un voltaje que lo sacudía, pero él continuó hasta que la nave se lanzó hacia la polvorienta estela de desechos planetarios cercana al gigante gaseoso.

A través de una resplandeciente nube que llenaba el puente de mamparo a mamparo y de la base al techo, Riker se esforzó por ver a Picard y, más allá de él, a Deanna.

También ella estaba acuclillada, sujetándose con ambas manos a la barandilla, con el rostro vuelto hacia un brazo como para protegerse los ojos y tal vez muchas percepciones vitales de sí misma.

Pero un instante después fue la pantalla lo que captó su atención, a tiempo de ver que la cosa soltaba el hueso que llevaba para intentar coger el que se reflejaba en el agua. Sus colores se avivaron y se lanzó hacia ellos a una velocidad inimaginable. Lo habían conseguido: habían llamado su atención. Quizá demasiado bien.

—¡Capitán, va tras nosotros! —gritó por encima de los relámpagos eléctricos que los rodeaban por todas partes.

—¡Máxima velocidad! —tronó Picard. También él se volvió, miró y vio.

—Entrando en los asteroides, señor —gritó LaForge; a pesar de su visor, apenas era capaz de soportar la frenética danza de luces que lo rodeaba.

La voz de Picard resonó por todo el puente. —¡MacDougal, descargue el depósito de antimateria... ahora!

Cuando fue disparada la descarga, sonó como si tiraran de la cadena de un gigantesco retrete. Se produjo un ruido de torbellino, luego un estremecimiento en las secciones inferiores. Era una drástica maniobra reservada para las fugas de obstaculización inesperadas, la nave regurgitó y descargó todo el contenido de su depósito de antimateria. La antimateria salió despedida de las barquillas y entró en el cinturón de asteroides. Cada vez que chocaba con materia en el vacío del espacio, se producía una explosión... una mayúscula. Una explosión que lanzaba sus tentáculos de fuego aquí y allá a lo largo de miles de kilómetros, de cientos de miles. Cada estallido y su correspondiente estela de detonaciones más pequeñas lanzaba ondas expansivas de materia/antimateria hacia el espacio, empujando a la nave hacia delante y sacudiéndola mientras ésta aceleraba para escapar.

La nave viajó a través de los asteroides y salió por el otro lado, pero en cuanto la antimateria fue despedida, la velocidad hiperespacial disminuyó y la marcha aminoró hasta lentitud de impulso. Todos los del puente fueron lanzados hacia delante al

tiempo que la nave gemía por el esfuerzo de compensar la repentina pérdida de velocidad. Riker alzó un brazo para protegerse los ojos de las descargas que aún corrían desbocadas por el puente, y encontró la pantalla a tiempo de ver una sarta de explosiones de color amarillo brillante, grandes y pequeñas, todas cegadoras.

—Mantengan los escudos como prioridad —jadeó Picard—. Estarán débiles con sólo la energía de impulso, y puede que tengan que desviar la energía fásica para mantenerlos. Motores, ¿me reciben? —Continuaba aferrado como podía a su asiento y dirigiendo órdenes aquí y allá mientras observaba a la cosa instalándose en el cinturón de asteroides para alimentarse con las explosiones.

Luego, un último estallido de color y alto voltaje explotó en el puente y les golpeó a todos como un inmenso cortocircuito. Pero aquello no perdió más tiempo. Silbó a lo largo del puente; en un movimiento que semejaba predeterminado se contrajo en una masa informe y se abalanzó sobre Data como si quisiera absorberlo. Lo golpeó violentamente, arrojándolo fuera del asiento. Data recibía ahora la totalidad del voltaje que hacía un momento atacaba a los demás. Fue arrastrado de lado y lanzado de espaldas contra la barandilla del puente, la fuerza no podía empujarlo más allá. Una envoltura de rayos infrarrojos que lo arrastraban se formó alrededor de él y lo sacudió. Dentro de ésta, Data se estremecía y jadeaba al ser estrujado, junto con el resto de su cuerpo, el sistema de bombeo que le servía de pulmones.

—¡No! —gritó Geordi. Esta vez la amenaza era conocida, y ni ésta ni la reacción de Geordi resultó inesperada... ni para Riker ni para Data.

Así que saltó Geordi de su asiento, Riker le aplicó una inmovilización de cuando jugaba en la universidad, y sus manos se cerraron como una presa en torno a un brazo de Geordi. En el mismo instante, Data, aprovechando un lapso entre estrujón y estrujón, gritó:

—¡No se acerque! Geordi...

La electricidad estática chisporroteó por la mano de Geordi al tenderla, pero la advertencia de Data le hizo retirarla. A través de su visor contempló la diabólica envoltura infrarroja, y ésta le escupió una advertencia extrañamente comprensible.

—¡LaForge, continúe con lo que estaba haciendo! —Picard se interpuso entre ellos. Examinó el campo de electricidad estática mientras éste chasqueaba alrededor de Data.

Riker dio un rodeo para acercarse a Data, manteniéndose justo fuera del alcance de la electricidad. Sólo una vez apartó la vista, el tiempo suficiente para comprobar cómo estaba Troi. Ella se encontraba en el nivel superior, aferrada a la barandilla, mirándolos por encima de la misma, su rostro marcado por la preocupación y la expectación. Pero de momento parecía estar bien, considerando las circunstancias.

—Capitán —comenzó Riker, tendiendo una mano como para calmar los ánimos

—, si no podemos hablar ahora con esto...

LaForge avanzó, detenido sólo por la presencia de Picard.

—¡No! ¡Tenemos que sacarlo de ahí!

—Ésta podría ser nuestra única oportunidad —insistió Riker.

—Él no merece estar en su lista de candidatos a la muerte, señor Riker —dijo LaForge con amargura, a punto de gruñir.

—Lo sé —replicó Riker—. Lo sé. Retroceda. Es una orden. Capitán...

Picard describió medio círculo en torno al androide y la fuerza que lo retenía.

—Sí... sí... quietos todos. —Se acercó tanto que el campo estático le recorrió brazos y piernas y le puso la carne de gallina—. Data, ¿puede oírme?

El crepitar disminuyó de repente. Fue como si un globo reventase y se encogiera hasta su forma natural; colores desagradables, transparentes, que envolvían a Data y bullían en torno a él. Su respiración se hizo menos jadeante, pero aún le costaba reemprender el ritmo, el ataque proseguía. Tenía los ojos fijos en el tenuemente iluminado techo del puente de batalla, pero los movía como si desease comunicar algo. Parpadeaba, entornaba los párpados, luchando para hallar un significado a lo que captaba. Los brazos le destellaban junto a los flancos y sus manos, extendidas, se retorcían.

Riker se movió muy lentamente hacia el capitán, y habló en tono bajo, apenas por encima del susurro.

—Está teniendo lugar una especie de simpatía armónica. Como las ondas de radio que hacen vibrar un cristal. De alguna forma, él es compatible con esa cosa.

Picard asintió con un solo gesto.

—¿Data? —comenzó otra vez—. ¿Puede oírme? ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Durante un momento no hubo respuesta. Luego se oyó el más diminuto «Sí...».

La respuesta los atravesó como un cuchillo.

—Data, hábleme —le instó el capitán, utilizando su resonante voz como el eficaz instrumento que era.

—Yo...

—Continúe. Inténtelo con más fuerza. Le estoy escuchando. Continúe.

—Sub... circuito... com... com...

—¿Comunicación?

—Sí...

—Tenía la esperanza de oír eso. ¿Puede hablar con el ente?

Las perfiladas facciones de Data se contrajeron con frustración.

—No puedo... no puedo transmitir...

—Continúe intentándolo. Quédense quietos. Que nadie se mueva. Worf, informe. Incluso el klingon se vio impulsado a bajar la voz ante el ataque del torbellino

eléctrico sobre Data.

—Todavía está absorbiendo las reacciones de antimateria en el cinturón de asteroides, señor. No hay señal de cambio de curso.

—Les hablo a ustedes...

La voz de Deanna Troi era suave, pero esta vez tenía una inflexión que no reconocieron, algo que los hizo volverse a mirarla, a pesar de que Data estaba prisionero, mientras Deanna Troi descendía, rígida, hasta la cubierta principal. Riker le tendió una mano y ella la tomó, pero su expresión era la de alguien que estuviera mirando hacia una luz cegadora. La misma que Data tenía ahora, como si viese algo que no existía.

—Vuestro idioma —murmuró ella—. Puedo hablarlo.

Riker tenía la mano de ella en la suya, y ahora inició un vacilante paso que lo llevaría justo hasta su lado.

—No —dijo Picard en tono tajante, a la vez que hacía un gesto para que retrocediera.

Remachando su orden con un empujón apartó a Riker y se interpuso entre ambos, muy consciente de que la mano de Troi, ahora vacía, se tendía hacia Riker al alejarse éste... Así que al menos una parte de ella estaba allí...

—¿Quién es usted? —comenzó Picard con cautela.

—Todo... vosotros terminar...

—No le entendemos. No sabemos qué es usted —dijo el capitán con claridad.

Troi comenzó a temblar, un temblor desde lo profundo de los huesos que provenía tanto del propio esfuerzo de ella como del efecto de lo que estaba sucediéndole, fuera lo que fuese. A pesar del rechazo de Picard a los relatos de fantasmas, el puente fue bañado por una calinosa aura de sesión de espiritismo. La propia Troi era ahora como un espectro de edades oscuras, de edades en las que la ignorancia dejaba marcas indelebles en la imaginación de todos los hombres. Era un susurro de leyenda transferido al presente. Sus cabellos de ébano relumbraban bajo los destellos, y a pesar de todas las luces provenientes del atacante de Data, sus ojos eran del habitual ónice. Sin embargo, en aquella mágica bruma, era obra de una mente científica. Y en ningún momento pudieron olvidar que Data era víctima de aquello; el relampagueante torbellino se deslizaba en dirección a Troi ahora ya como resto informe.

Riker dio un vacilante paso hacia ella y se sintió agradecido porque Picard no lo detuviera.

—Deanna... —comenzó. Luego no tuvo nada más que decir.

Troi se obligó a hablar. Sin saber cómo, veían que la insistencia era de ella y no de alguien más.

—Vosotros... podéis acabar... esto.

El capitán entrecerró los ojos como si deseara ver las palabras. Algo en la forma en que ella había hablado lo impulsó a pedir silencio con un gesto a los tripulantes del puente.

La voz de ella era sólo un susurro ronco, aunque a su manera delicado. Pero tenía fuerza, una cualidad que Picard no había esperado oír en un momento como ése. Y cuando acabó la frase, aquello desapareció por completo. La fuerza la abandonó, ella pudo respirar profundamente, y los dibujos de luz que se reflejaban en su rostro comenzaron a desvanecerse.

Riker y Picard se volvieron al instante, y vieron que Data se parecía más a Data y menos a unos fuegos de artificio.

—¡Que nadie se mueva! —advirtió Picard—. Esperen hasta que se haya marchado del todo.

A pesar de la orden de Picard, Riker se deslizó hacia Troi manteniendo los ojos sobre ella mientras Data resplandecía fuera de su centro de atención; cuando ella se desplomó, él estaba casi a su lado.

El color desapareció del rostro de Troi, y ella cayó de forma tan brusca que estuvo a punto de escapársele por completo a Riker. Consiguió aferrarla por el brazo y evitar que se golpeará la cabeza contra la barandilla; pero la joven se sacudió igual que un pez fuera del agua hasta que él la pudo sujetar bien y tenderla sobre la cubierta. Se arrodilló junto a ella y le apartó los negros bucles de la frente; levantó la mirada a tiempo de ver que lo mismo le sucedía a Data.

El recio cuerpo del androide golpeó la cubierta produciendo un fuerte ruido sordo, y tanto Geordi como Worf acudieron a ponerle de espaldas. A causa de la penumbra que se había restablecido de pronto en el puente, parecía aún más desconcertado pero, a diferencia de Troi, estaba consciente.

Picard recorrió el puente con la vista para asegurarse de que el efecto eléctrico se había disipado por fin. Luego:

—Yar, ¿situación de la criatura?

—Aún está ocupada con los asteroides, señor —informó ella—, aunque va tras las explosiones de antimateria como sin criterio. No parece entender qué son esos trastornos. Parece no tener claro qué debe hacer.

—¿No nos sucede a todos lo mismo? —contestó Picard de malhumor—. LaForge, deje a Data con Worf y sáquenos rápido de aquí.

—Sí, señor... ¿rumbo?

—De regreso al platillo. Mientras aún tenemos oportunidad de hacerlo.

Dicho eso se arrodilló junto a Riker, que permanecía al lado de Troi con aire impotente.

—¿Está viva?

—Su pulso es como un bombo —replicó Riker—. En estas circunstancias, ¿quién

sabe qué significa eso?

—Yo lo tomaría como un signo positivo —dijo Picard con tristeza—, puesto que es lo único que tenemos.

—¿Va a ensamblarnos de nuevo con el platillo, capitán? —preguntó Riker, aunque conocía la respuesta. Esta vez, el ensamblamiento no significaría que hubieran acabado los problemas. Bien al contrario. Significaría que habían fracasado por completo.

Picard miró la pantalla.

—No nos creamos a salvo aún. Tasha, comuníquese con el ingeniero Argyle e infórmele que vamos a recogerlos.

—Sí, señor; ahora mismo.

—Transmítalo en onda baja, y envíe un mensaje tan breve como sea posible.

—Sí, señor.

El capitán bajó la voz al volverse hacia Riker, y cogió la muñeca de Troi para buscarle el pulso.

—¿Qué saca usted de esas palabras que dijo... y... está en contacto con la misma cosa que contacta con Data? Riker meneó la cabeza.

—Es difícil de decir. Sea lo que fuere, no parece estar afectándolos a ambos de la misma manera. Ella no deja de hablar de esos... bueno, de esas personas como si las conociera, y no resplandece como ocurre con Data. ¿Se dio cuenta de que ella podía moverse? Era como si el campo eléctrico de la entidad se concentrara sobre él pero hablara a través de ella.

—Sí, pero esos mensajes que ella capta... ¿Cómo es de aguda su capacidad telepática? Nunca antes había visto nada parecido en Troi. Usted sabe tan bien como yo que la telepatía betazoide es poco frecuente y parece sobrenatural, pero resulta perfectamente explicable mediante la ciencia. Que se comporte como una médium no me lo creo.

—Si le sirve de algo —dijo Riker—, le confesaré que creo que ella tampoco.

—¿Qué fue lo que dijo? ¿Que nosotros podíamos acabarlo? ¿Acabar qué? —Se inclinó para acercársele un poco más y bajó la voz—. ¿Tiene usted alguna idea al respecto?

Riker se humedeció los labios. Así que para eso estaba un primer oficial. Para ofrecer hipótesis sobre cosas de las que nada sabía. Para inventarse respuestas a partir de la nada. Aunque a veces era ésa la mejor manera de obtener respuestas: continuar cavando hasta dar con roca o agua.

—Nosotros podemos acabarlo... Me pregunto si eso significa nosotros en concreto. ¿Podría haber estado hablando con las esencias vitales que Troi estaba detectando?

—O, más bien, ¿hablaban ellas a la cosa? Le diré qué haremos —declaró Picard

con repentina convicción—. En cuanto los dos puedan sentarse, vamos a ponerlos al uno junto al otro y obtener algunas respuestas. Tenemos los mensajes en las manos, y lo único que sucede es que no los estamos interpretando del modo correcto. Ya es hora de hacerlo.

—¿Cómo está la consejera Troi, señor Riker? —Tasha Yar mantuvo la voz baja. Temerosa de atraer la atención hacia sí, posiblemente porque había abandonado su puesto en aquel momento delicado, para arrodillarse junto a Troi y se inclinó sobre ella, casi susurrando.

—No soy médico —fue la simple respuesta de Riker, en la que dio salida a su frustración. Si él tuviera tiempo para apartarse de su propio puesto, Troi estaría de camino hacia la enfermería auxiliar, pero no disponía ni de esos pocos segundos. Así que ella permanecería allí, en sus manos, al alcance de su vista, bajo los pocos cuidados que pudiera proporcionarle.

—Señor, ¿vamos a comunicar con la sección del platillo? —preguntó Yar. Lo miró con unos ojos que deseaban que todo marchara bien, y parecía tan inocente y esperanzada como un dibujo de Disney.

—No creo que tengamos muchas opciones —contestó él—. No ha funcionado. Nos habituamos a las situaciones que salen bien, y no sabemos encajar una que no lo hace. Azares del riesgo, eso es todo, teniente. —Él le hizo con la cabeza un gesto para indicarle que regresara a su puesto, pero ella no se marchó.

—¿Señor Riker?

—¿Sí, qué quiere?

—Señor... fue idea mía el separar los módulos. —Tasha hizo una pausa, deseando volver a captar la atención de él. Cuando lo consiguió, apretó sus finos labios y preguntó—: ¿Debo presentarle mis disculpas al capitán?

Riker penetró involuntariamente en el anhelante pozo de aquellos ojos, sólo durante un momento. Estaban realzados con una sola pincelada de perfilador y un toque de rímel; no mucho, como si no estuviera acostumbrada a su feminidad y ésta la cohibiera. Riker se sintió fascinado por esas finas líneas marrones, ahora un poco desdibujadas. Tasha Yar era toda buenas intenciones. Si Riker no hubiese revisado los expedientes de los oficiales del puente cuando recibió su destino, les habría echado una sola mirada a aquellos ojos y al cuerpo flexible y esbelto que animaban, y la hubiese resignado a la enseñanza de todos los párvulos de la *Enterprise*, los cuales se habrían alegrado todas las mañanas al ver aquel rostro.

Se sentía en ese preciso momento como si ella fuese la niña y él, el maestro. No había nada en su rostro, en sus ojos, que le recordara su crianza en una patética y desvirtuada colonia, aunque Riker pensó en ello. Una colonia que de hecho se había separado de la Federación. Su economía se hundió al cabo de tres décadas de esa

secesión. En aquella lejana colonia, las bandas se convirtieron en los únicos gobernantes. No se parecía a nada ni a ninguna parte tanto como a la época inmediatamente posterior a la Revolución francesa; un lugar donde un mal sistema había sido derrocado en nombre del pueblo y reemplazado por algo enteramente peor; un lugar cuya vida cotidiana hacía que el reino del terror pareciera organizado. Turbas, bandas, lujo de unos, hambre de otros, padres que enseñaban a sus hijos a vivir solos porque la autosuficiencia significaba supervivencia. Una supervivencia como la de las ratas en la basura. Y entre ellos, Tasha. Sobreviviendo. Huyendo. Peleando cuando tenía que hacerlo, comiendo cuando podía. Desarrollando la firmeza que le permitiría un día ascender en un tiempo récord a jefe de seguridad de una de las principales naves estelares. No sucedía todos los días.

Era una forma horrible de crecer. Demasiado rápida, dura e implacable. Tasha se había perdido todas las cosas mejores y más típicas de las muchachas: las risillas disimuladas, el esconderse las unas detrás de las otras; los enamoramientos de ojos deslumbrados y la maravillosa ingenuidad que le permite a una chica formarse ilusiones a primera vista. Tasha no había conocido espejos ni melindres, y si hubiera habido espejos, ¿no habría retrocedido ella ante la adolescente flaca que llevaba el pelo corto para parecer un chico? ¿Un muchacho era menos susceptible de atraer la atención de aquellos que sacaban a relucir su salvaje y cruel condición en la práctica de la violación? Desde el día en que su madre sacó un cuchillo y cortó la trenza, larga hasta las rodillas, de su hija de cuatro años, Tasha había aprendido a tratar con el mundo.

Sin embargo, en ese momento podía mirarlo con esta absoluta pureza, con esa completa fe en él y en todo lo que veía cuando miraba a su oficial superior, todo lo que significaba la Flota Estelar para alguien crecido bajo el desgobierno de la peor ralea. Al mirarla ahora, media tonelada de responsabilidad le cayó encima. ¿Qué podía decirle que no mellara esa incorruptible fe? Esa fe era su fortaleza, la causa de que hubiera conseguido ser una excelente oficial y no la mujer en que habría podido convertirse de haber cedido al encanallamiento al que parecía destinada.

Alargando una mano por encima del cuerpo de Troi, que ya comenzaba a moverse, Riker asió el codo de Tasha.

—Haga lo que haga —le dijo—, no se disculpe.

8

Detrás de ellos, los estallidos alumbraban todo aquel sistema solar. Era asombroso que tan pequeña antimateria en contacto con tan poca materia pudiera provocar unas explosiones semejantes.

El alejarse de la cercanía inmediata a la entidad fue bastante fácil; la criatura se había desentendido de ellos en aquel momento, ocupada como estaba en devorar la energía de la reacción materia/antimateria entre los asteroides; por lo tanto, el cuerpo de batalla dispuso de algunos segundos más para navegar sobre las ondas expansivas de las detonaciones y aproximarse a la sección del platillo. Fácil, considerando lo sucedido hasta el momento ese día.

El acoplar los dos módulos fue otra cosa.

Riker estaba de pie junto al terminal científico donde Deanna Troi se hallaba ahora sentada. Parecía trastornada, fatigada, dolorida, sombría, como alguien que acabara de oír malas noticias; pero daba la impresión de ser consciente de las circunstancias, quizá demasiado consciente.

Observando la sección del platillo que se acercaba a ellos en la pantalla, a Riker le corrió un estremecimiento de expectación. Ésta era la parte delicada, liberar un cuerpo es relativamente fácil, lo difícil es reunirlo con su primitivo ser. Quizá se pareciese a entrar en puerto con uno de esos portaaviones que les había mostrado la computadora. El ángulo debía ser el correcto. Cada abrazadera, perno y grapa tenía que estar alineado con su conexión. Afortunadamente, la *Enterprise* disponía de computadoras diseñadas especialmente para ese cometido. Sobre el papel era mejor realizarlo de forma manual, a pesar de que era ése el término que empleaban para cualquier cosa que no se correspondiera en un grado u otro con una conexión automatizada. La realidad era que el hacerlo de forma manual les llevaría más de veintisiete horas terrestres. Pero por el momento Riker se alegraba de que Picard observara con tanto cuidado la aproximación de las dos grandes naves; el platillo completamente inmóvil, el cuerpo de batalla avanzando casi por inercia con el fin de no atraer la atención de la entidad. En ningún otro momento estarían tan indefensos como durante ese último metro y medio anterior a la conexión.

En el último momento, una onda expansiva de las explosiones de antimateria, similar a la rompiente cresta de una ola, barrió a las dos naves, empujándolas a una proximidad peligrosa.

—¡Retrocedan! —ordenó Picard con timbre perentorio, y debajo de él la nave se movió obediente—. Estabilización. Rápido, ahora. Puede que no tengamos otra oportunidad. Acercamiento con rayos tractores de frecuencia estrecha. Procedan al acoplamiento.

—Sí, señor —musitó LaForge sudando.

—Worf, ayúdelo.

—Sí, señor —replicó el klingon. Dejó a Data sentado en los escalones de cubierta y fue a colocarse tras el terminal de observación.

Data parpadeó y observó, pero no hizo intento alguno de recobrar su puesto; aunque Riker advirtió una gran preocupación por parte del androide.

«Y ahora, ¿qué? —pensó—. Míralo. Tiene aspecto de necesitar que le aclaren lo ocurrido tanto como yo. Tal vez se lo tomó a pecho, me tomó demasiado en serio... y dejó que esa cosa se le metiera dentro y lo friera. La próxima vez mantendré la boca cerrada.»

«Tal vez.»

La cubierta osciló bajo sus pies. Se sujetó a la barandilla y miró la pantalla con el tiempo justo para captar una imagen de los manguitos de anclaje de la sección del platillo. Luego el visor del puente se ennegreció y se apagó automáticamente.

—Conexión terminada, capitán —informó LaForge—. Todas las secciones, todas las fijaciones aparecen en verde. El jefe de anclaje informa que está todo asegurado.

—Fin de maniobra. Acuse recibo. Bien —dijo Picard con un suspiro—, ha sido un estrepitoso fracaso donde los haya. Resulta evidente que no habrá una forma fácil de salir de ésta.

—¿Órdenes, señor? —preguntó Riker.

—¡Capitán! —exclamó Yar—. ¡Se ha marchado!

El puente podría haberse desplazado sobre una gigantesca bandeja giratoria por la rapidez con que todos se volvieron. —¿Que se ha marchado? —repitió Picard—. ¿Así, de repente?

—Todavía más rápido. —Yar fruncía el entrecejo sobre su panel, como si estuviese más enfadada por la desaparición del fenómeno de lo que lo había estado por sus ataques. Se le permitía marcharse, pero no sin antes notificarlo a la jefe de seguridad—. Ni rastro, ni energía residual, nada. Ha desaparecido de golpe.

—Estupendo. Se trae algún maldito juego entre manos. Yo diría que esto confirma con una espectacularidad bastante alarmante la hipótesis de Data sobre la interdimensionalidad.

—Tal vez deberíamos salir del área mientras podamos, señor —sugirió Riker.

—Oh, no, ni por su vida, número uno —respondió el capitán—, y tómeselo al pie de la letra. —Pero si...

—¿No se da cuenta? Está demostrado con bastante claridad que no es ni un insecto ni un tiburón. Es una araña. Nos movemos... ella salta. Lo único que tiene que hacer es esperar. Esperar hasta que hagamos un movimiento. Y no vamos a hacerlo. —Se volvió hacia los expectantes rostros de la tripulación y dijo en tono autoritario—: Todo apagado. Cierren todos los sistemas incluyendo los internos, con excepción del de soporte vital básico. Apaguen todo lo susceptible de ser apagado.

Suspendan experimentos y pruebas de cualquier clase a menos que yo los ordene de forma específica, todos los procesadores de comida, todo lo que no sea esencial: instrumentos, terminales, proyectos holográficos, comunicaciones internas de la nave, generadores, tuberías, todo. Reduzcan la calefacción e iluminación de la nave al mínimo posible. Mantengan bajo el nivel de sonido. Díganle a la gente que llegue al lugar al que se dirige y se quede allí. Vamos a desactivar los turboascensores dentro de diez minutos, que se utilicen sólo las escalerillas. ¿Lo han entendido?

Riker inclinó la cabeza repetidamente, dubitativo.

—No sé cuánto tiempo vamos a poder mantenernos así.

Los oscuros ojos de Picard se entrecerraron.

—Muchas ciudades han soportado apagones antes de ahora, señor Riker —dijo—, y nosotros también lo haremos. Y desde la época de las guerras de submarinos y bombardeos, muchas personas han tenido que soportar períodos de completo silencio.

—Esas personas eran personal militar entrenado, señor. Va a ser más duro para...

El capitán lo silenció con una sacudida de cabeza y, de modo inesperado, bajó la voz.

—Tenga más tacto.

—Tiene razón. Lo siento, señor. —Riker hizo un gesto apropiado a Worf y dijo—: Todos los sistemas de la nave según órdenes. Lo comprobaré todo personalmente.

El capitán asintió.

—En cuanto regresemos al puente principal, quiero una comprobación completa de los sistemas; traspasaremos antimateria de nuestras reservas al depósito principal con el fin de compensar nuestra pérdida reciente. Quiero que se haga sin errores, Riker. Es una gran cantidad de energía cambiando de sitio, y no nos interesa que sea detectada. Notifíquelo a ingeniería. Estarán muy ocupados trasladando la antimateria y recargando los sistemas para alcanzar el potencial hiperespacial.

—Sí, señor. Me encargaré de ello.

—Todo el personal, prepárense para transferir el mando...

—Capitán... Troi volvió a la vida de pronto y se levantó con dificultad del asiento. De no haberse sujetado al sillón, podría haber caído, pero era algo más que el vigor físico lo que la mantenía en pie.

El capitán la agarró de un brazo.

—Consejera, quédese donde está. Quiero que la doctora Crusher vuelva a examinarla.

—Más tarde, señor, por favor. Capitán, ¿puedo hablar en privado con usted? —preguntó, al tiempo que le lanzaba una fugaz mirada a Riker—. Esto es... me parece algo muy personal, señor.

El capitán se entregó a un largo estudio de ella, la expresión, el grado de fuerza con que las manos de Troi se aferraban a su brazo —algo que ella no parecía darse

cuenta de que estaba haciendo—, y midió la veracidad de lo que decía como un detector de mentiras. Por su experiencia sabía apreciar a las personas en cada situación, era una capacidad duramente adquirida; juzgar lo que oía por la voz y los ligeros estremecimientos de ésta, el parpadeo de los ojos, y la leve tirantez de las pestañas... La creyó, creyó que no era un simple capricho, que tenía algo crucial que decirle y que aún era lo bastante racional como para conocer la diferencia.

Sintió que Riker se aproximaba, supo que el primer oficial, aprovechando su estatura más elevada, estaba mirando por encima de sus hombros a Deanna Troi y preguntándole en silencio si tal vez él podía participar también del secreto de ella. Por eso, Picard decidió emplear una estratagema.

—Muy bien —dijo Picard. Tomó a Troi por un brazo y la condujo hacia el turboascensor—. Todo el personal, transfiera de inmediato el mando de vuelta al puente principal. Riker, usted encárguese de Data. Obtenga respuestas. Vamos a atacar el problema por ambos frentes. El resto de ustedes... a sus puestos.

Riker contempló, tal vez con excesivo anhelo, como el capitán escoltaba a Troi fuera del puente de batalla en penumbra. Podía vivir sin ella; quizás iba a tener que hacerlo. Había renunciado a toda relación cuando aceptó el puesto, con la vista clavada en veinte años consagrados al único propósito de su carrera; y había mantenido bastante bien la promesa hecha a sí mismo. Hasta que llegó a la nave. Hasta que ella surgió ante sus ojos como de la nada. De pronto, los años venideros parecieron más una prueba que un destino. ¿Era imprudente por parte de los oficiales con destinos a largo plazo el comprometerse en relaciones...? Y todo ese asunto de tener familias a bordo... era tan nuevo... ¿Sabía alguien si los oficiales reaccionaban de forma distinta cuando sus seres queridos estaban a bordo de como lo hacían cuando eran ajenos a todo menos a los peligros inmediatos?

«Deanna lo sabrá. Y ella es la única persona a la que no puedo preguntárselo.»

Fue arrancado súbitamente de sus pensamientos cuando dos siluetas pasaron por su lado, camino del turboascensor, y volvió a la realidad. Ante él, Yar y Worf estaban en el turboascensor con el capitán y Troi. Rozándole el brazo izquierdo, Geordi acababa de pasar por su lado llevando a Data. Aferrando a Data por un brazo, Riker lo detuvo.

—Data, usted quédese aquí.

LaForge comenzó a girarse, un instinto protector saltaba a la vista en la contracción de sus mandíbula y hombros, y sólo un ladrido del capitán hizo que dejara atrás a Data en las manos de un superior en absoluto compasivo.

—Voy, señor —respondió en un tono bajo, como destinado a advertir a Riker.

Tal vez no era insolencia, y tal vez no era una advertencia, pero Riker no podía culparle si lo era.

La puerta del turboascensor se cerró con el suspiro del vacío.

Data se quedó mirando el turboascensor durante unos pocos y anhelantes segundos. De hecho, fueron más que unos pocos. Los bastantes como para que la pausa se hiciera obvia. Cuando por fin comenzó a volverse, estaba completamente firme... una postura reconocida tanto por Riker como por él mismo como claramente innecesaria.

—¿Cómo se siente? —preguntó el primer oficial.

—Operativo —respondió Data—, aunque débil.

—¿Quiere sentarse?

—No, gracias, señor. Me quedaré de pie.

«Prefiero guardar las distancias, querido. Vamos, expón tu caso y acaba de una vez.»

—¿Tiene un informe sobre lo que le sucedió?

Eso no era exactamente lo que esperaba que le saliera por la boca cuando la abrió; pero miró de frente a Data tras formular esa pregunta y se dijo que ya encontraría la manera de sacar el otro tema antes o después.

—Tengo información nueva, señor —dijo Data—, aunque no toda es clara.

—Lo escucho. Sea conciso.

Data asintió una vez con la cabeza, y luego pensó las palabras correctas.

—El fenómeno —comenzó—, es como yo.

—¿Como usted? Alguna forma de... —Riker se interrumpió, y se sintió violento cuando Data completó la frase.

—Un mecanismo —declaró el androide—. Construido por alguien más. Una herramienta fabricada a partir de unos conocimientos y mediante un proceso industrial de tan alta tecnología que es difícil decir si es no una forma de vida.

—Entonces, ¿estuvo hablando con ella?

—Estuve en contacto. No obstante, no me atrevo a decir que haya habido una conversación. Tomó de mí lo que le plugo y me dio sólo lo que quiso. Yo recibía, pero era incapaz de transmitir. Quizá me encontraba demasiado lejos de la fuente. O tal vez simplemente no me construyeron para ser un transmisor... ojalá lo fuera.

—Data, no esperamos de usted que...

—Quizá si saliera solo en una lanzadera podría establecer un contacto más íntimo.

—No sea loco —le soltó Riker—. Nadie va a salir en nada, ni siquiera usted.

Hasta que lo hubo dicho, Riker no pensó en las desconsideradas implicaciones de esa frase, pero ahora contuvo el aliento y deseó que Data la pasara por alto.

—Este mecanismo es peligroso para nosotros, señor. Ya no tengo duda de eso —prosiguió el androide. La débil luz del puente de batalla destacaba la coloración de Data, de pie en la cubierta—. Tiene que ser cosa de poco tiempo antes de que aprenda a diferenciar la materia general de esta área del espacio o de ese sistema solar

cercano, y la estructura de la *Enterprise*. Destruirá la nave, del mismo modo que destruyó el *Gorshkov* hace tres siglos.

—Espere un momento —dijo Riker, alzando una mano—. No estamos seguros de que sea eso lo que le sucedió al *Gorshkov*.

—Yo sí estoy seguro. Nos destruirá de una forma singularmente violenta en cuanto pueda. Tiene intención de destruirnos tan pronto le sea posible volver a encontrarnos.

Y estaba del todo seguro, podía deducirse por su expresión. Se mostraba aún más impasible de lo habitual, y Riker tuvo que mirarlo con mucha atención para detectar alguna alteración emocional. Puede que Data fuera un androide, pero su rostro estaba por lo general agradablemente animado, y la carencia de expresión inquietó a Riker. El habitual semblante de Data lo habría tranquilizado un poco.

Mascando las palabras, le preguntó:

—¿Ha podido captar alguna pista relacionada con su naturaleza?

—Fue construida hace eones, y contiene el poder destructivo de varias naves estelares —replicó Data con voz inexpresiva—. Lo más inquietante, sin embargo, señor, es que está codificada con lo que ella cree que es un permiso para usar ese poder a su discreción.

—Fantástico —se lamentó Riker—. He visto algún bulldozer con más discreción que esa cosa.

Data hizo una pausa, y si estaba de algún humor, no lo era para charlas intrascendentes. Hizo una pausa lo bastante larga como para que Riker se sintiera incómodo, lo bastante como para que fijara la vista en el androide.

—Prosiga —dijo Riker con un deje de fastidio.

—Como ya he dicho, podría tratarse de un nivel tan alto de evolución mecánica que virtualmente está viva.

Una fea perspectiva, pensó Riker, pero por suerte no lo dijo.

—¿Y?

—Y... destruye naves mecánicas con energía que reconoce, mientras que preserva las fuerzas vitales de los seres vivos que las tripulan.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a vagar por la galaxia absorbiendo esencias vitales? ¿Quién iba a construir una máquina para destruir sólo las naves? Eso no tiene sentido.

—Lo ignoro, señor. Pero tiene sentido desde el punto de vista defensivo. Aún no sabemos si ante planetas enteros reacciona lo mismo que ante naves. Si fuese así, podría tratarse de un arma defensiva que se volvió contra su propio creador.

—¿Tiene alguna base para afirmar eso?

—No, señor, es sólo una conjetura.

—Pero preserva la vida intacta, ¿no?, ¿las fuerzas vitales de los seres que

absorbe?

—No sólo eso, señor, sino sus mentes en su totalidad. Memorias, deseos, todo. Ellos están, en efecto, aún vivos ahí dentro.

Cruzando los brazos, Riker se inclinó hacia delante, sobre la barandilla, y meditó la idea.

—Imagínese no estar esclavizado por el tiempo. La humanidad ha estado buscando esa utopía durante eones. Ausencia de necesidad, hambre, miedo, dolor, muerte... Me pregunto cómo será eso desde dentro. —Durante varios segundos se dejó llevar por la especulación. Parecía ideal, incluso bíblica. ¿Cuánta gente miraba hacia el espacio cuando pensaba en el paraíso? Se apartó de la barandilla con un pequeño impulso y levantó un dedo—. Aquí están sucediendo dos cosas —sostuvo—. Corríjame si me equivoco...

—Lo haré, señor.

—Eh... sí. Estamos presenciando dos tipos de contacto. El suyo con el mecanismo o lo que sea, y el de Troi con las esencias vitales atrapadas por él.

Los ojos de pájaro de Data echaron una breve mirada de soslayo, con un inquietante y computerizado aire de cálculo. Permaneció completamente quieto durante unos segundos, luego alzó las cejas y dijo:

—Eso, en efecto, parece corresponderse con las pruebas de que disponemos, señor. La consejera Troi parece ser la vía de menor resistencia para los intentos que hacen las esencias vitales de contactar con nosotros. Parecen estar separados de la entidad que las mantiene. Yo mismo tendría que haber pensado en eso.

—Está haciendo bastante —comentó Riker, procurando suavizar la rigidez que percibía bajo el tono de Data.

Entonces el androide contestó:

—No, señor... no lo suficiente. Yo podría tener capacidades tecnológicas en mi interior de las que ni siquiera estoy enterado y que por tanto no sé aprovechar. En cierto modo, el mecanismo y yo tenemos respuestas compatibles. Creo... —Volvió a hacer una pausa, esta vez conmovedora. No miró a Riker, sino que fijó los ojos en la pantalla del puente que ahora era una neblinosa pared gris—. A velocidad de impulso y con sólo los escudos de vuelo levantados, el mecanismo no pudo localizarnos. Creo que se centró en mí y entonces fue capaz de centrarse sobre la nave...

—No se halague —lo interrumpió Riker—. Primero encontró a Troi y luego a mí. Usted fue el tercero en ser sondeado, así que no comience a culparse. No sea tan... humano.

La pretendida agudeza no consiguió el efecto deseado. Más bien lo contrario. El repentino silencio de Data se hizo pesado.

Riker se frotó las manos y realizó un segundo intento.

—Mire, Data, respecto a lo de antes...

—Si me permite decirlo, señor —lo interrumpió Data—, su apreciación respecto a mi naturaleza es correcta. Parece que yo... he estado engañándome. Soy... al parecer, más un ser mecánico que viviente.

Riker recorrió el pequeño espacio que mediaba entre los dos y se puso a dar vueltas alrededor de Data; cuando advirtió que él, un oficial superior, describía círculos en torno a un subordinado, se detuvo y se encaró con Data.

—Ahora, escuche. Quiero que nos entendamos.

—Sí, señor —dijo el androide con claridad—. No es culpa suya que... A pesar de que no pueda estar vivo, aparentemente estoy programado para engañarme al respecto.

La frase resonó en el vacío puente de batalla. Pasaron varios segundos, realizando el hecho de que no había respuesta posible.

Entonces Data se irguió, como para desprenderse de la incomodidad de esos segundos.

—Quienquiera que construyese la entidad de ahí fuera, sabía qué es estar vivo. Conocía la vida y la forma de preservarla incluso cuando el cuerpo ha desaparecido. Y está claro que reconoce las máquinas como lo que son.

Meneando la cabeza, Riker suspiró.

—No está haciendo fácil esto para ninguno de los dos.

De repente, Data se agitó, hasta cambió la posición de sus pies.

Riker levantó la palma de una mano y dijo:

—Descanse, ¿quiere?

Data lo miró. Tras un instante, cruzó las muñecas a la espalda y bajó la vista al suelo.

—Parece que también yo soy un mecanismo —dijo con tono introspectivo—. Un instrumento. No una criatura. No sólo no puedo ser humano, sino que ni siquiera se me puede clasificar como una forma de vida. Podría estar menos vivo que el primer protozoo que se deslizó por el fango primordial de la Tierra.

Con el ceño fruncido por la compasión, Riker trató de asimilar el punto de vista de Data. De pronto se sintió destrozado por su propio error, y por su propia incapacidad para evitarlo.

—Yo soy un aparato versátil —prosiguió Data, que continuaba mirando al suelo. Su voz carecía por completo de la ronquera emocional que se habría apoderado de una voz humana a esas alturas, y sin embargo había una tristeza en el tono que le prestaba cierta calidad a su confesión. La escasa luz del puente de batalla se reflejaba tenuemente sobre los suaves y pálidos contornos de sus cejas y mandíbula—. Soy un instrumento. Ningún ser humano puede hacer las cosas que yo hago. Sólo eso tendría que haber sido una prueba para mí mucho antes de que ocurriera esto.

—Una característica de los seres humanos —probó Riker, aferrándose a una

diminuta esperanza— es aceptar los propios talentos al igual que los propios fallos. Ésa es una peculiaridad que ninguna máquina puede reproducir.

—Por favor, señor —dijo el androide, levantando ahora la mirada, movimiento que atravesó a Riker como una estaca de madera—. Si en verdad no soy más que una máquina, no puedo tener sentido del yo, conciencia, sino únicamente programas que incluyan una ilusión del yo. Es un hecho que tendría que aceptar. El contacto con el mecanismo me ha recordado con toda claridad que soy... artificial.

Riker hizo una mueca de dolor. Picard sabía manejar, y evitar, estas situaciones. Riker lo había visto contener comentarios que podrían haber sido temerarios, groseros o consoladores, y siempre se había preguntado cómo sabía Picard escoger el momento de guardar silencio. Pero quizá Picard lo había aprendido por la vía dura, alguien le habría gritado: «Controle sus estallidos». Y a un oficial superior se le escucha con atención, y todo lo que dice se recuerda. Nada puede ser descuidado; toda emoción ha de ser dominada para no correr el riesgo de herir a alguien. Era el precio del mando. Y no iba a desaparecer. Si lo pensaba detenidamente, no sabía si Data estaba vivo o no; no tendría que haber abierto su boca. La verdad es que en ningún momento creyó que Data fuera a tomarse sus comentarios tan a pecho..., pero quizás eso lo creyera el androide que había en él.

Vio en los ojos de Data, en su expresión, una intensa necesidad de aclararse, definirse, descubrir su verdadera naturaleza.

«Y aquí estoy yo, que he alentado que se planteara este interrogante. El resultado podría ser el admitir una verdad poco agradable.»

—Yo no sé qué es usted, lo admito —dijo a Data como aquel que se encoge de hombros—. No estoy cualificado para saberlo. Pero la Flota Estelar lo puso a prueba y usted dio unos resultados que indicaron que estaba vivo. Eso es bastante para...

—La prueba la hicieron máquinas, señor —le recordó Data con voz dolorida—. Las máquinas informan de cualquier cosa que les digan que informen. Ningún ser humano me mira y piensa que también yo soy humano. Y usted, más que nadie, aún me trata como a una máquina.

Hasta que comenzó a notar una opresión en el pecho, Riker ni siquiera inspiró. Tenía que confesar que no sabía cómo se le había ocurrido comportarse así. «¿Qué pasa cuando alguien te abofetea e insiste en que mires?»

—Señor —volvió a comenzar Data con solemnidad—, si puedo retirarme ahora... Con tristeza, Riker se recostó contra el asiento de mando y asintió con la cabeza.

—Puede retirarse.

Detrás de sí —no miró—, oyó el suspiro de la puerta del turboascensor y el leve sonido del vacío cuando éste se alejó por las entrañas de la nave. Riker se encontró observando fijamente el punto en que las botas de Data habían dejado una leve impresión sobre la moqueta. Ahora respiró profundamente, aunque eso no le

proporcionó ningún alivio, y oyó su propia voz apagada:

—El hombre de hojalata quiere un corazón.

—Quería intimidad. La tiene. Lo único que le pido es que haga buen uso de ella, consejera.

Las delicadas manos blancas de ella estaban temblando, y nada, nada conseguía detenerlas. No se culpaba por su falta de control... de hecho, no hizo mucho para recobrarlo. El ocultar lo que sentía y experimentaba sólo le haría daño. Pero el capitán se encontraba allí y estaba dispuesto a escuchar una confesión, una confesión que tomaría un problema único y lo multiplicaría. Ella había creído que el tener las respuestas la ayudaría, aliviaría su carga, pero no. Sabía muchas más cosas que una hora antes, pero nada se había hecho más fácil. En este caso, la claridad era más dolorosa que la oscuridad.

Le dolían la cabeza y el cuello como si alguien se los hubiera retorcido.

—Nunca había experimentado nada parecido a esto, capitán —comenzó, dejándose llevar—. He podido bloquear pensamientos con anterioridad, pero éstos atravesaron mis barreras. Esta gente está tan desesperada que se abre camino a la fuerza hasta mi mente, por mucho que yo intente mantenerlos fuera. No soy una científica, pero son sin duda seres vivos, esencias de vida conscientes dentro del fenómeno. Ni memorias ni residuos, sino la auténtica esencia vital de cada uno. Ignoro cómo, pero esta cosa preserva la conciencia y se deshace del cuerpo, de lo físico. Y tienen un claro sentido del yo, capitán.

—¿Todos humanos?

—No estoy segura, señor. Recibo impresiones de otros, aunque podría suceder que sólo los humanos puedan empatizar conmigo lo suficiente como para comunicarse. Pero... ahora sé quiénes son.

Picard se sentó detrás de su brillante escritorio negro y movió la cabeza. Pugnaba en su interior por no parecer impaciente, y aunque no había forma de engañarla, al menos que apreciara su esfuerzo. Pero su postura decía bien a las claras que estaba esperando.

—Arkady Reykov y los miembros de su tripulación —dijo con bastante poca expresividad y un deje de decepción.

Troi parpadeó.

—¿Cómo lo ha sabido?

Picard dejó caer las manos sobre el escritorio, y dijo con tono casual:

—No hace falta ser un telépata.

Ella titubeó, mirando el lustre negro del escritorio con el ceño fruncido.

—Sí —dijo—, supongo que es obvio. Pero hay más, señor. O, debería decir, son más. Muchos más. Millones más, de hecho. Su nivel de comunicación es mucho más

alto que cualquiera de carácter verbal, como si hubiesen olvidado, con el paso de los años, cómo utilizar las palabras y las imágenes sencillas. Nosotros podríamos ser el primer contacto externo que han tenido...

—Desde 1995 —apuntó él con firmeza.

—Sí —murmuró ella—. Durante algún tiempo, lo que querían resultaba confuso. Eran tantas mentes que me gritaban, algunas racionales, otras no... sólo las más fuertes de ellas

pueden aún conservar su imagen individual, pero sólo durante períodos de tiempo limitados.

—Como la aparición que Riker vio en el corredor.

—Creo que sí —contestó ella, aún no dispuesta a comprometerse en ese punto con un sí rotundo.

—¿Y ahora está más claro? —requirió acuciante Picard—. ¿Qué quieren? ¿Tiene usted alguna idea?

Troi inclinó la cabeza, y sus pestañas como pinceles cayeron para sombrearle los ojos. Luego alzó la mirada.

—Capitán, no se lo he contado todo.

Jean-Luc Picard se inclinó hacia delante, sus codos sobre la pulida superficie del escritorio, y estimó que ella era de quien menos se esperaba que ocultara información, lo cual equivalía a mentir. Y a su juicio no había lugar para mentiras o silencios piadosos. La primera reacción fue de enfado, pero éste se encendió y apagó con más rapidez que una cerilla al viento. No obstante, una confesión semejante en una nave estelar podía costar vidas, y ese riesgo siempre le alarmaba. Además, las mentiras le irritaban.

Pero algo la había impulsado a esto, y a esas alturas la curiosidad de Picard era muchísimo mayor que su deseo de hacer valer la disciplina de la que era depositario.

—Entonces, cuéntemelo todo ahora —dijo.

Troi alzó la barbilla como si estuviese buscando las palabras.

—En cuanto a la confusión. Es verdad que hay millones de mentes ejerciendo presión sobre mí, pero existe... una unanimidad absoluta en lo que quieren...

Se oyó el zumbido del llamador de la puerta.

—¿Sí, quién es? —ladró Picard con impaciencia.

—Riker para informar, capitán.

Picard iba a indicarle que entrara, pero Troi, echándose hacia delante en el asiento, se cogió al borde del escritorio, y dijo:

—No, señor, por favor, no. No le deje entrar.

Le devoraba la curiosidad.

—¿Ni siquiera a Riker? —preguntó Picard.

—Por favor, señor...

La contempló durante unos instantes, y luego habló por el intercomunicador.

—Sólo unos minutos más, señor Riker.

El silencio que siguió a estas palabras podía cortarse con un cuchillo. Picard podía imaginarse las miradas que recorrían el puente principal.

—Sí, señor... estaré aquí fuera.

Picard profirió un pequeño gruñido y murmuró:

—Parecía un poco herido, ¿verdad? Ahora, ¿qué es todo esto, consejera? ¿Esa gente quiere que hagamos algo por ellos?

—Tiene que tomar una decisión que ninguna persona debería tener la obligación de tomar. He pensado que sería mejor que no tuviera que considerar también las opiniones de toda la tripulación. Por eso he tenido tanto interés en hablar con usted en privado.

—Lo tengo en cuenta, pero, por favor...

—La mayoría de las religiones describen alguna clase de infierno, capitán —dijo ella con cautela. Los hombros se le estremecían a causa del esfuerzo—. Ahora... sé lo que es.

—No lo dudo pero ¿qué tiene que ver eso con estos seres? Los adorables ojos de Troi adquirieron una expresión de: —No he podido aclarar, señor, si esa gente está aún viva. Pero no son seres sobrenaturales. Se trata de entes vivos, muchos de los cuales fueron... tan humanos como lo es usted. Han alcanzado verdaderamente la inmortalidad. Aún son conscientes y tienen sentido de su propio yo.

—De acuerdo —dijo Picard—. Eso lo entiendo. ¿Qué quieren?

Ella apretó sus puños fuertemente, la piel que cubría sus nudillos se tensó, y éstos adquirieron un tono blanquecino, como de hielo.

—Quieren que les ayude a morir.

—Deje de decir eso. Usted no es una máquina. Eso puedo saberlo con sólo mirarlo.

Geordi LaForge empujó a Data con gesto juguetón al entrar ambos en el corredor oscuro que llevaba a las reservas de antimateria. Hacía falta un código de acceso para atravesar tres puertas, cada una con un letrero que decía SÓLO PERSONAL AUTORIZADO, antes de franquear la pesada puerta sobre la que se leía:

ÁREA RESTRINGIDA

CENTRO CONTENEDOR DE RESERVA DE ANTIMATERIA

NO ENTRAR SIN PERMISO DE NIVEL 5

La habitación estaba muy oscura, alumbrada sólo por dos diminutas luces

auxiliares rojas a cada lado. A pesar de que la oscuridad los rodeaba, Geordi podía ver bastante bien en aquella penumbra, y encabezó la marcha a través de las pilas de contenedores de almacenamiento y paneles mecánicos e informáticos.

—Sabía que me encontraría con un montón de problemas en mi destino espacial —comentó Geordi—, pero no esperaba que uno de ellos fuera el de buscar una definición para la vida misma.

—Ése es en verdad el dilema del capitán en este momento —dijo Data—, por mi causa.

—No es por su causa. Basta ya con eso. Muchacho, después de todos sus intentos de actuar como un ser humano, le aseguro que ha encontrado una fastidiosa manera de hacerlo.

Data alzó los ojos en la oscuridad, rápida, esperanzadamente.

—¿Qué estoy haciendo?

—Compadeciéndose de usted mismo, eso es lo que está haciendo. Corte el rollo.

Dado que no había sido consciente de estar haciéndolo, Data no estaba muy seguro de qué rollo cortar. Para cuando encontró la expresión «corta el rollo» en sus bancos de memoria, ya era tarde y Geordi estaba entrando en una antesala que contenía la mayor parte de los monitores correspondientes al contenedor de antimateria. Sobre los paneles iluminados por el mortecino resplandor, unas pocas luces y líneas parpadeaban y destellaban alegremente en su mecánica ignorancia, como si intentasen decir que todo iba bien, que todo estaba como debía.

—Tiene que encontrarse aquí, en alguna parte —murmuró Geordi—. Usted pruebe con el inyector de antimateria y yo...

Tras cerrarse la puerta a sus espaldas, se produjo un estrépito en el extremo de estribor de la sala que los hizo mirar a ambos justo a tiempo de ver una silueta que se acuclillaba detrás de un panel.

—¿Quién está ahí? —exigió saber Geordi.

Data se colocó delante de él y con voz severa afirmó: —Soy el oficial Data. Se encuentra en un área restringida. Identifíquese.

Un rostro inocente asomó en el rincón, con una expresión repentinamente muy culpable.

—¡Wesley! —exclamó Geordi—. ¿Qué está haciendo aquí dentro? Salga de ahí.

La larguirucha figura de Wesley, de adolescente aún por crecer, salió con lentitud de detrás del panel. Se cogía con las manos el borde del jersey, un jersey oscuro y de punto grueso que en esas circunstancias parecía un atuendo de trabajo. Era evidente que sabía que iba a encontrarse en un área fría de la nave.

—¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? —preguntó a modo de eco—. Vamos, estamos más o menos en medio de una crisis, ¿no?

—En el medio exacto —respondió Geordi—. El capitán ha ordenado un corte de

energía...

—Lo sé.

—Y hemos descubierto una fuga energética en el contenedor de reserva. Tenemos que encontrarla antes de que la detecte la criatura.

A través de su visor, Geordi vio que en el rostro de Wesley se producía una repentina erupción de infrarrojos.

—No puede ser una fuga muy importante, ¿verdad? —preguntó el chico—. Si no la han descubierto antes...

—Es correcto, pero eso no cambia las cosas. Wesley, ¿qué sabe usted de esto?

Data se aproximó a ellos y dijo:

—Wesley, si sabe usted algo acerca de la fuga será mejor que nos lo diga. La antimateria del depósito ha sido descargada a causa de una emergencia, y no podremos recargar de las reservas hasta haber descubierto la fuga y la hayamos cerrado.

Los fulgentes ojos de Wesley destellaron en la penumbra. —Bueno... yo sólo... estaba... Geordi, muy enojado, aumentó la intensidad del rayo de su linterna, furioso.

—¡Esta área está limitada, por amor de Dios, Wes!

—Ya lo sé, pero eso es sólo una formalidad, y me habría llevado semanas, tal vez meses, obtener la autorización correspondiente si hubiese pasado por los canales...

—Esos canales existen por una razón. Al igual que las regulaciones de las áreas restringidas. ¿Sabe usted qué significa área restringida? ¿Qué se trae entre manos?

—Nada, en realidad.

—Informe, alférez —dijo Data, cortando las familiaridades y poniendo al menor donde le correspondía.

—En realidad no es nada. Aunque algún día puede que lo sea —contestó Wesley, la intimidación de los oficiales superiores disuelta en su entusiasmo—. Esperen y verán. Estoy haciendo un experimento sobre una idea que se me ocurrió para incrementar el poder fásico sin gastar más energía. Aquí tengo un pequeño modelo...

Los condujo hasta una mesa en la que había un armatoste informe. Tenía aspecto de chatarra, excepto que un rayo de luz le atravesaba el centro.

—¿Qué demonios...? —Geordi se acercó al modelo y lo señaló—. ¿Qué invento es éste?

Wesley respondió con timidez:

—Estaba... utilizando la reserva de antimateria.

—¡Maldición, Wes! Es usted un militar en activo. ¿No sabe que eso significa que podrían someterlo a consejo de guerra?

—¡Pero si nunca la utilizan! ¡Ni por casualidad! ¿Cómo iba yo a saber que la necesitarían?

—Usted sabe perfectamente que esta área está restringida a todo el personal no

autorizado —dijo Data.

Geordi apenas le dejó acabar la frase.

—¡Empieza usted a tocar las narices con la antimateria, de pronto se produce un contacto con la materia y en menos de lo que tarda un suspiro hay otro sol por estos alrededores! Es peligroso producir energía con la reserva así, a la brava. ¿Acaso lo ignora?

—Oh, vamos, Geordi, no es para tanto —protestó Wesley—. En condiciones normales nadie lo habría notado. Sería como enchufar una lámpara más en un hotel. Pero con toda la energía cortada...

—Usted está mejor informado que eso. —Geordi sacudió la cabeza—. Aunque, por otra parte, puede que no lo esté. ¿Cuánto hace que tiene esta cosa conectada a la reserva de antimateria?

—Bueno, sólo hace cuatro... o cinco...

—¿Días?

—Semanas.

—Dios mío. Tiene que estar bromeando. ¿Qué estaba intentando hacer?

—No pretendía causar ningún problema.

—Bueno, pues el problema lo tiene usted, señor. Wesley adoptó su expresión de perrillo apaleado.

—¿Me denunciará?

Geordi volvió a mirar el artefacto y lo estudió en busca de alguna fuga invisible.

—Esto es una nave estelar, no un patio de recreo, Wes. —El aparato estaba funcionando, haciendo algo, aunque Geordi no sabía qué.

¿Y ahora qué? ¿Denunciar al muchacho? Wesley estaba hecho sin duda del material de los genios, pero carecía de experiencia. De no estar viviendo en una nave estelar tan singular, con todos sus laboratorios y avanzada tecnología, donde los expertos en ciencias, ingeniería, mecánica eran muy accesibles —algunos de ellos incluso daban clases a los chicos—, él no sería más que otro muchacho inteligente de dieciséis años. Si viviese en la Tierra sería un alumno brillante y le lloverían las oportunidades, pero no como ésta. No la de ponerle las manos encima a una nave en cualquier momento. Geordi sabía que Wes Crusher tenía una capacidad natural para penetrar en la forma en que funcionaba el universo, pero el único modo en que podía aprender a aplicarla era mediante todas las aburridas y repetitivas prácticas que un chico de dieciséis años detestaba. En el puente, una semana antes, Geordi había dejado a Wesley probar los controles del timón porque el muchacho había captado con gran rapidez la teoría y los principios de navegación, sólo para descubrir que tenía grandes dificultades en el manejo práctico de los controles. Sólo la experiencia podía enseñar eso.

Pero este... este tipo de juego era peligroso, y Wesley era incapaz de ver el

peligro. Y podía quemarse.

—Apáguelo —ordenó Geordi.

—De acuerdo —musitó Wes—. Era lo que estaba haciendo, de todas maneras.

—Vaya... parece que preveía que lo detectaríamos. Esto está mal y usted lo sabía. ¿Qué problema hay?

—Bueno... —Wesley titubeó, y dijo—: No estoy seguro de cómo interrumpir el flujo sin dañar los magnatónicos. Además, esto nunca podría generar la potencia suficiente como para causar problemas. Por eso lo hice sin más precaución.

—Wes, ni siquiera los ingenieros superiores juegan con la antimateria. Data, échele un vistazo a esto. Tenemos que desconectarlo.

El androide se acercó y Wesley se hizo a un lado. —¿Cuál es el principio que hay detrás de este aparato? Utilizando las manos para ilustrar los detalles y funcionamiento teórico de su idea, Wesley explicó: —Básicamente rompe el fásico en su ciclo inicial, en sus frecuencias y energías de incremento hasta el ciclo final, cuando recombina las fases de una sola vez.

—¿Y qué problema hay?

—No... no funciona.

—Ya entiendo.

—Pero si funcionase, este modelo tendría casi cuatro veces más potencia que una pistola fásica, que saldría de una cámara de reacción de sólo la mitad del tamaño de una normal.

—¿Ese juguetito? —soltó Geordi. Data echó una breve mirada a Wesley.

—¿Ha recordado que con la separación, tendría que incrementar la potencia en proporción a la separación? Wesley paseó la mirada de Data a Geordi y luego de vuelta al androide.

—Eh... no.

—De otra forma no sería lo bastante fuerte para completar el ciclo —explicó Data—. Me preocupa que la separación pueda causar una pérdida de los armónicos en el sistema condensador de cristal. El cristal podría romperse y producir...

—Calor. Eso ya lo sé.

—Escuchen, ustedes dos —intervino Geordi, empujando a Wesley aún más hacia atrás—. Riker va a rompernos los armónicos a nosotros si no cerramos esta fuga y regresamos arriba. La criatura podría aparecer y echársenos encima en cualquier instante, y yo no quiero estar aquí abajo cuando eso ocurra. Wesley, usted lárguese de aquí, ahora. Si los ingenieros superiores lo encuentran, va a saber lo que es una reprimenda.

—Pero qué hay de...

—Data y yo podremos apagarlo. Y lo destruiremos. Queda usted bajo vigilancia. Si llego a enterarme de algún otro de estos experimentos suyos no autorizados, lo

denunciaré ante el ingeniero en jefe.

Wesley bajó los ojos y refunfuñó:

—Sí, señor.

—Fuera. Derechito al platillo, donde debe estar.

El fulgor infrarrojo que percibía Geordi aumentó en las mejillas de Wesley que, sin decir palabra, giró sobre sí y se marchó.

—Críos —dijo Geordi, devolviendo la mirada al relumbrante enredo de piezas—. ¿Puede desconectarlo sin que se produzca un reflujo?

—Creo que sí —replicó Data al tiempo que recogía con cuidado el pulpo de cables sujeto al extremo de una larga varilla—. La verdad es que resulta una idea notable. Puede que no se haya probado nunca antes.

—Sí, Wesley piensa que las ideas son baratas. Lo que no entiende es que llevarlas a la práctica no lo es tanto. Todo son atajos cuando uno es un crío.

—¿Ah, sí?

Geordi hizo una pausa.

—... Lo siento.

—No hay motivo para que se disculpe, amigo mío. Puede que me vea obligado a aceptar lo que soy.

—Vamos a ver, ¿qué se supone que significa eso?

La esbelta forma del androide relumbraba en el interior de su armazón, y quizá su fulgor aumentó ligeramente.

—Estoy en medio de... una indagación.

—Oh, no; ¿qué indagación?

—Tengo que descubrir mi verdadera naturaleza.

—Eso es lo que me temía. ¿Por qué le preocupa tanto eso? Puede que usted sea especial. Tal vez no tenga una verdadera naturaleza que pueda comparar con nada más porque nunca ha habido nada como usted. ¿Ha llegado a considerarlo así?

—No, no se me había ocurrido —admitió Data.

Hizo una pausa, luego arrancó una conexión del monstruo de Wesley, y toda la cosa se apagó de pronto con un claro «buzz-sigh». El rayo de luz se extinguió al cabo de un instante.

Geordi reprimió un estremecimiento involuntario.

—Es un alivio. Me pone los pelos de punta pensar que ha tenido esto conectado a las reservas durante todo este tiempo.

—No se habría producido necesariamente una explosión —comentó Data—, pero era un problema, había que desactivarlo.

—No me gustaría comprobarlo, gracias. Déjeme verificar la emisión de energía... ahora parece ser la correcta. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

Geordi pulsó su insignia y dijo:

—LaForge a Riker.

—Aquí Riker. ¿Qué era?

—Sólo un desperfecto en los sellados.

—Qué raro... ¿Podemos ya recargar el depósito principal?

—Creo que sí, señor. Puede que convenga hacerlo comprobar por un ingeniero de la sección.

—No disponemos de tiempo. La consejera Troi insiste en que la entidad aún se encuentra por las proximidades, y aunque no aparezca en ninguno de los monitores, tengo que suponer que está en lo cierto. Pegue un alarido si se produce aunque sólo sea una ondulación.

—Sí, señor. Corto. —Se encogió de hombros—. No creo que le odie tanto como usted cree.

Data reunió los restos del experimento de Wesley y los metió por el conducto de reacondicionamiento.

—Puede que el señor Riker tenga razón con respecto a mí. He tenido que aceptarlo.

—Ya empieza otra vez.

—Puede que sí —dijo el androide, irguiéndose y encarándose con él—. Pero para mí es importante descubrir dónde estoy en la escala de la vida. La pregunta de si la entidad es o no una forma de vida o qué es ser humano... cuerpo, espíritu, pulso, sentimientos... estas cosas dirán si hay un lugar para mí. —Avanzó hacia Geordi, lo sobrepasó y se llegó hasta el diagrama electrónico que representaba el funcionamiento segundo a segundo del sistema de motores hiperespaciales, y con un gesto que parecía animado por la dulzura, posó una mano sobre aquellas líneas y luces—. Yo podría ser parte de un plan de evolución para el futuro. El hombre vive... el hombre desarrolla máquinas, aprende a utilizarlas, las perfecciona, para crear máquinas que sean más inteligentes y rápidas que él, más eficientes... y las utiliza para perfeccionarse a sí mismo, incluso para convertirlas en parte de él mismo. —Hizo una pausa, se volvió, miró el visor de Geordi, y supo que incluso en aquella oscuridad apenas iluminada, Geordi podía verlo con asombrosa claridad—. Como usted, amigo mío. También usted es parte de ese plan. A la postre, quizás el hombre llegue a la simbiosis con las máquinas, tal vez incluso llegue a crear vida. —Volvió a mirar el diagrama—. ¿Es éste mi lugar? ¿Una máquina?, ¿una máquina dotada de vida?

«Y ahora el capitán Picard debe decidir qué hacer. Porque yo sé... yo sé que esa cosa tiene intención de destruir esta nave cuando vuelva a encontrarla. Cree que ésa es su finalidad. Sin embargo, he percibido impresiones que no concuerdan con ese propósito.»

—¿Como qué?

—Como miedo. Me parece que eso no cuadra, ¿no? Geordi se encogió de hombros.

—No lo sé. Podría serlo. ¿Quiere decir que tiene miedo de nosotros?

—No. Tiene miedo por nosotros.

—Lo siento, pero eso tendrá que explicármelo. Yo sólo veo bien, ¿recuerda? No soy psicólogo.

—Los alienígenas que la crearon conocían de qué estaba hecha la vida. Conocían el momento en que aparece la percepción del yo en una masa de células. De alguna manera, programaron la entidad con la creencia de que tiene que absorbernos con el fin de protegernos de esta misma nave.

—Eso es fantástico —refunfuñó Geordi—, fantástico. ¿No alcanza a comprender que la nave es lo que nos protege del entorno espacial?

—Es un instrumento, Geordi. Un mecanismo que decide por sí mismo de acuerdo con su capacidad de juicio. —Data hablaba con calma, como si le suplicara que comprendiese cómo podía ser eso de apoyarse sólo en la memoria y no en la intuición, en la programación en lugar de la perspicacia. Hizo una pausa y apoyó las palmas de las manos sobre el diagrama—. Ése es mi mayor miedo —dijo—; que descubra que no soy más que un instrumento.

Azuzado por la impotencia, a Geordi le afligió un sentimiento de compasión. Podía farfullar alguna inútil frase tranquilizadora, pero no tenía respuestas. Ninguna que satisficiera o consolara a Data como podría hacerlo con un ser humano. La mente implacablemente analítica de Data no le permitiría aceptar respuestas simples, y las rebatiría hasta que el tiempo se cansara de su transcurrir. Entonces todo volvería a comenzar y la pregunta resurgiría, su respuesta más inasible que nunca.

—Data... —dijo por fin—, si le sirve de consuelo, yo no creo que pudiera ser amigo de una máquina.

Los ojos del androide se descentraron durante un momento. Las amables palabras le recorrieron el cuerpo, y la verdad es que lo animaron. Geordi apreció el cambio.

Data lo miró de soslayo, y su boca se alargó dibujando una sonrisilla.

—Gracias, Geordi. Nunca olvidaré eso. No importa lo que ocurra.

Tierno, emotivo. Ninguna frase en argot, sin rebozos. Ése era el verdadero Data. Excepto por el tono agorero de su voz, que Geordi no captó hasta al cabo de varios segundos.

Tal vez se debió a que Data no desvió la mirada, sino que continuó observándolo con aquella curiosa expresión, una expresión que decía que algo más estaba cociéndose en su mente; y tras un breve lapso, Geordi, receloso, dio un paso hacia él.

—¿Qué quiere decir con que no importa lo que ocurra?

El suelo se hundió bajo sus pies. Sus brazos y piernas salieron disparados con la

sorpresa inicial de verse elevado por el aire, y se dio cuenta de que también a él se le podía acusar de olvidar dónde acababan las capacidades humanas y eran superadas por las del androide.

—¡Data, bájeme! ¿Qué está...?

La sala giró, y él fue cuidadosamente depositado de pie encima de una pila de unidades almacenadas de carga pesada. Mientras recobraba el equilibrio advirtió el destello de la metálica piel cuando Data arrancaba la insignia-comunicador del pecho de Geordi y descendía de los contenedores.

Geordi agitó los brazos y protestó:

—¿Qué está haciendo?

Tardó varios segundos en bajar, pero eso le bastó a Data para retroceder y accionar el circuito de cierre del escudo de aislamiento. Dos transparentes paneles se deslizaron de sus alojamientos en paredes opuestas y se cerraron en el centro justo cuando Geordi llegaba a ellos. El joven se vio obligado a observar, impotente, mientras Data conectaba dos conductores del cierre y lo fundía. Brotaron unas chispas, y Geordi quedó atrapado.

—¡Data! ¿Por qué? ¿Por qué está haciendo esto?

—Lo lamento, Geordi —contestó el androide, y parecía de veras sincero—. Puede que éste sea el único momento en que no se espera que me encuentre en el puente.

Ahora la voz de Geordi sonaba amortiguada detrás de la pared.

—No le entiendo. Déjeme salir.

—Voy a llevarme la lanzadera. Por favor, informe al capitán y al señor Riker de que intentaré acercarme a la criatura con la esperanza de comunicarme con ella más inteligentemente.

Geordi apretó las manos contra los transparentes paneles. —Data, vamos, no lo haga. ¡No lo haga! Eso es una locura. Vamos, ábrame. No haga esto. No arriesgue su vida.

—Algunos dirían que no tengo vida que arriesgar.

—¡Olvídese de eso! Abra la puerta. ¿Cómo se supone que voy a informar al capitán si estoy encerrado aquí?

—Ésa es una excelente pregunta. Pero yo debo aprovechar la oportunidad.

Comenzó a volverse, pero se detuvo, hizo una pausa y se encaró nuevamente con Geordi. Luego miró al suelo durante un momento, y finalmente alzó los ojos hacia la única persona que lo había tratado en todo momento como a un ser humano.

—Gracias por el pasado, amigo mío —dijo, con el rostro asombrosamente animado. Ahora sonrió con sentimiento y agregó—: Ha sido usted un auténtico colega.

9

El capitán volvió a entrar en su sala de reuniones tras haber permanecido ausente de ella durante unos cuarenta y cinco minutos. Deanna Troi continuaba sentada donde él la había dejado, con las manos aún entrelazadas sobre el regazo; y parpadeó como si saliera de un trance.

Picard rodeó el escritorio hasta colocarse enfrente de ella; la consejera aguardó hasta que le dirigió la mirada.

—Están esperando fuera. Han sido informados de todo. ¿Está segura de que será capaz de hacerlo?

Troi suspiró y asintió con la cabeza.

—Creo que sí, señor —respondió—. Estoy tan preocupada por mi propia cordura como por los seres de ahí fuera. Me gustaría ponerle un final a esto. Y necesito ayuda para encontrarlo.

—La doctora Crusher ha estado revisando informes y estudios actualizados sobre los derechos y la psicología de los enfermos terminales, en particular de los reclusos, de todas las especies inteligentes...

—Ésa es mi profesión, capitán —interrumpió Troi, un punto a la defensiva.

—No he creído que fuera prudente que usted se pusiera a hacer investigaciones en este preciso momento. En cualquier caso, necesitaré de su experiencia para evaluar la información que aportará la doctora. ¿Le parece apropiado?

Ella consiguió esbozar una fina sonrisa, que transmitía genuina gratitud, y respondió:

—Es usted muy considerado, señor. No había pensado en eso. Puede que últimamente no esté muy lúcida.

Picard se deslizó en su asiento.

—No me ha preocupado eso ni por un instante —comentó—. Parece perfectamente dueña de sí misma, al menos por ahora. No he detectado ninguna alteración en su personalidad, consejera.

—Pero podría producirse, señor —admitió ella en tono calmado—. Incluso en este momento estoy luchando para mantener mi individualidad. No sé cuánto tiempo más podré manejarme con la presión que ejercen esos seres. Está comenzando a afectarme psíquicamente. Me siento débil y nerviosa, como después de haber consumido demasiada energía.

Ante la trascendencia de sus palabras, Picard tuvo que reprimir una convulsa preocupación. La duda comenzó a agitarse en él. Esto lo incomodaba, esta indefinición; y se acorazó para aceptar lo que ella había dicho y lo que diría en los siguientes minutos. Ya había tenido que hacerlo en el pasado... depender de aquellos cuyos talentos eran diferentes de los suyos. Pulsaría la cuerda del instinto, de la

intuición, si tenía que hacerlo, pero al mirarla y ver el esfuerzo que hacía para conservar el control, supo que las conjeturas serían sólo el último recurso. La Flota Estelar lo había rodeado de oficiales con distintas capacidades, y su deber era hacer uso de las mismas.

—Bien —murmuró—. Dependo de que usted se mantenga firme ante ellos. Confío en que usted me informe, de forma tan aproximada como pueda, de qué quieren esas entidades.

—Ya se lo he dicho.

—Vamos a estudiarlo. —Pulsó el intercomunicador—. Entren, por fa...

La puerta se abrió.

Picard se reclinó en el asiento.

—Bueno, eso sí que ha sido prontitud —dijo, al entrar Beverly Crusher y Will Riker—. Siéntense. Ya les he explicado a ambos la situación. Según la consejera Troi, las esencias vitales que están dentro de ese fenómeno han pedido explícitamente que las destruyamos. Quieren que su existencia termine. Escogen la muerte antes que la vida informe, al parecer. Cuando salga de esta habitación, quiero una imagen tan clara como podamos obtener los cuatro sobre las acciones exactas que va a emprender esta nave. Desde ahora les digo que preferiría enfrentarme con un enemigo con ojos a los que pudiera mirar y cuyas intenciones fuera capaz de interpretar. Si hubiese querido enfrentarme con estos espinosos problemas éticos, me habría hecho sacerdote. Esto no me gusta. Ya saben qué han solicitado de nosotros estas entidades, según la traducción que la consejera Troi ha hecho de sus deseos. Depende de ustedes el ayudarme a decidir si esto es eutanasia —dijo—, o una mera carnicería.

La sala de reuniones se cubrió con un inesperado silencio, roto sólo por Will Riker, que decidió que ya estaba bien. Cabalgó un muslo sobre el escritorio del capitán y se acomodó en esa postura, la punta de la otra bota aún en el suelo, los brazos cruzados.

—Haremos todo lo que podamos, señor.

—Lo sé. Doctora Crusher, usted ha repasado todo el material referido a la ética médica actual.

—Bueno, decir «todo» es excesivo, sólo he dispuesto de media hora de estudio, señor —replicó ella—, pero he hecho todo lo que he podido. De hecho, ya tuve que familiarizarme con el tema al aceptar el puesto de médico en jefe.

—Ha sido una suerte —comentó el capitán—. Adelante con ello.

—Sólo recuerde que usted lo ha pedido —le advirtió ella, y hundió sus finas caderas contra el fondo del asiento. Daba la impresión de que estaba instalándose para pasar mucho tiempo, cosa que hizo que tanto Riker como Picard se preguntaran en qué se habían metido—. La palabra «eutanasia» no significa lo que la mayoría de

la gente cree. Para empezar, viene a ser más que una solicitud, un derecho. Es algo que uno obtiene, antes que una acción provocada por otro. Su verdadero significado es simplemente una muerte dulce, tranquila, lo cual la mayoría de las veces es sólo una cuestión de suerte. La sociedad ha llegado a reinterpretarla como una forma indolora de acabar con la vida, destinada a poner fin al sufrimiento. Sin embargo, lo que realmente estamos tratando es cuando la única opción que le queda a una persona que reclame la eutanasia es que otra persona sea el sujeto agente. Ésta es la situación con la que nos enfrentamos.

Troi entrecruzó fuertemente sus manos y dijo:

—En este caso nosotros no hemos decidido terminar con sus vidas. Ellos lo han decidido por sí mismos. Éste es el punto que conviene no olvidar.

—A eso iba. Existen complicaciones, créanme —replicó con paciencia Crusher, y comenzó a contar con sus largos dedos—. Nos vamos a enfrentar a cuestiones tales como el sufrimiento o la ausencia de sufrimiento, conciencia o ausencia de ésta; interrumpir la vida directa o indirectamente, por proporcionar un alivio definitivo del dolor; la diferencia entre la condición de persona y la condición potencial de persona; la capacidad de expresar un deseo racional de morir; la muerte de los organismos biológicos en contraposición con las personas; la distinción entre medios ordinarios y extraordinarios de mantener a una persona con vida; esa siempre escurridiza expresión de «calidad de vida»; el no proporcionar ayuda frente al daño y al dolor, por buenas intenciones; el concepto sagrado de la vida; la obligación de vivir; la libertad de elección frente el plan divino; el ser o no ser la causa de una muerte que no sea la propia; el no conceder la eutanasia por razones egoístas...

Picard se frotó los ojos con las manos y suspiró abrumado.

—Evíteme fatigas, ¿quiere, doctora? Si usted ya ha considerado todo eso, ¿podría darme sólo las conclusiones?

Crusher dejó caer sus activas manos.

—No es un tema sencillo, capitán —replicó.

Él se inclinó hacia adelante.

—Nadie está pidiendo sencillez, doctora. Sólo brevedad.

—Bueno, hay una definición médica de muerte. ¿Le serviría eso de algo?

Antes de que el capitán pudiera dar la respuesta que tenía a punto en los labios, Riker intervino con voz queda:

—A mí me serviría.

—De acuerdo —dijo Crusher sacudiendo la cabeza—. A menos que se crean los relatos de terror, todos sabemos básicamente qué es la muerte. Es un proceso físico reconocible. Conocemos la diferencia entre un cuerpo vivo y otro al que se mantiene con vida. Cualquier interno recién licenciado puede pasar diez minutos ante las lecturas de los aparatos, y decir cuál es cuál. Pero el argumento decisivo ha sido

siempre la actividad cerebral... el encefalograma plano. Hasta donde llega el consenso médico actual, el único criterio absoluto respecto a la muerte es su irreversibilidad. No es el único criterio, cuidado, no he dicho eso. La muerte es un concepto complejo y requiere varios criterios conjuntos, pero la irreversibilidad puede considerarse el absoluto.

—La muerte es irreversible en mi opinión —comentó Picard—. Al menos eso pensaba hasta ahora.

—Ellos no están muertos —intervino Troi. Su dominio de sí misma estaba fallando. Lo sentía tensarse ante la aplastante presión de un millón de entidades. Lo captó en la repentina inexpresividad de su voz y supo que se advertía en la inmovilidad de su cuerpo. Intentó forzar sus piernas para que adoptaran una postura más distendida, pero permanecieron apretadas rodilla contra rodilla, y pronto dejó de intentarlo. Esta conversación era tiempo perdido, la destrozaba, la frustraba. Ella sabía cuál tenía que ser la decisión. Una y otra vez le resonaban en la mente sus propias palabras: «Ellos no están muertos. No están muertos».

—Acepto eso —respondió el capitán—. No han conocido la muerte. Puede que yo sea anticuado, pero para mí la muerte ha de ser terminal, radical. La muerte no tiene grados. El sufrimiento sí, pero no la muerte. Lo que hemos de discutir es si nos decidimos a intervenir.

—O a no hacerlo —intervino Riker.

Los demás lo miraron, y la incomodidad se apoderó de la sala.

—Sí... —murmuró la doctora Crusher contemplándolo. Le llevó un momento volver toda su atención hacia el capitán—. Bueno, pues también existe un problema adicional; a lo largo del último siglo y medio aproximadamente, la doctrina médica ha tenido que incluir algunas formas de vida muy extrañas, junto con todos sus hábitos, psicologías y capacidades.

—Yo no puedo decidir por toda la galaxia, doctora —respondió el capitán—. Quedémonos con los humanos, ¿quiere?

—Pensé que diría eso, así que lo hice. Y estoy de acuerdo con usted en ese punto.

—Eso es alentador, pero ¿podría contarme un poco más?

—Un poco.

—Dios...

—Usted lo ha pedido, señor.

—Sí, lo hice. Adelante.

—¿Dónde estaba? Ah, sí. Existen conceptos mitológicos y religiosos de la muerte, que implican el abandono del cuerpo por parte del alma...

Un dedo de Picard se disparó hacia delante.

—Vamos a ver, no nos pondremos a definir el alma, ¿verdad? Me niego rotundamente.

Crusher pareció sorprendida.

—Bueno, yo, desde luego que no voy a hacerlo. Si usted lo cree necesario para tomar una decisión es otra cuestión. En cualquier caso, existe ese concepto, y existe el concepto médico que contempla el problema como un conjunto de causas interrelacionadas, todas observables. La diferencia entre ambos sería que se cierra una puerta o se desintegra todo el edificio. La ciencia médica no cree en el más allá. Y las creencias religiosas presentan un conglomerado confuso de dogmas al respecto que apostaría a que no quiere oír siquiera.

—Le estaría muy agradecido —replicó Picard haciendo un fatigado gesto de asentimiento—. He estado intentando desmitificar esto desde el principio. Tengo intención de permanecer dentro de las políticas establecidas para los enfermos terminales y utilizar eso como punto de apoyo.

—Pero estas personas no son enfermos terminales —interrumpió Riker, sintiendo que de alguna manera tendría que llevar el timón de aquella charla—. Por lo que sabemos, podrían continuar así de forma indefinida.

En silencio y sin dignarse levantar la mirada, Troi corroboró la afirmación con un ademán. Cuando habló lo hizo con una absoluta fe en esas voces que oía dentro de su mente.

—Ése es su miedo más grande.

—Consejera —le dijo el capitán, dado que ella había vuelto a atraer la atención hacia sí—, usted dice que siente una unanimidad de opiniones. ¿Puede garantizar que está recibiendo todos los sentimientos, todas las esencias vitales?

Un sudor frío comenzó a perlarle las palmas. Sintió que el autocontrol comenzaba a escapársele de las manos.

—No, no puedo. Pero la opinión es unánime entre aquellos que todavía conservan una consciencia no alterada.

—Espere un momento —dijo Riker—. Esa frase parece indicar que nos esconde algo.

Troi lo atravesó con la mirada.

—Sí, es verdad, percibo como demencia entre numerosas mentes, mentes que ya no gobiernan sus ideas al ciento por ciento. Eso es lo que temen los demás. ¿Los culpa por ello?

Han tomado una decisión por sí mismos y por los que no son capaces de hacerlo.

—¿Qué quiere decir con lo de «al ciento por ciento»?

Troi apretó los dientes e inspiró profundamente para contener su animosidad. Se obligó a ser rigurosa, por muy trastornadas que estuvieran sus emociones.

—Yo lo clasificaría como *inceptam dementiam*.

—¿Perdón?

Ella le lanzó una mirada de suficiencia.

—Principio de locura.

—Y a todo esto convendría plantear la cuestión del grado de parentesco o proximidad entre ellos.

Troi se agarró a los brazos del asiento y clavó sus pupilas en Riker.

—¿No cree que ellos son capaces de juzgar los deseos de sus compañeros mejor que nosotros?

Riker tuvo que mostrarse conforme, todo y su reticencia.

—Supongo que si usted y yo hubiésemos estado compartiendo la eternidad, nos consideraríamos como relaciones próximas.

De pronto se encontró detenido en seco por la mirada de Picard. No había tenido intención de decir nada profundo; pero claro, ellos dos estaban de hecho compartiendo la eternidad... Ellos dos, más que ningún otro par de personas de la nave, eran los que más probablemente podían tomar esa decisión el uno respecto al otro, la elección entre la vida o la muerte. Como primer oficial, la primera responsabilidad de Riker era hacer el mando más llevadero a Jean-Luc Picard, colaborar con él. Como capitán, el recurso más valioso y necesario para Picard era el hombre que representaba ser su mano derecha. Los dos tenían que ser ángeles guardianes, el uno del otro, y de toda la nave. Cada uno de ellos era —o idealmente tendría que ser—, un allegado del otro, el pariente más cercano. Resultaba irónico que en una nave llena de familias, la tripulación del puente se hubiera conformado con gente que no tenía nada ni a nadie, excepto los unos a los otros.

—Y esos compañeros mentalmente disminuidos son como enfermos cuya vida se mantiene artificialmente —le dijo Picard en ese momento de comunicación especial entre ambos—. Completamente dependientes de una máquina.

—Sí —asintió la doctora Crusher—. No son enfermos terminales, pero quieren morir. La historia médica ha tenido que enfrentarse oficialmente con eso desde el siglo veinte, y no ha conseguido encontrar una solución. La medicina dio un tremendo salto hacia delante durante ese período, y ha mejorado en progresión geométrica desde entonces. La única constante es la idea de que cada caso de eutanasia tiene sus propias variables y debe ser considerado de modo individual. ¿Corta uno la alimentación intravenosa, o simplemente deja que se agote, y cuál es la diferencia entre ambas cosas, y cuáles las trascendencias morales de cada una?

—Usted está planteando preguntas —observó el capitán—. Yo he pedido respuestas.

—No hay ninguna de alcance general —replicó ella—. Ése es el problema. Consideramos inhumano el dejar que los animales sufran, pero siempre hemos tenido dificultad para aplicar eso a nuestra propia especie.

—Pero históricamente —dijo Riker— es verdad que todo este problema ha sido el de decidir si un cuerpo orgánico sin mente está aún vivo. Lo que tenemos aquí es

todo lo contrario. Mentas... sin cuerpos.

Crusher lo miró.

—Eso no cambia las cosas; es más, ratifica el argumento contrario al suyo.

Cuando Deanna Troi habló, a pesar de que su voz era débil, todos se volvieron a escucharla. Pero esta vez no habló de las entidades que estaban ejerciendo presión sobre ella, sino del asunto con que estaban luchando en ese momento.

—Así es como se ven a sí mismas las personas físicamente discapacitadas. Mentas sin cuerpo. Al menos durante un tiempo. Con frecuencia no es exacto, y a menudo cambian de opinión respecto a sí mismas gracias al tiempo y a una adecuada terapia.

Durante unos segundos nadie pronunció palabra porque esperaban que siguiera hablando. Cuando no lo hizo, la doctora Crusher se removió, incómoda, volvió a mirar a Riker y dijo:

—Pero también ha habido muchísimos casos de personas conscientes y con su capacidad racional intacta que querían decidir por sí mismas y no cambiaron de opinión. Algunas personas no quieren vivir si no pueden funcionar de forma independiente. Algunas pueden suicidarse, otro espinoso asunto, pero para las que no pueden, el problema se complica, pues es necesario conseguir que otra persona colabore.

—La cual también tiene sus propios derechos —argumentó Riker—. El derecho de no cometer un asesinato, por decir uno de ellos.

Con un resoplido de impaciencia, Picard se agarró al borde del escritorio.

—Sí. Tenemos el derecho a tener en cuenta nuestras propias conciencias. ¿Existe una respuesta concluyente, doctora? ¿El Consejo de Directrices Médicas de la Federación tiene una política al respecto? ¿O tiene usted una propuesta en tal sentido que sea de aplicación particular para nuestra nave?

—¿Yo? —Ella negó con la cabeza y parpadeó—. Es una asignatura que casi suspendí en la facultad de medicina. Nunca he encontrado un solo caso que fuera susceptible de establecer un paralelismo pleno. No hay términos de comparación.

—Doctora, necesito un criterio, y lo necesito ahora.

Ella guardó silencio, una mano en la barbilla, la expresión concentrada; luego se encogió de hombros.

—Finalmente se trazó una línea, clínicamente hablando, entre animales con memoria y animales con memoria capaces también de imaginar un futuro personal y tener deseos para ese futuro. Aunque, incluso eso tenía fallos. Los bebés, por ejemplo. A ellos no puede importarles el futuro.

Ahora le tocó el turno a Picard. Apretó la boca en una línea y bufó:

—Beverly, está consiguiendo cansarme.

Ella pareció hacerse cargo pero tuvo que reconocer el hecho:

—No hay una solución clara y distinta. Razón por la cual no se ha aprobado ninguna ley al respecto. Lo que lleva a pensar si hay cosas que pueden ser legisladas.

Riker enderezó la espalda y cruzó muy ceñidos los brazos.

—Lo cual nos deja librados a nuestros propios recursos.

—Considérelo como un reto a su intelecto —le soltó ella.

—Pero esas personas, esas «almas», si tenemos que emplear este término —continuó Riker—, no están muriendo. ¡Podrían continuar así eternamente!

—Sí. —La doctora movió la cabeza afirmativamente, en contra de su voluntad—. La cuestión que se plantea no es la de alguien que está muriendo y escoge cuándo tiene que llegarle el fin y nosotros, como sociedad, le forzamos a que siga viviendo hasta el último momento, sino que más bien la situación es..., ¿qué hace que merezca la pena vivir? —En busca de la respuesta a esto, una pregunta densa, profunda, ella se volvió directamente hacia Picard y tendió hacia él una mano vacía como requiriendo algo a lo que asirse.

El capitán le devolvió la mirada, hechizado, no por la belleza de la mujer ni por sus sentimientos hacia ella, sino por la pregunta que le planteaba, esa pregunta que marcaba el linde entre la vida y la muerte.

«¿Qué hace que merezca la pena vivir?»

Junto a Crusher, Troi se removió.

—Una persona que está muriendo se plantea, en efecto, si la enfermedad se ha llevado todo aquello que hace que merezca la pena vivir, como usted dice. Ya no habrá más momentos que se parezcan a la vida tal y como la ha conocido. Cuando el dolor se lleva todo el placer, el aroma, el sonido, el tacto...

—Pero no estamos hablando de dolor, consejera —le espetó el capitán, su voz más ruda por momentos—. Esas entidades no han comunicado ninguna clase de dolor de naturaleza física, ¿correcto? Si no, será mejor que nos lo diga ahora, porque aquí estamos caminando por el filo de la navaja.

—Ojalá fuera así —intervino Crusher con sequedad—. El problema habría sido más sencillo. El reino de lo físico es más simple de manejar que el reino de Deanna de angustia y confusión mental. —Se volvió a mirar a la consejera y dijo—: No la envidio.

El capitán se levantó y paseó en torno al escritorio.

—Doctora, había esperado que fuera usted de más ayuda. Beverly Crusher desvió la mirada por un momento, se acomodó, cruzó sus largas y esbeltas piernas, y volvió a alzar los ojos hacia él.

—No puedo ser de más ayuda —replicó—. Pero tiene que pedirme mi opinión.

—Maldición. Por supuesto. Lo siento. —Tendió una solicitante mano hacia ella—. Por favor.

Ella suspiró y pensó lo que iba a decir.

—Han expresado un muy resuelto y razonable deseo de morir.

—¿Y?

—Y yo creo que hay que respetarlo.

—¿Quiere decir actuar según el mismo? Vamos, doctora, no me haga someterla a un interrogatorio.

—¿Quiere decir que si yo lo haría? Capitán, déjeme decírselo de esta manera: el sufrimiento también puede ser mental y no le hace ningún bien a nadie.

—¿Lo haría usted? —repitió él.

Ella irguió los hombros.

—Sí.

Data halló su camino a través de la nave apenas iluminada con el infalible sentido de dirección de un androide. De ordinario no habría reparado en esa capacidad, pero hoy era una terca presencia en su mente. Hoy era consciente de sí mismo, cuando habitualmente no lo era, al menos no cuando se encontraba solo. Pero hoy, cada sucesiva cortina infrarroja, proyectada por las luces auxiliares, a lo largo del pasillo por el que avanzaba, era un recordatorio de sus dudas. Cada duda estimulaba sus pensamientos y hacía que el proceso que seguían sus redes neuronales fuera imperfecto, irritante. Se preguntó cómo sería para los seres humanos el hecho de pensar. El tener un pensamiento por vez, algunos sin cifras, sin contexto..., casi parecía una anomalía de funcionamiento. Pero los seres humanos con frecuencia percibían cosas que a él se le escapaban por completo hasta que se las señalaban.

«Parece que mi naturaleza no sólo no coincide con la humana sino que se aleja progresivamente de ella. Lo que a ellos les parece sencillo a mí me parece difícil e incongruente. Lo que yo computo y percibo sin esfuerzo, ellos lo consideran arduo. A medida que pasa el tiempo, yo catalogo más y más información, y me alejo más y más de la humanidad a causa de eso. Cuanto más tiempo paso entre ellos, más complicados me parecen. Tal vez ahora cambiaré esa situación. Tal vez es esto lo que quieren decir cuando hablan de destino.»

Sintió que su cuerpo se detenía y canceló la orden de localización y desplazamiento automático; al instante notó el sutil tránsito al procedimiento habitual. En efecto, se encontraba exactamente donde quería estar. La cubierta del hangar. Se quedó de pie ante la puerta, contemplando las letras entre la penumbra.

HANGAR DE LANZADERAS

ENTRADA SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

REQUERIDA AUTORIZACIÓN A.C.E.

INFÓRMESE EN CUBIERTA 14 O CONTACTE CON UN TENIENTE EN SERVICIO

Perdió la noción de esos pocos segundos durante los cuales observó esas letras y su significado. Todas sus alarmas internas se dispararon diciéndole que buscara al ayudante del jefe de ingenieros; pero no había tiempo. Y eso lo delataría. Por supuesto, el ser teniente le sirvió de ayuda para permitirse la acción que iba a emprender, incluso a pesar de que sus alarmas internas no habían sido programadas con esa información. La información de ese tipo era racional. La característica distintiva de los seres humanos, de las formas de vida de cualquier clase, era difícil de asimilar y reproducir por una máquina, y tenía que ser desarrollada por lo que a Geordi le gustaba llamar el hemisferio subdominante de Data: la zona orgánica de su cerebro, la parte de su ser que le permitía ser subjetivo. La fracción de él por la que Geordi insistía en que no era una máquina.

Data se miró la mano izquierda. Abrió el puño y vio el destello de oro y pulido platino en forma de «A» estilizada de la que se había hecho merecedor. Sin embargo, no era la suya. Ésta todavía la llevaba prendida sobre su pecho, proclamando el mérito de sus esfuerzos y el grado hasta el cual la humanidad le había abierto los brazos. Nunca podían mirar su insignia de la Flota Estelar y pensar en la humanidad como en una especie inferior; pocas especies aceptarían a alguien como él. Sí, claro, había visto esquivas miradas de prejuicio. Geordi lo censuraría por no darse cuenta de su significado hasta ahora, que el prejuicio venía a ser una especie de privilegio que las formas de vida sólo conferían a lo semejante.

El oro y el platino se habían vuelto coralinos bajo las luces auxiliares de encima de la puerta. Sintió una extraña e inesperada presión a medida que en su pecho latía con fuerza su corazón sintético como respuesta a la tensión que aumentaba en su sistema nervioso.

Esta insignia, la que tenía en la mano... era la de Geordi.

«Perdóneme. Sé que nunca le he hecho nada parecido a esto hasta ahora. Se lo habría advertido, de haber previsto que me comportaría de esta forma...»

Ilógico. Geordi no estaba con él. Estaba encerrado en el centro de reserva de antimateria.

Data cerró fuertemente la mano ocultando la insignia. También ilógico. Debería ponerla en alguna parte, dejarla atrás. No tenía sentido llevársela. Pero en lugar de dejar la insignia, apartó de sí aquella idea y conservó cerrado el puño. Con la otra mano pulsó rápidamente su código de entrada, y las gruesas puertas esféricas se separaron para darle paso.

La cubierta del hangar contenía unas pocas lanzaderas y varias naves más pequeñas y rápidas de diversos tipos, todas escrupulosamente guardadas en sus

receptáculos, listas para ser elevadas hasta la plataforma, un piso más arriba, cuando fueran solicitadas.

Una impaciencia muy humana lo reconcomía. Sabía muy bien qué era la impaciencia. Pero no había alternativa al tiempo que tendría que pasar allí antes de poder embarcarse en su misión.

Su mano se crispó. La programación de seguridad que prevenía contra los fallos envió sus señales de advertencia a través de sus redes neuronales, diciéndole que lo que estaba haciendo no debía llevarlo a cabo.

Con la misma facilidad con que se hace caso omiso de un leve dolor, inhibió las señales de advertencia internas y buscó en torno el material que iba a necesitar... sí, allí estaba. Le había preocupado que en medio de una situación crítica los encargados de los suministros de ingeniería no hubieran tenido tiempo de entregar en plazo esas pequeñas cajas, pero ahí estaban, ordenadamente apiladas ante él. Las miró del mismo modo que lo había hecho con las letras de la puerta. En lo alto de la pila había una autorización que simplemente decía: «Solicitud del Teniente Data. Alférez F. Palmer —En orden.»

El tiempo que tenía era limitado. No obstante, él titubeaba. Nunca antes se había encontrado enfrentado consigo mismo, batallando contra su cuerpo para conseguir que hiciera lo que su programación... su... conciencia... consideraba incorrecto. La desobediencia no estaba en su prog... en su naturaleza.

Su mano izquierda se crispó y abrió. La insignia de Geordi chocó contra el suelo con un metálico tintineo. Data la miró.

Con impasibilidad, se inclinó y la recogió. Si se la llevaba, la computadora de la nave la detectaría y utilizaría como detector de localización, y diría al puente que Geordi estaba con él. Semejante consecuencia... dejaría la insignia.

No se la llevaría.

Se acercó al teclado de la computadora más próxima, todavía mirando la insignia que tenía en la mano.

—Te dejaré —insistió. Su voz resonó en la vacía cubierta del hangar. ¿Por qué le hablaba a la insignia?

La dejó con rapidez. La insignia giró sobre el cierre y acabó de lado. Él se detuvo.

Casi con la misma rapidez, se quitó la suya propia. También era de oro y platino... idéntica a la otra. Excepto que ésta era la suya, lo que él se había ganado, y la otra era de Geordi. Cada una estaba codificada con el biopulso de su dueño, identidad, y contenía microsensores y un comunicador en miniatura. En la jerga de la Flota Estelar llamaban a estas insignias los «minimilagros» de la ciencia actual.

Pero hoy era la forma y no la ciencia lo que intrigaba a Data. Hoy su atención estaba fija en la heráldica contemporánea, en el emblema de la Flota Estelar y en lo que significaba para alguien como él.

Su vigoroso corazón arreció en sus latidos, desarrollando una potente acción muscular, como la gran máquina que era. Lo sintió golpear con fuerza, perceptible a pesar de hallarse en su interior, y notó la tensión ejercida a cada forcejeo destinado a imponer sus propios intereses a su sistema nervioso en parte bioquímico. Dudaba de qué impulsos seguir.

Con súbita decisión, depositó su insignia sobre el teclado, junto a la de Geordi.

Cuando se arrodilló junto a las cajas que los ingenieros habían llevado allí por orden suya, su cuerpo comenzó a serenarse ante la tarea que tenía entre manos. Al disminuir los latidos de su corazón a la cadencia habitual, Data comenzó a abrir las cajas de suministros de ingeniería y codificadores nemotécnicos, y se dispuso a construir un improvisado dispositivo de camuflaje.

—¡Espere un minuto! —Riker se deslizó del escritorio y comenzó a sacudir las manos ante Troi—. ¡Nosotros no podemos interferir así!

—Tenemos que hacerlo —replicó Troi alzando la voz. Sintió que su rostro enrojecía y la furia se apoderaba de su corazón. ¡Cómo se atrevía él a interponerse!

—Vamos a ver —les recordó Picard no sin enojo—, he convocado esta reunión por una razón clara y está enturbiándose. Si voy a verme forzado a tomar una decisión, quiero tener todas las informaciones y opiniones. Y quiero criterios fundamentados. Procedamos con método, y es una orden.

Antes de que Riker tuviera oportunidad de responder, Troi se inclinó hacia Picard; era la primera vez que cambiaba de postura desde que había comenzado todo aquello.

—Capitán, los seres humanos somos intervencionistas por naturaleza. Desde épocas remotas hemos intervenido en el curso de la evolución. Por poner un caso, en las primitivas tribus, el jefe escogía como sus mujeres a las doncellas más hermosas, jóvenes y fuertes, y ellas tenían hijos que serían los que tomarían las decisiones por toda la tribu. ¡Ésa también es nuestra herencia!

—¡Eso es ridículo! —acusó Riker.

—No necesariamente —continuó Crusher. Su agudo tono indicaba su decisión de contraatacar, y volviéndose de espaldas a Riker, le habló al capitán—: Cuando encontramos la cura de la neumonía y la tuberculosis, alteramos la evolución para siempre. Incontables millones de personas enfermas condenadas a morir no murieron. Cuando se inventaron las gafas, todos los millones de miopes se transformaron de pronto en perfectamente normales. Y tuvieron más hijos miopes. La humanidad ha estado escapando a sus limitaciones, burlando la selección natural durante tanto tiempo que se ha convertido en innatural el no hacerlo...

—¿Y qué me dice de la ciencia? —interrumpió Riker, rodeando el escritorio hasta colocarse junto al capitán—. ¿Podría la tecnología introducir esas entidades en nuevos cuerpos? ¿Como el de Data?

Picard lo fulminó con la mirada, y luego se volvió hacia Crusher.

—¿Qué dice a eso, doctora?

Ella pasó de apoyarse en un codo a otro, y dijo pensativa:

—Esto no es como tener una varita mágica... En mi opinión, podría ser demasiado tarde para ellos. Si han permanecido en un estado incorpóreo desde 1995 y la mayoría incluso desde muchos años antes, puede que hayan perdido la capacidad para readaptarse, encontrarse, dentro de una forma humanoide.

—¿Quiere decir como un ciego que de repente viera a la perfección? —sugirió Picard—. ¿Algo así?

—Sí, exactamente. Hay muchas circunstancias que le permiten a la medicina actual el devolver la vista, pero a menos que el paciente sea muy joven, por lo general se presentan graves complicaciones. Si yo de pronto le devolviera la vista a Geordi con un trasplante, él tendría que readaptar todos sus sentidos. Todo su cuerpo... todo su cerebro. Su sentido de la acomodación visual estaría completamente distorsionado, para empezar. Intentaría coger cosas que estuvieran a tres metros de distancia, porque no sería capaz de distinguir la diferencia entre éstas y las que tuviera más cerca. Es probable que tampoco pudiera caminar con los ojos abiertos. No sin una rehabilitación prolongada. Tal vez perdiera el equilibrio. Ha habido demasiados casos desastrosos de vista reimplantada. Algunos pacientes acabaron por solicitar que los dejaran nuevamente ciegos.

—Dios mío... ¿en serio?

—Demasiados como para que yo recomendara el intentar introducir a esos lo que sean en cuerpos de androide. —Bajó la voz y dejó que la compasión se deslizara en su valoración profesional—. Sería un infierno peor que el que ya están sufriendo. Y, capitán, pienso que la única decisión racional y éticamente aceptable —agregó— es la que ellos han escogido por sí mismos.

—No estamos tan seguros de que eso sea lo que quieren —insistió Riker.

Troi se retorció en el asiento; su cara era la viva imagen de la melancolía y decepción. Su rostro manifestaba el dolor y la infelicidad que sentía dentro de sí además del efecto de las insidiosas palabras que acababa de oír.

—Bueno, usted no lo está —le dijo Riker—. No lo está, ¿verdad?

—Bill... —Troi se atragantó.

Él se encaró con ella.

—Usted misma ha admitido que esa gente podría estar loca o incapacitada...

—Algunos de ellos, pero...

La doctora Crusher colocó su estilizada mano sobre el brazo de él, y lo empujó para apartarlo.

—Esa máquina absorbe vidas está violando los derechos de sus cautivos.

Riker dio media vuelta y le clavó la mirada.

—¿Qué derechos?

—El derecho a llevar una vida según ellos la consideran, y la siempre salvaguardabas propia elección. Les ha robado la vida hasta un grado tal, que lo único que ven como alternativa para sí mismos es la muerte.

—¿Así que nosotros se la proporcionamos porque Deanna lo dice?

Troi bajó los párpados, y de ellos se derramaron lágrimas.

—Oh, Bill —susurró.

Pero él continuó.

—¿Cómo podemos saber que la decisión de ellos es racional? Podría ser motivada por la simple desesperación o una depresión pasajera.

Crusher no retrocedió ante ese desafiante argumento, tenía preparada la réplica.

—¿Llama usted algo pasajero a trescientos años?

—¿En la escala temporal de esa cosa? Podría serlo. Y ni usted ni yo podemos afirmar lo contrario. Esa cosa podría ser una especie de paraíso galáctico, o el cielo de los cristianos, por lo que sabemos. Podría proporcionar tiempo interminable para pensar, recordar y compartir vivencias... ¿y quién sabe qué más? Tal vez Deanna sólo capta los deseos de un puñado de recién llegados que no saben lo que tienen.

—Yo no lo creo —contestó Troi con los dientes casi apretados.

—De acuerdo... de acuerdo, digamos que yo tampoco. Digamos que me ha convencido. ¿Qué sucederá una vez que lo hayamos hecho? ¿Una vez que se haya establecido un precedente? Si abrimos esa puerta aunque sea una rendija, quizá no vuelva a cerrarse. Una vela puede iniciar una catástrofe, capitán.

Crusher se puso en pie de repente y avanzó hacia él, utilizando su esbelta figura para demostrarle que no era el único capaz de destacar entre los demás.

—Podemos mantener el control de nosotros mismos, señor Riker. La ciencia médica ha tenido que vivir con el autocontrol como base personal durante siglos. Capitán, ya sé que a usted no le gusta emplear las armas, pero esa entidad ejerce una cruel tiranía sobre esos seres.

Riker se inclinó por encima del escritorio, con las palmas apoyadas en su negra superficie.

—Si transgredimos nuestras reglas —insistió—, o si las enmendamos, aunque sea a petición de un enfermo terminal, nos ponemos en riesgo todos nosotros. Cuando rechazamos las solicitudes de muerte por parte de los pacientes y personas allegadas, nos protegemos todos. —Miró al capitán y dijo—: Estamos jugando a la ruleta ética, señor, y yo no me siento cómodo con esto.

Troi no lo miró, el tono de su voz rezumaba una inclemente hostilidad.

—No es de su comodidad de lo que estamos hablando.

Los ojos de él relampaguearon.

—No —devolvió el ataque—, pero estamos poniendo en peligro la seguridad de

toda la vida inteligente con la que entremos en contacto a partir de ahora. ¿Cuánto pasará antes de que esto se nos vaya de las manos? Si eso sucediese, estaremos en peligro, habremos desvirtuado nuestros ideales.

El capitán lo miró con el entrecejo fruncido.

—No estoy dispuesto a echar sobre mis espaldas la carga moral de la Humanidad, número uno —dijo—, pero tengo intención de adoptar una postura aquí y ahora. Aprecio su labor de abogado del diablo, pero...

—No estoy haciéndolo —replicó Riker—. No creo que nos corresponda hacer esto. Y pienso que no es justo por parte de esos seres el pedirnoslo. Tenemos derecho a no convertirnos en asesinos.

—Capitán —intervino Crusher—, se ha sobrepasado el punto en el que ya no hay posibilidad de echarse atrás. Puede que el matarlos sea duro para nosotros, pero su vida es más dura para ellos.

—Ésa es su opinión, doctora —señaló Riker.

—Sí —dijo ella—. El capitán me ha pedido mi opinión. Si algún día llega a ser capitán, no tendrá por qué pedírmela.

La amargura cayó sobre ellos y, durante varios segundos, Crusher se dejó penetrar por ella. Una vez que el silencio se hizo opresivo, la doctora inspiró profundamente y se dirigió al capitán con su última palabra.

—Señor, mi opinión como médico en jefe de la *Enterprise* —declaró— es que estamos ante lo que en mi informe constará como previo consentimiento aceptablemente expreso.

El capitán oyó que la pelota caía limpiamente en su campo. ¿Sería responsable frente a esos seres de la entidad, frente a la entidad, frente a la nave, frente a las formas de vida cuyas esencias serían absorbidas por esa cosa en el futuro, si se negaba a actuar ahora?

—El mandato de la Federación es evitar interferir en la galaxia, capitán. —El rostro de Riker se reflejaba con claridad en una de las ventanillas de la sala.

Picard asintió con rigidez.

—Sí, no podemos olvidar eso. La política de la Federación tendría que ser mi guía en este caso. La triste realidad es que podríamos no ser capaces ni de salvarnos nosotros. Lo más sensato y a la vez arriesgado puede que fuera salir de aquí y dejar que la Federación decida cómo enfrentarse con esta cosa.

Troi salió disparada de su asiento.

—¡Usted no lo entiende! ¡Esta gente no puede siquiera comunicarse entre sí! Hay millones de ellos. Y no es como tener un cuerpo discapacitado. Incluso en ese caso puede haber vista, sonidos, tacto, interacción corporal... ¡esta gente no tiene nada!

El capitán hizo un movimiento hacia ella.

—Consejera...

Ella retrocedió.

—¡Usted no sabe cómo es eso! No puede saberlo. Capitán, si esa entidad viene tras nosotros y no hay forma de impedir que nos absorba, ¡yo le prometo que no voy a dejarme llevar con facilidad ¡No lo haré! ¡Antes me mataré!

—Deanna —comenzó Crusher, tendiendo una mano hacia ella.

Pero todos estaban afectados por la absoluta convicción que transmitía su voz, su rostro, por la irracional promesa de una persona a la que conocían como de una racionalidad suprema.

Riker se sentía especialmente responsable, y permaneció a pocos pasos de distancia, incapaz de avanzar hacia ella.

La doctora Crusher rodeó a Troi con un brazo y la condujo hacia la puerta.

—Venga conmigo. Le daré algo para calmarla.

Troi comenzó a caminar, pero casi de inmediato se separó con violencia.

—¡No! ¡No me atrevo a permitir que me seden! Mis escasas defensas serían barridas por ellos. ¿Es que nadie lo entiende?

—Sí, sí —le dijo Crusher—. Usted sabe que yo la entiendo. Salgamos sólo al puente. —Condujo a la otra mujer hacia la puerta, y echó una mirada de reprensión a Riker y Picard—. Sólo será unos minutos. —Sus palabras decían una cosa; su expresión, otra.

Sin decir una palabra, Picard las observó cómo salían. Cuando por fin quedaron solos, él y Riker, se volvió hacia la ventanilla y miró al espacio.

Ante él estaba el panorama de las lejanas estrellas y sistemas solares, el gigante gaseoso que hasta hacía poco era el problema más grande que tenían y que de pronto parecía pequeño e insignificante mientras giraba en su brillante inocencia anaranjada al borde mismo del campo visual que ofrecía la luneta. Dos profundas líneas se le marcaron a cada lado de su boca, como paréntesis. Era un hombre ante una alternativa.

—Esa cosa infernal está escondida ahí fuera, esperando a que cometamos un error —comentó. Su voz bajó hasta ser casi un susurro—. ¿Cuántas cosas cómo ésta habrá ahí fuera, Riker? ¿Cuántas decisiones más como ésta? ¿Qué hacemos cuando no tenemos ninguna duda respecto al deseo racional y razonable de una persona... una comunidad... de morir?

De pie junto a él, Riker no podía ofrecer ninguna solución... pero tenía su respuesta. Una que como primer oficial, no como capitán, podía permitirse.

Sin moverse, preguntó en voz baja:

—¿Tenemos eso, señor?

Picard continuó mirando por la ventanilla, unas arrugas aparecieron en su frente al entrecerrarse sus ojos.

—Necesito saber, con toda la exactitud posible, si esa cosa es una especie de

paraíso o un más allá flotante —reflexionó—, o un infierno interestelar.

10

—Esto no me gusta nada, capitán. Haré constar en mi informe que esto está haciéndose con mi oposición.

—Eso le dará vivacidad al informe, doctora, si alguna vez llega a la Flota Estelar.

La unidad de aislamiento de la enfermería zumbaba, preparándose para la gravedad cero y la exacta temperatura corporal de Picard. Éste observaba con expresión circunspecta mientras la doctora Crusher preparaba una hipodérmica que le haría lo que ninguna persona en su sano juicio permitiría. Tal vez hacía falta un toque de locura para llevar a un hombre hasta esos extremos, o tal vez sólo se necesitaba desesperación. Todos los peligros, todos los riesgos, el buen criterio mismo, tenían que doblegarse ante la resuelta solicitud de aquel sobre quien recaía la decisión final. Y ése era Picard.

Junto a él, Troi daba señales de agotamiento. Los finos cabellos negros de alrededor de su frente estaban húmedos y ensortijados, sus ojos estaban tensos, y su postura era desmadejada. Todo lo que siempre había parecido tan fácil para ella, de pronto suponía un esfuerzo. A pesar de su deseo de que él supiera lo que sus empáticos contactos estaban experimentando, encontró la presencia de ánimo para decir:

—Tengo que expresar mi acuerdo con la doctora, señor. Nunca he considerado que la privación sensorial fuera una técnica válida.

—Es algo digno de una cámara de los horrores, si quiere mi opinión —agregó Crusher, remachando sus palabras con un ademán terminante.

—Muy bien —les respondió el capitán—, entonces ustedes dos pueden discurrir una forma mejor de que yo sepa cómo son las cosas para esa gente, y hacerlo ahora, porque estoy decidido a eliminar tantas dudas como pueda mientras tengamos tiempo.

Las dos mujeres compartieron una larga mirada, cada una con la esperanza de que la otra encontrara otra posibilidad.

Picard les concedió la cortesía de esperar, lo cual, claro está, era una manera de acuciarlas e insistir en su idea.

—¿Qué puedo esperar?

Crusher levantó la hipodérmica.

—Bueno, el primer efecto será...

—Señor —interrumpió Troi—, ellos no sabían lo que les aguardaba cuando les sucedió esto.

Picard la miró de hito en hito, durante un desconcertado momento. Por primera vez, la perspectiva de lo que estaba a punto de hacer lo asustó. Su gratitud porque ella se encargara de la exacta realización del experimento, estaba teñida de irritación por

el hecho de que tuviera que hacerlo tan bien.

—Mmmmm. Supongo —dijo, frunciendo el ceño—. De acuerdo, comencemos.

Permaneció de pie y rígido mientras la doctora presionaba el émbolo y la aguja hería su arteria carótida produciendo un leve sonido sibilante.

—Voy a limitar el tiempo —le dijo la doctora al entrar el capitán en el cubículo de aislamiento.

—No me diga cuánto —solicitó él.

—¿Cree que lo haría? Por cierto, no es como dormir, lo sabe, ¿no?

—La verdad, es que sé muy poco sobre esto —admitió el capitán, y casi parecía orgulloso de sí mismo.

—Preparada cuando usted diga, capitán.

—Adelante.

La unidad de aislamiento se cerró con una gruesa y sólida pared insonorizada, el tipo de material que amortiguaría cualquier sonido inferior al fragor de un terremoto.

Con creciente aprensión, Troi observó cómo se cerraba y avanzó hasta ponerse el lado de la doctora mientras ésta completaba las instrucciones para el programa de aislamiento.

—¿Qué efecto le causará?

La doctora se encogió de hombros.

—Físicamente, el narcótico le paralizará el cuerpo y amortiguará todos los impulsos sensoriales externos que llegan al cerebro. No le hará absolutamente nada a su consciencia. Una vez que entre estas instrucciones, la cámara reproducirá una gravedad cero. Picard estará suspendido, pero con una ligera sujeción para evitar que se dé contra las paredes al flotar. Y quedará completamente a oscuras.

Troi se estremeció.

—Estará justo como ellos.

Con un asentimiento de la cabeza, la doctora dijo:

—E igual de indefenso.

El capitán Picard se hallaba de pie en el centro de la pequeña cámara gris, esperando a que se produjera la privación sensorial. Los dedos de las manos le cosquilleaban desde que la hipodérmica se apartó de su cuello, y ya no podía sentir los dedos de los pies, pero por lo demás aún no había efectos. Recorrió la cámara con la vista, un lugar gris sin relieves. Treinta segundos y esto ya parecía interminable. Las descripciones de Troi hicieron que lo recorriera un escalofrío al recordar las horas pasadas y cuán profundamente afectada estaba ella por lo que sentía. Por lo que hacían que ella sintiera.

—Bueno, comience de una vez —murmuró. ¿Cuánto tiempo hacía falta para programar una cosa tan sencilla? Después de todo, esto no era el simulador de

hologramas.

Intentó darse golpecitos con los dedos sobre el muslo para desahogar la impaciencia, mentalmente lo consiguió; pero sus manos se negaban a adoptar la forma que ordenaba su mente. Se sobresaltó y se las miró... pero no pudo conseguir que su cuello se inclinara. La cabeza le daba vueltas cuando intentaba moverse, sólo sus ojos podían desplazarse en las órbitas. Tenía las piernas como de masilla, su espalda se arqueó y comenzó a dolerle mientras las sensaciones lo abandonaban rápidamente. Tras unos segundos, también el dolor empezó a desaparecer, y de pronto él perdió su tranquilizador latir. Le acometió un alfilerazo de pánico y tuvo que luchar contra él mientras contemplaba una desnuda pared gris.

«Tal vez deberíamos cancelar esto.»

No pudo oír su voz. La había oído antes; ¿dónde estaba ahora? La lengua se le movió, era lo único que aún podía sentir.

Cuando se activó la gravedad cero y vio que la pared se movía con mucha lentitud ante él, de forma refleja se le llenaron de golpe los pulmones de aire, y oyó el ruido producido por la inhalación. Al menos había algo todavía conectado a su cerebro. Extraña sensación, sin embargo...

La lisa pared gris se onduló. ¿O no lo hizo? Ahora la pintura parecía más brillante... casi reflectante. Sí... ahí había una cara.

Una cara...

Un hombre. Picard descartó de inmediato la idea de su propio reflejo. No era su cara en absoluto.

Los ojos fueron lo primero que adquirió un dibujo definido. Miraban directamente a Picard, sin parpadear, mientras una mandíbula cuadrada y unos anchos hombros se formaban debajo. Su pelo era oscuro con un mechón blanco encima de una sien, y una resuelta expresión de pura determinación. Incluso de enojo.

Picard oyó que el corazón le latía en los oídos, un largo sonido distorsionado, y ni por un instante tuvo duda alguna respecto a quién compartía su cubículo o la realidad de lo que estaba viendo. Riker lo había descrito exactamente y Picard no consideraba pregunta ni conjetura alguna. Paralizado, le devolvía la mirada.

Capitán ante capitán, a través del tiempo, el silencioso encuentro se hizo interminable. La mente de Picard se afanaba por poder abrir la boca y hablar a Arkady Reykov, formularle preguntas que lo harían todo mucho más simple, pero su cuerpo estaba insensible, como inexistente. Y el cubículo cada vez era más oscuro.

«¡Maldición! ¿Por qué ahora? ¡Déme diez segundos más!»

Reykov alzó una mano y la mano se convirtió en un puño. Se lo enseñó a Picard, no como una amenaza, sino como si quisiera decirle algo. Picard intentó sacudir la cabeza, comunicarle que no entendía. También eso falló.

Reykov abrió el puño e hizo un gesto familiar a Picard, un gesto perteneciente a

su inconsciente cultural europeo... hacía tanto tiempo, aquel gesto: «¿Y bien?».

La oscuridad se cerraba en torno a ellos. Más oscura... y más oscura.

«¡Aún no, maldición!»

Y una negrura lo envolvió todo. Más negro que el espacio, más negro que la pantalla apagada de una computadora. ¿Estaba Reykov todavía allí?

Un pánico absoluto se apoderó de él. Fue como si se le rompiera el corazón. La mente de Picard regresó de pronto a la infancia, a aquellas espantosas historias de terror de las que los niños nunca tienen bastante, a lo que no estaba allí y que parecía encontrarse allí... y a lo que realmente había. Por un momento creyó que una misteriosa criatura lo iba a apresar.

Pero ni siquiera lo sentiría en caso de que ocurriese. Podrían haberlo apresado ya. ¿Estaría Beverly controlando los latidos de su corazón? ¿Sus ondas cerebrales? No lo había comentado con la doctora. Había pensado en eso, ¿no?

«Muy bien, domínate. Sólo acabas de ver un fantasma. No puedes hacer nada. Mantén la cabeza fría. Concéntrate en la tarea que tienes entre manos. Estás bien. Te encuentras en la cámara de aislamiento, está oscuro y no puedes moverte. Son las condiciones correctas, tú mismo las pediste. De todas formas necesitabas un descanso. Por unas horas así no puede ocurrirte nada malo...»

Geordi se paseó por la reducida área en la que Data lo había encerrado, durante todo el tiempo que pudo resistirlo antes de ponerse a arrancar el revestimiento de la pared en busca de un circuito que pudiera empalmar para hacer que se abriera el panel de aislamiento. O tal vez pudiera entrar en la red de comunicación y enviar una señal para pedir auxilio. Cualquier cosa sería mejor que dar vueltas por allí como un animal en espera de su comida mientras Data se alejaba hacia la nada para que lo frieran. Vaya un par.

Data. Se lo tomaba todo de forma tan personal... Si eso no afirmaba su pertenencia a lo humano, ¿qué podía hacerlo? Sólo las personas pueden tomarse las cosas de modo personal. Las máquinas, no... ¿Por qué sería que Data últimamente escuchaba a todo el mundo?

—¿Por qué no me prestas atención a mí, para variar? —aulló Geordi. Levantó la mirada del minucioso trabajo de rebuscar entre todos los circuitos destapados de la pared—. ¿Qué soy yo? ¡También yo soy en parte máquina, ¿sabes?! Maldición... ¿dónde está la conexión principal?

En una lanzadera. Fantástico, sencillamente fantástico. Era probable que Data se hubiera marchado ya, y no había manera de cambiar el curso de los acontecimientos.

Las manos comenzaron a sudarle. La progresión de su trabajo se hizo más lenta al comenzar los dedos a temblarle y a resbalársele las cosas. Sólo los microfiltros de su visor evitaban que incurriera en el doble de errores de los que ya estaba cometiendo.

Y sólo el ánimo que le infundía su inveterada socarronería le evitaba admitir que estaba muy asustado.

Esa cosa, esa pesadilla de luz de ahí fuera... Geordi se estremeció mientras entresacaba con cuidado los chips del circuito que necesitaría para hacer un puente. Él tenía pesadillas que se parecían a esa cosa. En los momentos en que su visor se estropeaba, él veía las cosas mal. La luz quedaba distorsionada, el calor alargaba las imágenes... era como tener fiebre y ningún medio para bajarla.

Los demás no sabían por lo que Data había pasado cuando la cosa lo atacó; ellos no veían como lo hacía Geordi. Nunca lo entenderían, y jamás acabarían de creerle si no lo experimentaban por sí mismos. «No los culpo... del todo. Es de esas cosas que uno no cree hasta que las ve por sí mismo. Aunque tenga que conectarme directamente con el núcleo de la computadora por los globos de los ojos, haré que lo vean. Haré que lo traigan de vuelta. Sobre todo usted, señor Riker. Sí, señor. Usted.»

Esto era ciertamente extraño. Placentero. No había pensado en Laura durante años. ¿Cuántos? Toda una era, quizá. Había un poema que le gustaba. ¿Cuál era? Le gustaban los poemas largos y las obras épicas. Perdía la noción del tiempo cuando las leía... ¿Quién lee obras épicas? A veces las leía en voz alta, y de una sentada. Y muy bien para una voz no educada. ¿O es que los años habían añadido calidad a su voz?

*La ausencia, como delicadas nubes en el glorioso brillo,
cubre los débiles sentidos de la naturaleza ante la hiriente luz.
La ausencia preserva el tesoro del placer para el placer, parca en elogios;
La ausencia cuida el fuego, que padece hambre y alimenta el deseo con dulces
tardanzas.*

Lo había oído antes aquel soneto. Una vez. Y no había vuelto a pensar en él desde entonces. Escuchado y olvidado; su cerebro retuvo a la muchacha y su voz pero no el poema, y sin embargo ahora recordaba y volvía a saborear cada palabra, cada sílaba, cada matiz. El significado de las frases, las palabras aisladas, incluso la música de las letras. Todo el poema. Fulke Graville, lord Brook... *Coelica*, ¿verdad? ¿Cuándo había adquirido tales conocimientos literarios? Ciertamente, había prestado muy poca atención a esa clase en la que se había matriculado, sólo para poder acompañar a Laura hasta allí cada dos días. Juventud... Muchachas...

Esta experiencia también era fascinante, esta libertad absoluta de su mente para recordar y examinar las cosas que había visto en su vida. Viejas experiencias que había creído desvanecidas retornaron luminosas. Una vez más, y uno por vez, revivió íntimamente sus recuerdos, todo el pasado que un hombre de su edad podía acumular.

La verdad es que no era un pasado gravoso, descartando algunos golpes y traspies a lo largo del camino.

Después de haber disfrutado del pasado, algo le recordó la física cuántica, y en esa rápida nave se alejó a través de toda la ciencia que alguna vez le habían enseñado o él mismo había deducido o aprendido fuera de las aulas. ¡Todo parecía tan simple ahora! Ecuación, después de teoría; teoría después de hipótesis; hipótesis después de experimentación... aturdidor y deslumbrante, todos los compartimentos que su mente había cerrado y atesorado durante todos estos años. Parientes muertos, camaradas de armas y amigos desaparecidos, o ausentes, uno tras otro acudieron a visitarlo en ese silencioso lugar y él volvió a experimentar lo que ellos le habían inspirado, desde el placer al dolor, y se sintió gritar. O pensó que lo había hecho... ¿Dónde estaban sus ojos? ¿Por qué no podía sentir las lágrimas en sus mejillas?

«¿Cuánto tiempo he permanecido aquí? ¿Dónde estoy?»

«Ah, sí. La nave. Debería hacerle probar esto a Riker. Es estimulante, fascinador... el no tener distracciones, ni un reloj al que atender, nada que ocupe mi mente excepto mis pensamientos, ni siquiera un picor que distraiga mi atención. Aunque sería tranquilizador si al menos pudiera mover los dedos de los pies...»

«¿Cómo voy a saberlo si la nave me necesita? Podrían borrarlos del espacio y yo no llegaría a enterarme. No... Riker me habría hecho sacar de aquí si me necesitaran... ¿Qué es esta extraña falta de lógica?»

¿Eran pájaros, eso? Había oído ese tipo de canto de pájaros en una ocasión anterior... ¿Canis IV? Sí, claro. Los pájaros cubiertos de pelusa con cara de tontos. Su canto era bonito. Tal vez se quedaría allí a escuchar durante un rato.

...Algo sobre Canis IV... hacía mucho tiempo.

«No. No, no quiero recordar eso. No...»

Riker se paseaba por el puente contemplando el engañoso vacío del espacio en la pantalla frontal. La luz del puente estaba reducida a una penumbra de cabaret. Las paredes y la moqueta, habitualmente de color topacio, eran ahora como de ónice y Riker tenía la sensación de estar sumergido en un pozo de petróleo. Los brillantes paneles negros de la computadora y diagramas líquidos de los sistemas operativos de la nave habían visto degradarse sus habituales verde y azul mar en pálidas y mudas desdibujadas formas. Con las luces bajas y las pantallas mortecinas, la amplia pantalla frontal resaltaba de forma asombrosa.

De pronto eran actores en un drama, y todo lo que hicieran sería crucial. El nivel de sus voces, el brillo del sudor sobre sus pieles, la secuencia de sus movimientos. Todo se veía aumentado. Y ante ellos, el espacio, su público.

Por vacío que pareciera el espacio, y por frío que fuera, nunca había tenido ese mismo aspecto. Siempre se veían estrellas que parpadeaban, en ocasiones con tonos

pastel, y grandes nebulosas que rielaban en la distancia, pero a la mente humana le resultaba difícil aceptar la totalidad de esa distancia que parecía colmada de cuerpos celestes. Con frecuencia le gustaba contemplar cómo pasaba el espacio, pero hoy no le proporcionaba el acostumbrado sosiego. Hoy una amenaza se cernía sobre ellos allá fuera. Escondida detrás de toda esa falsa nada. Riker apretó los puños y mentalmente la desafió a salir.

Teniente Worf, ¿hay algo nuevo del laboratorio o de ingeniería sobre esa cosa?

La enorme estructura de Worf se enderezó ante la segunda terminal.

—Ahora estamos intentando localizar los componentes individuales de su exoestructura, señor, utilizando la hipótesis de la interdimensionalidad. No se preocupe, señor. Lo deduciremos aunque tenga que cortarle un trozo y hacerle una biopsia.

Riker asintió con la cabeza, pero no consiguió esbozar la sonrisa que habría manifestado la gratitud que experimentó. Ya casi habían pasado catorce horas suspendidos allí, en silencio y penumbra. Él nunca había sabido esperar, y esta tensión lo destrozaba. ¿Con cuánta frecuencia le habían dicho en la academia que la batalla constaba de nueve partes de espera? Espera, planificación, análisis, espera. Era mortal. Algo más mortal que la propia batalla. E incitaba a la temeridad.

Deseaba que el capitán estuviera allí. Ese asunto del aislamiento, la privación sensorial, parecía arriesgado. Tenía su lógica consumir tiempo cuando tiempo era la única cosa que podrían no tener. «Pero, por otra parte, yo soy el que está paseándose sin nada que hacer. Probablemente el capitán está consiguiendo algo mientras yo abro un surco en la moqueta.»

Se encontró con que había subido hasta el puesto de Worf. Riker se inclinó sobre la muda pantalla, manteniendo la voz baja.

—¿No hay ninguna pista respecto a cómo ahuyentar esa cosa, Worf?

—Señor —retumbó con claridad la voz profunda de Worf—, ahora lo hemos planteado en la cuestión del nivel de tolerancia que tiene.

—¿Tolerancia?

—Sí, señor. Cuánta energía puede absorber en un momento dado. Creemos que por eso se alejó de nosotros antes. —Los grandes dedos marrones de Worf pulsaron algunos mandos, y la débil imagen de jade de la *Enterprise* se vio realzada. Entonces, algunas áreas específicas de la imagen destellaron en silencio—. Éstas son las áreas más afectadas por la absorción de energía. Estamos intentando determinar con la mayor precisión su consumo de energía en el momento en que se retiró. Si podemos calcular la cantidad de energía absorbida de la nave hasta el momento en que la entidad se apartó, puede que consigamos calcular su límite energético.

Riker se enderezó.

—Muchacho, eso parece arriesgado. Está usted proponiendo que la

sobrecarguemos.

—Ésa es la conclusión hasta el momento, señor. Tenemos la mente abierta a otras opciones, pero le gustan la energía y los rayos fásicos...

—Ya lo sé. De acuerdo, continúe. Me gustaría tener un par de posibilidades que presentarle al capitán cuando salga de su experimento, y el agotar la energía de la nave para alimentar a esa entidad hasta que explote, no es mi preferida. Eso nos dejaría sin alternativa.

—Comprendido, señor.

Worf no hizo ninguna ceremonia al volver su feroz rostro hacia la consola una vez más; la aplicación con que emprendía sus tareas se había apoderado por completo del klingon. Riker lo observó durante un momento, amparado en el hecho de que Worf hacía caso omiso de él. Deseó que toda su tripulación pudiera sentirse tan poco afectada por la presencia de un primer oficial a su lado. Ni siquiera Data era tan imperturbable. «Conmigo no, en cualquier caso. Pero supongo que yo lo pongo nervioso.»

—¿Dónde está Data? ¿Todavía en la reserva de antimateria? —preguntó Riker de repente.

Worf pareció perplejo al responder:

—Ahora que lo menciona, señor, no he tenido noticias ni de él ni de LaForge desde que nos dieron luz verde para recargar el depósito principal. Estaban buscando una fuga.

—No lleva tanto rato. Hágalos subir de vuelta aquí.

—De inmediato, señor.

—Worf, ¿cómo se siente respecto a todo esto? ¿Qué le dicen sus instintos?

—¿Mis instintos, señor? —El corpulento hombre se irguió en toda su estatura y frunció el entrecejo, pensativo—. El capitán nunca me consulta sobre las acciones a emprender.

—Bueno, pues yo estoy preguntándole.

—Los klingon somos guerreros, señor. Nuestra meta es morir en la batalla. Algunos klingon incluso han hecho que se desencadenaran guerras, que surgieran enemigos para que sus clanes pudieran salir y morir como es debido. Pero esta cosa —dijo con desprecio al tiempo que echaba una mirada de rabia hacia la amplia pantalla y su resplandor—, esta cosa es cobarde, aparte de ejercer una tiranía. No hay honor en luchar contra ella.

—¿Usted no se sentiría obligado a luchar con ella si hallase una forma de escapar?

—No más de lo que me sentiría obligado a luchar con una tormenta, señor.

—Entiendo —murmuró Riker—. Gracias

—Es un placer, señor.

El placer sonaba como una amenaza. «¡Qué voz! Me alegro de que esté de nuestro lado», se dijo Riker mientras se alejaba e intentaba ver las cosas como un klingon. «Cobarde, aparte de ejercer una tiranía.» Sí, eso era cierto. Un gran fenómeno estúpido con más energía de la que podía manejar y una propensión a absorber más. Probablemente creía que el preservar las esencias vitales de sus víctimas era algo decente. Si es que pensaba, lo que con toda probabilidad no hacía. ¿O sí? Data había estado en contacto con algo, y era evidente que no se trataba de lo mismo que captaba Deanna. Tal vez había más inteligencia de la aparente en funcionamiento...

No tenía importancia. Lo que importaba era marcharse. No caer en la trampa. Riker recordaba con demasiada claridad la angustia de los ojos de Arkady Reykov cuando los dos se habían «encontrado» en el corredor. Encontrarse... si al menos pudieran... La envidia lo atravesó de pronto, y deseó poder meterse en la mente de Deanna y mantener una conversación con Reykov y Vasska. ¿Cómo sería contactar con gente de otra época? Una época tan fascinante de la historia, ese linde del gran salto a la era espacial... ¡qué tiempos tendrían que haber sido! Podían construir naves como ésa, hacerlas flotar sobre el agua y meterles dentro cinco mil personas. ¿No sería interesante hablar con Timofei Vasska y comparar experiencias de primer oficial? ¿Qué sabría Vasska? Cosas sobre el mar y la atmósfera que a buen seguro raras veces se les ocurrían a los capitanes y oficiales de la época actual. Y todos los tumultos políticos de una civilización como la de la Tierra... ¡qué experiencia sería la de entender los pensamientos y comportamientos de una gente como ésa! Debían de ser decididos y rápidos. Sus opiniones probablemente eran francas, sin tapujos, sin rebozos diplomáticos. Y allí estaban, al alcance. Pidiendo ayuda, según Deanna... La hermandad de las grandes naves.

De pronto, el sentimiento de culpabilidad y la duda se hicieron un lugar en sus pensamientos. ¿Cuán seguro podía estar de sus propias convicciones? ¿Qué había intentado transmitirle Reykov cuando se encontraron en el corredor? ¿Qué había significado esa mano extendida? Riker sabía que había herido a Deanna con sus argumentos. Recordaba cómo el semblante de ella había palidecido, la tristeza de sus ojos. Discutir con Crusher era bastante fácil. Los médicos estaban habituados a eso, y Beverly era tan contenida que su corazón latía una sola vez al día. Pero Deanna nunca había sabido realmente qué hacer con los enfrentamientos. No formaba parte de su naturaleza. Y se había aprovechado de su delicada situación.

Se acercó al asiento de mando y pulsó el intercomunicador. En voz baja, preguntó:

—Dígame dónde está la consejera Troi.

La respuesta de la computadora fue inmediata y clara.

—La consejera Troi está en el laboratorio de aislamiento de la enfermería, unidad

cuatro.

—¿Todavía? ¿Durante cuánto tiempo van a dejarle continuar con eso? —murmuró, las manos sujetas a la espalda.

—Es necesaria más información para responder a su pregunta, señor.

—No hablaba con usted. Fin de consulta.

—Gracias.

—Tócame los cojones —le endilgó a la computadora de meliflua voz femenina, y se alejó de ella.

Algo tenía que funcionar. Hasta el momento, nada sucedido. El separar los módulos de la nave no había hecho más que meterlos en mayores problemas. El incrementar la potencia de los escudos sólo había atraído y alimentado a la criatura. La energía fásica probablemente haría lo mismo. Tenía que haber algún arma que pudieran inventar, algo, alguna nueva aplicación de la tecnología de la Flota Estelar que pudiera sacarlos de ésta. La idea estaba aquí, quiso creer Riker. Todo lo que debían hacer era encontrarla. Podría ser como buscar una aguja en un pajar. No tenían suficiente información sobre el enemigo.

Se volvió expectante a mirar los encorvados hombros de Worf que se hallaba resueltamente inclinado sobre su terminal científico.

Riker suspiró y se paseó.

Salir al espacio en una nave como ésta... era fácil convertirse en un vanidoso... imaginarse que la cubierta era sólida y la nave inexpugnable. Fácil mantener una actitud arrogante frente a la muerte. Y cuando el criterio de la Federación ponía niños a bordo... a salvo... ¿o no?

—¡Señor!

Se volvió en redondo, movido tanto por la alarma como por la acusación que latía en la voz que irrumpió en el puente. En la cubierta superior, LaForge, recién salido del turboascensor, enfilaba hacia él.

—¿Dónde ha estado? —exigió saber Riker. Luego advirtió el aspecto de LaForge: pequeñas quemaduras de origen eléctrico en las mangas, sus oscuras facciones perladas en sudor; incluido su visor, y su rostro mostraba una clara furia. Riker hizo una pausa y cambió la pregunta—. ¿Qué le ha sucedido?

—Data me encerró en la cámara de descontaminación de la reserva de antimateria y cortocircuitó el panel de seguridad. Me ha llevado todo este tiempo retirar el panel y salir —jadeó LaForge—. Señor Riker, se ha marchado.

—¿Marchado? —le soltó Riker—. ¿Adónde?

—Cogió una lanzadera y se marchó al exterior en busca de la criatura. Y es culpa suya, señor.

—Cogió... ¿está seguro?

—Acabo de estar en la cubierta de lanzamiento. El registro automático de la

galería de control de cubierta dice que se marchó hace más de media hora.

—¡Worf! ¡Compruébelo!

—No servirá de nada —dijo LaForge—. Ha desviado todos los repetidores que podrían haberlo notificado al puente. Conoce todos los trucos, señor. Le consta.

—Worf, intente localizarlo —corrigió mientras subía la rampa en tres largas zancadas y se encaraba con LaForge—. ¿Tiene alguna idea de qué piensa hacer en este caso?

—Tiene la esperanza de poder comunicarse con esa cosa, si consigue acercarse a ella —dijo LaForge.

—¿Y?

—¿Por qué tendría que haber nada más, señor?

—Vamos, LaForge, lo estoy viendo en su cara. ¿Qué más?

—Sólo una pequeña cosa, señor. Debido a que usted ha sido tan amable con él, va a averiguar si está lo bastante vivo como para que la criatura absorba la vida que tiene.

Le dio la impresión de que el puente desaparecía. Los ojos de Riker se cerraron con fuerza hasta dolerle. Se llevó una mano a ellos y apoyó la otra sobre la barandilla del puente.

—Oh, no —gimió—. Oh, maldición, ¿quién iba a saber que era tan sensible?

—¡Ah! ¿Lo es? —le disparó LaForge.

—Maldición —volvió a murmurar, esta vez con un susurro—. Worf, ¿hay algo de la lanzadera?

—Los sensores en pasivo no están captando nada, señor. No lo entiendo. Incluso las lecturas pasivas deberían detectar algo del tamaño de una lanzadera.

Riker hizo un gesto hacia Worf pero miró a LaForge y preguntó:

—¿Tiene alguna explicación para eso?

LaForge se encogió de hombros.

—Data no es estúpido, señor. Probablemente ha construido alguna clase de escudo contra sensores con el fin de alejarse antes de que lo transportáramos de vuelta o lo atrapáramos con un rayo tractor. Podríamos detectarlo de inmediato con sensores activos, pero los pasivos no son lo bastante potentes y Data sabe que no nos atreveremos a utilizar los activos.

—¿Tiene un plan?

—No me lo ha contado, pero su idea es atraer la atención de la cosa. Es todo lo que sé.

—Worf, ¿puede hacer eso con una lanzadera?

El klingon se tomó tiempo y luego respondió:

—No tendrá ningún problema para lograrlo, señor. Lo único que deberá hacer es utilizar las armas de la lanzadera.

Alejándose de ellos, Riker cruzó los brazos con determinación, en un intento de rehacerse para enfrentarse con el problema que él mismo había causado.

—No tenía que hacer esto...

—Gracias a usted, él pensó que sí tenía que hacerlo —dijo LaForge.

Riker lo golpeó con una mirada enojada y le espetó:

—Ya ha dicho lo suficiente. Ya sé qué he hecho. ¿Tiene algo constructivo que decir?

LaForge se irguió —casi hasta ponerse firme pero no del todo—, y se puso serio de repente.

—Sí, señor. Solicito permiso para coger otra lanzadera y seguirle. Creo que eso sólo nos pondrá en peligro a nosotros dos y no atraerá la atención hacia la *Enterprise*.

—¿Y qué hará cuando lo encuentre? ¿Acoplarse y darle un cachete?

—Yo podría transmitir las coordenadas y ustedes estarían en situación de transportarnos a ambos simultáneamente.

Riker hizo una pausa, y el sarcasmo que lo había protegido de su error lo abandonó de forma repentina.

—Es una buena idea —se oyó decir, aunque no había tenido intención de decirlo en voz alta. Regresó a donde estaba LaForge y dijo—: Pero no será usted quien vaya. Soy yo el causante de esto. Yo soy la razón de que él esté arriesgando su vida, iré yo a buscarlo.

—¿Usted, señor? Usted dijo que él no era más que una máquina. Que no tiene vida alguna que arriesgar.

Reprimiendo el deseo de aplastar esas palabras y hacerlas desaparecer, observó a LaForge con tanta intensidad que casi pudo ver a través de las cortinillas de las placas paralelas del visor plateado, sus ojos muertos... hasta el núcleo mismo de la angustia de LaForge por Data. Se acercó un paso más al navegante.

—Geordi —respondió—, no hay necesidad de repetir un error.

Con rigidez, LaForge insistió:

—¿Cómo sabe que estaba equivocado?

Pero la respuesta a esa desafiante pregunta ya estaba en la cara de Riker; las palabras, a punto en sus labios.

—Las máquinas no van más allá de su programación. Ninguna máquina se ha sacrificado jamás para salvar a otros —contestó—. Data ha hecho ambas cosas.

La rígida postura de LaForge se relajó al oír la sincera declaración de Riker y ver los sutiles cambios fisiológicos que demostraban que el primer oficial no mentía. A despecho de su furia, no podía dudar de su propio visor.

—Señor, no sé si lo oírás. Ya sabe qué quiero decir.

Con suavidad, Riker contestó:

—Yo haré que me escuche. —Comenzó a avanzar hacia el turboascensor, luego

dio media vuelta y chasqueó los dedos—. Avisen a la doctora Crusher. Que suspenda el aislamiento del capitán, lo establezca y le informe de esto. Pero antes denme tiempo para alejarme de la nave.

LaForge dio un indeciso paso hacia él.

—Señor, ¿podría yo...?

—No —respondió Riker—. Usted quédese aquí. De hecho —agregó, abarcando el puente con un gesto—, hágase cargo del mando.

Los malos recuerdos se apilaban unos sobre los otros como una avalancha y no había modo de detenerlos. Nada que le distrajera la mente ni le diera algo, cualquier cosa, a lo que aferrarse. Ni un picor, ni un parpadeo, nada. Ya no podía concentrar sus pensamientos de forma voluntaria. Su mente se movía a su libre albedrío. Cuanto más se esforzaba por no pensar en ciertas cosas, más rápidamente salía su mente disparada hacia ellas. Ya no había modo alguno de evitar aquellos pensamientos, de contenerlos, frenarlos. Después de que los buenos recuerdos hubiesen sido revividos, su mente penetró más y más profundamente en el pasado que él había aprendido a controlar hacía mucho tiempo; todas las cosas terribles de la infancia, e incluso de su vida adulta, regresaban precipitándose contra él y no había manera de detenerlos. Su mente era como un enorme cadáver sobre el que se hubieran arrojado miles de aves carroñeras.

¿Por qué lo estaban dejando allí durante tanto tiempo? ¿Por qué lo habían olvidado?

Si al menos pudiera mover los dedos de los pies... Los de las manos. Cualquier cosa. Sentir su propia presencia sería al menos algo... como mínimo... Había perdido por completo la noción del tiempo, por mucho que procurara lo contrario... llevar la cuenta. Su mente corría a algo así como veinticuatro mil palabras por minuto, así que probablemente le daba la impresión de que había pasado más tiempo del que en realidad llevaba allí; pero ¿cuánto? Si fuese capaz de parpadear, podría comenzar a calcular el tiempo otra vez. Si pudiese inspirar o mover un dedo, tendría un punto de referencia. Si sólo hubiese algo, alguna sensación de tiempo o vida... respiración, latidos del corazón, cualquier cosa... Ahora le resultaba difícil saber si estaba despierto o dormido, o distinguir la diferencia entre ambos estados. Por mucho que se recordara continuamente dónde se encontraba y por qué estaba allí, toda noción de propósito se le escapaba ahora de forma casi instantánea. Los pensamientos ya no podían aguardar en su mente. Luego cambió la derrota de sus ideas. Condenado a la redundancia de sus propios pensamientos, sintió el horror del futuro. Incluso el dolor sería bien venido.

«Se han olvidado de mí. Se han olvidado de que estoy aquí. ¿Pero dónde es aquí? Ya no estoy seguro. ¿Saben que me han abandonado? ¿Han abandonado la

supervisión del experimento? ¿Han olvidado que tienen un capitán llamado Picard? ¿No recordaban lo de la entidad?»

«Riker quería abandonar el área, no atacar a la criatura... ¿Habrá aprovechado esta oportunidad para hacerlo?»

«Imposible.»

«¿Pero qué otra explicación...?»

«Esa cosa está ahí fuera. Tiene que haber atacado otra vez. Se ha apoderado de todos nosotros y ésta es la eternidad. ¡Dios mío, debemos de estar todos dentro de esa cosa! No hay otra explicación. ¿Por qué otro motivo iba a estar yo aquí dentro durante tantos días? ¿Cómo puede existir semejante soledad? El hombre no estaba destinado a esto. Yo no estaba destinado a esto. Lo aborrezco.»

«Mis brazos. Se me están cayendo. Ya no tengo hombros para sujetarlos. Los codos están creciéndome... las rodillas... ¿cómo puedo continuar vivo de esta manera? No puedo oírme respirar. No puedo tragar. Escuchar... nada... Nada... ¿Dónde está todo? ¿Todos?»

«Se supone que la muerte no tiene que percibirse como algo innatural, como esto... Pero yo no estoy muerto. No estoy muerto. Pero la vida no es así, ¿y cómo puede haber algo que no sea la vida ni la muerte? ¿Beverly? ¿Está supervisando esto? Me han abandonado. Han pensado que estaba muerto y han abandonado mi cuerpo en el espacio y de algún modo mi mente continúa despierta. Esto es intolerable... monstruoso. No puedo tocarme a mí mismo. Un ser humano debería tenerse al menos a sí mismo como compañero. ¿Dónde estoy? ¡Déjenme salir! ¡No me abandonen en el espacio! Hace demasiado frío aquí...»

Troi se paseaba por el exterior de la cámara de aislamiento con los brazos cruzados, muy ceñidos al cuerpo. No conseguía entrar en calor. La había irritado su frustrado intento de hallar las palabras adecuadas para explicarle sus percepciones al capitán, una exposición lo bastante gráfica como para hacerla llegar hasta allí y haber evitado este experimento de la cámara. La mente era su campo profesional, y esa clase de distorsión mental siempre la había irritado. La mente no necesitaba que la forzaran hasta deformarla para entenderla, ni para hacer que entendiera. ¿Qué hombre era Picard, sometiéndose a esto por la pequeña probabilidad de que eso ayudara a que su decisión fuera un poco más fundamentada de lo que sería en caso contrario?

—Tome un poco de café, Deanna —propuso la doctora Crusher, que había perdido la cuenta de los pasos que Troi había dado entre la cámara y el monitor.

Troi interrumpió en seco su paseo.

—¿Cómo está? ¿Lo sabe?

—Estable, físicamente. El encefalograma es un poco errático, pero nada que yo calificaría como inesperado.

Sacudiendo la cabeza, Troi dijo:

—Tengo que estar más afectada de lo que creo para dejarle hacer esto. Nunca he aprobado estos procedimientos.

—Si el capitán sale de ahí siquiera un poco más seguro, todo esto habrá valido la pena.

—No estoy convencida —replicó Troi.

—Siéntese, ¿quiere? —Crusher ordenó al dispensador una humeante taza de café y se la entregó a Troi; de hecho tuvo que cerrar la mano de la consejera alrededor de la taza—. Beba el café. Y olvídense del capitán por unos minutos. Le garantizo que él se ha olvidado de usted por completo.

—Eso es lo que me preocupa. Crusher volvió a sentarse y asintió con la cabeza, comprobó de nuevo los monitores; los encontró sin cambios; luego cruzó las piernas e intentó seguir su propio consejo.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Qué está haciéndole a usted? Los negros ojos de Troi estaban fijos, y a la vez desenfocados, sobre el café.

—Están sobre mí cada segundo. No me dan descanso... estos extraños... Están tan desesperados, Beverly... y es una intimidad imposible de describir. No creo que ni un betazoide puro pudiera comprenderlo. Intenté con tanto ahínco hacérselo entender al capitán... y a Bill...

Crusher se inclinó hacia delante y le apretó una muñeca a Deanna con intención tranquilizadora.

—No se lo tome demasiado a pecho. El estaba haciendo lo que creía más

correcto.

—¿Usted cree?

—Creo que sí.

Troi sintió que sus labios se tensaban en su lucha contra la avalancha de emociones.

—Desearía que el uno o el otro pudiera estar... en otra parte.

—Ya lo sé —dijo la doctora, haciéndose cargo—. Es difícil tratar con alguien que reaparece desde nuestro pasado. Especialmente cuando se está en desacuerdo.

—Esperaba su apoyo —dijo Troi con una voz que se le quebraba—. Nos conocemos mejor que cualquier otra persona de la nave. Pensaba que él, de entre todos, defendería mi postura.

—Su trabajo no es el defender sus posturas, Deanna, usted lo sabe. En cualquier caso, su deber es asegurarse de que el capitán mantiene claras las ideas y controla todas las implicaciones de una situación crítica.

—Oh, Beverly, no es eso lo que estaba haciendo. Podía sentirlo. Creía de verdad lo que decía.

—Tiene derecho a ello —contestó Crusher con voz de efectos calmantes—. El tenerse mutuo afecto no implica que tenga que haber comunión de ideas. Uno tiene derecho a no estar de acuerdo.

—Eso ya lo sé, pero...

—¿Cuánto hace que se conocen?

—Oh, casi cinco años. —Un cálido caracoleo nostálgico suavizó la turbada expresión de Troi—. Pasamos una alegre temporada juntos hasta que él decidió dedicar su vida a una misión larga. Hubo una época en la que planeamos un futuro común... antes de darnos cuenta de que deseábamos cosas diferentes de la vida. Era galante y caballeroso, como es ahora... tal vez un poco brusco y arrogante...

—Como es ahora —apuntó Crusher con una irónica sonrisa.

Troi asintió con la cabeza.

—Esto —comentó, abarcando con la mirada la totalidad de la *Enterprise*—, fue una coincidencia que ninguno de los dos habíamos previsto.

—¿Por qué usted lo llama Bill cuando todos los demás lo llamamos Will?

Las mejillas de Troi se ruborizaron y ella consiguió esbozar una tímida sonrisa.

—No sabía que fuera tan obvio.

—No lo es. Yo soy asombrosamente observadora, ¿sabe?

La delicada sonrisa de Troi se hizo más ancha.

—«Bill» suena como una palabra del idioma betazoide. Una palabra que me gusta... me recuerda mi infancia allí. No tiene traducción, pero tenía que ver con... oh, no debería contárselo. No me gustaría comprometerlo.

—Continúe —dijo la doctora con un brillo travieso en los ojos—, comprométalo.

—Bueno, significa...

—¿Sí?

—Crema de afeitar.

—¿«Bill» significa «crema de afeitar» en betazoide?

A Troi le dio un golpe de risa que subía burbujeante desde su interior.

—Esa palabra siempre me recuerda la marca de crema de afeitar que solía usar mi padre. Tenía aroma a pinos y...

—¡Oh, eso lo explica! —dijo Crusher—. Las impresiones latentes de la infancia, del aroma al pino... paternal. ¡Ahí lo tiene! ¡No es Riker quien la atrae, son los pinos! Y yo me considero que soy una psicóloga sólo regular. Es más, Deanna, creo que esto me gusta. Espere a que Wesley se entere. Crema de Afeitar Riker.

—¡Beverly, no será capaz!

—¿Ah, no? Correrá como la pólvora entre todos los que cuenten menos de veinte años...

Tenía el rostro animado por una expresión conspiradora cuando la puerta de la enfermería se abrió de pronto. Geordi entró como un rayo y sin la menor vacilación señaló con un dedo la cámara de aislamiento y dijo:

—Sáquenlo de ahí. Tenemos problemas.

—¿Capitán? ¿Capitán? ¿Jean-Luc, puede oírme? ¿Jean-Luc?

Él oyó la voz. De hecho, la había estado oyendo durante lo que parecían años. Avanzó hacia ésta a través de una terrible oscuridad, un túnel en espiral con paredes vidriadas, y tras una eternidad abrió los ojos.

—¿Jean-Luc? —Crusher se inclinó sobre él con la preocupación grabada en sus facciones.

Él sintió que la cólera le afloraba al rostro, el esfuerzo de intentar hablar cuando su cuerpo casi había olvidado cómo hacerlo. Se sentía traicionado y enfurecido, quería exigir una explicación de por qué lo habían dejado ahí dentro durante tanto tiempo; por qué habían tenido que hacerle pasar por eso; por qué habían dejado que el fenómeno lo devorara a él y a todo lo que para él era precioso.

—Funciones neurológicas acercándose a lo normal, Bev —dijo alguien detrás de ella. Otro médico. ¿Cómo se llamaba? ¿Mitchell? Sí, el neurólogo.

—Por fin —suspiró ella—. Jean-Luc, ¿entiende usted lo que digo?

Él logró indicar que sí con la cabeza, y sus venas latieron a modo de protesta. La forzó a moverse, descubrió que su cuello no estaba en mejores condiciones, pero ahora era capaz de ver a la consejera Troi de pie junto a su cama con una expresión semejante a la de Beverly. Su enfado comenzó a disiparse lentamente al poder diferenciar la realidad del sueño. Como si estuviese emergiendo de una vívida pesadilla, tuvo que avanzar con cuidado, decidiendo punto por punto qué era real y

qué no lo era.

—Dios mío... —dijo con voz áspera. Una voz que sonó como grava—. ¿Cuánto... cuánto tiempo...?

—Más de catorce horas en aislamiento —respondió Crusher—, y nos ha llevado otras dos horas más despertarlo. Ya le dije que no quería hacer esto.

—Catorce —articuló él—. Pareció más...

—Guarde silencio mientras estabilizamos sus constantes. Relájese.

Dejó caer la cabeza nuevamente sobre la almohada, fijó la vista en el techo y susurró:

—Dios mío...

Permaneció allí tendido, consciente de la incansable mirada de Troi pero incapaz todavía de fijar sus ojos en ella, con la mente atiborrada de confusión. Era como despertar de una larga, distorsionada, inexorable pesadilla y no saber con seguridad qué partes eran sólo sueño. Esa somnolencia permanecía con él en los charcos de sudor que tenía entre los dedos de las manos —sus preciosos dedos que creía desaparecidos— y en el frío de sus pies que no entraban en calor. Finalmente oyó su propia respiración. Desigual, pero era una alegría volver a escucharla. Se concentró de una forma tan singular en ella que cuando la puerta de la enfermería se abrió con un sonido sibilante él se preguntó por qué su respiración sonaba de ese modo. Sólo cuando la gigantesca estructura del teniente Worf se encumbró por encima de la consejera, comenzó Picard a separar la realidad de la ilusión.

—Usted dijo que se pondría en contacto con nosotros cuando estuviera despierto —tronó Worf a Crusher.

—Dije que les avisaría cuando estuviera estabilizado —le contradijo Crusher con severidad—. Y aún no lo está. Los llamaré cuando lo esté, no se preocupe, teniente.

Pero Worf no se marchó.

—Es prioritario, doctora.

—Creo que tendrán que esperar.

Picard alzó una mano entumecida.

—Teniente —luchó para decir—, informe.

—Sí, señor. Hemos tenido que sacarlo del aislamiento antes de tiempo porque ha surgido una nueva emergencia. El comandante Data se ha llevado una lanzadera y ha entrado en el sector donde fue vista por última vez la entidad para intentar contactar con ella, y el comandante Riker ha salido tras él en una cápsula de exploración.

—¿Qué...? —Picard estaba ya a medio descender de la cama cuando se lo impidieron por la fuerza la doctora, el neurólogo y dos internos que consiguieron apartar a Worf del camino con un empujón—. ¿Qué? ¿Cuándo?

—Riker hará unas dos horas, señor. Estamos en contacto con él, pero no ha encontrado a Data. Mantenemos las comunicaciones al mínimo, por supuesto.

—¿Qué clase de absurdo...? Póngame en pie.

Crusher hizo un gesto con la cabeza y pidió un estimulante.

Picard contempló incrédulo cómo ella le aplicaba una inyección en su brazo. La situación tenía que ser aún más delicada de lo que estaba captando su brumosa mente.

—Una sola advertencia: no haga ningún movimiento rápido durante una hora, aproximadamente —le dijo, mientras los dos internos lo ayudaban a recuperar la verticalidad.

—Me temo que lo único que podrían quedarnos —contestó él— son movimientos rápidos.

Mientras se adaptaba a sus recién recobradas piernas, su vista descansó sobre Troi que lo contemplaba expectante a pocos pasos de distancia, ahora con expresión tensa y esperanzada; quería saber qué había experimentado él, qué había decidido, aunque tenía miedo de preguntárselo. O tal vez era lo bastante sensible como para saber que no tenía que preguntarlo; él se lo diría cuando estuviera preparado. Sí, era algo que estaba allí. Él lo veía ahora al mirar los grandes y exóticos ojos de ella.

Él le tendió una mano y dijo con firmeza:

—Consejera, ¿quiere escoltarme hasta el puente? Esta situación ya ha ido bastante lejos.

—Riker a Data. Riker a Data. Sé que está ahí fuera. Hábleme. No me obligue a tentar la suerte. Estoy captándolo apenas con los sensores en corto alcance, pero si me obliga a ampliar el cono sensor, esa cosa nos localizará y los dos estaremos acabados. ¿Me recibe?

Era la cuarta vez que lanzaba esa amenaza y la cuarta vez que fracasaba. Estaba echándose un farol; no tenía en absoluto la lanzadera de Data en las lecturas. Pero si Data pensaba que la tenía... bueno, así es el juego. Estaba a medio camino del sistema solar, viajando a media velocidad sublumínica. En el monitor de popa, la *Enterprise* flotaba con abandono de gran dama a través del negro espacio, a merced de aquel diabólico riesgo que corría; su opalescente casco y barquillas en apariencia completamente abiertas a un ataque. Incluso desde donde estaba podía ver lo bajo de su nivel de energía. Las secciones de impulso y propulsión hiperespacial, que por lo general relumbraban con brillantez, ahora aparecían empañadas. La sarta de luces que rutilaban en sus ventanas regulares eran ahora mortecinas rendijas, y había menos de las que él querría ver.

Ésta era la perturbadora imagen de la nave estelar para Riker, una versión mortecina de una nave que en otras circunstancias no tenía miedo de manifestar su poder. Hoy no se atrevía, al menos no de momento. No hasta que pudieran luchar contra lo que se enfrentaban.

—Vamos, Data. Deje de hacerme sufrir —refunfuñó mientras ajustaba la batería

de equipos sensores de su terminal del timón.

La cápsula de exploración estaba cargada de sensores, era prácticamente toda sensores, de proa a popa, incluyendo la mayor parte de su revestimiento exterior. Su parte inferior estaba concebida para ceñirse a atmósferas, sus dos tramas sensoras laterales diseñadas para recoger lecturas con asombroso detalle, hasta el punto de captar los cambios de los vientos, el curso de las tormentas e incluso los movimientos de microorganismos. Por lo corriente nunca se la utilizaba más que para explorar, pero hoy era la mejor apuesta para encontrar a Data. Más pequeña y algo más rápida que una lanzadera, sus finos sensores podían lanzar un rayo más estrecho y obtener información más exhaustiva y clara empleando menos energía que cualquier otra nave de las que tenían a su disposición, lo que incluía desenmascarar el improvisado dispositivo de camuflaje de Data. Primera regla de la táctica: llévate un caballo mejor que el enemigo.

Por supuesto, estaba haciendo caso omiso de lo obvio, era dable que avanzara en una dirección completamente errónea y que Data se encontrara a millones de kilómetros en el lado opuesto. Pero si Data tenía una parte de sí lo bastante humana como para moverse sólo por instinto, éste le diría que se dirigiera hacia un sistema solar, donde se originaba la vida, donde ésta germinaba. Donde podría estar la entidad.

Así que el turbulento gigante gaseoso fue una vez más el compañero de Riker en el espacio, junto con el quebrado cinturón de asteroides, ahora, gran parte de estos planetoides convertida en fragmentos, y polvo liberado después de la descarga de antimateria de la nave. Extraño... en la *Enterprise* esta distancia no parecía tan grande. Sin toda la masa de la nave estelar en torno, Riker tomaba clara conciencia de la totalidad de la perspectiva, y aunque le llevara una cantidad de tiempo directamente proporcional, la búsqueda exageraba la distancia que estaba cubriendo. Su cápsula parecía pequeña en la inmensidad del negro paisaje. Parecía... demonios, es que era pequeña.

—Data, adelante, por favor. —Volvió a intentarlo, al tiempo que estrechaba el rayo de comunicaciones y conseguía alargarlo unos cuantos kilómetros más. Eso implicaría un barrido más amplio, un riesgo. Moviendo los controles con tanta delicadeza que apenas pudo percibir los cambios en las pantallas, se humedeció los labios y murmuró—: Vamos, Data, no me obligue a vivir con esto.

—Aquí el comandante Data. Señor, por favor, regrese.

Riker dio un respingo y se quedó mirando como un tonto la consola durante un momento, tras lo cual saltó hacia ella.

—¿Data? ¿Me recibe?

—Lo recibo, señor. Su persecución es una imprudencia.

Riker abrió la boca para espetarle un insulto o una orden, pero contuvo la

respiración y cambió de tercio al instante. Trabajando a toda la velocidad que podían desarrollar sus dedos, intentó forzar al mínimo los sensores para que localizaran a Data sin emitir la energía suficiente como para atraer a la entidad. Hizo una pausa, respiró, contó hasta diez, y dijo lentamente:

—Data, sé qué está intentando hacer. Geordi me lo ha contado. Sé que es debido a mis comentarios, y quería explicarle... que estaba equivocado. No tenía ningún derecho a decir esas cosas.

—Se lo agradezco, señor. Eso no cambia lo correcto de sus afirmaciones. Usted me ayudó a tomar conciencia de mi realidad, y por eso le estoy agradecido. Estoy recibiendo lecturas erráticas del fenómeno, señor. Parece estar desapareciendo y entrando en contacto. Si vuelve a sondearme, puede que me encuentre lo bastante cerca como para transmitir.

—Eso podría matarlo. No lo intente. Tenemos otras formas de luchar contra esa cosa.

—Luchar no es inteligente en este momento, señor. Utilizaría nuestra propia energía contra nosotros.

—Worf podría haber encontrado la forma de obviar eso —dijo Riker, minimizando el riesgo de su apuesta—, pero lo necesitamos a usted para establecer la teoría. Dé media vuelta y regresemos mientras podamos.

Se produjo una pausa lo bastante larga como para poner nervioso a Riker. Finalmente utilizó el teclado y dijo:

—¿Data? Cambio a visual.

Al decirlo, la pantalla de su derecha parpadeó y se enfocó, proporcionándole una tranquilizadora imagen del rostro de Data con algunos parásitos.

—Data, escúcheme. Quiero que regrese conmigo. Es usted demasiado valioso como para perderlo en este descabellado plan de comunicarse con esa cosa. Sea razonable.

La expresión de Data era de pesar, pero había resolución cuando dijo con tono pensativo:

—Incluso aunque no pudiera encontrar una forma de comunicarme con eso, señor, tendría que continuar con mi indagación acerca de mi naturaleza.

A pesar de que sabía lo que se avecinaba y se odiaba por haberlo provocado, Riker formuló la pregunta a la que había sido conducido:

—¿Por qué?

—Tengo que averiguar si hay algo en mí que el fenómeno reconozca como esencia vital. Tengo que saber si hay en mí la suficiente humanidad —explicó Data morosamente—, como para ser destruido.

Riker miró con los ojos entrecerrados la iluminada pantalla.

—Data, reconsidérelo. No es muy lógico, ¿verdad?

—No, señor. Pero ésta podría ser mi única oportunidad de descubrir si soy un ser vivo, o incluso humano. Y si la entidad no me absorbe —concluyó, con una impasibilidad más que perturbadora—, tendré mi respuesta. Sabré cuál es mi lugar.

—Su lugar está entre nosotros —le contestó Riker—. Eso lo sé ahora. Usted está haciendo algo que ninguna máquina haría. Para mí es suficiente.

Entonces sucedió algo notable. Data le sonrió. Fue una simple sonrisa espontánea, aññada y enternecedora, y dio la impresión de que ni siquiera era consciente de ella. Los sulfúreos ojos del androide chispearon con una calidad animada que Riker nunca había detectado cuando estaba en la misma habitación que él; pero también era el tipo de sonrisa teñida de pesar. Riker se daba cuenta —había visto las suficientes sonrisas— de lo que significaba.

—Picard a Riker. ¿Me recibe?

Dio un respingo, sobresaltado por aquella voz completamente diferente que de pronto irrumpió en su sistema de comunicaciones, y activó los puntos reflejos adecuados.

—Data, permanezca a la espera.

La pantalla se apagó y él pulsó otra tecla.

—*Enterprise*, aquí Riker.

—¿Qué demonios cree que está haciendo ahí fuera, número uno?

—Estoy a punto de precisar la posición de Data, señor. Ya casi tengo la triangulación del transportador sobre él.

—¿Lo tiene localizado? Se halla fuera del alcance de nuestras comunicaciones de baja potencia.

—Sí, señor, ahora mismo estoy hablando con él. Al menos estoy intentando hacerlo.

—¿Está teniendo algún éxito con su hipótesis? Es, con toda probabilidad, el único ser con el que la entidad se ha topado que se sitúa a caballo entre un ser vivo y una máquina. Podría ser nuestra única posibilidad de comunicarnos.

—Es cierto, señor, pero yo sinceramente creo que hay más riesgo que beneficio, en especial para Data.

—Entonces no se entretenga ahí fuera. Obtenga la triangulación sobre él y los transportaremos a ambos a bordo. No puedo permitirme perderlos a los dos. Tendremos que hablar más tarde sobre esas dos naves de las que se han apropiado. Téngalo por seguro.

—Sí, señor, lo entiendo... ¡Data! ¡Deténgase!

—¡Riker, qué sucede! ¡Informe!

—Está apuntando las armas de la lanzadera, capitán; va a disparar a ciegas para atraer a esa cosa. Data, desactive esas armas. Es una orden.

—Lo siento, señor —contestó Data con calma—, pero tengo que atraer su

atención antes de que entre en su radio de acción. No creo que la cápsula emita la energía suficiente como para atraerla mientras esté todavía a esta...

—¡Riker! —La voz de Picard salió disparada a través del sistema—. Estamos captando lecturas de una gran concentración de energía. ¡Tiene que estar justo encima de él! ¿La ve usted?

—Fin de conexión —repuso Riker. El sudor le caía por la frente; al apagarse la pantalla, estaba empapado.

En el espacio, delante de él, la recia lanzadera fue empequeñecida por la excesivamente conocida y monstruosamente espectral imagen que se había convertido en su pesadilla. Avanzó hacia Data a la velocidad de la luz y se tragó la cápsula entera mientras Riker observaba, impotente, como aquello ocupaba la mitad de su campo de visión. Mientras devoraba la nave de Data, tendió sus eléctricos tentáculos hacia Riker.

Con un escalofrío corriéndole por los brazos, golpeó con un puño el conector de comunicaciones.

—¡*Enterprise!* ¡Transporténnos a bordo! ¡Ahora!

La típica sensación de náusea producida por el transportador comenzó casi instantáneamente. El capitán tenía que estar preparado para esto, debía de haberlo previsto. Riker se entregó al efecto, como si eso pudiera servir de algo, y centró su vista en la pantalla mientras sentía que se desmaterializaba. Pero por un momento alzó los ojos y pudo ver cuando la lanzadera era hecha pedazos; sus diminutos motores de impulso estallaron en una formidable explosión.

Unos agónicos segundos más tarde, la realidad circundante a Riker en la cápsula de exploración desapareció y las paredes gris oscuro de especial textura de la sala del transportador comenzaron a formarse alrededor de él. Por encima de él la suave iluminación; por debajo, la fulgente plataforma; detrás de él, otra figura que se materializaba.

Tendió la mano tan pronto como pudo, pero retrocedió instintivamente ante la crepitante envoltura eléctrica que rodeaba una vez más a Data. Esta vez parecía tener un propósito determinado..., ¿o lo estaba imaginando?

—¡Data! —gritó sin pensar.

La electricidad chasqueó unas cuantas veces más y luego desapareció. Riker avanzó hacia Data al instante. Justo a tiempo de cogerlo.

La plataforma resonó al aparecer de la nada el capitán Picard y Geordi LaForge. Se arrodillaron junto a Riker y el desplomado Data. Sus ojos de androide miraban hacia arriba, al infinito. Su corazón continuaba latiendo obediente. Su pulso seguía tamborileando de forma regular. La biomecánica continuaba haciendo funcionar el armazón que él llamaba su cuerpo. Pero la esencia vital que había poseído una valentía que ninguna máquina podía duplicar...

Había desaparecido.

12

Data, yacente, era asatado por una cuña de brillantes y estrechos rayos quirúrgicos en el laboratorio principal de la enfermería iluminado con luz mortecina. Crusher, neurólogos, especialistas en microingeniería y expertos en robótica, trabajaban en él, pero nadie podía operar el milagro. Estaba tendido sobre la mesa, con un rostro menos plácido que el que podría haber tenido un cadáver, la expresión atrapada en un momento de sorpresa, quizás incluso de revelación.

Para Picard, la penumbra que reinaba en la habitación le recordaba a una estrofa de Poe. Se paseó en torno al pequeño grupo y miró de nuevo los opalescentes ojos de Data, y volvió a sentir el anhelo de comprender qué había visto el androide en el último instante. La experiencia de la cámara aún lo acompañaba, haciendo que de alguna forma se sintiera separado de estas personas que no habían pasado por ella. Pensaba que ahora sabía cómo podía ser la resurrección, cómo era ser apresado por esa cosa... Y había despertado otra vez con nuevos conocimientos y con la capacidad de utilizarlos. Él había despertado con unas percepciones radicalmente distintas de las anteriores. Los colores le parecían más brillantes, los aromas más agradables, las formas más nítidas. Había una repentina maravilla en el hecho de estar completamente vivo.

En la mesa, el rostro de Data tenía ese tipo de expresión maravillada, pero él no había vuelto.

Cuando Beverly Crusher se retiró por fin de la mesa, su rostro estaba marcado por la frustración, incluso por la angustia, y su címbreo cuerpo había perdido la mayor parte de la gracia. Avanzó lentamente hasta el rincón en que Riker y Geordi aguardaban azuzados por la impaciencia, no demasiado cerca el uno del otro, y Picard se dio la vuelta para encontrarse con ella. Bajó la voz.

—¿No hay esperanza?

La doctora suspiró.

—Ya no está en nuestras manos. Hasta donde puedo deducir, el cerebro de androide de Data está aún gobernando todas las complejidades de su cuerpo. Pero ya no hay consciencia. Simplemente no sabemos qué más hacer.

Geordi se volvió hacia ellos desde donde había estado de cara a la pared.

—¿Cómo se apoderó de él? —exigió saber, con la garganta tensa. Por primera vez se permitió darse cuenta de que podrían haber perdido a Data para siempre, incluso aunque su corazón continuara latiendo—. ¿Cómo pudo llevarse una parte de él y dejar... eso?

Riker cruzó los brazos y apoyó un hombro en el mamparo. Miró al suelo presa del arrepentimiento; en su rostro habían aparecido nuevas arrugas.

—Probablemente la cosa no distinguió entre el cuerpo de Data y la lanzadera. Si

hubiese sido completamente orgánico, puede que su cuerpo se hubiera vaporizado o lo que sea que esa cosa hace a la materia orgánica. Calculo que reconoció algo en él —agregó en tono bastante lúgubre— que... quería.

Picard miró a su primer oficial. Nunca había visto a Riker deprimido, jamás le había oído aquella voz monótona. Enojado por no haber sabido de las acciones de sus oficiales hasta que había sido demasiado tarde, espió ahora a los ingenieros y médicos, a cada momento más impotentes, que comenzaban a retirarse uno a uno y a sacudir la cabeza sobre la paralizada forma de Data.

—Para bien o para mal —comentó el capitán con tono meditativo—, puede que Data haya encontrado su respuesta.

La cólera comenzó a arder en el fondo de su mente, un ardor subterráneo animaba sus pensamientos y los hacía crepitar y saltar. La cólera aumentó en su interior al imaginar a Data atrapado para siempre dentro de aquel fenómeno, condenado a soportar siempre lo que Picard apenas había rozado en catorce horas de infierno.

Los hombros se le pusieron rígidos al crecer el violento sentimiento, y él se volvió hacia la salida y sólo dijo: —Estaré en ingeniería.

Salió, pero lo hizo solo. Cuando llegó a ingeniería, rechazó las sucesivas ofertas hechas por los ingenieros de ayudarlo o de escoltarlo, pasó por alto las curiosas miradas que le lanzaron cuando entró en las cámaras de acceso restringido y salió con unos chips que nadie le había dado. Corrió rápidamente la voz de que el capitán se encontraba allí, realizando algo por sí mismo y no pidiéndole a nadie que lo hiciera en su lugar, y al cabo de poco, ojos intrigados lo espiaban desde una docena de lugares ocultos en el complejo de ingeniería. Incluso en la penumbra destacaba, porque habitualmente no estaba allí. Finalmente, los jóvenes ingenieros curiosos que lo veían moverse furtivamente de un lado a otro comenzaron a intentar seguir en secreto la pista de lo que estaba haciendo a través de sus terminales. Se encontraron con que el capitán sabía lo que estaba haciendo y conocía perfectamente bien la forma de evitar que ellos lo averiguaran. Descubrieron que podían seguir sus actividades hasta más o menos la mitad de cada operación; allí encontraban un código de acceso que desconocían. Como desconocían el uso final que hacía de la computadora. Así que observaron, incapaces de decir nada al respecto porque él era el capitán, y si alguien podía disponer de esos equipos era él. Sabían que estaba sucediendo algo arriba; ¿por qué no estaba allí el capitán? Murmuraron entre ellos sobre informar al primer oficial, pero nadie se ofreció voluntario para hablar con él.

Así que el enigmático capitán de la *Enterprise* fue y vino por ingeniería durante aproximadamente una hora, sin cambiar palabra con nadie, ofreciendo sólo la más fantasmal de las sonrisas a quienes se le acercaban demasiado, posándose aquí y allá como una mariposa nocturna para escoger y comprobar equipos y volver a ponerse en

movimiento de forma repentina, y ni un alma se atrevió a acercársele armada de una pregunta directa. Se mostraba muy resuelto en cada movimiento, cada pausa, cada acción y ajuste.

Luego se marchó. Sin una palabra, sin una orden. Cogió algunos conectores remotos y salió.

Una vez lejos de ingeniería y en su recorrido por la oscurecida nave a través de escalerillas y pasillos, Picard se detuvo en una de las cubiertas superiores y pulsó el intercomunicador más cercano.

—Picard a enfermería. Señor Riker, ¿todavía está ahí?

La grave voz de Riker le respondió casi de inmediato.

—Sí, capitán, todavía estoy aquí. Sin cambios.

Picard bajó la mirada al pequeño grupo de conectores remotos que llevaba. Parecían inocentes dispositivos descansando en el pliegue de su brazo, pequeños manojos de circuitos metidos en receptáculos. Pero eran mortales.

—En diez minutos quiero que usted y LaForge estén en el puente. Esto ya ha ido bastante lejos.

Las palabras repiquetearon a través de la nave, a través de aquel manto de silencio y oscuridad, y se enrocaron, avisando de forma muy clara que el fenómeno iba a tener que habérselas ahora con el capitán.

Antes de entrar en el puente, Picard, en silencio y secreto, conectó los dispositivos remotos en los lugares apropiados del trazado de controles emplazado en las profundidades del circuito de mantenimiento del puente, un estrecho corredor de paneles de acceso de computadora instalado detrás de las paredes mismas del puente propiamente dicho. Allí, los nuevos sistemas eran instalados en los sistemas del puente, la red neuronal de la nave estelar, que llevaban a cabo todas las instrucciones transmitidas desde el imponente núcleo de la computadora.

Picard hizo ahora uso de esos paneles de acceso, conectándolos todos a un solo botón del posabrazos de su sillón de mando. Había pensado en utilizar un código que pudiera teclear desde cualquier punto de la nave, pero al final descartó la idea y configuró el botón que debía ser pulsado. Y en un único lugar: el sillón de mando. Si iba a bajar el dedo sobre el destino, lo haría en su legítimo lugar, a la cabeza de su majestuosa nave... cuando lo hiciera.

Regresó al puente, notablemente sombrío, y al auditorio de caras expectantes. Riker. LaForge. Troi. Wesley Crusher. Worf. Y otros, en especial los que ocupaban los puestos que él habría esperado ver ocupados por Data. Los controles de observación o el terminal científico número 2. Echó de menos el rostro color pan de oro y la amable expresión inocua. La echó mucho de menos. Su profunda rabia aumentó.

—Me alegro de que estén todos aquí —dijo en tono ceremonioso mientras se

encaminaba hacia su asiento de mando. Esta vez, sin embargo, no tendió la mano y lo tocó de modo casual como podría haber hecho en otro momento. Esta vez el sillón mismo era una fuente de energía, y no quería delatar nada—. Deseo saber qué han sacado en conclusión, cuáles son sus opiniones, cuál es la mejor manera que tenemos de tratar con este ser. Si hemos de prescindir del último voltio y de la última molécula móvil, lo haremos. Esa cosa de ahí fuera ya ha costado la vida de uno de nosotros; no se llevará a ninguno más. No entrará más en la galaxia. Vamos a detenerla, aquí y ahora.

Deanna Troi dejó que sus ojos se cerraran; tan profundos eran su alivio y gratitud. Picard vio la reacción y la comprendió con tanta claridad que él muy bien habría podido ser betazoide. Cuando ella alzó la cabeza y abrió los ojos, estaban vidriosos por las lágrimas, y casi sonreía... pero entonces la sonrisa se desvaneció y sus ojos se llenaron de perplejidad. Ahora veía dentro del corazón de él —Picard se dio cuenta—, veía el cálculo y la determinación que destacaba en la superficie de su mente, no oculta ante sus sondeos, vio los conectores remotos ahora colocados en determinados circuitos que transmitirían un cierto mensaje a una docena de emplazamientos de la estructura inferior de la nave y ejecutarían las órdenes en las que un capitán sólo pensaba en momentos de suprema desesperación. Lo miró fijamente, luego bajó los ojos hasta el brazo del sillón de mando, al pequeño panel de controles que se conectaba mediante la impresión táctil del capitán. Y el solitario punto de presión azul, como una ficha de póker. Lo sabía. Picard la observó sin ofrecerle tranquilidad ni solicitar su silencio. Ella lo guardaría, lo sabía. Ahora se comprendían el uno al otro.

Riker avanzó un paso, no muy sorprendido.

—¿Vamos a ahuyentarla? —preguntó.

—Vamos a matarla, señor Riker.

El primer oficial hizo una pausa, con los labios apretados, y luego dijo:

—Eso no es propio de usted, señor.

Picard sabía qué había detrás de los ojos de Riker y de esa dubitativa inclinación de su cabeza; lo miró directamente.

—¿Ah, no? ¿Es más propio de mí el permitir que ese merodeador recorra libremente la galaxia absorbiendo más vidas?

Ese momento trajo consigo un cambio de emoción. Incluso Riker advirtió de pronto cuánto tiempo había estado esperando a que algo hiciera aflorar esa indignación a la cara de Picard. Los ojos pardos del capitán estaban semicerrados, su perfil de relieve romano dirigido directamente hacia la pantalla, su mandíbula como una roca apoyada sobre otra roca, su puño.

Y aun así, a través del muro de las palabras de Picard, Riker se abrió paso a la fuerza para cumplir con su deber.

—¿Y qué me dice de la Primera Directriz? No puede ser el guardián de toda la galaxia.

—Incluso la Primera Directriz admite una interpretación —declaró Picard con firmeza, y no quedó duda alguna de que ya había pensado en ello, que ya se había enfrentado con la dificultad de esa pregunta precisa y la había salvado. Hizo una pausa y avanzó por el puente, los ojos clavados en él—. Desde lejos, eso puede parecer la eternidad prometida, Will —dijo en una voz lo bastante alta como para que todos lo oyeran—, pero cuando se lo conoce de cerca, es otra cosa. Es un ser tiránico y exige que luchemos contra él. No habrá más tiranía —dijo—. Y el negarse a tomar una decisión es de por sí una cobardía.

Riker avanzó hasta colocarse junto al capitán, y los dos hombres quedaron ante la pantalla frontal y todo lo que en ella se veía.

—¿Tan seguro está? —inquirió.

Se preguntó por qué había decidido resistirse. Sabía a la perfección que el capitán Picard no se permitía gestos de cara a la galería, que un hombre como él haría volver la nave y huiría en la dirección opuesta si hubiese una manera de evitar el uso de las armas, pero él tenía que hacer esta última pregunta, que Picard dijera sencillamente que sí, que estaba seguro.

Pero el capitán no dijo nada. Se limitó a echarle una mirada de soslayo a Riker, ejerciendo el derecho de su autoridad mediante aquel simple silencio.

Riker asintió con la cabeza y retrocedió unos pasos, dejando claro su propio mensaje.

El capitán se volvió y, de pie, con toda la negrura del espacio como telón de fondo, se dirigió al puente apenas iluminado.

—Muy bien, ¿qué tienen?

—Señor —comenzó de inmediato Worf desde el ángulo enfrentado—, hemos concluido que se retiró de nosotros en el primer ataque porque había llegado a su máxima capacidad de absorción. Hemos calculado lo que absorbió de nosotros hasta el momento de separarse, y pensamos que es posible sobrecargarla.

—¿Riesgos?

—Comportaría riesgos si tuviéramos la posibilidad. Nuestros rayos fásicos simplemente no pueden emitir la energía suficiente para emprender esa acción. Esa cosa disipa su energía a una velocidad mayor de la que nosotros necesitaríamos para sobrecargarla.

Picard frunció los labios e intentó imaginar una criatura semejante, pero lo único que pudo hacer fue mirar con rabia las incontestables lecturas y ver que era cierto. Detrás de él, las voces zumbaban, irritándolo como las moscas a un caballo. Geordi. Wesley. Geordi. Wesley otra vez, discutiendo. Un intercambio de susurros que irritaba los nervios de Picard mientras él trataba de hallar una solución milagrosa, y

finalmente se volvió sobre sí e inquirió:

—¿Tienen ustedes dos algo que agregar o no?

Tanto Geordi como Wesley dieron un respingo, y las mejillas de Wesley se pusieron rojas.

—Oh... no, señor.

—Sí, señor —contradijo Geordi.

—Pero no funcionará —musitó Wesley al tiempo que tironeaba de la manga de Geordi.

—Data le dijo cómo hacerlo funcionar.

—Pero ¿y si no funciona?

—¡Cuando uno va a morir, una probabilidad en un millón es mejor que nada, Wes!

—¡Por todos los diablos! —rugió Picard—. ¿De qué están hablando?

Wesley cayó en tímido silencio mientras Geordi luchaba consigo mismo y ganaba. Se acercó al capitán y dijo:

—Wes tiene una idea de cómo incrementar la emisión de energía de la nave a través del sistema fásico, señor.

—Muy bien —dijo Picard—. Escuchémosla. Sea breve.

—Wesley, cuénteselo.

Wesley se humedeció los labios y llevó su delgado cuerpo hasta el lado de Geordi.

—Bueno, señor, es un sistema de intensificación fásica que consigue más potencia de disparo con menor energía al dividir el primer ciclo de fases en frecuencias de incremento, y luego reintegra las fases todas a la vez en el último ciclo. El señor Data me dio algunas ideas que podrían hacerlo funcionar, y Geordi piensa que podemos...

—Lo importante es, señor —interrumpió Geordi, hablando a la velocidad deseada por Picard—, que si pudiésemos modificar los cañones fásicos de la nave según esta teoría, llenaríamos a esa cosa con unas cinco veces más energía que la que obtuvo cuando...

—Sí, comprendo el razonamiento de base, teniente. Es algo muy arriesgado lo que está describiendo. —Picard descendió de la plataforma de la pantalla y se paseó entre ellos—. Pero éstos son momentos cruciales. —Con esto, pulsó el intercomunicador mientras todos contenían el aliento—. Picard a ingeniería. Argyle y MacDougal, reúnan a su mejor personal y encuéntrense conmigo en la sala de reuniones de ingeniería dentro de tres minutos. Alférez Crusher, quiero que describa su teoría a los ingenieros y deje que ellos decidan si es posible llevarla a la práctica.

—Señor —le soltó el adolescente—, yo puedo construir el sistema condensador de cristal igual de bien que cualquiera de ellos.

El capitán le echó una intensa mirada.

—Va a dejar que los profesionales se hagan cargo de eso, señor Crusher. Lo que está describiendo necesitará una alimentación de antimateria pura, y con eso no se puede jugar.

Se alejó, pero Wesley lo siguió, escapando de la presa de Geordi en el último segundo. Espetó las palabras como si las escupiera.

—Usted siempre me trata como a un crío, a pesar de que esté en el puente.

El capitán se volvió. Su voz adquirió una resonancia metálica.

—Usted está en el puente —le contestó—, porque yo decidí ascenderle, no porque se lo haya ganado. Sus capacidades exceden su prudencia, joven. Acabará aprendiendo la insoslayable lección de que quienes le rodean valen mucho más por su experiencia que usted por sus capacidades y tendrá, al igual que todo el mundo, que esperar su turno. Ahora manténgase en su lugar, cierre la boca, y sígame a ingeniería donde pondrá a trabajar esas capacidades y dejará que otros hagan lo mismo.

Wesley se comportó con comprensible docilidad a partir de ese momento, más/menos el minuto o dos que le llevó enunciar la idea de la unidad física. Los ingenieros lo miraron con expresión atontada, frunció el ceño, pusieron los ojos en blanco, los cerraron... aquello parecía una convención de córneas. Para cuando bajaron a la sala del reactor físico principal, ya tenían desarrollada en la cabeza la mitad de la mecánica y la mayor parte de la fórmula, y Picard retrocedió para ver la máquina en funcionamiento. También observó como Wesley captaba su primer atisbo, a despecho de su engreída brillantez de joven, de los recursos y las capacidades conceptuales de los ingenieros experimentados. El rostro del muchacho se iluminaba tanto con asombro como con humildad cada vez que los ingenieros le lanzaban una pregunta en una conversación que sencillamente él ya no podía seguir. Picard se daba cuenta, por la expresión de Wesley, de que el muchacho no sabía siquiera por qué los ingenieros tenían que conocer algunos de los detalles que estaban preguntándole. Y por cada pregunta respondida había otros dos problemas que solventar en los que él no había reparado. Tras un rato comenzó a atisbar por qué su idea le parecía ya tan ajena. Los ingenieros no estaban mirando la unidad física como una unidad. La veían como parte de la totalidad de la nave, de todos los intrincados sistemas, circuitos, energías, flujos, bobinas y condensadores, cada uno de los cuales afectaba a todos los demás. No era suficiente con que la unidad física funcionara; tenía que funcionar en concierto con un millar de otras unidades.

En cuanto los ingenieros entendieron su idea, se pusieron a trabajar de manera expeditiva. Tras varios comienzos en falso, e incluso una reconstrucción completa del extraño sistema, toda la teoría se hizo aplicable. Problemas que Wesley no había previsto en ningún momento fueron descubiertos y resueltos al momento. Los

armónicos canturreaban, la alimentación de antimateria tuvo conectados sus dispositivos de seguridad, y todo en menos tiempo que el que había tardado Wesley en construir su modelo original. Describió un círculo en torno al nuevo dispositivo, una unidad grande unida directamente a los acoplamientos principales del sistema fásico, y sacudió la cabeza. No se parecía a nada que él hubiera imaginado. Podía ver qué piezas cumplían qué funciones, pero sencillamente no presentaba el aspecto que él había creído que tendría.

A Picard le gustó la expresión del joven semblante. Le gustaba la expresión de aquel que ha madurado.

Finalmente, el jefe de ingeniería fásica avanzó hacia el capitán y Wesley al tiempo que se enjugaba las manos en el mono de trabajo, y se encogió de hombros.

—Está todo lo bien que puede quedar, capitán.

—¿Funcionará?

—Eso no puedo decírselo, señor. La mitad es teoría y la otra conjeturas. Todos los sistemas encajan perfectamente, tiene potencia, alimentación de antimateria y dispositivos de seguridad. En cuanto a funcionar, sólo una prueba puede decirlo.

—Lo probaremos en combate —repuso Picard con tristeza—. Parece que no tenemos alternativa. No podemos... —¡Riker al capitán! ¡Emergencia!

Picard saltó hacia el intercomunicador más cercano. —Picard. ¿Qué?

—¡Está aquí, señor! Nuestro plazo ha terminado.

Así era, nunca nadie fue más exacto. Cuando Picard y Wesley salieron corriendo del turboascensor y se precipitaron hacia el puente, éste ya no estaba a oscuras. Las luces de alerta roja sangraban en todas las paredes, pero las luces principales no se habían encendido. La pantalla frontal ofrecía una imagen ondulada que crepitaba, de falso color entre rojo y azul, la entidad en su aspecto más horroroso. Los monitores de babor, estribor y popa... todos los monitores, mostraban aquella palpitante amenaza en un gran círculo mellado de luz eléctrica que se cernía sobre el puente.

La tripulación miraba los monitores con ojos fijos, volviéndose de uno a otro como si buscaran una puerta que no estuviera vigilada, una sola ruta que les proporcionara la vía de escape; pero sabían que se hallaban contemplando la táctica de reserva de la entidad, la que era utilizada cuando fallaba todo lo demás.

Picard se detuvo en el nivel superior.

—¿Ha atacado los sistemas?

Riker pasó rápidamente junto a Troi y avanzó hacia él.

—No, señor. Nos está rodeando. Se desplaza aproximadamente a veinte mil kilómetros por minuto.

—¿No nos ha encontrado, entonces?

—Está utilizando una pauta nueva para buscarnos. Sabe que nos hallamos en

algún lugar dentro de un radio específico cercano, y está rodeando toda el área, gigante gaseoso, cinturón de asteroides y todo. Se va cerrando a nuestro alrededor. Resulta evidente que es mucho más grande de lo que percibimos en un principio.

—¿Tamaño actual?

Worf se irguió a la derecha de Picard.

—Más o menos tres coma una unidades astronómicas^[3] de diámetro, señor, y contrayéndose.

—Dios mío —gruñó Picard.

Ahora entendía el cuadro; se encontraban dentro de un gigantesco puño... que estaba cerrándose sobre ellos.

—Worf, estimación. ¿Podemos dispararle?

Un terrible fruncimiento se apoderó de las ya feroces facciones de Worf. Aborreció su propia respuesta cuando dijo:

—No mientras tenga esta forma, señor. Disipa energía en proporción directa a su superficie. No podríamos bombearle la energía suficiente con la velocidad necesaria para sobrecargarla.

Picard avanzó hacia el terminal de seguridad y se detuvo al lado de Tasha Yar.

—En ese caso tendremos que obligarla a compactarse otra vez. ¿Dónde está el gigante gaseoso?

Yar primero se estremeció y luego se inclinó sobre la consola.

—Dirección punto siete nueve, localización en tres cuatro, señor.

—Diríjase hacia él.

Riker fue hacia la popa de la cubierta inferior y preguntó:

—¿Su plan, señor?

—Vamos a escondernos detrás de un árbol, señor Riker —contestó el capitán mientras descendía por la rampa acompañando con una mano la forma de la herradura del puente. La extrañas luces que llegaban desde el otro lado de los monitores arrojaban un fulgor púrpura sanguinolento sobre su rostro—. No podrá absorber toda la energía del interior de un gigante gaseoso de nivel diez de más de ochocientos mil kilómetros de diámetro. Va a tener que rodearlo. Cuando lo haga, estaremos empatados.

Riker se volvió de inmediato y dijo:

—Geordi, cero coma cinco cero sublumínica hacia el gigante gaseoso, órbita cerrada.

—Cero coma cinco cero, señor —repitió Geordi, evitando mirar hacia el puesto de observación, donde Wesley se había deslizado en el asiento de Data.

Picard mantuvo la voz firme.

—Prepare un mensaje de emergencia para advertir a la Flota Estelar, vibración simple y alta velocidad hiperespacial. Si nosotros no lo conseguimos, quiero

asegurarme de que la Federación estará preparada para esto. Escudos al máximo — agregó, alzando una mano para protegerse los ojos de las chisporroteantes pantallas.

—Escudos levantados —anunció Yar, agitada—. Máxima energía disponible para defensa... —Se interrumpió mirando las lecturas y casi al instante profirió un grito ahogado—: ¡Señor, está cerrándose sobre nosotros!

—Manténgase pegado al gigante gaseoso. ¡Más pegado, LaForge!

—Lo estoy intentando, señor...

Sobre los escudos de la *Enterprise* se cernió la violenta fuerza del fenómeno. Sabía dónde se hallaba la nave estelar, pero descubrió que había encontrado dos cosas: una nave estelar y un gigantesco planeta que virtualmente era una bola de energía en rotación. No importaba cómo se contrajera, no importaba cómo cerrara su puño, el planeta le distraía de su esfuerzo por devorar la nave. Cada vez que la cosa intentaba contraerse sobre su presa, era rechazada por la energía emitida por el gigante gaseoso. Los espasmos de energía eléctrica golpeaban la nave y corrían por la turbulenta atmósfera del gigante gaseoso. La nave desafiaba el ataque, vibrando con cada onda de energía que fustigaba los escudos, debilitándolos momento a momento.

—Cubierta exterior calentándose, capitán —informó Yar—. Estamos entrando en la atmósfera.

Picard hizo caso omiso de ella.

—Acérquese más, LaForge. Si nos quiere, tendrá que venir a por todas.

—¡Capitán! —gritó Troi. Cuando Picard ni disparó las armas ni pulsó el botón azul, la frustración arrugó las facciones de la consejera, la cual miró parpadeando hacia la pantalla, ahora relativamente calmada.

Espirales de humo y abanicos de chispas saltaron de la mitad de las consolas del puente al ser la nave víctima del ataque una vez más, pero Picard no dio más órdenes. Se mantendría firme y lo mismo haría la nave; aunque ahora se detuvo de pie junto al sillón de mando y se agarró al brazo en el que estaba el botón azul.

—¡Capitán! —volvió a chillar Yar y alzó los ojos hacia la pantalla principal.

Mientras aún lo decía, todas las pantallas perdieron el color en un gran fundido, como si todas sus imágenes hubiesen sido absorbidas por la pantalla principal. Ésta relumbraba ahora con una visión compacta de la criatura que había vuelto a adoptar su forma original.

—¡Preparados! —gritó Picard, pero ya la tenían encima, rodeando a toda velocidad el árbol protector y lanzándose sólo hacia la nave, mientras que, junto a ellos, el gigante gaseoso giraba inmutable.

La *Enterprise* fue aferrada por un gran puño de relámpagos más poderoso que los anteriormente sufridos, y el bombardeo eléctrico acribilló una vez más el puente.

—¡Disparen rayos fásicos en línea recta! —ordenó Picard por encima del escandaloso ruido.

La nave vomitó energía. Sacudida por cada disparo, la *Enterprise* soportaba el castigo mientras el nuevo sistema fásico separaba unas energías que querían estar unidas, y luego las empujaba, las unas hacia las otras, en el último instante.

La entidad redobló su asalto, sacudiendo la nave. En torno de sí Picard vio a su tripulación atacada por las luces plateadas y las subcorrientes azules.

—Los escudos se debilitan... —gritó Yar desde su puesto, por encima de ellos.

—¡Continúe disparando! —ordenó voz en grito Picard, sujetándose al sillón de mando mientras disparo tras disparo de energía fásica intensificada tronaba e impactaba en el corazón del fenómeno.

—¡La emisión de la entidad va haciéndose irregular, señor! —chilló Worf por encima del estruendo eléctrico—. ¡Está dando resultado!

De repente, la nave tembló tan profundamente en su núcleo que todos lo sintieron bajo sus pies, y los rayos fásicos cesaron.

—¿Qué...? —Picard intentó darse la vuelta pero sólo consiguió girarse para encontrarse con Yar.

—¡El sistema fásico se ha fundido completamente, capitán! ¡El núcleo ha estallado!

A Picard se le cayó el alma a los pies y pisoteó frenéticamente la envoltura eléctrica que ahora se fortalecía en el puente.

—¡Capitán! —El rostro de Troi estaba junto a su hombro. Le sujetaba el brazo con ambas manos, los ojos atormentados—. ¡Hágalo! ¡Hágalo, señor! ¡Por favor!

Él miró el botón azul. Adelantó la mano hacia el mismo. Mientras la movía, obligando a los temblorosos músculos a luchar contra las descargas eléctricas, sintió que se alejaba. El principio del experimento de la cámara... la consciencia que comenzaba a flotar, a dejarse ir...

La voz de Troi atravesó su dolor y lucha.

—¡Capitán!

El botón azul estaba a tres centímetros de su dedo pulgar. Se concentró en él, aferrándose a su identidad y sus recuerdos como si fuesen cuerdas que lo salvaran de un abismo que se extendiera bajo sus pies. Si pudiese encontrar la fuerza...

—Fuerza, energía —dijo con los dientes apretados—. ¡El gigante gaseoso! ¡Yar!

Pero ella estaba impotente, aplastada de espaldas contra Worf por el rayo, que se hacía más fuerte a cada palpitación ahora que los escudos de la nave estaban en su límite de resistencia.

—¡Riker! —rugió Picard.

Pudo ver vagamente a Riker que, arrastrándose paso a paso, casi agonizante, se apoyaba en la barandilla en un intento de aproximarse al terminal de seguridad.

Un cuerpo se apretó contra el hombro de Picard y una fina forma pasó junto a su codo... una mano. La mano de Troi. Tendiéndose hacia el botón azul. Notó la lucha

de ella para ganarle la posición, para evitar el terrible destino, como había prometido hacerlo.

Él disparó su brazo izquierdo y la mantuvo a distancia, pero la determinación de ella convertía su fuerza en sobrehumana y estaba presionando contra su hombro con más ímpetu por momentos; la mano arañando el botón.

—¡Déjeme! —aulló ella por entre las detonaciones eléctricas.

Picard la apartó del sillón de mando con sus últimas energías, y los dos se derrumbaron de lado en el área de mando.

—¡Riker —dijo Picard con voz áspera, una vez recuperado el resuello—, dése prisa! ¡Plena potencia!

Mientras hablaba, destellantes torpedos de fotones salieron disparados del casco primario de la nave y atravesaron la atmósfera del gigante gaseoso obligándolo a dejar en libertad su energía. Torpedo tras torpedo salieron en trayectoria descendente, perforando el núcleo de energía del gigante que vomitaba a su vez explosiones volcánicas. Y a pesar de eso, la nave no cedió. Continuó enviando torpedos de máxima carga al interior de aquel reactor planetario, provocando una explosión tras otra, hasta que finalmente se produjo el más grande de todos los estallidos. La mitad del violento corazón del planeta hizo erupción y salió disparado hacia el espacio.

La cósmica conmoción catapultó a la nave hacia el espacio abierto, expulsada de la órbita por megatonnes de materia en explosión. La nave giró en el espacio con la gravedad huida al infierno, sacudiendo a sus tripulantes como si fuesen muñecos, y finalmente se detuvo a trescientos mil kilómetros del gigante gaseoso.

Picard se puso trabajosamente de pie y avanzó tambaleándose. Un instante después, Riker estaba a su lado. En torno a ellos, los miembros de la tripulación buscaban a tientas sus terminales e intentaban aceptar el hecho de que todavía estaban vivos... realmente vivos.

Ante ellos, en la pantalla, la criatura mudaba de forma y se retorció contra los relumbrantes escombros de los restos del gigante gaseoso. Un millón de explosiones bramaban alrededor de ambos. La entidad se veía obligada a digerir la emisión de energía del planeta y, finalmente, en un solo estallido, se hizo pedazos.

Nódulos de energía de incierto color se atomizaron por todo el sistema y todos los destellos desaparecieron. Sólo quedaron burbujas de energía que se disipaba, pasando como una cascada alrededor de la nave y alejándose hacia el espacio abierto.

—No pudo con eso... —murmuró Riker con voz ronca. —¡Situación! —ordenó Picard en un tono áspero. La voz de Yar tembló.

—Escudos bajos... reactores principales inestables. El núcleo fásico está completamente fundido. No queda nada más que metal derretido, señor.

—Apuesto a que huele —masculló Geordi mientras volvía a duras penas a su asiento del timón y acariciaba su equipo.

Junto a él, Wesley se limitaba a agarrarse al terminal de observación y a temblar. Los dos lo sabían. «Fundido.» Todo el núcleo. De alguna manera, los sistemas de seguridad habían salvado a la nave de formar parte de ese fundido. El modelo de Wesley no había tenido ningún dispositivo de seguridad. De haberlo, se hubiera activado, y habría creado un disparo mortal; el contenedor de la reserva de antimateria se habría volatilizado; un millar de personas hubieran desaparecido y la Flota Estelar nunca habría sabido por qué. De repente, planeó sobre aquel cuadro de batalla la clamorosa razón de que una nave estelar tuviera reglas y procedimientos de seguridad.

Wesley continuaba mirando con los ojos fijos, parpadeando, y el color no volvió a su rostro durante un largo, largo rato.

—¿Informe sobre la entidad? —ladró Picard mientras se ponía en pie.

Fue Worf quien por fin avanzó por la cubierta superior y anunció de forma escueta:

—Ha desaparecido, señor. Ya no hay masa central. —Ahora miró de hito en hito a Picard y dijo—: Lo ha conseguido, señor.

Picard suspiró; le dolían los hombros.

—Ha sido un esfuerzo conjunto, señor Worf. —Avanzó hacia un lado y le tendió la mano a la consejera Troi.

Ella estaba sentada en el suelo, aturdida; su rostro mostraba que un millar de emociones la abandonaban lentamente a medida que recobraba el control. La mano rodeada por la de él era débil y temblorosa.

Picard la ayudó a ponerse en pie y susurró:

—Bien hecho, consejera. ¿Percibe algo?

Ella tragó con dificultad, luego alzó la mirada hacia él y se forzó a hablar.

—No puedo sentirlos, señor... ya no. Él sonrió.

—Felicitaciones.

Troi asintió con la cabeza, temblorosa, aún asimilando el estar una vez más en total posesión de sí misma. Durante un fugaz instante, la soledad impregnó sus ojos.

13

Geordi LaForge se encontraba sentado al timón con una cantidad deprimentemente escasa de cosas que hacer. La nave no podría moverse hasta que el núcleo hiperespacial quedara estabilizado, y de todas formas no podía abandonar su puesto, al menos todavía no. Tan pronto como el peligro inmediato se hizo pedazos, se impuso el deber que tenían como principal unidad de la Federación y se vieron obligados a asegurarse de que el área estaba libre de peligros antes de pensar ni en moverse.

Era una de las cinco personas que había ahora en el puente. Worf y Tasha ocupaban la cubierta superior, repasando las lecturas de las primeras reparaciones del sistema fásico. Lo fundido tardaría semanas en ser reconstruido. Riker se hallaba en la cubierta superior, conversando en voz baja con Deanna Troi. Los dos habían estado hablando durante largo rato. En otras circunstancias, Geordi habría sentido más curiosidad por saber el tema.

En el puente reinaba una quietud inquietante. El vacío que tenía Geordi en el centro del alma no se llenaría. Por muchas luces que destellaran y zumbaran en el panel del timón para decirle que las cosas estaban siendo reparadas bajo cubierta, Geordi las miraba fríamente. Habían sido atacados en una ocasión anterior, y los ingenieros aprendían rápido. Las reparaciones se harían en la mitad del tiempo que la primera vez. La nave y sus tripulantes continuarían con su misión, sólo ligeramente magullados por esta batalla, tal vez incluso fortalecidos por ella, pero proseguirían. Sin cambios.

Excepto por el lugar vacío que había a su lado, que alguien ocuparía, algún otro.

La amargura se había enseñoreado de su mente. ¿Qué tributo se rendiría al sacrificio de un androide? ¿Qué monumento habría para Data? ¿Un entierro en el espacio, propio de un héroe de la Flota Estelar, para el cuerpo que yacía vacío pero palpitante en la enfermería, para un cuerpo que aún no había muerto, para un cuerpo que nadie reclamaría? Geordi se preguntaba, sentado en el puente, si sería el único en llorarlo. Si Picard y Riker se llenarían la boca para definir la muerte con tanto fervor como lo habían hecho para definir la vida. O si lo sucedido tenía alguna importancia en el fondo. En definitiva, ambos le habían fallado a Data, y eso nada lo compensaría.

Ahora miraba, a través de su visor, al espacio abierto de la pantalla frontal. Los fragmentos del gigante gaseoso aún hervían en el espacio como los restos de alguna explosión primordial, ignorantes de su propia belleza o significado. Muy parecidos a Data, que no había captado su propia valía y su belleza.

Geordi se hundió en el asiento, con un codo apoyado sobre el teclado del timón, y se sintió aún más vacío. No se había dado cuenta de cuánto se había perdido en sus pensamientos hasta que una mano se apoyó sobre su hombro. Alguien reclamaba su

atención, y sólo la disciplina de la que imbuía el entrenamiento de la Flota Estelar lo sacó de las tinieblas y lo hizo erguirse y mirar.

Pero no eran ni el altivo rostro de Picard ni la expresión de hermano mayor de Riker lo que le contemplaba desde lo alto. Lo que vio fue un cálido fulgor infrarrojo, un rostro amable y una sonrisa cordial.

Giró bruscamente en el asiento y empujó a un lado la consola del timón.

—Data...

Data lo atrapó por el brazo y evitó que tropezara con el sillón del puesto de observación, y continuó ofreciéndole su leve sonrisa cálida.

Detrás de él, el capitán Picard, la doctora Crusher y Wesley se encontraba observando la inesperada reunión mientras se apartaban del turboascensor. Sobre la rampa, el comandante Riker estaba sin habla al separarse de Troi y caminar hacia ellos.

—¡Data! —volvió a suspirar Geordi, estrechando la fría mano del androide y mirándolo al fondo de los ojos para ver si de veras era Data... y no sólo algún horripilante replicante del que nadie le había hablado.

—Hola, amigo mío —dijo Data, con un tono afectado de humildad—. Lamento haberle hecho pasar por esto.

Geordi estrujó la mano de Data con ambas manos, desesperado por sentir la esencia vital que se negaba a mostrarse, pero no se le ocurrió nada que decir.

—Capitán —soltó por fin Riker—. Doctora... ¿qué ha sucedido?

—No estamos seguros —contestó Beverly Crusher encogiendo un solo hombro—. Simplemente volvió en sí poco a poco y comenzó a mirar a su alrededor. Estuvo desorientado durante un rato, pero como puede ver...

Riker aferró a Data por un brazo y lo hizo volverse... no con demasiada rudeza, pero tampoco con excesiva suavidad. —¿Data? ¿Se encuentra bien? El androide asintió generosamente. —Me siento un poco chafado señor. —¿Sabe qué le sucedió?

—Sí, señor. Creo que estiré la pata.

Riker lo miró de hito en hito, de pronto sin habla, e intentó aceptar la presencia de Data. No era normal que un muerto volviera a levantarse.

Data pareció comprenderle, y conmovióse por las reacciones de Geordi y Riker.

—La verdad —dijo—, es que no sé qué me sucedió ni por qué regresé. Sólo puedo conjeturar que cuando la criatura se vio en peligro, tuvo que liberar a los que retenía e intentar luchar por su propia existencia. De todos los millones de esencias vitales que aferraba, sólo yo tenía un lugar al que volver. Por supuesto —agregó—, esto son sólo conjeturas.

Con la respiración agitada, Geordi miró a los otros, luego volvió a mirar a Data, y manifestó su alegría con una carcajada.

—Bueno, bueno —dijo Picard en tono casi comprensivo—. Riker, Data, Crusher,

quiero que me esperen en mi sala de reuniones dentro de cinco minutos, ¿está claro?

—Muy claro, señor —murmuró Riker, pero continuó mirando a Data. Trasmitía un no sabía qué de protector.

Data le devolvió la mirada y le hizo un agradecido gesto de cabeza.

Los tres se encontraban de pie en la sala de reuniones del capitán, indudablemente nerviosos.

Durante unos minutos permanecieron en común silencio.

Por fin, Riker se acercó a Data y le tendió una mano.

—Felicitaciones. Ya tiene la respuesta que quería.

Data aceptó la mano, aunque ahora parecía tímido.

—No realmente, señor. El criterio del fenómeno respecto a la vida nunca estuvo claro para nosotros...

—Mire —dijo Riker, interrumpiéndolo—, por lo que a mí respecta, eso fue lo máximo que nos hemos acercado a una autoridad en materia de qué es la vida. Puede que usted no sea exactamente humano, pero esa cosa reconoció como vida algo que hay en usted. Y a mí me basta con eso. Me alegro de que esté de vuelta.

El androide inclinó la cabeza y respondió:

—Gracias por salir tras de mí. A mí, como dice usted, me basta con eso.

Wesley cruzó sus delgados brazos y comentó:

—No se pongan sentimentales, caballeros. Riker le dio una manotada.

—Cuando haya estado muerto y regrese a la vida, podrá hablar de sentimentalismo, señor.

—¿Cómo creen que es de grande el lío en el que estamos?

Con un leve encogimiento de hombros, Riker dijo:

—No sé por lo que se refiere a usted, pero dudo de que el capitán quiera felicitarnos a Data o a mí por nuestra imaginativa acción. Dos naves auxiliares perdidas, desobediencia de las órdenes en vigor... un cuadro bastante deprimente.

—Al menos ninguno de ustedes fundió el núcleo fásico —comentó Wesley con cierto deje de culpabilidad. —Cierto, pero nosotros...

El capitán entró y todos se pusieron firmes ante el escritorio, ninguno de ellos quería mirarlo a los ojos. El capitán no se sentó.

—Felicitaciones, señor Crusher —dijo de inmediato—. Tendrá el privilegio único de ayudar en la reconstrucción, programada para tres semanas, del núcleo fásico entero. Una oportunidad poco frecuente para alguien tan joven como usted.

Wesley se sintió mejor y dijo:

—¡Gracias, señor!

Picard le miró con el entrecejo fruncido, fastidiado porque su sarcasmo no hubiera hecho blanco en Wesley, y añadió:

—Ya veremos si todavía puede sonreír dentro de tres semanas.

La sonrisa desapareció apropiadamente.

Picard hizo caso omiso de él, y clavó la vista en Riker y Data.

—Y ustedes dos, en cuanto a esa propensión a robar propiedades de la nave y largarse por su cuenta —comentó con una voz que aumentaba en intensidad y enojo—, simplemente no lo conviertan en un hábito. Pueden retirarse.

Sorprendidos, ni Riker ni Data tuvieron la prudencia de marcharse mientras podían, perdieron unos preciosos segundos. Finalmente, Riker les hizo un gesto a Data y Wesley para que salieran, y penetró tras ellos en el puente. Una sensación de alivio lo recorrió al deslizarse la puerta de la sala y cerrarse a sus espaldas. Juntos, se encaminaron hacia al puente propiamente dicho, y se detuvieron en seco.

Sólo Riker fue capaz de hacer un movimiento coherente: tocó la puerta de la sala y ésta volvió a abrirse. Mientras miraba hacia el puente, llamó:

—Capitán... creo que será mejor que salga aquí.

Un momento más tarde, Picard estaba a su lado.

Ellos y su tripulación miraron hacia la gran extensión del puente... un puente atestado de siluetas humanas. Un centenar de formas humanas, todas de uniforme. Marineros. Oficiales superiores de una época pasada. Algunos uniformes eran azules, otros verdes.

En el centro de la hilera de oficiales de un tiempo pretérito, Arkady Reykov y Timofei Vasska se hallaban de pie, el uno junto al otro, en fantasmal silencio y miraban al capitán Picard.

En el nivel más bajo de la cubierta, Deanna Troi los contemplaba, con las lágrimas cayendo de sus adorables ojos. Finalmente había recuperado el sosiego.

El capitán Reykov alzó una mano hacia la sien en un saludo militar. Un momento después, los cien marineros de la Tierra alzaron sus manos.

Picard se aclaró la garganta.

—Atención —ordenó.

La oficialidad de la *Enterprise* se puso firme.

Picard llevó su mano derecha hacia su sien y saludó a aquellos por los que él y su nave casi habían perecido. Los ojos del capitán Reykov rutilaron como los de un hombre vivo, y asintió con la cabeza en señal de gratitud. Su mano bajó bruscamente. Sus hombres le siguieron en el gesto. Entonces, con lentitud, por los extremos, el semicírculo de marineros comenzó a desaparecer, uno a uno. La *Enterprise* volvía a ser la nave de la vida.

FIN

Notas

[1] *Datos humanos*: La autora juega con el nombre de Data y la palabra data que en inglés significa «datos». (N. de la T)

[2] *Tu t'es fait avoir*: Expresión francesa que, en este caso, podría traducirse como: «Has metido la pata». (N. del E.)

[3] Unidad astronómica: Unidad de longitud utilizada en astronomía, equivalente a la distancia media entre la Tierra y el Sol (alrededor de 150 millones de kilómetros). (N. de la T.)